



EL DIÁLOGO

Santa Catalina de Siena

EL DIÁLOGO

Santa Catalina de Siena

Introducción, traducción y notas de
Angel Morta

Resumen adaptado al lenguaje moderno por
Alberto Z. Croxatto

Lima, Febrero 2002
Edición electrónica gratuita

ÍNDICE

ÍNDICE.....	3
ADVERTENCIA.....	5
INTRODUCCIÓN.....	7
EL DIÁLOGO.....	41
INTRODUCCIÓN.....	41
PARTE I.....	43
CÓMO SER ÚTIL EN LA SALVACIÓN DEL MUNDO Y LA REFORMA LA IGLESIA.....	43
CAPÍTULO I.....	43
LA EXPIACIÓN DE LOS PECADOS PROPIOS Y AJENOS.....	43
CAPÍTULO II.....	47
EL PECADO Y LA VIRTUD REPERCUTEN EN EL PRÓJIMO.....	47
CAPÍTULO III.....	51
CONDICIONES DE LAS VIRTUDES Y SACRIFICIOS PARA QUE PUEDAN SER ACEPTABLES A DIOS.....	51
PARTE II.....	59
RESPUESTA A LA SEGUNDA PETICIÓN. LA SALVACIÓN DEL MUNDO.....	59
CAPÍTULO I.....	59
ESTADO DEL MUNDO Y OBLIGACIÓN DE ORAR POR LA SALVACIÓN DEL MISMO.....	59
CAPÍTULO II.....	63
JESUCRISTO-PUENTE.....	63
CAPÍTULO III.....	72
DESGRACIA Y ENGAÑOS DE LOS QUE REHÚSAN PASAR POR JESUCRISTO-PUENTE.....	72
ARTÍCULO I.....	72
ARTÍCULO 2.....	83
ENGAÑOS Y MALES QUE SUFREN EN ESTA VIDA LOS QUE NO VAN POR JESUCRISTO-PUENTE.....	83
CAPÍTULO IV.....	98
LOS TRES ESCALONES DEL PUENTE.....	98
CAPÍTULO V.....	121
CLASES Y FRUTO DE LAS LÁGRIMAS.....	121
CAPÍTULO VI.....	133
ILUSTRACIÓN COMPLEMENTARIA.....	133
PARTE III.....	147
RESPUESTA A LA TERCERA PETICIÓN. REFORMA DE LA SANTA IGLESIA.....	147
EXCELENCIA Y DIGNIDAD DE LOS SACERDOTES.....	147
PARTE IV.....	156
RESPUESTA A LA CUARTA PETICIÓN. PROVIDENCIA DE DIOS PARA CON EL HOMBRE.....	156
PARTE V.....	186
SOBRE LA OBEDIENCIA.....	186
CAPÍTULO I.....	186
EL ORIGEN DE LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA ESTÁ EN JESUCRISTO.....	186
CAPÍTULO II.....	188
DE LA OBEDIENCIA COMÚN DE LOS MANDAMIENTOS.....	188
CAPÍTULO III.....	191
OBEDIENCIA ESPECIAL A LA QUE POR AMOR A DIOS SE LIGAN LOS QUE QUIEREN SERVIRLE MEJOR.....	191

CAPÍTULO IV.....	195
LOS RELIGIOSOS FRENTE A LA OBEDIENCIA.....	195
CAPÍTULO V.....	202
HIMNO A LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA Y EXHORTACIÓN A PRACTICARLA.....	202
CAPÍTULO VI.....	203
LA PRÁCTICA DE LA OBEDIENCIA FUERA DE LA VIDA RELIGIOSA.....	203
CAPÍTULO VII.....	206
CONCLUSIÓN.....	206
APÉNDICE.....	209
ORACIONES Y ELEVACIONES DE SANTA CATALINA DE SIENA.....	209
ORACIONES.....	209
ELEVACIONES.....	211

ADVERTENCIA

Estimado lector, la obra que tienes entre manos es un resumen adaptado del libro *El Diálogo* de Santa Catalina de Siena. No se trata, por tanto, de una copia fiel del original. Con la pretensión de divulgar la figura y doctrina espiritual de la Santa, he recortado el texto, he suprimido las partes más reiterativas y he adaptado el lenguaje a la época actual, procurando mantener su pleno sentido. A este fin obedece también el que haya suprimido la mayor parte de las citas y anotaciones que resultan muy útiles para los investigadores, pero superfluas para los que sólo desean conocer por primera vez los escritos de la Santa.

He intercalado en el texto bajo los enclaves [] las aclaraciones o explicaciones que me han parecido más útiles y orientativas, así como retazos de las Cartas de la Santa que se refieren al mismo tema. Invito al lector estudioso a que acuda al texto original para que conozca íntegramente los escritos de la Santa.

Alberto Z. Croxatto

INTRODUCCIÓN

Angel Morta

Santa Catalina es un alma exuberante de vida divina. Su maravilloso apostolado es irradiación de su vida interior transformada en Cristo. Como San Pablo, invita a sus numerosos discípulos a seguir su ejemplo: *Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo*. A imitarla, no en lo extraordinario, sino en lo esencial de su vida interior de unión con Dios, en su caridad y en su total entrega al bien de las almas.

En Santa Catalina no hay dualidad entre su vida y sus escritos. Vive en su plenitud la doctrina que contiene el *Diálogo*, y escribe o dicta lo que de continuo vive.

Leer sus escritos es dejarse contagiar y hacerse discípulo suyo. Tanto que Santa Teresa llegó a decir que “después de Dios debía a Santa Catalina muy singularmente la dirección y progreso de su alma en el camino del cielo”.

El *Diálogo* reproduce en su conjunto la conversación con Dios mantenida por Catalina. La conversación que fue toda su vida, lo cual no significa que todas las enseñanzas fueran recibidas directamente por los caminos extraordinarios de los fenómenos místicos. Todo el *Diálogo* gira alrededor de un hecho central, una idea eje, la gloria de Dios en la salvación de todos los hombres.

Su estilo revela un modo de ser. Es una santa a quien le gusta poco hablar de sí misma.

Entrar en la órbita de la Santa es embarcarse en una aventura de responsabilidades. Tiene una atmósfera propia, inconfundible: la de la fe. Penetrar en ella es sentirse apremiado constantemente a ser lógico, a ser consecuente.

La primera impresión que deja la lectura del *Diálogo* como de sus cartas, es la solidez de sus ideas. [Son casi 400 cartas las que han llegado hasta nosotros, las cuales han sido numeradas]. Mujer de principios claros, graníticos, seguros, y de una total entereza para vivir su vocación, para secundar la llamada sobrenatural.

La clave de muchos misterios de su vida se halla en esta misteriosa compenetración e identificación de voluntades —la suya con la de Dios—, y en el enorme sentido vocacional de su maternidad. Es una Santa que ama ¡y en qué forma!

Sus escritos por otro lado nos descubren que su *camino* es accesible: la conciencia y convicción del propio ser, y por tanto, del no-poder, frente a la omnipotencia inspirada y manejada por el amor. Cualquiera puede entonces aspirar al reconocimiento agradecido: *Hizo en mí cosas grandes el que es todopoderoso*. Y cuando hablamos de grandes, no queremos decir lo portentoso y extranormal. ¿Hay cosa mayor que ser llamado a la intimidad, al humilde servicio de Dios por amor, a la transformante unión vital con Jesucristo, puente por el que se va al Padre, al seno de la Trinidad?

Por último, la medida es esta Santa es el exceso: el ¡todo por el todo! ¡Justo la misma medida del amor, que es no tenerla si éste es auténtico!

Esbozo biográfico de Santa Catalina

Lo que conocemos de Catalina, proviene sobre todo de la Biografía que escribió sobre ella, cinco o seis años después de su muerte, su director espiritual, el Beato Raimundo de Capua.

Santa Catalina vive treinta y tres años. Nace en 1347, en el barrio de Fontebranda de la ciudad de Siena. Es la vigésima cuarta de los veinticinco hijos de Jacopo Benincasa, un tintorero de pieles, y de «Monna» Lapa.

A los cinco o seis años tiene una «visión» en el Valle Piatta y hace voto de virginidad. Es la primera experiencia de lo sobrenatural, que marca una profunda huella y le descubre horizontes deslumbradores.

Hasta los quince años, junto a su oración y a sus mortificaciones, se desarrolla la lucha familiar para buscarle, según las costumbres del tiempo, un buen partido. Su hermana Buenaventura, tiene más éxito que la madre en convencerle de la necesidad de arreglarse un poco más, cuidar el vestido, teñirse el pelo... Un aire de mundanidad, por complacer a su hermana, entibia su fervor, hasta que la muerte en un parto de Buenaventura propicia su «conversión»; su retorno a la entrega a Dios sin reservas ni recortes. Vuelve el enojo de sus familiares, la dureza de trato, el aislamiento, la persecución ante su gesto —símbolo de su decisión interior— de cortarse su espléndida

cabellera. Vive en la inefable *celda interior*, que ya no abandonará de por vida.

A los 16 años aproximadamente ingresa en las Terciarias Dominicanas, llamadas *Mantellate* por el manto negro que llevaban sobre el hábito blanco. Según reglas propias, bajo una superiora y un director, sin abandonar el ambiente familiar, llevaban una vida de gran actividad espiritual y benéfica.

Catalina se entrega a la oración, al trabajo doméstico, al servicio de los enfermos, al apostolado, de una forma incondicional, silenciosa e infatigable. Vive un ascetismo más acentuado, trabaja por vencerse a sí misma, mantiene luchas interiores prolongadas en torno a su vanidad femenina y a su instinto de la maternidad... Su madre no la comprende y se desespera. Son martirios íntimos que alientan su comunicación con Dios. Experimenta fenómenos místicos y calumnias infamantes.

Empieza en este tiempo a sufrir las críticas de la gente: los celos de mujeres piadosas, el escepticismo de frailes y sacerdotes que opinan sobre la ignorancia de la hija del tintorero, los corrillos de barrio, hasta se habla de ella en los salones elegantes y en las tertulias acomodadas.

Mientras tanto, por la calle pendiente que lleva a Fontebranda, una rica dama, un sacerdote, un maestro de Teología, un joven descreído... se encaminan hacia la tintorería, para hablar con Catalina: Tiene permiso para ello de su confesor. Son los albores de la fecunda maternidad espiritual, los primeros contactos de una nueva gran familia en germen.

Hacia los 20 años su vida oculta, de maduración espiritual, culmina en su desposorio místico: «Yo, tu Creador y Salvador, te desposo conmigo en la fe. Conserva intacta esta fe, séme fiel hasta que vengas al cielo a celebrar conmigo las bodas eternas. De aquí en adelante, hija, obra virilmente y sin titubeos en todo lo que la Providencia te presente...». Y en su dedo pone el anillo, delicioso compromiso de su matrimonio espiritual, imperceptible a todos los demás.

A los 21 años acontece la muerte su padre, Jacopo Benincasa.

A los 23 años recibe grandes dones de Dios. La preparan para la gran misión que va abriéndose ante su espíritu, hambrienta de la gloria de Dios y del bien de la Iglesia.

Cree haber muerto, y el grito de Dios le manifiesta los nuevos senderos de su existencia... Comprende, con luz más cegadora todavía, el valor de las almas a las que tiene que consagrar su ser y su morir de cada día.

Crece inconteniblemente el cerco de sus amistades, de su maternidad. Cada mañana trae un nuevo hijo. Los nombres Paglieresi, Maconi, Malavolti (el apasionado inconstante), Nigi di Doccio, Simón de Cortona (el sensible), Vanni (el pintor), Guidini (el notario), Fr. Lazzarino di Pisa (el franciscano docto y escéptico), el predicador de fama Gabriel de Valterra, el agustino letrado y sediento de soledades Wilim Fleete y tantos otros van desfilando por el callejón estrecho y la casa del tintorero de Fontebranda. Alguna que otra terciaria dominica. Pero en el cenáculo de Catalina predominan hombres de personalidad acusada, de lucha, de inteligencia exigente y espíritu distinguido. Su maestra excepcional, la «Mamma» tiene veintitrés años escasos.

Es la época del tránsito de la vida de contemplación a la acción. La intensidad de su vida interior va a tener la manifestación de un «darse» ininterrumpido. Va a hacerse realidad su lema: «las flores del amor, para Dios; los frutos, para el prójimo».

Tiene 25 años, empieza la acción política de Santa Catalina.

Primeras cartas a las grandes figuras del gobierno de la Iglesia y gobernantes de las repúblicas italianas. Primeras actividades públicas para promover la cruzada.

A sus 27 años el papa Gregorio XI le envía una bula de indulgencias, con el encargo de que haga oración especial por él y por la santa Iglesia. Es la vinculación oficial y solemne de Catalina al azar tormentoso de la Iglesia de su tiempo y a su obra de revitalizar al hombre caído.

Se reúne en Florencia el capítulo general de la Orden de Predicadores, y es llamada, para ser examinada en él, la «mantellata» de Siena, de la que se cuentan tantas y tantas cosas. No es una devota anónima, junto a un grupo incondicional de discípulos sumisos, entusiastas, está el vago rumor en la calle de unos círculos de detractores y sembradores de sospechas. La Orden asume la responsabilidad de examinar su espíritu. Se le señala por director a Raimundo de Capua, el «que me dio —dice Catalina—, la dulce Madre María».

De retorno a Siena, la encuentra sumergida en los horrores de la peste, calificada en la historia de «la gran mortandad». Impulsando la caridad de los que no estaban afectados por la peste, Catalina multiplica inconcebiblemente su propia caridad.

En su casa, junto a su madre, había once niños, sobrinos suyos, hijos de su hermano, que acababa de fallecer. De estos once, ocho fallecen, y ella, con sus propias manos y ánimo alegre les da sepultura diciendo: «A éste ya no le pierdo yo jamás». Su abrazo póstumo a los cuerpos inertes de sus sobrinos expresa una inmensa ternura materna, transida de profunda fe.

A los 28 años el anhelo de la cruzada le lleva a Pisa. Los estigmas le graban allí, al fuego invisible e indeleble del toque de Dios, las llagas del amor crucificado. Corre a la ciudad de Lucca para impedir su alianza con Florencia en la lucha contra el papa. Después vuelve a Pisa, y poco después a Siena. Un joven, Niccolo de Toldo, por unas frases desatinadas contra los gobernantes de Siena, es condenado a muerte. Tortura a Catalina la rebeldía del joven Niccolo contra los hombres y contra Dios. Llega hasta él... Lo cuenta ella misma en una carta estremecedora:

«He ido a visitar al que sabéis, y experimentó tal consuelo y alegría, que se confesó y se encontró en las mejores disposiciones. Me hizo prometerle que cuando llegase la hora de la justicia estaría a su lado, y he hecho como le prometí. Por la mañana, antes del primer toque de campana, fui a verle, y recibió gran consuelo. Le llevé a oír misa; recibió la sagrada comunión, de la que siempre estuvo alejado. Su voluntad se hallaba sometida a la de Dios; sólo temía ser débil en el momento supremo, y me decía: «Quédate conmigo; no me abandones, y todo irá bien y moriré contento». Y descansaba su cabeza sobre mi pecho. Entonces sentí un gozo y un perfume como de su sangre mezclada con la mía, que deseo verter por mi dulce Esposo Jesús. Ese deseo aumentaba en mi alma, y, observando su angustia, le dije: «Valor, dulce hermano mío, que pronto estaremos en las eternas bodas; irás bañado en la dulce sangre del Hijo de Dios, con el dulce nombre de Jesús, que nunca debe salir de tu memoria, y te esperaré en el lugar de la justicia». Todo terror se alejó de su corazón; la tristeza de su semblante se trocó en alegría y decía: «¿De dónde tan singular gracia que la dulzura de mi alma me esperé en el lugar santo de la justicia?» Ved la luz que había

recibido cuando llamaba santo al lugar de la justicia, y añadía: «Sí, iré fuerte y alegre, y me parece que he de esperar mil años aún cuando pienso que estaréis allí». Y pronunciaba tan dulces palabras, que la bondad de Dios era para hacerme morir de alegría.

Le esperé, pues, en el lugar de la justicia, rezando e invocando sin cesar la asistencia de María y de Catalina, virgen y mártir.

Antes de que llegase, me bajé y puse mi cuello en el tajo, pero sin obtener lo que deseaba, y rezaba y clamaba al cielo y decía: «María». Quería obtener la gracia de que ella le procurase la luz y la paz del corazón en sus últimos momentos... Mi alma se sintió de tal modo embriagada por la dulce promesa que se me hizo, que no veía a nadie, aun cuando había en la plaza una gran multitud.

Llegó, por fin, como un cordero apacible, y al verme se sonrió. Quiso que hiciese sobre él la señal de la cruz. Cuando la hubo recibido, le dije en voz baja: «Ve, dulce hermano; dentro de poco, estarás en las eternas bodas». Se extendió dulcemente, la descubrí el cuello e, inclinada sobre él, le recordé la sangre del Cordero.

Sus labios sólo repetían: «Jesús», «Catalina». Cerré los ojos, diciendo: «Quiero», y recibí en mis manos su cabeza.

En seguida vi al Hombre-Dios, cuya claridad semejaba la del sol... Esa alma entró en la herida abierta de su costado, y la Verdad me hizo comprender que aquella alma, se había salvado por pura misericordia, por gracia, sin mérito alguno por su parte:

Y esta alma hizo algo de una dulzura irresistible... Ya empezaba a gustar la suavidad divina; entonces se volvió como la Esposa cuando ha llegado al dintel de la morada del Esposo; miró atrás e inclinó la cabeza para saludar y dar las gracias a los que la acompañaron.

Cuando se llevaron el cadáver, mi alma descansó en una paz deliciosa, y disfrutaba tanto con el perfume de esta sangre, que no podía sufrir que lavasen la que había salpicado mis vestidos.

¡Ay, pobre y miserable! Nada más digo. ¿Cómo podré soportar el seguir viviendo aquí abajo sobre la tierra?» (Carta 273)

Tiene 29 años, es la víspera de la festividad del Corpus. Catalina mueve a la ciudad de Florencia a pedir la paz al papa, y al papa, a hacer las paces con ellos. Va a Aviñón para negociarlas. Florencia le traiciona y le engaña innoblemente. Presiona con las «razones de Dios» sobre el ánimo del papa para que retorne a Roma. La corte pontificia abandona Aviñón el 13 de septiembre. El grupo de Catalina —singular cortejo de seculares, religiosos y algunas terciarias dominicas— sale el mismo día. En Génova, Gregorio XI busca, en una entrevista con Catalina, alientos para proseguir su ruta. El papa entrará en Roma el 17 de enero del año siguiente. Catalina vuelve a Siena.

A los 30 años va en misión de paz al castillo de Rocca de Tentennano, levantado sobre la valle de Orcia. Todo el valle, asolado reiteradamente por guerras inacabadas, es el campo del apostolado de Catalina. Pecadores endurecidos y obstinados; pueblos abandonados, hervideros de odios y venganzas... Hay trabajo para largo. Remueve las conciencias buscando el abrazo de la paz de Dios. La mano pródiga de Catalina siembra a voleo la inquietud de su palabra, el consuelo para los que lloran y los prodigios para muchos que sufren. Aprende a escribir.

Suplica al papa el perdón para Siena, comprometida en la rebelión de Florencia.

A sus 31 años se agrava la situación de Florencia. Exasperados los florentinos, se han rebelado contra la prohibición papal que pesa sobre la ciudad y han celebrado solemnidades religiosas en la plaza de la Señoría... El papa manda a Catalina a Florencia. Durante estas negociaciones por la paz muere Gregorio XI. En una sublevación popular es amenazada de muerte. Sus cartas a Urbano VI son un clamor de angustia, una súplica insistente... El 18 de Julio llega el perdón a Florencia.

En septiembre de ese año empieza a verificarse una de las más amargas profecías de Catalina. Aviñón tendrá, por encima de todo, un papa francés: Clemente VII. Debido al carácter duro de Urbano VI, algunos cardenales mundanizados mienten y afirman que no se han dado condiciones suficientes de libertad en el cónclave donde éste fue elegido, y se deciden a elegir un pontífice más condescendiente.

De retorno a Florencia, Catalina se engolfa en la contemplación de la Misericordia y de la Providencia, y vuelca su alma de fuego en el libro del Diálogo. En octubre termina de dictarlo a sus tres secretarios.

El desgarrón producido por el cisma en la Esposa de Jesucristo le empuja irremediabilmente hacia Roma. Llamada por el papa, llega a la Ciudad Eterna.

A los 32 años dirige ardientemente una campaña en favor del verdadero papa, Urbano VI. Habla en consistorio a los cardenales, envía cartas, llama junto a sí a las más relevantes personalidades en santidad que por entonces había en Italia. Su visión es, inflexiblemente clara y segura. Los males de la Iglesia no tienen más remedio que una inundación de santidad. Está presente, sin embargo, en las turbulencias, junto a Roma y en Roma mismo, entre los partidarios de uno y otro papa.

A los 33 años sus fuerzas están exhaustas. Y mientras vive se inmola por la Iglesia. Acude diariamente, durante unos meses, a San Pedro del Vaticano. La llama inquieta de su espíritu apenas puede ser ya contenida por la fragilidad de un cuerpo que se desmorona. Allí, arrodillada, extática, se ve aplastada por el peso de la nave de la Iglesia, que Dios le hace sentir gravitar sobre sus hombros de mujer. Dicta sus últimas cartas-testamento, conforta y estimula a los suyos. «Pequé, Señor, compadécete de mí», «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», dice reiteradamente interrumpiendo sus dictados.

Cierra el paréntesis de su vivir terrestre hacia el mediodía del 29 de abril de 1380, domingo antes de la Ascensión.

El proceso de su transformación interior

En la vida espiritual de Santa Catalina pueden distinguirse tres etapas:

1) Primera etapa

La época de su adolescencia y primera juventud se caracteriza por un ejercicio intenso de los medios ascéticos: ayuno, abstinencia, silencio... Intento de imitación de los Padres del desierto, cuyas vidas, un tanto legendarias, escucharía desde muy pequeña, alrededor de la lumbre, en las prolongadas veladas de invierno.

Tienen singular trascendencia en este período dos hechos: la «visión» de Valle Piatta, y el posterior enfriamiento de su vida espiritual.

En la «visión» de Valle Piatta, Jesucristo, revestido de majestad, fija la mirada en la niña, que se ha quedado inmóvil en mitad de la cuesta; le sonríe dulcemente, levanta la mano y traza sobre ella una bendición.

Desde este momento, ya no parece ser niña. Su voluntad se fortalece, el fuego del amor divino abrasa su corazón e ilustra su inteligencia. Es una primera llamada hacia el mundo sobrenatural de su vocación, a la que ella responde con un voto de virginidad; ella, sólo para Jesucristo.

Todo esto acontece dentro. Por fuera, una niña que juega, corretea y canta; llora y busca el mimo, perdida en el enjambre de hermanos de la casa del tintorero.

El día de la «visión», su hermano Esteban, le grita impaciente: «Pero ¿qué haces?, ¡Camina! » «Si vieras lo que he visto yo... », se sincera ella. «¡Bah!» Y Esteban se encoge de hombros, como tantas veces durante la infancia de Catalina los encogerán sus hermanos y sus padres ante las incomprensibles pequeñas «rarezas» de la penúltima, a la que gusta rezar, que le hablen de Dios, del Niño Jesús, de la Virgen y de los santos; que se pierde, a veces, en la soledad de la terraza o de algún rincón de la casa y sabe privarse de cosas apetecibles.

El otro hecho es el paréntesis de enfriamiento cuando empezó a ser mujer.

La tentación vino de fuera, y rodeada de todas las circunstancias que empujaban a ceder. No era ya su madre Lapa, con sus presiones descaradas y un tanto violentas para que se «arreglara» un poco más y se pusiera a tiro de un buen partido. Lapa es elemental, instintiva. Es una buena mujer de pueblo y sabe cumplir con su deber... Y piensa qué el de Catalina es idéntico al suyo. Entonces y allí, a los doce años, empezaba ya a ser hora de pensar en ello.

Es la hermana Buenaventura, ya casada, la más «amiga» de Catalina. Esta no apremia. Insinúa. Le enseña cómo cumple ella su deber de agradar. «No hay nada malo... ¡Es además tan natura! Puede ser un acto de virtud; todos los que la quieren estarían más contentos y

habría en casa menos disgustos de los que hay por culpa de su rareza...».

Catalina tuvo siempre conciencia de no haber cedido al deseo de agradar a los hombres. Pero sí la tuvo de haber cedido por debilidad al deseo de agradar a su hermana preferida... Por instinto de belleza, por sí misma...

Es una temporada en que aumenta la tibieza de su alma en la misma medida que crece la preocupación por su arreglo personal. La «toilette» femenina y el arte de embellecerse con los medios de entonces estaba tan adelantada en aquellas partes de Italia como puede estarlo en nuestros días con elementos distintos: dar al cutis de la cara y del cuello una fresca tersura; a la abundante cabellera, un dorado claro y un rizo airoso; adornar su vestido con el oportuno lazo, con un delicado pliegue o arreglo.

Son los devaneos de Catalina hasta los dieciséis años, cuando apenas se encuentra apoyada espiritualmente por nadie. Más que el hecho en sí, que ella no exagera, es su significación, su trascendencia en su propia vida: se ha preocupado demasiado en agradar a Buenaventura; ha malgastado el tiempo en complacerse consigo misma, ha girado en torno de su «yo», se ha amortiguado el fervor de su oración y la ilusión de su unión con Dios.

Todo esto empieza a verlo y a comprenderlo a la luz de la vela que ilumina tenuemente la palidez de muerte del rostro de Buenaventura que se va... Muere a consecuencia de un parto, en la flor de la edad.

«¿Acaso una criatura tan vil y despreciable, que ha recibido tantas gracias de su Creador, sin haberlas merecido, podría pasar así el tiempo adornando su cuerpo miserable, y esto por agradar a cualquiera? No. Sin la misericordia de Dios, no hubiese bastado el infierno para expiar mi crimen» (Biografía, Beato Raimundo de Capua)

Catalina no exagera. A la luz de la fe lo ve así. Ella ve y sabe las gracias que ha recibido inmerecidamente de Dios. El le hace penetrar un día en el misterio de la gran verdad. «Has de saber, hija mía, lo que eres tú y lo que soy yo. Tú eres la que no es y yo soy el que soy». Ella —la que no es— puede darse cuenta de lo que debe al que es y al que le ama a ella inefablemente. Ella ha preferido el gusto de su hermana.

Es su «conversión». Todas sus confesiones tendrán el íntimo estremecimiento del dolor de su culpa y del arrepentimiento. Durante tanto tiempo no le ha amado lo que debía... ; no ha correspondido a su inefable e incomprensible llamada de amor...

De entonces es su especial devoción a la santa que había sido pecadora como ella: la Magdalena del Evangelio. Y con su conversión se inicia la época de las grandes maceraciones y de la insistente, apremiante plegaria de arrepentimiento y reparación.

Es todo un símbolo la abundante cabellera que cae bajo el tijeretazo implacable. Se desencadena la tragedia familiar, que arrecia y se prolonga... Es la penitencia de Dios, la que El añade a las penitencias que ella busca en todas las cosas y a todas horas. Es servicial, trabaja hasta agotarse en las labores de una casa de familia muy numerosa... Agota la tenacidad materna con una superior tenacidad puesta al servicio de un amor que Lapa tardaría en comprender.

Ella, su madre, la había visto llegar a sus dieciséis años fuerte, robusta, como quizá ninguna otra en Siena, y llevar con aire garboso grandes sacos repletos de la calle al desván... Ahora su madre se desespera ante las tablas desnudas de la cama, los vestidos de lana, la sangre de los disciplinazos, las astucias que burlaban —en el dormir, en el comer— su ardua vigilancia. Catalina lleva una cadenilla de hierro que se ajusta apretadamente a su cintura.

No es la penitencia por la penitencia. Sólo el amor tiene sentido y da sentido y valor a todo lo demás. En ella, bajo esta luz, el amor tiene esas exigencias.

Es la fase de la expiación y la purificación que la ayuda a profundizar en la humildad y en un sincero arrepentimiento.

De esta época primera de su transformación arranca el clamor angustiado a la Bondad infinita, a la Misericordia, para implorar el perdón... Ante el crucifijo declara llorando: «Yo soy el ladrón y tú eres el ajusticiado...». Es el grito de cuyo eco oiremos luego tantas veces en el Diálogo:

2) Segunda etapa

Su ingreso en la Tercera Orden de Santo Domingo marca un cambio notable.

«Ya eres religiosa —se dice a sí misma—; ya no puedes vivir como hasta aquí has vivido. La vida del mundo ha pasado, la de tu profesión comienza, y debes conformarla a tu regla...»

Toma plena conciencia de su entrega y de sus exigencias entrañables. Su castidad, su pobreza y su obediencia, aunque sin los votos solemnes de la vida religiosa, tienen ya un sendero inequívoco y un cauce autorizado.

Dios le reserva una misión en el Cuerpo místico de su Iglesia. Esta es la razón su vocación, la cual le permitirá la libertad de movimientos que necesita para cumplir su tarea.

La fisonomía exterior de esta etapa la determinan: los deberes familiares, las obligaciones de caridad impuestas por la regla de terciaria y un encerramiento casi absoluto en la celda de su silencio exterior y de su trato asiduo con Dios, como prolongación del ya iniciado a raíz de su «conversión».

Menudean más los fenómenos sobrenaturales en su conversación con Dios. En el Diálogo hemos de encontrar multitud de ideas maduradas en estos años callados e intensos. «Tened por seguro que todo lo que sé de los caminos del espíritu, lo he aprendido de mi Señor», confesará más adelante a Fr. Raimundo.

Sus confesores anteriores al Beato Raimundo de Capua le proporcionan con frecuencia indecibles sufrimientos morales. Los caminos de Catalina no se ajustan exactamente a los por ellos conocidos... Y se empeñan en hacerlos ajustar, doblegándole a contrariar los impulsos de Dios. Su director en este noviciado para la gran misión es únicamente el insustituible Maestro de novicios, el Espíritu Santo.

Sobre el fondo de los sentimientos de *humildad* y *arrepentimiento*, que ya no la abandonarán, prosigue Dios la múltiple labor de purificación y solidificación de su virtud. Por fuera, las habladurías y los celos, la calumnia y la desconfianza. Por dentro, diferentes pruebas.

Junto a comunicaciones consoladoras y llenas de detalles exquisitos de Jesucristo para con Catalina, alterna el ataque refinado e insinuante del demonio, persistente hasta el agotamiento.

Estas tentaciones, que duraron varios días, iban a prepararla para un entrega más íntima y definitiva todavía: la de Catalina a Jesucristo y la de Jesucristo a Catalina.

«Comenzaron... las tentaciones de la carne; velando o durmiendo, las cuales herían sus ojos y oídos y la atormentaban de mil maneras. Catalina luchaba valerosamente contra sí misma, mortificando su carne con cadena de hierro hasta hacer correr la sangre en abundancia. Aumentó sus vigili­as hasta privarse, casi por completo del sueño; mas no por eso se dieron los enemigos por vencidos ni dejaron de tentarla. Tomaron la forma de personas que venían a compadecerla y aconsejarla, diciéndole: ¿Por qué, pobre niña, te atormentas inútilmente? ¿De qué te sirven todas estas mortificaciones? ¿Crees tú que podrás continuarlas? ¿No ves que eso es matarte y hacerte culpable de suicidio? Deja, deja esas locuras antes que caigas rendida. Aun puedes gozar del mundo; eres niña, y tú cuerpo recobrará bien pronto su vigor. Vivirás como las otras mujeres; te casarás y tendrás hijos, que serán útiles a la sociedad. Bien está que desees agradar a Dios, ¿pero acaso no hubo santas casadas? Mira a Sara, Rebeca, Lía y Raquel. ¿Por qué escoger ese otro género de vida en que no podrás continuar?»

Era la llamada astuta a las fibras siempre vivas de su instinto de maternidad para que renunciará a la vocación que Dios le había concedido.

Luego surge el zarpazo brutal, la llamada descarada a la pasión y al pecado: «El demonio se dejó entonces de razonamientos y emprendió un nuevo género de ataque. La cercó de representaciones de personas de distintos sexos, las cuales se entregaban a inmundas immoralidades; atormentaban con impureza los ojos y oídos de ella y la perseguían y excitaban con gritos a tomar parte en tales abominaciones. De nada le valía cerrar los oídos y ojos para no percibir tales voces y gestos lujuriosos; y para colmo de su aflicción, su Esposo, que antes tan frecuentemente la visitaba y consolaba, parecía haberla abandonado y que no le daba ninguna ayuda visible e invisible. De este modo se veía sumergida en desolada tristeza, pero sin cesar de mortificar su cuerpo y darse a la oración.

Catalina se anima a sí misma a resistir diciendo: «¿Eres acaso tú digna de consuelo alguno; tú, la más vil de las criaturas? ¿No te acuerdas de tus pecados? ¿Te crees algo, desventurada? Bastante será si evitas la condenación eterna sufriendo por toda la vida estas penas y tinieblas. ¿Por qué desanimarte y entristecerte? Si escapas del infierno, Jesucristo sabrá consolarte por toda una eternidad. Si has resuelto servirle, no es por gozar ahora de sus dulzuras, sino por

poseerle en el cielo. Así confundía con su humildad al príncipe del orgullo.»

Su habitación la veía tan llena de demonios presentándole imágenes impuras, que tenía que salir de ella a menudo. La mayor parte del tiempo lo pasaba en la iglesia, porque allí la atormentaban menos las obsesiones infernales que la seguían siempre.

Cuando otra vez entraba en su cuarto, volvía a su imaginación la multitud de representaciones impuras y obscenas. Y ella se refugiaba en la oración y clamaba a Dios hasta que la tempestad se apaciguaba algún tanto.

Después sobrevenía el coloquio dulcísimo: «¿En donde estabas durante estas luchas espantosas?» «Dentro de ti misma! Tú no querías la tentación, y allí estaba fortaleciendo tu voluntad»

No podían sospechar los que empezaban a acudir a Fontebranda en busca de luz, de paz para su espíritu, el combate encarnizado que Catalina vivía detrás de su semblante sereno. Ellos se volvían transformados, ella quedaba en la celda, agitada por el alboroto inquieto del maligno.

Es la época del hambre torturante por comulgar. Tampoco en esto le entendían. La época de su sumergirse en el misterio las llagas y de la sangre de Cristo, «derramada con tanto fuego de amor».

Es el preludio del esplendor nupcial que le prepara el Esposo...

3) Tercera etapa

El desposorio místico consume en Catalina la unión espiritual del alma con el divino Maestro y es, al propio tiempo, el principio y el símbolo de su fecundidad.

La actividad exterior de Catalina ha quedado hasta entonces reducida a los deberes estrictos de caridad y de sus reglas de terciaria. Los primeros discípulos no han significado todavía para ella el peso de una familia constituida. Contactos esporádicos, aislados, con autorización de su confesor, que no llegan a romper la muralla de aislamiento, silencio y soledad en la que se ha encerrado.

Ella misma no se percataba entonces de la misión providencial de aquellas luchas interiores y exteriores, que la iban forjando y le daban el temple requerido para su próximo apostolado. No podía apreciar todo el alcance de la luz extraordinaria que iba iluminando su alma: sobre el valor de las almas, el estado de la Santa Iglesia, las

necesidades del pontífice, la urgencia de una invasión de santidad sacerdotal.

La perfección de su vida interior, sembrada de fenómenos místicos, va a culminar en una síntesis armoniosa, razón suprema de su fecundidad y de su vocación misma: la unión perfecta entre su vida contemplativa y activa.

Catalina tiene estas dos vocaciones. Es su rasgo personal e inconfundible. No son dos vocaciones contradictorias, son dos vertientes de una misma e idéntica vocación.

Hay en el Beato Raimundo una página reveladora de esta doble vocación de Catalina. Hasta entonces, ella jamás salía de la celda de buena gana. Y, cuando no podía evitarlo, «sentía un dolor tan grande en el corazón como si se le fuera a romper. Sólo Dios era capaz de hacerla obedecer».

Sumergida en el puro deleite de la última conversación con Jesucristo, de una extremada familiaridad, surge el diálogo:

«—Vete; ya es hora de comer; los tuyos están en la mesa; vete, estáte con ellos, luego volverás junto a mí...

—¿Me echas, Señor? (Deshecha en sollozos.) ¿Por qué mi Esposo queridísimo me arrojas de tu presencia? Si he ofendido a tu Majestad: ahí está mi cuerpo, castígalo; pasaré por todo, pero no me impongas el martirio de separarme de ti. ¿Que haré yo en la mesa? Los míos no comprenden cuál es mi comida. He huido del mundo y de los míos para ser tu esposa; y ahora que eres mi todo, ¿me obligas a mezclarme de nuevo en las cosas del mundo, con peligro de recaer en mi ignorancia y llegar a ofenderte?

—Cálmate, hija queridísima; es preciso cumplir toda justicia y hacer fecunda mi gracia en ti y en otros. No pretendo separarte de mí; quiero, por el contrario, unirme a mí más estrechamente por medio de la caridad del prójimo... Debes cumplir los dos mandamientos del amor, en los que se encierra toda la ley... Desde pequeña he infundido en ti el celo por las almas. Llevas ya el hábito tan anhelado de la Orden nacida para el bien del prójimo. ¿Por qué te maravillas y te lamentas, cuando te empujo a realizar los sueños de tu infancia?

—Pero esto, ¿cómo puede realizarse?

—Según dispondrá mi bondad.

—Hágase tu voluntad, no la mía... Yo soy la que no soy y tú eres el que eres. Yo soy ignorancia, tú la sabiduría del Padre... Soy mujer...; ni los hombres me harán caso ni está bien que una mujer ande entre ellos.

—Yo difundo mi gracia como quiero. Ante mí no hay hombre ni mujer, ni pobre ni rico; todos son iguales, y lo mismo puedo hacer una cosa que otra... ¿Dudas? Crees, acaso, que no puedo encontrar el modo de llevarlo a cabo convenientemente. Sé que hablas así, no por falta de confianza, sino por humildad... Quiero instrumentos ineptos para humillar la soberbia de los sabios... Obedece con valentía, que pronto te mandaré entre la gente. No te abandonare dondequiera que te encuentres, ni dejaré de guiarte en todo lo que emprendas...»

Deja precipitadamente su habitación y se sienta con los suyos en la mesa. ¡Qué difícil explicar ciertas cosas a la madre, a los hermanos, a los sobrinos que alborotan! Obedece a la llamada del amor.

Su caridad tendrá rasgos de heroísmo desmesurado. Es un único Amor que no entiende de distinciones mezquinas. Ama nada más. Ama al Amor en el joven frívolo que reduce al redil de la gracia; en el viejo endurecido; en la cancerosa de lengua maligna; en el religioso altanero y escéptico que le azuza con argucias filosóficas, pero que no sospecha los males de su propio espíritu. Ama simplemente. Pero ama siempre. Y ésta es su vida.

Los grandes fenómenos místicos se acumulan en esta última etapa de forma prodigiosa: cambio de corazón con Jesucristo, estigmatización...

Crecen a la vez en su espíritu la convicción de su *no-ser*, de «nada con pecado encima», y, por tanto, de su radical impotencia para hacer, y la conciencia, cada vez más clara, de su vocación personal. Ningún pecado, ningún desorden, ninguna desgracia de la Iglesia, Esposa de Jesucristo, caen al margen de su responsabilidad. Ha ido dejando desgarrada a jirones y muerta su sensibilidad junto a calumniadores y apestados de cuerpo y de alma. Su voluntad se ha ido anegando y perdiendo en el abismo del misterio de la sangre de Jesucristo, es decir, del amor incomprensible de Dios para con el «no ser» de la criatura. Su «yo» —voluntad, sentimiento, intereses— se ha perdido en el ser de Dios.

En la inmovible serenidad de las cumbres de su unión con Dios va a realizar el prodigio de una actividad intensísima, agotadora, olvidada de sí, *por la gloria de Dios y la salvación de las almas*.

Cada día comprenderá con mayor claridad que en aquel desposorio místico se encierra el *principio* y el *símbolo* de su incalculable fecundidad...

Tiene que realizar su misión, y tiene que realizarla, entregándose a ella sin cálculos y sin reservas. Se la ha impuesto Dios, a semejanza de la dura obediencia que impuso a su Hijo unigénito, también para la gloria del Padre y la salvación del hombre; y ¿que puede hacer ella más que plegarse a su cumplimiento ?

Cuando Dios señala una misión, da siempre las gracias indispensables para realizarla. Sólo El puede disponer, eficaz y adecuadamente, a la criatura que ha de llevarla a cabo.

Ideas que más destacan en la doctrina espiritual del «Diálogo»

1) Conocimiento de «sí» y de Dios «en sí»

La ascética de Santa Catalina se basa en el conocimiento de sí en el conocimiento de Dios.

En la mentalidad de la Santa, el «conocimiento propio» tiene una hondura de significado al que no estamos habituados en el lenguaje actual.

Normalmente «conocerse a sí mismo» suele quedar limitado al conocimiento psicológico de los estratos de la personalidad o de sus elementos humanos. Suele ser el nuestro un «conocimiento propio» como punto de partida para un trabajo de corrección, de lima, de poda o de cultivo.

Santa Catalina habla de un conocimiento trascendente.

«El alma abre los ojos del conocimiento y ve que por sí misma no es, puesto que todo ser procede de Dios... » (*Carta 5*).

Esta verdad elemental la cinceló a fuego en su alma la luz de Dios: «¿Sabes, hija, quién eres tú y quién soy yo? Si sabes estas dos cosas, serás feliz. Tú eres la que no es; yo, por el contrario, el que soy. Si hay en tu alma este conocimiento, el enemigo no te podrá engañar, te librarás de todas sus insidias, jamás consentirás en cosa contraria a mis mandamientos y sin dificultad conseguirás toda gracia, toda verdad y toda luz».

Catalina ve todas las cosas y se ve a sí misma a la luz de la gran Verdad. El alma, según su doctrina, debe partir de aquí: de saberse el no-ser, que es colocarse en el lugar que le corresponde.

Humillarse nos suena a descender, en un rasgo de virtud generosa, de un plano en el que nos corresponde estar a otro inferior que propiamente no nos correspondería. No; la humildad, fruto del conocimiento de sí, en el sentido de Santa Catalina, es una *humildad substancial*. Nace del conocimiento cierto de la propia naturaleza de criatura, o sea del que por sí mismo no tiene ser, sino que lo tiene del Único que lo tiene en sí y puede darlo.

Pero esto destruye el *amor propio*, causa de todo mal; crea el *sentido del pecado*, el odio y el aborrecimiento del mismo. ¿Cómo puede el alma querer a sí misma, preferir sus gustos a la voluntad de Dios, el que se conoce internamente como no-ser? ¿Cómo puede no odiar el pecado quien a la luz de este conocimiento ha visto que el pecado es la *nada*, como obra del que *no es*, y por qué no existe en el ser de Dios, y, por tanto, indigno de ser querido y de ser obrado?

Sólo una luz estrictamente sobrenatural puede iluminar al alma hasta estas profundidades del propio conocimiento. El verdadero conocimiento de sí no va nunca separado del conocimiento de Dios.

Conocerse a sí mismo como *no-ser* es conocer a Dios como fuente del *ser* que se tiene. (Porque *no-ser* equivale, no a la negación de la propia realidad existente, sino a la afirmación de la razón del *ser* en otro, en el que nos lo da.)

Conocerse a sí mismo es conocer la bondad de Dios, el amor de Dios, que *se da* a la criatura en todo lo que es *ser* y en todo lo que el ser supone. El *ser propio*, todo lo que de positivo hay en el hombre en el orden natural y en el sobrenatural, no es más que la medida del amor con que Dios quiere a su criatura.

En el conocimiento de sí radica *el amor*, como radica la humildad que hemos llamado substancial. Trascendiendo el simple plano del mecanismo psicológico de las facultades humanas, en un sentido mucho más pleno, también aquí el *amor* nace del conocimiento; del conocimiento de sí y de Dios en sí. El conocimiento propio es el combustible de la hoguera de la caridad.

Cuando el alma «abre los ojos del conocimiento y ve que por sí misma no es, puesto que todo ser procede de Dios, encuentra su inestimable caridad, que por amor y no por deber le ha creado a

imagen y semejanza suya para que goce y participe de la suma y eterna belleza de Dios, que no le ha creado para otro fin...» (Carta 5).

El conocimiento propio sin el de Dios hunde en la *desesperanza*. El de Dios sin el conocimiento propio lleva a la *presunción*, nacida y fomentada por la soberbia.

Son dos aspectos de una misma actitud o postura del espíritu ante la realidad de Dios —trascendente— y la propia —intrascendente— realidad. El alma situada en este conocimiento trata de *orar continuamente* y de obrar con rectitud de intención en todas las cosas.

2) La celda interior

Es frecuente y característica esta figura en el lenguaje de Santa Catalina. Sólo que a veces se la emplea para encarecer la necesidad del *recogimiento interior*; vivir dentro de sí, no vivir a flor de los sentidos. Con lo que —por quedarse a mitad de camino— puede venir a significar algo diametralmente opuesto a lo que Santa Catalina quiere dar a entender.

Prácticamente, para no pocos hombres, vivir dentro *de sí* equivale a vivir *de sí, en torno de sí mismo*. Santa Catalina no habla simplemente de la celda interior, sino de la celda interior del conocimiento *de sí*.

La celda interior del conocimiento de sí se impone precisamente para hacer vivir al alma no de cara a sí, sino de cara a la bondad de Dios que en sí misma descubre. No tiene por qué perder el tiempo, dándole una importancia que no tiene al que *no es*.

Encerrarse en la celda interior del propio conocimiento es no querer ver las cosas, a Dios y a sí mismo, más que bajo esta luz, vivir siempre en la Verdad, moverse indefectiblemente en el plano de la visión verdadera, la de Dios.

Cuando el religioso desobediente abandona negligentemente la celda de su convento, es que antes ha abandonado la celda interior del conocimiento de sí mismo; *si no se hubiese salido de ella, habría conocido su propia fragilidad*, que le aconsejaba no andar fuera, sino quedarse en la celda.

Quien quiera llegar al amor perfecto de hijo y participar de los inefables secretos de la intimidad de Dios, debe vivir en esta casa del conocimiento de sí.

Es mucho más que «andar recogido». Es vivir de modo habitual convencido de estar apoyado siempre —en el *ser* y en el *obrar*— por el ser y el poder de Dios. Y, como consecuencia, vivir correspondiendo —en el amor y en las obras— a la incomprensible bondad de Dios, que se vuelca sobre la criatura que no-es.

Se entiende ahora fácilmente que la Santa vea en esta «celda del conocimiento de sí» la fuente perenne del amor y el secreto de la *perseverancia*.

«... en ninguna parte encontramos tanto este fuego divino como en nosotros mismos. Porque todas las cosas creadas son hechas por Dios para la criatura racional; y a esta criatura la ha creado para sí, para que le ame y le sirva a El con todo el corazón, con todo el afecto y con todas sus fuerzas. Por esto, el alma que se ve tan amada no puede defenderse y excusarse de no amar: ésta es la condición del amor.» (Carta 369).

Este es el punto de partida de la Verdad del hombre. En él debe necesariamente colocarse para *andar en la verdad* y para *hacer la verdad* en su camino hacia Dios.

3) La «verdad de Dios»

Por el pecado y la desobediencia de Adán el hombre no daba a Dios la gloria que le debía y no participaba del bien para el que Dios le había creado, de modo que no se cumplía la *verdad de Dios*. Esta verdad es que Dios le había creado a imagen y semejanza suya para que tuviese vida eterna y participase de El y gustase su suma y eterna dulzura y bondad.

«La verdad —la suma y eterna verdad de Dios, que conocemos en la sangre de Cristo crucificado— fue ésta: que nos creó para *gloria* y alabanza *de su* nombre y para *que gozásemos de* su eterno y sumo bien» (Carta 227).

La verdad de Dios es el designio de su amor sobre la criatura. Es su idea al darle el ser. Su finalidad al crearle y, por tanto, la finalidad inmediata y mediata del hombre. Al no cumplirse la *verdad de Dios* en orden a la gloria que el hombre le debe tampoco se cumple la verdad de Dios en orden a la felicidad a que Dios le destinaba.

Esta es la «verdad de Dios», cuya realización hace posible de nuevo Jesucristo con su sacrificio redentor. Por esto dice que conocemos esta verdad en la sangre de Cristo crucificado. En ella

resplandece la verdad de nuestro destino terreno y eterno: la «verdad de Dios...».

4) El supremo dominio de Dios

«Debes saber, hija mía querida, que ninguno puede escapar de mis manos, porque yo soy *el que es* y vosotros no sois por vosotros mismos, sino en cuanto sois hechos por mí, que soy Creador de todas las cosas que *participan el ser*», El hombre está obligado a amarme, porque... yo le he dado el ser con tanto fuego de amor» (Diálogo).

Este dominio que nace del amor:

«Si yo hubiese retirado de vosotros mi amor, vosotros habríais dejado de ser... *Mi amor os creó y él os conserva...*».

«... mirándome en mí mismo, *me enamoré de mi criatura*, y quise crearla a mi imagen y semejanza».

«¿Cuál fue la causa de que pusieses al hombre en tanta dignidad? El amor inestimable con que miraste en ti mismo tu criatura, de la que te enamoraste y a la que únicamente por amor creaste, dándole el ser para que te gustase y gozase el eterno Bien» (Diálogo). *Nos amó antes que fuésemos.*

Alabar a Dios y darle gloria es la «obediencia» impuesta por Dios al hombre. Aun rebelándose contra El y negándole su sumisión, no puede escapar de su dominio supremo ni evitar darle gloria a pesar de todo.

Sólo Dios puede llenar el corazón del hombre; hecho a su medida. El hombre es superior a todas las cosas creadas; por esto sólo puede ser feliz en Dios. Y todas las cosas que no son ni Dios ni el hombre están puestas por Dios para su servicio y utilidad. No para que el hombre se haga su esclavo. No es el hombre para las cosas, sino las cosas para el hombre, para que le ayuden al cumplimiento de la obediencia que Dios le impone.

Fruto de estas disposiciones interiores nace la indiferencia. Para los que en todo hallan la voluntad de Dios y no piensan sino en conformarse con ella en cualquier parte donde la hallan, es lo mismo la consolación que la tribulación, la prosperidad que la adversidad.

5) El cuchillo del odio y del amor.

La ascética de Santa Catalina no se pierde en aspiraciones fervientes pero estériles e inoperantes. Toda ella se basa en la realidad concreta de nuestra naturaleza, caída y redimida.

Este mismo realismo caracteriza su doctrina espiritual, la ascética que transmite al hombre para que pueda realizar la «verdad de Dios». Su vida y doctrina están transidas del sentido del pecado.

El antagonismo que se establece por la primera caída en el corazón humano, entre el amor a Dios y el amor a sí mismo, invade, con la tragedia de su lucha, todas las páginas de Santa Catalina.

También aquí el «amor propio» está marcado por lo trascendente. No es el «amor propio» que llevamos a ras de piel en nuestras relaciones con el prójimo, y que nos hace adoptar posturas recelosas, rígidas, rencorosas; o que nos hace anhelar un elogio o que nos entristece por un olvido o un desprecio. El «amor propio» del que habla Santa Catalina se ha de entender siempre en esta hondura del querer a *sí mismo* frente al amor debido a Dios.

Sólo entendido así se le puede atribuir todas sus perniciosas consecuencias, como raíz y causa de todos los demás males y pecados. Este amor propio es el que ciega e impide el propio conocimiento y nos hace ladrones de la gloria de Dios; «como ladrones, *me roban lo que es mío* y lo dan a la esclava de su propia sensualidad».

El alma iluminada por la luz del conocimiento de sí mismo y de la bondad de Dios en sí, siente nacer en sí el *odio incoercible de la ofensa de Dios* con la misma intensidad y fuerza con que en ella brota el amor. Son dos exigencias imperiosas de una misma luz. Dos vertientes de una misma montaña. Como dice la Santa, *son dos filos de un mismo cuchillo*.

Aborrecer, detestar el pecado, la propia sensualidad, el amor de sí mismo, busca esa radicalidad en el alma que conoce la bondad de Dios en sí. Santa Catalina no podía entenderlo más que como odio, y éste tan encendido y hambriento de lo absoluto como el mismo amor, porque de él nace.

Odio que es afán de venganza implacable. Este sentimiento inspira y se sintetiza en el instrumento de la venganza: la espada, el cuchillo de dos filos.

«Debemos odiar esta ofensa y odiarnos a nosotros mismos, que la cometimos; puesto que la persona que concibe odio de algo, quiere

tomarse venganza de la vida pasada y sufrir toda pena por amor de Jesucristo y reparación de sus propios pecados. Estas son las venganzas que debemos tomarnos con esta espada de doble filo : el del odio y el del amor» (Carta 159).

«El alma unida a Dios, decía, tanto como ama a Dios, otro tanto aborrece su parte propia sensible. El amor de Dios engendra naturalmente el odio del pecado, y cuando el alma ve que el germen del pecado está en su parte sensitiva y allí echa raíces, no puede menos de aborrecerla y esforzarse no en destruirla, sino en aniquilar el vicio que en ella está; lo cual no puede lograr sin grandes trabajos y mortificaciones. Queda, sin embargo, la raíz de las faltas, aunque sean pequeñas, pues, según San Juan, si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos y no hay verdad en nosotros (1 Juan 1,8). Este santo odio comienza en el alma por un cierto desprecio de sí misma, y este desprecio la defiende de las seducciones del demonio y de los hombres.» (Testimonio de ella misma, según *Biografía* de Raimundo de Capua)

Es el planteamiento descarnado del combate ascético. Santa Catalina no lo suaviza ni lo dulcifica. Dice sólo que este odio nace del amor y es un aspecto del mismo. No cabe la componenda entre los términos antagónicos del dualismo de los dos amores. Toda su ascética se dirige a ordenar el amor, a vencer el propio querer; *el alma debe correr muerta* por el camino de la verdad..., dice al cerrar El Diálogo.

6) Las «lágrimas»: la contrición del corazón.

El sentimiento de deuda para con Dios; el considerarse merecedor de todo castigo y todo sufrimiento en descuento de la deuda contraída, viendo en ello una prueba de la bondad providente; el deseo de reparar que inspira toda la penitencia corporal, son otras tantas equivalencias y matices de la compunción o arrepentimiento del corazón, lo ella denomina *las lágrimas*: una gama de las actitudes del hombre pecador frente al pecado y al Dios ofendido; desde el que llora sólo por las consecuencias de sus culpas hasta el que llora sólo por el daño del prójimo, o por la ofensa de Dios a quien ama.

«Porque cuando el alma considera que ha ofendido a su Creador, sumo y eterno bien, crece en odio de sí misma hasta el punto de querer tomar venganza y hacer justicia y esta contenta de sufrir todas las penas y fatigas para satisfacer la *ofensa que ha hecho* a su Creador. Y por esto se *considera que Dios le hace una grandísima gracia* al

castigarle en esta vida y no reservarse para castigarla en la otra donde las penas son infinitas» (Carta 4). ¿Puede haber fundamento más sólido para aceptar y sobrenaturalizar del sufrimiento?

Del conocimiento de sí y de la bondad de Dios en sí nace el conocimiento del pecado. En la medida de la claridad y hondura del uno será la hondura y la claridad del otro.

La ausencia de sentido del pecado en el hombre responde a la ausencia del sentido de Dios. Le falta punto de referencia.

La idea del pecado en sus escritos está transida siempre del pasmo de la visión de la Majestad, del Amor, de la Bondad, a la que se ofende pecando. Es la rebelión ingrata del que no-es contra el que es. «No consiste más que en amar lo que El aborrece y en aborrecer lo que El ama». Es preferir lo que no es para ofender al que es. Es hacerse esclavo de lo que, por no estar en Dios, que es el ser, no tiene ser en sí y no debe ser amado, es *nada*.

Su idea de *pecado* responde siempre a este planteamiento: ¿Qué piensa Dios del pecado?

«Dios entonces, como ebrio de amor por nuestra salud, encontraba modo de encender en aquella alma amor y dolor mayores todavía. Le daba a entender con cuánto amor había El creado al hombre, y le decía: ¿No ves cómo todos me maltratan, habiéndoles creado yo con tanto fuego de amor, dotándoles de tantas gracias, y dándoles tantos dones por pura bondad y no por obligación? Mira, hija, con cuántos y diversos pecados me lastiman, y especialmente con el abominable amor propio, del que provienen todos los males.»

Es decir, la importancia y gravedad del pecado se mide por la inmensidad del amor ofendido. Los actos de la criatura tienen la limitación de su naturaleza; no pueden ser infinitos. Pero la gravedad del pecado se basa por el ser a quien se ofende: ofende a Dios.

La relación del pecado con el sufrimiento y la muerte de Jesucristo es evidente para ella. Esta evidencia es precisamente la que le inspira los arranques más impetuosos y angustiosos de sus coloquios con Jesucristo: «Tú, abismo de caridad, parece que enloqueces con tus criaturas, como si no pudieses vivir sin ellas, siendo tú nuestro Dios, que no tienes necesidad de nosotros, y nada se añade a tu grandeza por el bien nuestro, porque eres inmutable... ». «Yo soy *el ladrón* y tú eres *el ajusticiado en lugar mío*».

«La criatura se convierte en lo que ama, Si yo amo el pecado, el pecado es nada : he aquí que me convierto en nada» (Carta 29).

Este es el punto de vista de Dios sobre el pecado, la revelación de su pensamiento sobre su gravedad; ¡hace justicia y venganza de él sobre el cuerpo de su Hijo!

El pecado renueva cada vez su muerte, «porque no ha muerto *por su culpa*, sino *por las nuestras*».

«Este es el modo de participar en la sangre de Cristo crucificado, alzarse con odio y con amor y ponerse como objeto (de consideración e imitación) las penas y vituperios, los azotes y la muerte de Cristo crucificado, pensando que somos nosotros los que le hemos matado y le matamos todos los días pecando mortalmente. Puesto que no murió por sus culpas, sino por las nuestras» (Carta 2)

Por esto la «absolución sacramental hace correr la sangre de Cristo por la cara del alma», y no hay pecado mayor que el de creer mayor el pecado propio que el amor de un Dios que muere para perdonarlo...».

7) Jesucristo, camino hacia el Padre.

Catalina confiesa en cada una de sus páginas que sólo la luz sobrenatural, que Dios da gratuitamente, puede abrir el sentido de la verdad revelada.

Ella —por bondad de Dios— tuvo esta luz y penetró en el misterio de Jesucristo.

La visión que tiene de Jesucristo llega a la esencia misma del misterio de Cristo. Ella capta su «misterio». Apenas ve más que su misterio «redentor en acción», y, por tanto, con una actualidad y una presencia perennes que impresionan hondamente.

No es una contemplación abstracta y teórica de Jesucristo. La pura lucubración no le interesa. En Santa Catalina, jamás es el entendimiento solo el que habla o discurre; es toda ella, con toda su sensibilidad y, sobre todo, con su inmenso corazón.

Considera cuánto desea Jesucristo que llegue la afrentosa muerte de cruz para cumplir la *obediencia* impuesta por el Padre, sin que le puedan apartar de este cumplimiento ni las fatigas, ni los oprobios, ni los escarnios, ni la ignorancia e ingratitud de los *hombres*, ni la persecución de los judíos. Jesucristo desea obedecer al Padre porque desea su gloria, vinculada a esta obediencia. Es el camino de la caída

del hombre, invertido y desandado —en designio inenarrable de amor — por Jesucristo.

«Y, puesto que el primer hombre cayó del estado de gracia por el amor propio de sí mismo, fue necesario que Dios usara de un medio opuesto a aquél; por esto con generosa e inefable caridad envió a este Cordero inmaculado, que no se buscó a sí mismo (como había hecho el primer hombre), sino sólo la gloria de Dios y la salud de las almas» (Carta 204).

Para Catalina, Jesucristo por todo pasó como verdadero capitán. Fue puesto por el Padre en el campo de batalla para combatir, a fin de arrancar al hombre de las manos del demonio y librarle de la más perversa esclavitud en la que podía caer, a fin de enseñarle su camino, para que pudiese llegar a las puertas de Dios, vida eterna, con la llave de su preciosísima sangre, derramada con tanto fuego de amor.

«Nuestro Rey hace como un verdadero caballero, que persevera en la batalla hasta que han sido derrotados los enemigos... Con su carne flagelada derrotó al enemigo, que es nuestra carne; con la verdadera humildad (humillándose Dios al hombre), con la pena y los oprobios, venció la soberbia, los placeres y ambiciones del mundo.. Así que su mano desarmada —fija y clavada en la cruz—ha vencido al príncipe del mundo, tomando por caballo el leño de la cruz santísima. Vino armado este nuestro caballero con la coraza de la carne de María, en la que recibió los golpes para reparar nuestras iniquidades. El yelmo, en su cabeza; la corona de espinas, hincada hasta dentro... La espada junto a sí, la llaga del costado, que nos muestra el secreto del corazón... Los guantes en su mano y las espuelas en sus pies son las llagas sangrientas... ¿Quién le ha armado caballero? El amor. ¿Quién le mantuvo firme, cosido y clavado en la cruz? El amor.» (Carta 4)

Cristo ha hecho de su cuerpo un yunque, en el que ha sido batido nuestro pecado. Es el médico que toma la amarga medicina que el hombre, enfermo, por su gran debilidad, no podía tomar. Es injerto de vida en el árbol de muerte de nuestra humanidad.

En todo este lenguaje metafórico predomina el aspecto redentor. Cristo ha muerto para darnos la vida: «En la cruz ha entablado un duelo para darnos la vida con su propia muerte».

Pero la derrota de nuestros enemigos, obtenida por Jesucristo en sí mismo, incluye para el redimido una obligación de continuidad. El comienza la obra por nosotros en su doble interpretación; en lugar

nuestro, porque nosotros éramos impotentes, y por nuestro amor inmerecido. Vence en sí mismo nuestros enemigos para que ninguno pueda excusarse de vencerlos con su ayuda. Los vence en sí mismo por amor al hombre para que el hombre no pueda rehuir el compromiso de combatir contra ellos por amor a El. Su humillación es la derrota, que el hombre debe prolongar, derrotando su amor propio. Su dolor y su muerte es el principio del combate victorioso de la propia sensualidad. Su obediencia heroica es el dominio reconquistado sobre el afán de independencia respecto de Dios, que la criatura debe encarnar en su propia vida. Los vence no para relevar al hombre de su participación en el combate, sino para comprometerle con el compromiso insuperable del amor, de la gratitud, de la nobleza, de la caballeridad, en la lucha insoslayable contra las concupiscencias que le alejaron de Dios y le acarrearón la muerte.

Es para Catalina este aspecto de la doctrina cristológica la inagotable fuente de la confianza, del estímulo y de la seguridad en el triunfo. No hay obstáculo ni enemigo que pueda dificultar el retorno del hombre a Dios que antes no lo haya vencido —en lucha sangrienta—, por amor a él, Cristo Jesús, el hermano mayor.

La santidad y las virtudes de Jesucristo no pueden ya relegarse a la categoría de simples virtudes y santidad, puramente personales en Jesucristo. El misterio de la, encarnación-redención, al constituirle en Cabeza del hombre nuevo, hace que su santidad y sus virtudes queden constituidas en modelos de santidad para todo el Cuerpo místico. No hay más camino para ir al Padre que Jesús. Ni puede inventarse un modo de santidad, de glorificar al Padre, distinto del que la Cabeza ha trazado para todos los miembros del mismo Cuerpo. Debajo de la cabeza coronada de espinas no puede haber miembros regalados. «Su vida no fue más que escarnios e injurias, vituperios y ultrajes, y al fin la afrentosa muerte de cruz. Por este camino le siguieron los santos, como miembros unidos con esta dulce Cabeza, Jesús» (Carta 108); *¡Revestíos de Nuestro Señor Jesucristo!*, exhorta, con palabras de San Pablo, en una carta (Carta 160).

A esta luz hay que interpretar las alegorías usadas por Santa Catalina para expresar la función de Cristo en la obra de la santificación personal de los cristianos: Jesucristo-Escalera, Jesucristo-Puente, Jesucristo-Camino. Todas ellas incluyen la doble idea del mérito radical que permite la salvación del hombre y de medio insubstituible para alcanzar la perfección.

Catalina alienta a seguir a Cristo y a entregarse a El sin reservas: «¿Quién será el de tan vil corazón que, viendo a este capitán y caballero que ha quedado a la vez muerto y vencedor, no arroja la debilidad de su corazón y no se haga viril contra todo adversario?» (Carta 256)

La Sangre ha sido dejada en depósito en el Cuerpo místico de la santa Iglesia para animar «a aquellos que quieran ser *verdaderos caballeros* a combatir contra la propia *sensualidad y la carne frágil*, contra *el mundo y el demonio*, con la espada del aborrecimiento de esos sus enemigos, con quienes han de pelear, y también con el amor de la virtud».

8) Itinerario del amor

Toda la doctrina ascética de Santa Catalina gravita sobre el ordenamiento total del amor que el hombre debe a Dios, y que por el pecado desvía hacia sí mismo.

Arrancando del principio básico del *no-ser* de la criatura y del amor con que Dios le comunica su propio ser, pasando por Jesucristo-camino, puente, la misión del alma humana en esta vida se cifra en enderezar hacia Dios y depositar en Él toda la capacidad de querer, traducida en la realidad concreta de su existencia al servicio de la gloria de Dios.

En la adhesión personal e identificación con Jesucristo (pasar por el puente) hay un primer grado: el amor mercenario. Más que amor, podría llamársele servicio mercenario. Les arranca del pecado —a los que están en este grado— el temor servil, el provecho propio.

Dios en su providencia intentará de mil distintas maneras probarlos, excitarlos. Su llamada será insistente para que purifiquen su amor e intención. Con delicadeza de conciencia y oración incesante llegarán al amor de amistad.

Si supera las dificultades que han de surgirle de todas partes para impedir su constancia en la oración y del «conocimiento de sí», si no pierde la convicción de la humildad «substancial», llegará a la perfección del amor —el de hijo—, uno de cuyos síntomas principales es precisamente el «dar a luz las virtudes», internamente concebidas en beneficio de su prójimo.

La virtud ordenadora de la caridad es, en el lenguaje del Diálogo, la *discreción*, «que no es otra cosa sino un verdadero conocimiento

que el alma tiene de sí y de mí» y «le hace dar a cada uno lo que le es debido: a Dios, a sí mismo y al prójimo».

Su primera exigencia es que ni «por librar del infierno a todo el mundo o por ejercitar alguna virtud cometa el alma un sólo pecado». Y en los últimos grados hace que «no solo sufran con paciencia los trabajos que les sobrevengan, sino que se glorían en pasar muchas tribulaciones por el nombre de Dios..., viéndose vestidos de las penas y oprobios de Cristo crucificado. De modo que, si les fuera posible obtener la virtud sin trabajo, no querrían, porque prefieren deleitarse en la cruz con Cristo crucificado y adquirir con sufrimiento las virtudes antes que conseguir por otro medio la vida eterna».

Esto significa no preferir el gusto propio al querer de Dios, incluso en las cosas lícitas. El amor lleva hasta pretender parecerse lo más posible al Amado, compartiendo sus sufrimientos y humillaciones.

«El alma que ve su nada y sabe que todo su bien está en su Creador, se abandona tan perfectamente y se sumerge de tal modo en Dios, que toda su actividad a El se dirige y en El se ejercita. Ya no quiere salir más del centro donde ha hallado la perfección de la felicidad; y esta unión de amor, que cada día aumenta en ella, la transforma en Dios, por decirlo así, de tal modo, que no puede tener otros pensamientos, ni otros deseos, ni otro amor que El; pierde todos los recuerdos; nada ve sino en Dios y no se acuerda de sí y de las criaturas sino en El. Está como sumergida en un océano, cuyas profundas aguas la cercan. Nada percibe que hay en esas aguas. Puede ver los objetos exteriores que allí se reflejan; pero los ve en el agua solamente y tales como están en el agua. El alma sigue entonces la voluntad divina; nada desea y nada hace fuera de Dios» (Confidencias al Beato Raimundo de Capua, *Biografía*).

«No ames a la criatura fuera de mí», le había dicho Dios en cierta ocasión. A esta perfección de su amor, cuando el alma se ha despojado enteramente de la voluntad propia y ha muerto a ella, corresponde — cuando Dios la da— la gracia de la unión mística, perfectamente caracterizada y distinta de la simple unión por la gracia.

9) El «dogma» de Santa Catalina y la Sangre»

En la vida espiritual de Santa Catalina tuvieron una importancia excepcional las experiencias místicas sobre la sangre preciosa de Cristo crucificado.

La Santa presenta al Eterno Padre su petición ardiente en favor de una persona en peligro. Apela a su providencia infinita. «Jamás faltará —le dice Dios— mi providencia a quienes quieran recibirla, a los que pongan en mí toda su confianza». Y le invita a mirar en el abismo de su caridad. «En él veía que Dios era suma y eterna bondad, cómo sólo por amor había creado al hombre y le había reconquistado con la sangre de su Hijo: y con este amor les daba todo lo que de El provenía. Tribulación y consolación, todo le era dado por amor y para proveer a la salud del hombre, y no para ningún otro fin. Y decía (Dios): *La sangre esparcida por vosotros os manifiesta que esto es la verdad...*»

Esto lo calificamos como el dogma de Santa Catalina, pues tan firme y evidente era para ella. «Dios nos ama inefablemente». Ella lo había visto en la Sangre. Si Dios no nos amase tanto, no habría derramado con tanto fuego de amor la sangre de su Hijo. Esta es toda su argumentación.

Para justificar la providencia de Dios sobre el hombre, el mundo y su Iglesia, para estimularnos a la confianza, por muy adversas que parezcan las circunstancias, Santa Catalina apela incansablemente a su «dogma». Dios nos ama inefablemente, nos lo revela el clamor de la sangre de Cristo. Es El quien dispone todas las cosas; todo lo permite sólo por amor a la criatura, para su santificación y salvación.

La clarividencia inamovible de su fe avasalla, subyuga convence; Dios es amor. Contactar con esta faceta del alma de Catalina es sentirse empujado fuertemente a mirar sobrenaturalmente el mundo, las cosas y los acontecimientos. Pierden importancia las circunstancias, las causas segundas, pues todo, en definitiva, está ordenado y decidido por el amor inefable de Dios: ¡lo demuestra la sangre de Jesucristo!

Esto tiene una importancia trascendental para la vida cristiana. Este espíritu de fe cambia el panorama de una vida entera. La misma Santa en el *Diálogo* y en las Cartas se encarga de hacer las aplicaciones prácticas. No escandalizarse de los designios de Dios; no murmurar de ellos interpretándolos torcidamente; recibir con amor lo que por amor Dios envía; alegrarse de que Dios nos ame sea cual sea la forma externa con que nos lo manifieste; fe en que, por querer sólo nuestro bien, todo contribuye a nuestra santificación; no nos querría si algo dispudiese que impidiese nuestra santificación..., etc.

«Dios no quiere otra cosa más que nuestra santificación, porque nos ama inefablemente. ¡Debes, pues, estar contento en todo tiempo y lugar, puesto que todas las cosas te son concedidas por el amor eterno! Por amor, gózate en las tribulaciones y considérate indigno de que Dios te conduzca por el camino de su Hijo y en toda cosa da gracias y alabanza a su nombre» (Carta 10).

«... nos conviene ver y conocer en verdad con la luz de la fe que Dios es suma y eterna bondad y que no puede querer más que nuestro bien, ya que su voluntad es que seamos santificados en El; y lo que El nos da o permite, nos lo da para este fin... (De esto)... no podemos dudar si consideramos la sangre del humilde e inmaculado Cordero; puesto que Cristo llagado, afligido y torturado por la sed, en la cruz nos demuestra que el sumo y eterno Padre nos ama de un modo inestimable, ya que por el amor que El nos tuvo nos dio el Verbo de su unigénito Hijo, y el Hijo nos dio la vida, corriendo como enamorado a la afrentosa muerte de la cruz... Dios ama siempre como Creador a su criatura, y por esto permite fatigas abundantes en nuestra vida, en nuestro cuerpo y en los bienes de maneras distintas, según se ve que nosotros lo necesitamos; como verdadero médico da la medicina que nuestra enfermedad reclama» (Carta 13).

Dios Padre nos revela su amor por medio de Jesucristo; Jesucristo nos lo revela por medio de su sangre. En la Sangre palpita con toda su fuerza infinita y su trascendencia divina el «darse» de Dios a la criatura, el abismo de la caridad.

La «Sangre», en el lenguaje de Santa Catalina, es la síntesis de los designios providentes de Dios sobre el hombre y abarca todo lo que estos designios encierran en sí: la elevación del hombre al estado sobrenatural, el deseo divino de su santificación, la gravedad del pecado y sus consecuencias, la misericordia y la justicia de Dios, el destino supremo del hombre, lo inagotable del deseo de sufrir que ardía en el pecho de Cristo, la dignidad del sacerdocio, sus exigencias de santidad para el que de él está revestido, el valor de los sacramentos... Todo se le revela a Catalina con una fuerza de evidencia irresistible en la «Sangre».

Quien ve en la «Sangre» el abismo de la caridad de Dios, para con el hombre, ve también en ella la síntesis de los medios para santificarse. En la absolución siente el alma el calor de la Sangre. En ella halla el conocimiento de sí mismo (¡el «no-ser» redimido con la sangre de Dios!); en la Sangre halla también consuelo y refrigerio; el

hambre de las almas; la destrucción del amor propio; la pérdida del temor servil; el deseo de sufrir por El; la firmeza de la voluntad; la libertad del alma; el vencimiento de la voluntad propia; el alimento espiritual; el odio de pecado; la superación de la tibieza...

Catalina nos dice que el fuego que nos purifica está amasado con sangre. El fuego de amor fue la mano que hirió al Cordero de Dios y le hizo derramar la Sangre. Por esto, la sangre con el fuego lava y consume la herrumbre de la culpa que hay en nuestra conciencia... (Carta 80).

Se comprende así que Catalina, abrasada en este fuego, escriba invariablemente a los destinatarios de todas sus cartas: «en la preciosa sangre de Jesucristo»; y que les empuje dulcemente a alimentarse de la Sangre; a lavarse, bañarse, anegarse en la Sangre; hasta embriagarse hasta la enajenación del amor con la Sangre. Era la forma que tenía de decirles que se enamorasen de Jesucristo, que se entregaran sin reservas a su amor, que diesen su vida por El y que su amor lo fuera todo en su existencia.

«Sacúdete, hijo, sacúdete la tibieza del corazón; arrójalo en la Sangre para que arda en el horno de la caridad divina y aborrezcas tus acciones, propias de un niño» (Carta 320).

«Anegaos, pues, en la sangre de Cristo crucificado, y bañaos en la Sangre, y embriagaos con la Sangre, y saciaos de la Sangre, y vestíos con la Sangre. Y, si hubieseis sido infiel, rebautizaos en la Sangre; si el demonio hubiese ofuscado los ojos de la inteligencia, laváoslos con la Sangre; si hubiereis caído en la ingratitud por los dones recibidos, agradeced en la Sangre... Diluid en la Sangre la tibieza...» (Carta 102)

¡Este es el camino que tiene Catalina para llevar al perfecto amor el alborotado y egoísta corazón del hombre!

10) Amar a Dios en el prójimo

No puede llamarse «nueva» la doctrina de Santa Catalina sobre la caridad al prójimo. En su conjunto puede considerarse una glosa de la «carta magna» de la caridad, la Epístola primera de San Juan.

«Ella vio que Dios amaba ilimitadamente a su criatura racional y que el mismo amor de Dios que ella encontraba en sí misma (por el conocimiento propio) lo encontraba en todos; porque a todos ama Dios. Y ése es el medio que ella halló para que su amor tuviese una utilidad y le manifestase a Dios si le quería o no le quería. Había visto

cómo por medio del prójimo podía pagar amor con amor, al modo como el Padre nos lo había manifestado por medio del Verbo, su Hijo unigénito.» (Carta 282)

La ecuación *Dios = prójimo* es en la Santa algo más que una consideración piadosa. Dios considera hecho a sí lo que se hace al prójimo; Cristo proclamó esta identificación sobre Saulo, derribado en el polvo del camino de Damasco: *¿Por qué me persigues?* Debemos querer al prójimo —concluye Catalina— con el mismo amor con que le queremos a Dios.

Porque el amor al prójimo nace del mismo amor de Dios. Como de una misma fuente nacen ambos, y no puede estar presente uno sin que lo esté también el otro, ni puede faltar uno sin que el otro falte. Por el amor de Dios concebimos las virtudes y en la caridad al prójimo las damos a luz... «Serás esposa infiel si niegas al Esposo el amor que le debes en el prójimo... » (Carta 50).

Dios no cree en la sinceridad y en la fecundidad del amor que el alma dice haber «concebido» por El si no ve nacidos los hijos de las obras al servicio del prójimo y por amor al mismo. ¿No pasa lo mismo con el esposo, que no se considera padre si no ve nacido al hijo que la esposa dice había concebido?

En la angustia que atormenta a Catalina por la pérdida de las almas, pregunta un día a Dios Nuestro Señor: «Señor, ¿qué quieres que haga?» La respuesta encuentra eco en multitud de pasajes del libro y de su epistolario: *Dame a mí la gloria, y la fatiga a tu prójimo* (Carta 104).

Fatiga mental —explica ella misma— por la humilde y continua oración; fatiga corporal, sirviéndole en sus necesidades. Exigencias de la caridad son también la corrección fraterna, y el ejemplo de vida santa y honesta. Pero la exigencia suprema —y Catalina la sintió implacable en su propia vida— es el celo torturante por la salvación de las almas.

«Viendo entonces tanta grandeza y tanta generosidad en la bondad de Dios y lo que había que hacer para agradarle más, crecía tanto el fuego del deseo, que, si le hubiera sido posible dar mil veces al día la vida por la santa Iglesia y continuase este tormento hasta el último día de juicio, le parecía que todo ello era menos que una gota de agua. Y así es en verdad» (Carta 282).

Este es el hambre y la sed de que están impregnadas todas las páginas de Santa Catalina, y que deben medirse según la misma medida de su amor a Dios, de su pasión por Cristo.

Las ilustraciones que Dios enviaba a su alma cuajaban casi siempre en síntesis breves, en frases que concentraban la quintaesencia de la verdad captada en toda su luz. Las frases: «A Dios la flor, para nosotros el fruto», «¡Para Dios el honor, para el prójimo la fatiga» son el compendio del mandamiento del amor en su doble faceta: amar a Dios en el prójimo. «Todo bien y todo mal se hace por medio del prójimo» es la expresión de la solidaridad universal; nada queda confinado en los límites estrictos de la individualidad; todo repercute en los demás.

La frase «A Dios el juicio, a nosotros la compasión», es la aplicación del precepto de la caridad sobre el juicio del prójimo. Sólo Dios puede y debe juzgar, porque es quien tiene en su mano todos los elementos de juicio. A nosotros pertenece sólo compadecernos del prójimo, por el daño —espiritual o material— que se hace o que sufre.

EL DIÁLOGO

INTRODUCCIÓN

En el nombre de Cristo crucificado y de la dulce Virgen María

[«Al nome di Cristo Crocefisso e di Maria dolce». Esta es la invocación, llena de ternura, con que siempre empieza Santa Catalina sus cartas y este libro del Diálogo, fiel a la enseñanza de San Pablo: «... y todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús» (Col. 3,17)]

Cuatro peticiones nacidas del deseo ardiente de la gloria de Dios y de la salvación de las almas

La persona que desea ardientemente la gloria de Dios y la salvación de las almas, procura ejercitarse en la virtud y en el conocimiento de sí misma para así conocer mejor la bondad de Dios.

[Pues, «viendo el hombre que de por sí nada es, queda todo humillado al reconocer el don de su bienhechor; crece tanto en el amor cuando comprende que obra en él la gran bondad de Dios, que preferiría la muerte antes que quebrantar un mandamiento de su dulcísimo Creador» (Carta 60)]

Porque nadie puede aprovechar al prójimo si antes no se conoce a sí mismo, reconociendo su maldad y la bondad de Dios. De este conocimiento surge el amor, y el que ama, procura seguir la verdad y revestirse de ella.

Por ningún otro camino gusta tanto el alma de esta verdad como por medio de la oración humilde y continua, por la que se conoce a sí misma y a Dios. Esta oración entonces une al alma con Jesucristo crucificado, le hace seguir sus huellas y le convierte en otro Cristo por el deseo y la unión de amor.

[«La criatura se convierte en lo que ama» (Carta 29). «Cuando el alma fija su mirada en el Creador y considera tanta bondad infinita como en El encuentra, no puede menos de amar... E inmediatamente ama lo que El ama y odia lo que El odia, ya que por amor ha sido hecho otro El,» (Carta 72)]

Por eso, a un alma [ella misma] arrebatada en altísima oración, Dios le decía:

«Abre los ojos de tu entendimiento y fija tu mirada en mí, y verás la dignidad y belleza de mi criatura racional.

[«Cuando el alma fija su mirada en el Creador y considera tanta bondad infinita como en Él encuentra, no puede menos de amar... E inmediatamente ama lo que Él ama, y odia lo que Él odia, ya que por amor ha sido hecho otro Él» (Carta 72).]

Y entre tanta belleza como he dado al alma, creándola a imagen y semejanza mía, mira a los que van vestidos con el vestido nupcial de la caridad, adornados de virtudes verdaderas y unidos conmigo por el amor. Y si me preguntas ¿quiénes son estos?, te respondo: Son otro yo, ya que han perdido y negado su propia voluntad y se han vestido y unido a Mí por el amor.»

Pues bien, un alma que deseaba ardientemente la gloria de Dios y la salvación de las almas, queriendo conocer mejor y seguir la verdad, dirigía al Eterno Padre cuatro peticiones:

La primera, por ella misma.

La segunda, por la reforma de la santa Iglesia.

La tercera, para obtener la paz de los cristianos, que con tanta irreverencia se rebelan contra la santa Iglesia.

En la cuarta pedía a la divina Providencia por el mundo.

Este deseo de Su gloria le creció más todavía al mostrarle Dios las grandes ofensas que se cometen contra Él.

Y puesto que en la comunión parece que el alma se une más dulcemente con Dios y conoce mejor su verdad (porque el alma está entonces en Dios, y Dios en el alma), estaba ansiosa porque llegase la mañana siguiente para asistir a la misa. Ese día era [sábado], el día de María.

Llegada la mañana y la hora de la misa, sentía grandes deseos de que Dios fuese glorificado y de que las almas se salvaran, y con gran conocimiento de sí misma, se avergonzaba de sus pecados, pareciéndole que ella era la causa de los males que aquejaban al mundo. Y por eso decía: *¡Oh Padre!, castiga mis ofensas en esta vida, puesto que soy causa de las penas que debe sufrir mi prójimo.*

PARTE I

Cómo ser útil en la salvación del mundo y la reforma la Iglesia

Capítulo I

La expiación de los pecados propios y ajenos

No el sacrificio, sino el amor que le acompaña, es lo que satisface por los pecados propios o ajenos

Entonces Dios, la Verdad Eterna, le dijo a esta alma:

«Debes saber, hija mía, que todas las penas que sufre el alma en esta vida no son suficientes para expiar la más mínima culpa, ya que la ofensa hecha a mí, que soy Bien infinito, requiere satisfacción infinita. Mas si la verdadera contrición y el horror del pecado tienen valor reparador y expiatorio, lo hacen, no por la intensidad del sufrimiento (que siempre será limitado), sino por el deseo infinito con que se padece, puesto que Dios, que es infinito, quiere infinitos el amor y el dolor; dolor del alma por la ofensa cometida contra su Creador y contra su prójimo.

[La satisfacción infinita por lo infinito del amor y del dolor se verifica plenamente en Jesucristo por la unión de la naturaleza humana con la divina. La santa habla del *deseo infinito*, refiriéndose a la persona que está unida a Jesucristo por la gracia, cuando por lo ilimitado de sus aspiraciones, quiere reparar a la infinita dignidad y santidad de Dios ofendida por el pecado de los hombres.]

Los que tienen este deseo infinito y están unidos a mí por el amor, se duelen cuando me ofenden o ven que otros me ofenden. Por esto, toda pena sufrida por estos, tanto espiritual como corporal, satisface por la culpa, que merecía pena infinita.

Todo deseo, al igual que toda virtud, no tiene valor en sí sino por Cristo crucificado, mi unigénito Hijo, en cuanto el alma saca de Él el amor y sigue sus huellas; sólo por esto vale, no por otra cosa.

De este modo, los sufrimientos y la penitencia tienen valor reparador por el amor que se adquiere por el conocimiento de mi bondad y por la amarga contrición del corazón. Este conocimiento engendra el odio y disgusto del pecado y de la propia sensualidad [pues ve en ella la raíz de su pecado] y hace que el alma se considere indigna y merecedora de cualquier pena. Así puedes ver cómo los que han llegado a esta contrición del corazón y verdadera humildad, se consideran merecedores de castigo, indignos de todo premio y lo sufren todo con paciencia.

Tú me pides sufrimientos para satisfacer por las ofensas que me hacen mis criaturas y pides llegar a conocerme y amarme a mí. Este es el camino: que jamás te salgas del conocimiento de tu miseria; y una vez hundida en el valle de la humildad, me conozcas a mí en ti. De este conocimiento sacarás todo lo que necesitas.

Ninguna virtud puede tener vida en sí sino por la caridad y la humildad. No puede haber caridad si no hay humildad. Del conocimiento de ti misma nace tu humildad, cuando descubres que no te debes la existencia a ti misma, sino que tu ser proviene de mí, que os he querido antes que existieseis. Además, os creé de nuevo con amor inefable cuando os saqué del pecado a la vida de la gracia, cuando os lavé y os engendré en la sangre de mi unigénito Hijo, derramada con tanto fuego de amor.

Por esta sangre llegáis a conocer la verdad, cuando la nube del amor propio no ciega vuestros ojos y llegáis a conoceros a vosotros mismos.

[La gran Verdad, que supera toda ciencia, del Dios amor para con el hombre se nos revela en la Sangre. «En Cristo Crucificado, y principalmente en su sangre, conoce —el alma— el abismo de la inestimable caridad de Dios» (Carta 40)]

Del amor procede el valor expiatorio del sufrimiento

El alma que se conoce a sí misma y conoce mi bondad, se enciende tanto en amor hacia Mí, que está en continua pena; no con aflicción que la atormenta y la seque (antes al contrario, la nutre), sino porque reconoce su propia culpa y su ingratitud y la de los que no me aman. Siente así una pena intolerable, y sufre porque me quiere. Si no me quisiese, nada sentiría. De ahí que tenga que sufrir mucho, hasta la hora de la muerte, por la gloria y alabanza de mi nombre.

Por tanto, sufrid con verdadera paciencia, doliéndoos de vuestra culpa y amando la virtud, por la gloria y honor de mi nombre. Haciéndolo así, daréis satisfacción por vuestras culpas; y las penas que sufráis serán suficientes, por el valor de la caridad, para que os las premie en vosotros y en los demás. En vosotros, porque no me acordaré jamás de que me hayáis ofendido. En lo demás, porque por vuestra caridad, yo les daré mis dones en conformidad con las disposiciones con que los reciban.

Perdonaré particularmente a los que humildemente acojan las enseñanzas que yo les transmito a través de mis siervos, porque por ellas llegarán a este conocimiento verdadero y a la contrición de sus propios pecados. De suerte que por medio de la oración y del deseo de vivir mis enseñanzas, recibirán la gracia en mayor o menor grado según sea su disposición.

A no ser que sea tanta su obstinación, que quieran ser reprobados por mí por despreciar la Sangre del Cordero, Jesucristo, con la que fueron comprados con tanta dulzura. Pero la mayor parte, por sus deseos de reparación, recibirán el perdón de sus pecados y este beneficio: que yo hago despertar en ellos el perro de la conciencia, sensibilizándoles para que perciban el perfume de la virtud y se deleiten en las cosas espirituales.

[La conciencia es como un perro, porque ella es la que se encarga de avisar la presencia del pecado o de las faltas en el alma.]

¿Cómo lo hago? Permito a veces que el mundo se les muestre en lo que es, haciéndoles sufrir de muchas y variadas maneras con objeto de que conozcan la poca firmeza del mundo y deseen su propia patria: la vida eterna. Por estos y otros muchos modos, que mi amor ha ideado para reducirlos a la gracia, yo los conduzco, a fin de que mi verdad se realice en ellos.

[La *verdad de Dios*, que debe realizarse en el hombre mediante su colaboración, no es otra que el fin supremo que Dios tuvo al crearle. «En la sangre de Cristo crucificado conocemos la luz de la suma, eterna *verdad* de Dios, que nos creó a su imagen y semejanza por amor y gracia, no por deuda u obligación. La *verdad* fue ésta: que nos creó para su gloria y alabanza y para que gozásemos y gustásemos de su eterno y sumo Bien» (Carta 227)]

Me obliga a obrar así con ellos el amor con que los creé y también la oración, los deseos y sufrimientos de mis siervos, porque yo soy quien les induce a amar y a sufrir por las almas.

Los que se obstinan, se pierden irremisiblemente

Pero para aquellos necios que son ingratos para conmigo y para con los sufrimientos de mis siervos, se les convierte en ruina y en materia de juicio todo lo que se les había dado por misericordia; no por defecto de la misericordia misma, sino por su dureza de corazón.

Si persisten en su obstinación, pasado el tiempo, no tendrán ningún remedio, porque no devolvieron la dote que yo les di al darles la *memoria*, para que recordaran mis beneficios; el *entendimiento*, para que conociesen la verdad, y la *voluntad*, para que me amasen a mí. Este es el patrimonio que os di, y que debe retornar a mí, que soy vuestro Padre.

A los que vendieron y malbarataron este patrimonio, entregándolo al demonio, —dejándose llevar de los placeres deshonestos, de la soberbia, del amor de sí mismo y del odio y desprecio del prójimo— cuando les llegue la muerte, éste les exigirá lo que en esta vida adquirió. Por el desorden de la voluntad y la confusión de su entendimiento, reciben pena eterna, pena infinita, porque no repararon su culpa arrepintiéndose y odiando el pecado.

Resumen y exhortación

Ves cómo los sufrimientos y la penitencia satisfacen por la culpa, a causa de la contrición perfecta del corazón, no por lo limitado de los sufrimientos mismos. Esta satisfacción es total en los que llegaron a la perfección de la caridad: satisface tanto la culpa como el castigo que le sigue. En los demás, los sufrimientos satisfacen sólo por la culpa, y lavados del pecado mortal, reciben la gracia; pero, siendo insuficientes su contrición y su amor para satisfacer por el castigo, tienen que expiarlo en el purgatorio.

El sufrimiento, por tanto, repara el pecado por la caridad del alma que está unida a mí, que soy bien infinito, y esto en mayor o menor grado según la medida del amor con que me ofrece sus oraciones y sus deseos.

Atiza, por tanto, el fuego del amor y no dejes pasar un solo momento sin que humildemente y con oración continua clames por los pecadores, sufriendo varonilmente y muriendo a toda sensualidad.

Dios se complace en estos deseos de padecer por Él, porque son expresión del amor

Me agrada mucho que deseéis sufrir cualquier pena y fatiga hasta la muerte por la salvación de las almas. Cuanto más uno sufre, más demuestra que me ama, y, amándome, conoce más mi verdad; y cuanto más me conoce, más le duelen y se le hacen intolerables las ofensas que se me hacen.

Tú me pedías poder sufrir y ser castigada por los pecados del mundo, sin advertir que lo que me pedías era amor, luz y conocimiento de la verdad. Porque ya te dije que cuanto mayor es el amor, más crece el dolor y el sufrimiento. Por esto os digo: *Pedid y recibiréis*; yo jamás rechazo a quien me pide en verdad.

Cuando en un alma reina la divina caridad, va tan unido este amor con la perfecta paciencia, que no se pueden separar el uno de la otra, y, al disponerse a amarme, se dispone a pasar por mí todas las penas que yo le quiera enviar, sean las que sean. Sólo en el sufrimiento se demuestra la paciencia, la cual, como te he dicho, está unida con la caridad.

Sufrid, pues, virilmente, si es que queréis demostrarme vuestro amor, siendo gustadores de mi honor y de la salvación de las almas.

[Son gustadores de la honra de Dios y de la salvación de las almas los que no sólo tienen hambre de la gloria de Dios y del bien de las almas, sino que saborean y se alimentan de este deseo —Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió (Juan 4, 34)—, y lo gustan. Los bienaventurados del cielo son los verdaderos gustadores; los que gustan ya de modo definitivo esta verdad.]

Capítulo II

El pecado y la virtud repercuten en el prójimo

Quien ofende a Dios, se daña a sí mismo y daña al prójimo

Quiero hacerte saber cómo toda virtud y todo defecto repercuten en el prójimo.

Quien vive en odio y enemistad conmigo, no sólo se daña a sí mismo, sino que daña a su prójimo. Le causa daño porque estáis obligados a amar al prójimo como a vosotros mismos, ya sea ayudándole espiritualmente con la oración, aconsejándole de palabra o socorriéndole espiritual y materialmente, según sea su necesidad.

Quien no me ama a mí, no ama al prójimo; al no amarlo, no lo socorre. Se daña a sí mismo, privándose de la gracia, y causa daño al prójimo, porque toda ayuda que le ofrezca no puede provenir más que del afecto que le tiene por amor a mí.

No hay pecado que no alcance al prójimo. Al no amarme a mí, tampoco lo quiere a él. Todos los males provienen de que el alma está privada del amor a mí y del amor a su prójimo. Al no hacer el bien, se sigue que hace el mal; y obrando el mal, ¿a quién daña? A sí misma, en primer lugar, y después al prójimo. Jamás a mí, puesto que a mí ningún daño puede hacerme, sino en cuanto yo considero como hecho a mí lo que hace al prójimo. Peca, ante todo, contra sí misma, y esta culpa le priva de la gracia; peor ya no puede obrar. Daña al prójimo, al no pagar la deuda de caridad con que debería socorrerlo con oraciones y santos deseos ofrecidos por él en mi presencia. Ésta es la manera general con que debéis ayudar a toda persona.

Las maneras particulares son las que debéis brindar a los que tenéis más cercanos, y a los que debéis ayudar con la palabra, con el ejemplo de las buenas obras y con todo lo que se juzgue oportuno, aconsejándoles sinceramente, como si se tratase de vosotros mismos, sin ningún interés egoísta.

No sólo se daña al prójimo con el pecado de obra sino con el de pensamiento. Éste último se comete en el momento en que se concibe el placer del pecado y se aborrece la virtud, cuando la persona se abandona al placer del amor propio sensitivo, impidiendo que me ame a mí y a su prójimo. Después de concebir el mal, va dándole a luz en perjuicio del prójimo de muy diversas maneras.

A veces el daño que ocasiona a su prójimo llega hasta la crueldad, no solamente por no darle ejemplo de virtud sino por hacer el oficio del demonio, al apartarlo de la virtud y conducirlo al vicio. O bien, por su codicia, cuando no sólo no lo socorre, sino que hasta le quita lo que le pertenece, robando a los pobres. Otras hace un daño brutal a su prójimo cuando abusa de su poder, cuando le engaña y estafa, cuando

le dice palabras injuriosas, cuando se muestra soberbio, cuando le trata injustamente...

He aquí cómo los pecados de todos y en todas partes repercuten en el prójimo.

Toda virtud tiene necesariamente su expresión en la caridad al prójimo

Todos los pecados repercuten en el prójimo porque están privados de la caridad, la cual da vida a toda virtud. Y así, el amor propio, que impide amar al prójimo, es principio y fundamento de todo mal. Todos los escándalos, odios, crueldades y daños proceden del amor propio, que ha envenenado el mundo.

La caridad da vida a todas las virtudes, porque ninguna virtud puede subsistir sin la caridad.

[«La caridad es una madre que concibe en el alma los hijos de las virtudes y los da a luz, para gloria de Dios, en su prójimo» (Carta 33).]

En cuanto el alma se conoce a sí misma, según te he dicho, se hace humilde y odia su propia pasión sensitiva, reconociendo la *ley perversa* que está ligada a su carne y que *lucha contra el espíritu*. Por esto relega su sensualidad y la sujeta a la razón, y reconoce toda la grandeza de mi bondad por los beneficios que de mí recibe. Humildemente atribuye a mí el que la haya sacado de las tinieblas y la haya traído a la luz del verdadero conocimiento.

Todas las virtudes se reducen a la caridad, y no se puede amar a Dios sin, a la vez, amar al prójimo

El que ha conocido mi bondad, practica la virtud por amor a mí, al ver que de otra manera no podría agradarme. Y así, el que me ama procura hacer bien a su prójimo. Y no puede ser de otra forma, puesto que el amor a mí y el amor al prójimo son una misma cosa. Cuanto más me ama, más ama a su prójimo.

[«Toda virtud tiene vida por el amor; y el amor se adquiere en el amor, es decir, fijándonos cuán amados somos de Dios. Viéndonos tan amados, es imposible que no amemos...» (Carta 50)]

El alma que me ama jamás deja de ser útil a todo el mundo y procura atender las necesidades concretas de su prójimo. Lo socorre según de los dones que ha recibido de mí: con su palabra, con sus

consejos sinceros y desinteresados, o con su ejemplo de santa vida (esto último lo deben hacer todos sin excepción).

Yo he distribuido las virtudes de diferentes maneras entre las almas. Aunque es cierto que no se puede tener una virtud sin que se tengan todas, por estar todas ligadas entre sí, hay siempre una que yo doy como virtud principal; a unos, la bondad; a otros, la justicia; a éstos, la humildad; a otros, una fe viva, a otros, la prudencia, la templanza, la paciencia, y a otros, la fortaleza. Cuando un alma posee una de estas virtudes como virtud principal, a la que se ve particularmente atraída, por esta inclinación atrae a sí a todas las demás, pues, como he dicho, están ligadas entre sí por la caridad.

[Todas las virtudes nacen, tienen vida y valor por la caridad]

Todos estos dones, todas estas virtudes gratuitamente dadas, todos estos bienes espirituales o corporales, los he distribuido tan diversamente entre los hombres a fin de que os veáis obligados a ejercitar la caridad los unos para con los otros. He querido así que cada uno tenga necesidad del otro y sean así ministros míos en la distribución de las gracias y dones que de mí han recibido. Quiera o no quiera el hombre, se ve precisado a ayudar a su prójimo. Aunque, si no lo hace por amor a mí, no tiene aquel acto ningún valor sobrenatural.

Puedes ver, por tanto, que he constituido a los hombres en ministros míos y que los he puesto en situaciones distintas y en grados diversos a fin de que ejerciten la virtud de la caridad. Yo nada quiero más que amor. En el amor a mí se contiene el amor al prójimo. Quien se siente ligado por este amor, si puede según su estado hacer algo de utilidad a su prójimo, lo hace.

El que ama a Dios debe dar prueba de la autenticidad de sus virtudes

Te diré ahora como el alma, por medio del prójimo y de las injurias que de él recibe, puede comprobar si tiene o no tiene en sí mismo la virtud de la paciencia. Todas las virtudes se prueban y se ejercitan por el prójimo, de la misma forma que, mediante él, los malos manifiestan toda su malicia. Si te fijas, verás cómo la humildad se prueba ante la soberbia, es decir, que el humilde apaga el orgullo del soberbio, quien no puede hacerle ningún daño. La fidelidad se prueba ante la infidelidad del malvado, que no cree ni espera en mí; pues éste no puede hacer perder a mi siervo la fe ni la esperanza que

tiene en mí. Aunque vea a su prójimo en tan mal estado, mi siervo fiel no deja por eso de amarlo constantemente y de buscar siempre en mí su salvación. Así, la infidelidad y desesperanza prueban la fe del creyente.

Del mismo modo, el justo no deja de practicar la justicia cuando comprueba la injusticia ajena. La benignidad y la mansedumbre se ponen de manifiesto en el tiempo de la ira; y la caridad se manifiesta frente a la envidia y el odio, buscando la salvación de las almas.

No solamente se ponen de relieve las virtudes en aquellos que devuelven bien por mal, sino que muchas veces mis siervos con el fuego de su caridad disuelven el odio y el rencor del iracundo, y convierten muchas veces el odio en benevolencia, y esto por la perfecta paciencia con que soportan la ira del inicuo, sufriendo y tolerando sus defectos.

De igual modo la fortaleza y la perseverancia del alma se prueban sufriendo los ataques de los que intentan apartarla del camino de la verdad, bien sea por injurias y calumnias, o mediante halagos. Pero si al sufrir estas contrariedades la persona no da buena prueba de sí, es que no es virtud fundada en verdad.

Capítulo III

Condiciones de las virtudes y sacrificios para que puedan ser aceptables a Dios

Las virtudes tienen su fundamento en la humildad y el amor

Estas son las obras santas y dulces que yo exijo de mis siervos: las virtudes interiores del alma puestas a prueba, tal como te he dicho. Si en las obras exteriores o en las diversas penitencias, no hubiese más que esto, actos exteriores, sin la virtud misma, bien poco agradables me serían. Porque la voluntad del alma debe tender al amor, al odio santo de sí misma con verdadera humildad y perfecta paciencia, y a las otras virtudes interiores del alma, con hambre y deseo de mi honra y de la salvación de las almas.

Estas virtudes demuestran que la voluntad está muerta a la sensualidad, por amor de la virtud. Con esta discreción debe practicarse la penitencia, es decir, poniendo el afecto principal en la

virtud más que en la penitencia misma. La penitencia no debe ser más que un instrumento para acrecentar la virtud según la necesidad que se tenga y en la medida en que se pueda practicar según las posibilidades.

[La caridad, según la santa, tiene dos aspectos: a) Afectivo, con deseo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, odio de la sensualidad, amor de la humildad verdadera y demás virtudes «intrínsecas»; y b) Efectivo: Lucha por la muerte de la voluntad propia. Penitencia exterior como ayuda de la lucha interior.]

Las virtudes han de estar regidas por la discreción, que da lo suyo a Dios, a sí mismo y al prójimo

El que pone su afecto principal en la penitencia no obra conforme a mis deseos sino indiscretamente, no amando lo que más amo y no odiando lo que más odio. *Porque la discreción no es otra cosa que un verdadero conocimiento que el alma debe tener de sí y de mí.* Es como un retoño injertado y unido a la caridad, el árbol que hunde sus raíces en la tierra de la humildad.

No sería virtud la discreción y no produciría el fruto debido si no estuviese plantada en la virtud de la humildad, ya que la humildad procede del conocimiento que el alma tiene de sí misma y de mi bondad. Por esta discreción el alma tiende a dar a cada uno lo que es debido.

Ante todo, me atribuye a mí lo que se me debe, rindiendo gloria y alabanza a mi nombre y agradeciéndome las gracias y dones que ha recibido. Y por haber recibido gratuitamente el ser que tiene y todas las demás gracias, a sí misma se atribuye lo que merece, por haber sido ingrata a tantos beneficios y por haber sido negligente para aprovechar el tiempo y las gracias recibidas, y por esto se cree digna de castigo. Entonces no tiene para sí más que odio y desprecio a causa de sus culpas. Estos son los efectos de la discreción que está fundada, con verdadera humildad, en el conocimiento de sí.

[La discreción es mucho más que un cierto *tacto*, una prudente reserva en las relaciones sociales. En Santa Catalina, la discreción supone la caridad y en ella se funda. La caridad, a su vez, supone el verdadero conocimiento de sí mismo y de la bondad de Dios, que es la humildad.]

Sin esta humildad, el alma se hace indiscreta (la indiscreción tiene su origen en la soberbia) y me roba como un ladrón la honra que me debe y se la atribuye a sí misma para vanagloria suya, y lo suyo me lo atribuye a mí, lamentándose y murmurando de mis designios misteriosos sobre ella o sobre las otras criaturas mías, incluso escandalizándose por ello.

[Sin la luz de la visión sobrenatural del mundo y de las cosas, todo resulta misterioso y aun absurdo. Al margen de la fe, que todo lo clarifica, el hombre, por no comprenderlos, murmura de los designios de Dios en el gobierno del mundo; se escandaliza, interpretando torcidamente lo que no es más que expresión de su bondad ilimitada e inefable]

Bien al contrario proceden los que tienen la virtud de la discreción. Estos me pagan la deuda que tienen conmigo, y todo lo que obran para sí mismos y para con el prójimo, lo hacen con discreción y con caridad, con la humilde y continua oración.

Humildad, caridad y discreción son virtudes íntimamente unidas

El alma es como un árbol hecho por amor, y no puede vivir como no sea de amor. Si el alma no tiene amor divino de verdadera y perfecta caridad, no produce frutos de vida, sino de muerte.

[«El alma no puede vivir sin amor: o amaré a Dios o al mundo. El alma se une siempre a la cosa que ama y en ella se convierte» (Carta 44)]

Es indispensable que la raíz de este árbol sea la humildad, el verdadero conocimiento de sí misma y de mí. El árbol de la caridad se nutre de la humildad y hace surgir de sí el retoño de la verdadera discreción. El meollo del árbol es la paciencia, signo evidente de mi presencia en el alma y de que el alma está unida a mí. Este árbol germina flores perfumadas de muchas y variadas fragancias. Produce frutos de gracia en el alma y de utilidad para el prójimo. Hace subir hasta mí aroma de gloria y alabanza de mi nombre, porque en mí tiene su principio y su término, que soy yo mismo, vida eterna que no le será quitada si no me rechaza. Y todos los frutos que provienen de este árbol están sazonados con la discreción, porque están unidos todos ellos entre sí.

La penitencia exterior no es el fundamento, sino un instrumento de la santidad

Estos son los frutos y las obras que yo reclamo del alma: la prueba de la virtud en el tiempo oportuno. Por esto te dije hace ya tiempo, cuando deseabas hacer grandes penitencias por mí y decías: ¿Qué podría hacer para sufrir por ti? Yo te contesté, diciendo: *Yo soy aquel que me complazco en las pocas palabras y en las muchas obras.* Con esto te daba a entender que no me es agradable el que sólo de palabra me llama diciendo: *Señor, Señor, yo quisiera hacer algo por ti,* ni aquel que desea y quiere mortificar el cuerpo con muchas penitencias, sin matar la propia voluntad. Lo que yo quiero son obras abundantes de un sufrir recio, efecto de la paciencia y de las otras virtudes interiores del alma, todas ellas operantes y generadoras de frutos de gracia.

Toda acción fundada sobre otro principio distinto de éste, yo la considero como *clamar sólo con palabras.* Siendo yo infinito, requiero acciones infinitas, es decir, infinito amor. Quiero que las obras de penitencia y otros ejercicios corporales los tengáis como instrumentos y no como vuestro principal objetivo. Solamente cuando la acción finita va unida a la caridad me es grata y agradable. Entonces va acompañada de la discreción, que se sirve de las acciones corporales como de instrumento y no las toma como fin principal.

En modo alguno el principio y fundamento de la santidad debe ponerse en la penitencia o en cualquier otro acto corporal exterior, puesto que no pasan de ser operaciones finitas por estar hechas en tiempo finito. Son también finitas (no esenciales) porque a veces deben dejarse por diversas razones o por obediencia; de modo que el que se empeñase en proseguirlas, no sólo no me agradaría, sino que me ofendería. El alma debe considerarlas como medio y no como fin principal, pues de lo contrario el alma se hallaría vacía cuando se viese obligada a dejarlas por algún tiempo.

De poco sirve mortificar el cuerpo si no se mortifica el amor propio

Esto enseña el apóstol Pablo cuando dice: *Mortificad el cuerpo y matad la voluntad propia* (Cf. Rom 6,9), o sea, tened a raya el cuerpo, domando la carne cuando quiera luchar contra el espíritu. La voluntad debe estar en todo muerta y abnegada y sometida a la mía. Y esta voluntad se mata con el aborrecimiento del pecado y de la propia

sensualidad que se adquiere por el conocimiento de sí. Éste es el cuchillo que mata y corta todo amor propio fundado en la propia voluntad. Quienes lo poseen son los que no me dan, no solamente palabras, sino abundancia de obras, y en esto tengo mis complacencias. Por esto te dije que lo que yo quería eran pocas palabras y muchas obras. Al decir *muchas* no fijo número, porque el afecto del alma fundado en la caridad, que vivifica todas las virtudes, debe llegar al infinito. No desprecio, sin embargo, la palabra; más dije que quería *pocas*, para dar a entender que todo acto exterior es finito, y por esto dije pocas. Ellas, sin embargo, me agradan cuando son instrumento de la virtud, sin que en ellas se ponga la esencia de la virtud misma.

[El aborrecimiento del pecado y de la propia sensualidad que se adquiere con el conocimiento propio, es un *cuchillo* que corta y mata todo amor propio fundado en la propia voluntad al margen de la de Dios o en contraposición con ella. «¡Oh dulcísimo Amor! Yo no veo otro remedio sino aquel cuchillo que tú, Amor dulcísimo, tuviste en tu corazón y en tu alma; es decir, el odio que tuviste al pecado, y el amor a la gloria del Padre y a nuestra salvación. ¡Oh Amor dulcísimo!, éste fue el cuchillo que traspasó el corazón y el alma de la Madre» (Carta 30) «Debemos odiar esta ofensa y odiarnos a nosotros mismos que la cometimos; la persona que concibe este odio, quiere tomarse venganza de la vida pasada y sufrir toda pena por amor de Cristo y reparación de sus propios pecados, vengando la soberbia con la humildad; la codicia y la avaricia, con la generosidad y la caridad; la libertad de sus querer propios, con la obediencia. Estas son las santas venganzas que debemos tomarnos con la espada de doble filo: el del odio y el del amor» (Carta 159)]

Guárdese bien, pues, cualquiera de juzgar más perfecto al que hace penitencias, con las que procura matar el cuerpo, que al que hace menos; porque no está en esto la virtud ni el mérito. No obraría mal quien por justas razones no pudiera hacer obras de penitencia exterior y practicara sólo la virtud de la caridad sazónada con la discreción.

La discreción ordena la caridad para con el prójimo

La discreción ordena el amor al prójimo, al no consentir hacerse daño a sí mismo con alguna culpa aunque buscarse el provecho del prójimo. Porque si cometiera un pecado, aunque se tratara de librar del

infierno al mundo entero o de hacer algún acto extraordinario de virtud, no sería caridad ordenada con discreción, sino indiscreta, pues no es lícito practicar un acto de virtud o de utilidad para el prójimo cometiendo un pecado.

Por la santa discreción el alma orienta todas sus potencias a servirme resueltamente con toda solicitud y a amar al prójimo con amor, exponiendo mil veces, si es posible, la vida del cuerpo por la salvación de las almas; sufriendo penas y tormentos para que tenga la vida de la gracia y arriesgando sus bienes temporales para socorrer las necesidades materiales de su prójimo. Esto es lo que hace la discreción que nace de la caridad.

La caridad debe empezar por uno mismo. Por ello, no es conveniente que para salvar a las criaturas, finitas y creadas por mí, se me ofenda a mí, que soy el bien infinito. Sería más grave y mayor aquella culpa que el fruto que con ella se pretende hacer. La verdadera caridad lo entiende bien, porque ella trae consigo la santa discreción. Esta discreción es luz que impregna todos los actos de virtud; la que con verdadera humildad y prudencia esquivo los lazos del demonio y de las criaturas; la que con el mucho sufrir derrota al demonio y a la carne; la que pisotea al mundo y lo desprecia y lo tiene en nada.

Por esto los hombres del mundo no pueden arrebatarse la virtud del alma. Sus persecuciones no hacen más que acrecentarlas y probarlas. La virtud es concebida por el amor, y luego es probada en el prójimo y dada a luz por su medio. No podría decirse que había sido concebida la virtud si no saliese a la luz en el tiempo de la prueba, en presencia de los hombres. Porque ya te dije y te manifesté que no hay virtud perfecta y fecunda si no es mediante el prójimo. Sería como la mujer que ha concebido un hijo en su seno; si no lo da a luz, si no lo pone ante los ojos de los demás, su esposo no se considera padre. Así es el alma, si no da a luz el hijo de la virtud en la caridad del prójimo, manifestándola según las necesidades, te digo que en realidad no ha concebido las virtudes en sí misma.

Conclusión

Te he manifestado estas cosas para que sepáis cómo debéis sacrificaros por mí; sacrificio interior y exterior a la vez, como el vaso está unido al agua que se presenta al señor. El agua sin el vaso no puede ser presentado; el vaso sin el agua tampoco le sería agradable. De la misma manera, debéis ofrecerme el vaso de los muchos

padecimientos exteriores que yo os envíe, sin que seáis vosotros los que escojáis el tiempo o lugar.

Este vaso debe estar lleno, es decir, debéis ofrecérmelo con amor y sincera paciencia, sufriendo y soportando los defectos del prójimo, odiando y detestado el pecado. Entonces estos sufrimientos, representados por el vaso, están llenos del agua de mi gracia, que da la vida al alma. Y yo recibo este presente de mis dulces esposas al aceptar sus lágrimas y sus humildes y continuas oraciones.

[«En la caridad de Dios concebimos las virtudes, y en la caridad del prójimo, las damos a luz. Si lo haces así..., serás esposa fiel. Tú eres esposa... y serás esposa fiel si el amor que tienes a Dios, se lo tributas al prójimo con amor verdadero y cordial, ya que a Él no le puedes ser útil y de provecho directamente.» (Carta 50)]

Exhortación a tener ánimo viril ante las pruebas

Sufrid, pues, varonilmente hasta la muerte, y esto será para mí señal de que me amáis en verdad. No volváis la mirada atrás por temor a las criaturas o a las tribulaciones; antes bien, gozaos en la tribulación misma.

El mundo se alegra haciéndome muchas injurias, y vosotros os afligís por causa de las injurias que se hacen contra mí. Al ofenderme a mí, os ofenden a vosotros, y ofendiéndoos a vosotros, me ofenden a mí, porque yo soy una misma cosa con vosotros.

Sabes muy bien que, habiéndoos dado mi imagen y semejanza y habiendo perdido vosotros la gracia por el pecado, para devolveros la vida de la gracia uní en vosotros mi naturaleza, cubriéndola con el velo de vuestra humanidad. Siendo vosotros imagen mía, tomé vuestra imagen al tomar forma humana. De modo que soy una cosa con vosotros mientras el alma no se separe de mí por la culpa del pecado mortal. Quien me ama está en mí, y yo en él. Por esto, el mundo le persigue, porque el mundo no se conforma conmigo; y por esto persiguió a mi unigénito Hijo hasta la afrentosa muerte en la cruz. Y así hace también con vosotros; os persigue y os perseguirá hasta la muerte porque no me ama. *Si el mundo me hubiera amado a mí, también os amaría a vosotros. Pero, alegraos, porque vuestra alegría será completa en el cielo.*

Cuanto más abunde la tribulación en el Cuerpo místico de la santa Iglesia, tanto más abundará ella misma en dulzura y consolación. Y su consuelo será éste: la reforma de la santa Iglesia. Alegraos, pues, en

vuestra amargura. Yo os he prometido daros alivio, y después de la amargura os daré consolación.

Efectos de estas enseñanzas en aquella alma

En el dulce espejo de Dios conoce el alma su propia dignidad y su propia indignidad; la dignidad de la creación, viéndose hecha gratuitamente a imagen de Dios; y su propia indignidad, al ver en el espejo de la bondad de Dios en lo que ha venido a parar por su propia culpa.

Cuando uno se mira en el espejo es como mejor aprecia las manchas en su cara. El alma que con verdadero conocimiento de sí se mira en el dulce espejo de Dios, conoce mejor la mancha de su cara por la pureza que ve en Él.»

PARTE II

Respuesta a la segunda petición. La salvación del mundo

Capítulo I

Estado del mundo y obligación de orar por la salvación del mismo

Oración de la Santa: «Por tu gloria, ten misericordia de tu Iglesia»

Purificada esta alma en el fuego de la divina Caridad, que encontró en el conocimiento de sí misma y de Dios, y animada por la esperanza de la salvación del mundo y de la reforma de la santa Iglesia, se dirigió al Eterno Padre, mostrándole la lepra de la santa Iglesia y la miseria del mundo casi con las mismas palabras de Moisés, diciendo: *Vuelve, Señor, los ojos de tu misericordia sobre el pueblo y sobre el Cuerpo místico de la santa Iglesia*. Más glorificado serás perdonando a tantas criaturas y dándoles luz de conocimiento, que si me perdonas a mí sola, criatura que tanto te ha ofendido y que es la causa de tantos males. Por esto te pido, divina y eterna Caridad que tengas misericordia de tu pueblo.

¿Qué me importaría a mí tener vida eterna, si tu pueblo tiene la muerte? Ten misericordia de tus criaturas. Nosotros somos imagen tuya. ¿Cuál fue la causa de ello? El amor. Tú, ¡oh Dios!, te hiciste hombre... Por esto, Amor inefable, te apremio para que tengas misericordia de tus criaturas.

Respuesta de Dios

Volviendo Dios entonces hacia ella con misericordia, dejándose violentar por sus lágrimas y por su santo deseo, se lamentaba:

«Hija dulcísima, tus lágrimas me fuerzan, porque van unidas con mi caridad y son derramadas por amor mío. Pero mira y fíjate cuán sucia está la cara de mi Esposa. Cómo está leprosa por la inmundicia y el amor propio y entumecida por la soberbia y la avaricia.

Mira con cuánta presunción e irreverencia se recibe el glorioso alimento y sangre de esta Esposa. Sin embargo, esta preciosa sangre de mi unigénito Hijo es la que da vida y la que quita la muerte y las tinieblas, la que da luz y verdad y confunde la mentira. Todo nos lo dio esta sangre y consiguió cuanto era necesario para que pudiera conseguir la salvación y la perfección quienquiera que se disponga a recibirla. Da vida y enriquece al alma de toda gracia en mayor o menor grado según la disposición de quien la recibe. Causa la muerte al que vive en la iniquidad y la recibe indignamente en pecado mortal, no por culpa de la Sangre, sino por su mala disposición y su propio pecado, que con tanta inmundicia ha ensuciado su mente y su cuerpo, y por haber tenido tanta crueldad contra sí mismo y contra su prójimo. El pecador ha sido cruel consigo mismo, privándose de la gracia, pisoteando el fruto de la Sangre que recibió en el santo bautismo, por cuya virtud se le quitó la mancha del pecado original contraída al ser concebido por sus padres. A este fin, os di yo el Verbo de mi unigénito Hijo, puesto que la generación humana estaba corrompida por el pecado de Adán y erais incapaces de recibir vida eterna.

Después del pecado de Adán, el gran Médico, mi Hijo, vino y curó al enfermo, bebiendo Él mismo la amarga medicina que el hombre no podía beber por su misma debilidad. Así hizo Él, soportando, con la grandeza y fortaleza de la Divinidad unida con vuestra naturaleza, la amarga medicina de la penosa muerte de cruz, para curaros y daros vida a vosotros, débiles niños a causa del pecado.

La deuda del hombre es mucho mayor que antes de la redención

Muy obligado estaba conmigo el hombre por el ser que le había dado, al crearle a imagen y semejanza mía. Obligado estaba a darme gloria; mas él me la arrebató para dársela a sí mismo. De este modo quebrantó la obediencia que le había impuesto y se hizo enemigo mío. Yo con mi humildad he destruido su soberbia, humillándome y tomando vuestra humanidad, arrancándoos de la esclavitud del demonio y haciéndoos libres.

Y no me he contentado con daros la libertad, sino que, si bien lo consideras, verás que el hombre ha sido hecho Dios y Dios ha sido hecho hombre por la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana.

Esta es la deuda que el hombre ha contraído; ha recibido el tesoro de la Sangre, por la cual son creados de nuevo a la vida de la gracia.

[La redención del hombre y la justificación son una nueva creación; más todavía: una obra mayor que la misma creación]

Por esto están más obligados a darme gloria después de la redención que antes de ella. Más obligados a darme gloria, siguiendo las huellas de mi unigénito Hijo con virtudes verdaderas. Al no hacerlo, puesto que tanto amor me deben, caen en una ofensa mayor, y por esto yo, en mi divina justicia, les reservo mayor pena en su eterna condenación. Por esta misma razón será mucho más castigado un mal cristiano que un pagano.

Un remedio hay para aplacar mi ira; son mis siervos, si éstos fueren solícitos en obligarme con las lágrimas y el amor. Por esto doy a mis siervos hambre y deseo de mi honra y de la salvación de las almas, para que, constreñido por sus lágrimas, mitigue el furor de mi divina justicia.

Lava con el sudor y las lágrimas la cara de mi Esposa

Lavad con estas lágrimas la cara de mi Esposa. Yo te prometo que por este medio le será restituida su belleza; no por la espada, ni por guerras recobrará su hermosura, sino por la humilde y continua oración, por los sudores y las lágrimas de mis siervos.

[Es el Cristo entero, Cabeza y miembros, el que en una misteriosa unidad vital colabora y satisface por la salvación del mundo y de las almas]

De este modo daré satisfacción a tu deseo de sufrir, iluminando con tu paciencia las tinieblas de los hombres perversos. No temáis que el mundo os persiga. Yo estoy con vosotros y en nada os faltará mi providencia.

Dios tiene sobrados motivos de queja respecto del hombre

Dios entonces, como ebrio de amor por nuestra salvación, le daba a entender a aquella alma con cuánto amor había creado al hombre y le decía:

«¿No ves cómo todos me maltratan, habiéndolos creado yo con tanto amor, dotándolos de tanta gracia y dones, por pura bondad mía?

Mira, hija, con cuántos y diversos pecados me hieren, y especialmente con el abominable amor propio, del que provienen todos los males.

[En el amor propio está la raíz y el origen de todos los males. «Así que el hombre empieza a amarse con este amor (desordenado), presume de sí mismo, y todos sus frutos engendran la muerte, quitando la vida de la gracia en el alma que la posee... ¡Oh cuán peligroso es! ¿Sabéis cuánto? Impide en el hombre el conocimiento de sí mismo, con el que conquistaría la virtud de la humildad, y en esta humildad el afecto del alma sobrenada en la caridad. Le priva del conocimiento de Dios, del que sacaría este dulce fuego de la caridad divina... Sin este conocimiento se convierte en algo semejante al animal» (Carta 11)]

Mucho me puedo quejar del hombre, que de mí no recibe más que bien, y él me devuelve odio, obrando todo el mal que puede.

Debes saber que ninguno puede salir de mis manos, porque yo soy el que soy, y vosotros, por vosotros mismos, no sois, sino en cuanto habéis sido creados por mí.

La criatura me ofende porque ama lo que no debe, al amar el pecado, y me odia a mí, a quien está obligado a querer por ser yo sumamente bueno y haberle dado el ser con tanto amor.

Por eso, a pesar de sus iniquidades, yo tendré con ellos misericordia por medio de mis siervos y cumpliré la petición que con tanto amor y dolor me has presentado.»

Efectos de la comunicación divina en la Santa

Esta alma entonces se sentía a un mismo tiempo llena de felicidad y afligida. Se sentía como bienaventurada por la unión que tenía con Dios, saboreando su generosidad y su bondad, totalmente anegada en su misericordia. Y sufría viendo cómo se ofendía a tan gran bondad.

Respondiendo Dios a su deseo, le decía:

«Hija, quiero que busques con toda diligencia agradarme a mí, que soy la Verdad, buscando la salvación de las almas. Mas esto, ni tú, ni nadie podrá realizarlo sin muchas persecuciones. Si deseáis ver restablecido mi honor en la santa Iglesia, debéis concebir gran amor y deseo de padecer con verdadera paciencia. Y en esto comprobaré que buscáis de verdad mi gloria. Entonces reposaréis sobre mi Hijo unigénito, al que he constituido puente para que todos podáis llegar a

vuestro fin y recibir el fruto de vuestros trabajos sufridos por amor mío. Sufrid, pues, varonilmente.

Capítulo II

Jesucristo-Puente

El pecado de Adán, como río impetuoso, cortaba el camino hacia Dios

Quiero que sepáis que el camino hacia mí quedó cortado por el pecado y la desobediencia de Adán, hasta tal punto que nadie podía llegar a la vida eterna. Ninguno me daba gloria como debía, puesto que el pecado había cerrado el cielo y la puerta de mi misericordia. Esta culpa hizo germinar espinas y tribulaciones y muchas contrariedades. La criatura entró en rebelión consigo misma. Al rebelarse contra mí, fue rebelde contra sí misma.

La carne se rebeló inmediatamente contra el espíritu, perdiendo el estado de la inocencia, y vino a parar la criatura en animal inmundo. Se le rebelaron todas las cosas creadas, las cuales le habrían permanecido obedientes si se hubiese conservado en el estado en que le puse. Al no conservarse en él, transgredió mi obediencia y mereció la muerte eterna.

Y empezó a correr, en cuanto hubo pecado, un río tempestuoso que le combata de continuo con sus olas, acarreándole fatigas y pesares, que provienen de parte de él mismo, de parte del demonio y del mundo. Todos os ahogabais en este río, porque ninguno, a pesar de todas sus obras justas podía llegar a la vida eterna.

Dios tiende con su Hijo un puente, que une entre sí tierra y cielo

Mas, queriendo yo remediar tantos males vuestros, os he dado el puente de mi Hijo, para que no os ahoguéis al pasar el río, que es el mar tempestuoso de esta vida tenebrosa.

Considera cuánto me debe la criatura y cuán ignorante es cuando, a pesar de todo, quiere ahogarse y no aprovechar el remedio que le he dado.

Mira la grandeza de este puente, mi unigénito Hijo, que llega del cielo a la tierra. Mediante Él se ha rehecho el camino interrumpido, a fin de que lleguéis a la vida y atraveséis la amargura del mundo. Partiendo de la tierra solamente, no se podía hacer este puente con la dimensión suficiente para pasar el río y daros la vida eterna. Porque la naturaleza del hombre no es suficiente para satisfacer la culpa y quitar el pecado de Adán. Convenía, pues, unirla con la excelsitud de mi naturaleza, Eterna Divinidad, para que pudiese satisfacer por todo el género humano, y así la naturaleza humana sufriese la pena, y la naturaleza divina, unida con la humana, aceptase el sacrificio de mi Hijo, ofrecido a mí por vosotros, para quitaros la muerte y daros la vida.

De esta suerte, la Alteza se humilló hasta la tierra de vuestra humanidad, y, unida la una a la otra, se hizo el puente y se recompuso el camino.

No basta que haya sido tendido el puente; hay que pasar por él

No basta, sin embargo, para conseguir la vida el que mi Hijo haya hecho el puente, si vosotros no pasáis por él.

Es necesario que todos paséis por este puente buscando la gloria y la alabanza de mi Nombre en la salvación de las almas, soportando múltiples adversidades y siguiendo las huellas de este dulce y amoroso Verbo. Sólo de esta manera podréis llegar a mí.

Vosotros sois trabajadores míos, a los que he puesto a trabajar en la viña de la santa Iglesia mediante el bautismo. Sois mis trabajadores en la viña de vuestras almas, unidos a la viña de la santa Iglesia.

Toda criatura dotada de razón posee en sí misma una viña, su propia alma, cuyo trabajador es su libre voluntad durante el tiempo de toda su vida. Pero, en cuanto termina el tiempo, ya ningún trabajo le es posible, ni bueno ni malo. Sólo mientras vive puede trabajar su viña, en la que yo le puse. Y es tan grande la fortaleza que ha recibido este trabajador del alma, que ni el demonio ni otra criatura pueden arrebatarla si él no quiere. El santo bautismo le fortaleció así. En él se le dio un cuchillo de amor a la virtud y odio del pecado. Este amor y este odio los encuentra en la sangre de mi Hijo, puesto que por amor a vosotros murió. Por esta sangre recibís la vida en el santo bautismo.

Debéis usar este cuchillo mientras disponéis de tiempo, para arrancar las espinas de los pecados mortales y plantar las virtudes.

[«Os escribo con el deseo de veros verdaderos labradores en la viña de vuestras almas para que en el tiempo de la cosecha deis mucho fruto. Sabed que la Verdad Eterna... hizo de nosotros una viña, en la que quiso y quiere habitar por la gracia, siempre que el labrador de esta viña quiera cultivarla recta y honradamente.» (Carta 3219)]

Sólo unidos con Jesucristo, Vid verdadera, se puede dar fruto

No fructificaréis si no os disponéis a ser sarmientos unidos a la vid de mi Hijo unigénito, tal como dijo: *Yo soy la Vid verdadera, mi Padre es el Labrador y vosotros sois mis sarmientos*. Así es en verdad; yo soy el Labrador, porque de mí procede todo lo que tiene ser. Yo soy el Labrador que planté la vid verdadera de mi unigénito Hijo en la tierra de vuestra humanidad para que vosotros, sarmientos unidos con la Vid, dieseis fruto. Quien no dé fruto de santas y buenas obras, será cortado de esta Vid y se secará, perderá la vida de la gracia y será echado al fuego eterno, porque no sirve para otra cosa. Así ocurrirá al que muera en pecado mortal. Estos tales no sólo no han trabajado la propia viña, sino que han destruido también la ajena. No sólo no han plantado en ella ninguna virtud, sino que de ella han arrancado la semilla de la gracia que habían recibido en el bautismo, dándola a comer a los animales, es decir, a muchos y diversos pecados, y la han pisoteado con los pies del afecto desordenado, con el cual me han ofendido a mí y se han dañado a sí mismos y al prójimo.

Mis siervos, por el contrario, no obran así, y como ellos debéis obrar vosotros; permaneced unidos e injertados en esta vid y daréis mucho fruto porque participaréis de su savia. Permaneciendo en el Verbo de mi Hijo, permanecéis en mí, porque yo soy una cosa con Él, y Él conmigo. Permaneciendo en Él, seguiréis su doctrina; siguiéndola, participaréis de la divinidad de este Verbo, hasta embriagaros en el amor divino.

Cómo prueba Dios a sus servidores

¿Sabes cómo procedo con mis siervos en cuanto se disponen a seguir la doctrina del dulce y amoroso Verbo? Los podo, a fin de que den mucho fruto y este fruto sea dulce, y no vengan a parar en vid silvestre. Yo podo a mis siervos unidos a mí con muchas tribulaciones para que den más y mejor fruto y sea probada en ellos la virtud. Mas aquellos que no dan fruto son cortados y echados al fuego. Verdaderos trabajadores son los que trabajan bien su alma, arrancando de ella todo

amor propio y volviendo hacia mí su corazón. Hacen germinar y crecer la semilla de la gracia que recibieron en el santo bautismo.

Cómo los siervos fieles trabajan la viña de su propia alma

El que trabaja su propia viña, trabaja también la del prójimo; no se puede trabajar la una sin la otra. Ya sabes cómo te dije que todo mal, lo mismo que todo bien, se hacía por medio del prójimo.

De todos vosotros he constituido una viña universal, la viña del Cuerpo místico de la santa Iglesia, de la que recibís la vida. En esta viña está plantada la cepa de mi unigénito Hijo mío, en la que debéis permanecer injertados. Si no estáis injertados en ella, sois como miembros separados del cuerpo, que al instante se pudren.

Es el lazo de la caridad y de la humildad verdadera, el que se adquiere por el conocimiento de sí y de mí, el que une los sarmientos a la Vid. Quiero, pues, que seáis verdaderos trabajadores que con mucha solicitud ayudéis a cultivar las almas en el Cuerpo místico de la santa Iglesia. Para esto os elijo, porque quiero tener misericordia con el mundo, a favor del cual me ruegas con tanta insistencia.»

Alabanza ardiente de Catalina ante la misericordia de Dios para con el mundo

El alma, entonces, llena de amor angustioso, decía: ¡Oh dulcísima Caridad! Parece como que enloquecéis por tus criaturas, como si no pudieras vivir sin ellas, siendo así que tú eres nuestro Dios, que nada necesita de nosotros. Nuestro bien nada añade a tu grandeza, porque eres inmutable. Ningún daño puede acarrearle nuestro mal, porque tú eres suma y eterna bondad. ¿Quién te mueve a tener tanta misericordia? Sólo el amor, y no porque nos debas algo o tengas necesidad de nosotros, pues nosotros somos reos y malvados deudores.

Yo soy el ladrón y tú eres el que está ajusticiado por mí, porque veo al Verbo, tu Hijo, cosido y clavado en la cruz, del que hiciste puente para mí.

Características de este puente

Dios entonces, para enamorar más aquella alma, le respondió:

«En cuanto el alma pone los ojos en el corazón abierto de mi Hijo, allí encuentra el amor perfecto e inefable. El alma entonces se llena de amor al verse amada hasta ese punto.

[Porque «el amor no se adquiere más que con el amor. Quien quiera ser amado, primero tiene que amar, tener voluntad de amar... Esta es la condición del amor: cuando la criatura se ve amada, en seguida ama»(Carta 29)]

Poniendo el afecto en este Puente, Cristo clavado en el madero de la santa cruz, el alma se levanta de la tierra desnudándose de los vicios, se reviste de amor por el ejercicio de la virtud y finalmente encuentra la paz después de la gran guerra que había sufrido a causa de sus pecados.

El Puente está levantado en alto, de suerte que la corriente del agua no pueda inquietarle.

Levantado en alto para atraerlo todo hacia sí

¿Sabes cuando fue levantado este puente? Cuando fue alzado sobre el leño de la cruz. Viendo mi Bondad que no podíais ser atraídos de otra manera, le envié para que fuese levantado sobre el leño de la cruz, haciendo de Él un yunque en el que se forjase el hijo de la humana generación para quitarle la muerte y restituirle la vida de la gracia.

[Los golpes sobre el cuerpo de Cristo son la forja del amor: «¡Oh amor inestimable! Para forjar nuestras almas hiciste yunque de tu mismo cuerpo» (Carta 77). Quiso «hacer justicia y venganza sobre su cuerpo. Hizo de sí mismo un yunque forjando sobre él nuestras iniquidades» (Carta 29)]

De este modo, todo lo atrajo hacia sí, para demostrar el amor que os tenía, ya que el corazón del hombre es siempre arrastrado por el amor. ¿Podía demostraros amor mayor que dando la vida por vosotros? No puede por menos, por tanto, el hombre, que dejarse arrastrar por el amor, a menos que oponga resistencia. Por esto dijo mi Hijo: *Cuando fuere levantado en alto, todo lo atraeré hacia mí.* Atraído el corazón del hombre por el amor, son arrastradas todas las potencias del alma (memoria, entendimiento y voluntad) y sus actos. Y además, al ser atraído el hombre, son atraídas todas las cosas creadas, porque todas han sido hechas para que le sirvan. Ciertamente,

Construido con las virtudes

Está construido este Puente con piedras. ¿Sabes cuáles son estas piedras? Son las piedras de las virtudes verdaderas y operantes, las cuales, por mi poder, son edificadas sobre Él mismo, ya que ninguna virtud existe que no sea probada en Él y que no reciba de Él la vida. Nadie puede tener ninguna virtud que dé vida de gracia sino por Él, es decir, siguiendo sus huellas y su doctrina. El ha edificado las virtudes y las ha puesto como piedras vivas ajustadas con la cal de su propia sangre, para que todo fiel pueda caminar sin tropiezo protegido por mi misericordia.

Así puedes ver que este Puente está cubierto por la misericordia. Sobre él está también la tienda de la santa Iglesia, que posee y administra el pan de la vida y da a beber la Sangre, para que mis criaturas, que son los caminantes y los peregrinos cansados del camino, no sucumban. A este fin ordené que en ella fuese administrada la Sangre, el cuerpo de mi unigénito Hijo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Pasado el puente, se llega a la puerta, parte del Puente mismo, por la que todos tenéis que entrar. Por esto Él dijo: *Yo soy Camino, Verdad y Vida. Quien camina por mí, no anda en tinieblas, sino por la luz. Y en otra parte dice mi Verdad: Nadie puede venir a mí si no es por Él. Y así es ciertamente.*

Quienes van por él, andan en la verdad

Mi unigénito Hijo es el *Camino* a modo de puente. Es *Verdad* porque está unido conmigo que soy la suma Verdad; quien le sigue, anda en la verdad. Y también es *Vida*, pues quien sigue esta Verdad, recibe la vida de la gracia y no puede perecer de hambre, porque la Verdad se ha hecho alimento para vosotros. Ni puede caer en tinieblas, porque es la *Luz* y en Él no hay mentira. Precisamente con la verdad confundió y destruyó la mentira con que el demonio sedujo a Eva. Esta mentira fue la que interrumpió el camino del cielo, que la Verdad ha reparado con su sangre.

Quienes siguen este camino son hijos de la Verdad, porque siguen la verdad y pasan por la puerta de la verdad.

Los que rehúsan pasar por él andan por el camino de la mentira

Mas quienes no andan por este camino van por debajo, por el río, camino hecho no con piedra, sino con agua. Y como el agua no tiene consistencia, nadie puede andar por ella que no se ahogue. Como el agua son los placeres y los honores del mundo. Y, porque el afecto no está puesto sobre la piedra, sino que con amor desordenado descansa en la criatura y en las cosas creadas, amándolas y reteniéndolas fuera de mí, y ellas no son más que agua que corre incesantemente, como ellas corre también el hombre, aunque a él le parezca que son las cosas creadas que ama las que fluyen, sin percatarse que es precisamente él quien corre incesantemente hacia el término de la muerte.

Quisiera detenerse, es decir, parar su vida y las cosas que ama, para que no corriesen y le faltaran tan pronto. Todo en balde. O es la muerte la que le obliga a dejarlas, o es disposición mía, que quiero que sea privada antes de tiempo de las cosas creadas. Estos siguen la mentira y andan por el camino de la mentira. Son hijos del demonio, padre de la mentira, y, porque pasan por la puerta de la mentira, reciben eterna condenación.

Te he manifestado la verdad y la mentira; mi camino, que es la verdad, y el camino del demonio, que es la mentira.

[Todas las cosas se deben amar y poseer en Dios, no fuera de Dios: «El alma que ve su nada y sabe que todo su bien está en el Creador, se abandona tan perfectamente y se sumerge de tal modo en Dios, que toda su actividad a Él se dirige y en Él se ejercita. Ya no quiere salir más del centro donde ha hallado la perfección de la felicidad; y esta unión de amor, que cada día aumenta en ella, la transforma en Dios, por decirlo así, de tal modo, que no puede tener otros pensamientos y otros deseos ni otro amor que él; pierde todos sus recuerdos, nada ve sino en Dios y no se acuerda de sí y de las criaturas sino en Él.» (Caterina de Siena, Beato Raimundo de Capua)]

Ceguera del hombre, que deja el camino de la verdad para seguir el de la mentira

He aquí los dos caminos que se pueden seguir y por los que no se camina sin dificultad. Mira cuán grande es la ignorancia y ceguera del hombre, que se empeña en pasar por el agua, teniendo preparado un camino en el que puede encontrar tanto placer, que toda amargura se vuelve dulce, y todo peso, por grande que sea, viene a ser ligero.

Los que pasan por el Puente, sumergidos aún en las tinieblas del cuerpo, encuentran la luz, y, mortales todavía, hallan vida inmortal, gustando por el amor, con la luz de la fe, la verdad eterna, que promete dar consuelo a quien se afana por mí, que soy agradecido y doy a cada uno según sus méritos. No hay bien sin premio, ni pecado sin castigo.

El gozo de quienes van por este camino no hay lengua que pueda contarlo, y ya en esta vida empiezan a gustar de aquel bien que tienen dispuesto para la vida eterna. Loco es ciertamente quien desecha tanto bien y prefiere gustar en esta vida los primicias del infierno pasando por el camino de abajo, por el que se anda con suma fatiga, sin ningún refrigerio y sin ningún bien, puesto que por su pecado están privados de mí, que soy bien sumo y eterno.

Razón tienes, pues, de lamentarte, y quiero que tú, como los otros siervos míos, estéis en continua amargura por las ofensas hechas a mí y compadezcáis su desprecio y su ignorancia, por la que tanto me ofenden.

Puente siempre presente entre los hombres

Cuando mi unigénito Hijo volvió a mí a los cuarenta días después de la resurrección, se elevó de la tierra y se alzó al cielo, y está sentado a mi diestra.

Vuelto a mí, envió al Maestro, el Espíritu Santo, quien es una misma cosa conmigo y con mi Hijo. Vino a consolidar el camino que mi Verdad había dejado en el mundo. Por lo cual, mi Hijo, aunque ausentándose en cuanto a la presencia corporal, no se ausentó en cuanto a la doctrina y las virtudes, verdaderas piedras fundadas sobre este camino.

Esta doctrina vino a confirmar el Espíritu Santo, fortaleciendo a los discípulos para que anunciaran este camino, es decir, la doctrina de Cristo crucificado. El camino de su doctrina, confirmada por los apóstoles, testimoniada en la sangre de los mártires, iluminada con la luz de los doctores, da testimonio de la verdad en el Cuerpo místico de la santa Iglesia. Son como antorcha puesta sobre el candelero para enseñar el camino de la verdad que conduce a la vida. Camino seguro y que nadie puede impedir a quien quiera seguirlo. Seguir, pues, este camino, sin ninguna nube de amor propio que os ofusque, sino iluminados con la luz de la fe, la cual se os dio por vestidura principal en el santo bautismo.»

Himno a la misericordia

Entonces aquella alma, como ebria de amor, no podía contenerse. Sintiéndose casi cara a cara con Dios, decía: «¡Oh Eterna Misericordia!, que cubres los pecados de tus criaturas y que dices a quienes salen del pecado para retornar a ti: *Yo no me acordaré jamás de que me hayas ofendido*. ¡Oh Misericordia inefable! No me sorprende de que nos pidas sobre los que te persiguen: *Quiero que me roguéis por ellos para que yo tenga misericordia de ellos*.

¡Oh Misericordia, que nace de tu Divinidad, Padre Eterno, y que gobierna el mundo entero! En tu misericordia fuimos creados; en tu misericordia fuimos creados de nuevo en la sangre de tu Hijo. Tu misericordia nos conserva. Tu misericordia puso a tu Hijo en los brazos de la cruz, luchando la muerte con la vida, y la vida con la muerte. La vida entonces derrotó a la muerte de nuestra culpa y la muerte de la culpa arrancó la vida corporal al Cordero inmaculado. ¿Quién quedó vencido? La muerte. ¿Cuál fue la causa de ello? Tu misericordia.

Tu misericordia vivifica e ilumina. Mediante ella conocemos tu clemencia para con todos, justos y pecadores. Con tu misericordia mitigas la justicia; por misericordia nos has lavado en la Sangre; por pura misericordia quisiste convivir con tus criaturas.

¡Oh loco de amor! ¿No te bastó encarnarte? ¡Quisiste morir! Tu misericordia te empuja a hacer por el hombre más todavía. Te quedas en comida para que nosotros, débiles, tengamos sustento, y los ignorantes, olvidadizos, no pierdan el recuerdo de tus beneficios. Por eso se lo das al hombre todos los días, haciéndote presente en el sacramento del altar dentro del Cuerpo místico de la santa Iglesia. Y esto, ¿quién lo ha hecho? Tu misericordia.

¡Oh Misericordia! A cualquier parte que me vuelva, no hallo sino misericordia.»

Capítulo III

Desgracia y engaños de los que rehúsan pasar por Jesucristo-Puente

Artículo I

Desgracia de los que rehúsan pasar por Jesucristo-Puente

Haciéndose oír de nuevo, decía Dios a aquella alma:

«Quiero que sepas que mi misericordia es, sin comparación, mayor de lo que te imaginas, porque tu imaginación es imperfecta y finita, y mi misericordia, perfecta e infinita. He querido que gustases de esta misericordia, para que puedas conocer mejor la crueldad y la indignidad de estos insensatos que pasan por el camino de abajo. Abre los ojos de tu entendimiento y mira a estos que voluntariamente se ahogan.

Muertos a la vida de la gracia

En primer lugar han caído enfermos al concebir en su espíritu el pecado mortal; luego lo dan a luz y pierden la vida de la gracia. Como cadáveres que nada sienten ni se pueden mover por sí mismos si otros no los levantan, así éstos, ahogados en el río del amor desordenado del mundo, lo están a la gracia. Como muertos, su *memoria* no recuerda mi misericordia. Su *entendimiento* no ve ni conoce mi Verdad, porque no mira más que a su propia persona y no ama más que su propia sensualidad. También su *voluntad* está muerta a mi Voluntad, porque no quiere más que cosas muertas. Estando muertas estas tres potencias, todas sus acciones, exteriores e interiores, están muertas a la gracia. Por tal motivo, no pueden defenderse de sus enemigos ni valerse por sí mismos, sino en cuanto yo los ayudo.

Es cierto, no obstante, que en este muerto queda siempre la libre voluntad y que si, mientras está en el cuerpo mortal, implora mi favor, lo consigue siempre. Por sí solo jamás podría conseguirlo. Se ha hecho insoportable a sí mismo, y, queriendo ser señor del mundo, se ve señoreado por lo que en sí no es, es decir, por el pecado. El pecado es nada, y éstos se han hecho siervos y esclavos del pecado.

[«Yo quiero que ames todas las cosas, porque todas son buenas y perfectas y dignas de ser amadas; y todas son hechas por mí, que soy Suma Bondad, menos el pecado. Este no existe en mí, puesto que, si existiese en mí, hija mía queridísima, sería digno de ser amado» (Carta 30) «La criatura se convierte en lo que ama. Si amo el pecado, ya que el pecado no es, yo me vuelvo nada. No puede caerse en mayor vileza» (Carta 29)]

Se convierten de árboles de amor en árboles de muerte

Yo hice de ellos árboles de amor por la vida de gracia que recibieron en el bautismo; y ellos se han hecho a sí mismos árboles de muerte, porque muertos están, como te he dicho. ¿Sabes dónde tiene la raíz este árbol? En el engreimiento de la soberbia, que alimenta el amor propio sensitivo. Su meollo es la impaciencia, y retoño suyo la indiscreción. He aquí los cuatro principales vicios que matan el alma de quien es árbol de muerte, porque ha perdido la vida de la gracia. Dentro del árbol se nutre el gusano de la conciencia, que bien poco se deja sentir mientras el hombre vive en pecado mortal y vive cegado por su amor propio. Los frutos de este árbol son mortales, porque reciben la savia de la raíz de la soberbia. El alma esta llena de ingratitud, de la que procede todo mal. Si ella agradeciera los beneficios recibidos, me conocería a mí; al conocerme a mí, se conocería a sí misma y permanecería en mi amor. Mas ella está ciega y anda a tientas por el río, sin ver que el agua no le espera.

[Conocerse en sí y conocer a Dios son, para Catalina, dos aspectos de una misma realidad. Conocerse sabiéndose el *no-ser*, es conocer la medida en que Dios nos quiere. *Lo que somos* es la medida del amor de Dios en nosotros. Humildad y amor son, por tanto, también dos aspectos de una misma realidad, fruto del conocimiento trascendente de sí mismo]

Frutos de este árbol de muerte

a) La inmundicia

Los frutos de este árbol de muerte son tan diversos como los pecados mismos.

Hay hombres que vienen a comportarse como animales: son los que se dan a la lujuria. Como el cerdo que se revuelve en el lodo, se revuelven ellos, cuerpo y alma, en el fango de la carnalidad. Alma

embrutecida, ¿dónde has dejado tu dignidad? Habías sido hecha hermana de los ángeles, y no pasas ahora de ser un animal cometiendo tantas aberraciones.

Ningún pecado es tan abominable y quita de tal manera al hombre la luz del entendimiento como éste. Los mismos filósofos lo entendieron así, no por la luz de la gracia, que no tenían, sino con la que les da la misma naturaleza, dándoles a entender que este pecado ofuscaba el entendimiento. Por esto se conservaban en continencia para dedicarse mejor al estudio. Y aun las riquezas apartaban de sí, a fin de que el afán de las mismas no ocupase su corazón. No hace lo mismo el ignorante y falso cristiano, que pierde la gracia por su propia culpa.

b) La codicia de bienes terrenos

Otros hay avaros codiciosos, que, como el topo, se alimentan de tierra hasta la muerte y, llegada ésta, se encuentran sin remedio. Estos desprecian con su avaricia mi generosidad. Son los usureros crueles y los ladrones del prójimo, que no recuerdan mi misericordia; pues si la recordaran, no serían crueles ni para consigo mismos ni para con el prójimo. Al contrario, serían misericordiosos consigo mismos, obrando la virtud, y para con su prójimo, sirviéndole caritativamente.

¡Cuántos males provienen de este maldito pecado! ¡Cuántos homicidios, hurtos, rapiñas, ganancias ilícitas, crueldades e injusticias para con el prójimo! La avaricia mata el alma y la convierte en esclava de la riqueza, despreocupándola de observar los mandamientos de Dios. El avaro a nadie ama sino a su propio interés.

Este vicio procede de la soberbia y, a la vez, la nutre. El alma, por buscar su propio interés y prestigio, se vuelve codiciosa. Va así de mal en peor, por causa de su miserable orgullo y de esta avidez de bien parecer. Es un fuego que emana constantemente humo de vanagloria y de vanidad, gloriándose de lo que no es suyo. Buscando sobre todo la propia reputación, quiere ser más que su prójimo; por eso su corazón es fingido y egoísta, manifestando una cosa sus palabras y teniendo otra muy distinta en el corazón. Oculta la verdad y dice la mentira por propia utilidad. Se llena de envidia, gusano que lo roe por dentro y que no le permite gozar ni de su propio bien ni del ajeno.

¿Cómo van a dar estos malvados a los pobres de lo que es suyo, cuando roban lo ajeno? ¿Cómo sacarán su alma de la inmundicia, cuando la meten en ella? Llegan a veces a tal degradación, que no

atienden ni a sus hijos ni a sus parientes, y los arrastran con ellos en su desgracia. Sin embargo, mi misericordia los sostiene, y no mando a la tierra que los trague para que reconozcan sus culpas.

¿Cómo van a dar la vida por la salvación de las almas, cuando no dan sus riquezas? ¿Cómo van a dar amor, cuando les roe la envidia?

¡Oh miserables vicios, que hundan el cielo del alma en la tierra! La llamo *cielo* porque yo la hice cielo y habito en ella por la gracia, ocultándome allí y haciendo mansión en ella por el amor; pero ella me ha abandonado como adúltera, amándose a sí misma y a las cosas creadas más que a mí. Más todavía: se ha hecho dios a sí misma y a mí me persigue con muchos y diversos pecados. Todo porque no pondera el beneficio de la Sangre de Jesucristo, esparcida con tanto amor.

c) Engreimiento que les hace injustos

Otros hay que llevan la frente muy alta por el poder que ostentan, y en el ejercicio de su poder despliegan la bandera de la injusticia, obrando contra Dios, contra el prójimo y contra sí mismos. Contra sí mismos, por no ser virtuosos, y contra mí, al no pagarme el honor debido. Antes me roban lo que es mío en beneficio de su propia sensualidad. Como ciegos ignorantes son injustos conmigo; por el amor que a sí mismos se tienen, no me reconocen a mí en sí mismos.

Así hicieron los judíos y doctores de la ley; la envidia y amor propio les obcecó, y por esto no conocieron a mi Hijo, Verdad Eterna, tal como Él se lo dijo: *El reino de Dios entre vosotros está.*

Mas éstos no le conocieron y no dieron la gloria debida a mí y a Él, pues es una misma cosa conmigo. Por estar ciegos, fueron injustos con Él, persiguiéndolo con muchos oprobios, hasta la muerte de cruz.

Estos poderosos no sólo son injustos consigo mismos y conmigo, sino con su prójimo, traficando con todas las personas que están bajo su dominio.

d) Juzgan torcidamente las obras de Dios

Por estos y por otros pecados vienen a errar en sus juicios y llegan a escandalizarse de mis obras, que son todas justas y hechas por amor y misericordia.

Con estos juicios errados e injustos, con este veneno de la envidia y de la soberbia, eran calumniadas las obras de mi Hijo, mintiendo con estas palabras: *Obra por virtud de Belcebú.* Así, estos malvados,

hundidos en su amor propio, no sólo se escandalizan de mí, sino de mis siervos, tachando de hipocresía los actos de virtud que en ellos descubren.

Las cosas buenas les parecen malas, y las malas se les antoja buenas, porque tienen corrompido el corazón y viciado el gusto. ¡Oh ceguera humana, que no consideras tu propia debilidad! De señor, te has convertido en esclavo del peor señor que pueda existir, esto es, del pecado. Te has convertido en la misma cosa que sirves. El pecado es nada; en nada te conviertes. Te quitas la vida y te das la muerte.

Jesucristo reprenderá al mundo de la injusticia y del falso juicio

Mi unigénito Hijo os dio la vida y señorío, pues erais esclavos del demonio y os arrancó de su esclavitud. Le hice siervo a Él para quitaros a vosotros la servidumbre, y le impuse la obediencia para hacer desaparecer la desobediencia de Adán, humillándose él hasta la afrentosa muerte de cruz para confundir la soberbia. ¿No te dije antes que su propio cuerpo lo había hecho yunque?

[Jesucristo vence en sí los enemigos que los cristianos, miembros suyos, tienen dentro de sí mismos para el perfecto cumplimiento de la voluntad de Dios, para conseguir la santidad. No hay pasión que puedan decir que El antes no venció dolorosamente en su propia persona. «Con El derrotaréis todo enemigo, porque El lo ha derrotado por nosotros» (Carta 256) «Dulcemente se humilló El para devolvernos la gracia y quitarnos la soberbia» (Carta 31)]

He puesto a disposición de estos malvados todos los remedios para que puedan librarse de la muerte eterna; mas ellos desprecian la Sangre del Cordero con sus afectos desordenados. Por este injusto y falso juicio es acusado el mundo, y de ello será reprendido el último día del juicio. Esto quiso decir mi Verdad cuando dijo: *Yo mandaré el Paráclito, que reprenderá el mundo de injusticia y de falso juicio*. Y así se verificó cuando mandé el Espíritu Santo a los apóstoles.

Primera reprensión: la del Espíritu Santo por medio de los siervos de Dios

El Espíritu Santo entonces reprendió al mundo por boca de los apóstoles con la doctrina de mi Verdad. Ellos y todos sus sucesores reprenden al mundo.

Esta es la reprensión que hago al mundo por medio de la Sagrada Escritura y de mis siervos, por cuyas lenguas el Espíritu Santo anuncia mi Verdad. Por su medio no dejo de reprender a los pecadores dulcemente porque deseo la salvación de sus almas. Nadie podrá decir: *Yo no tuve quien me reprendiese*, puesto que les he mostrado la verdad, haciéndoles ver el fruto de la virtud y el daño del vicio, inspirándoles amor y temor santos. No les he enseñado la verdad por medio de un ángel para que no puedan decir: «El ángel es un espíritu bienaventurado que no puede pecar ni siente el aguijón de la carne como nosotros, ni el peso de nuestro cuerpo». Jamás podrán alegar excusa semejante, porque quien les ha dado esta doctrina es mi Verdad, el Verbo encarnado en vuestra carne mortal.

Y ¿quiénes son los que han seguido a este Verbo? Criaturas mortales y que sufren como vosotros la lucha de la carne contra el espíritu, como la sintieron el apóstol Pablo y otros muchos santos. Yo permito estas luchas para acrecentar la gracia y la virtud en las almas. También ellos nacieron en pecado, como vosotros, y se alimentaron del mismo manjar, y yo soy Dios ahora como entonces.

[«Mira a los santos que han seguido a Jesucristo sometidos a la fragilidad de la misma ley, concebidos y nacidos como nosotros, alimentados de la misma manera y con nuestro mismo alimento, y, sin embargo, con la ayuda divina le siguieron realmente. Esta ayuda es para nosotros como para ellos. Si queremos, pues, podemos» (Carta 354)]

Mi poder no se ha debilitado ni puede debilitarse, de modo que puedo y quiero y sé ayudar a quien quiere ser ayudado por mí. Y quiere ser ayudado por mí el que sale del río y va por el puente, siguiendo a mi Verdad.

No tienen excusa los obstinados porque han sido reprendidos y les he mostrado incesantemente la verdad. De forma que, si no se corrigen mientras tienen tiempo, serán condenados en la segunda reprensión, que se verificará en la hora de la muerte, donde mi justicia clamará: *Surgite mortui, venite ad iudicium*. Como si dijera: «Tú, que estás muerto a la gracia y estás muerto corporalmente, levántate y preséntate ante el Juez supremo con tu injusticia, tu falso juicio y tu fe mortecina. Recibiste la luz de la fe en el santo bautismo, y tú la apagaste con tu soberbia y vanidad de corazón, corriendo por el río de los placeres y honores del mundo, abdicando tu voluntad a las seducciones de la carne frágil y a los engaños y tentaciones del

demonio. Este, porque tú quisiste, te ha conducido por el río turbulento de abajo a la condenación eterna.

Segunda reprensión: la de la hora de la muerte

Esta segunda reprensión, hija queridísima, es decisiva porque acontece en el último momento, cuando ya no hay remedio. Entonces la conciencia, que estaba cegada por el amor propio, cuando se ve en la imposibilidad de huir de mis manos, comienza a despertar, reprendiéndose a sí misma el que por la propia culpa haya llegado a tanto mal.

Si este alma tuviese luz para conocerse y dolerse de su culpa, no por la penas del infierno que le esperan, sino por haberme ofendido a mí, que soy bondad infinita, hallaría todavía misericordia. Pero, si pasa este trance de la muerte sin la esperanza de la Sangre del Cordero, sino únicamente con el gusano de la conciencia royéndole por dentro, compadeciéndose de sí misma y doliéndose de su mal más que de mi ofensa, llegará sin remedio a la condenación eterna.

Son injustos cuando juzgan mayor su pecado que la misericordia de Dios

Mi justicia entonces reprenderá al alma por juzgarme injustamente, sobre todo en el último instante, juzgando mayor su miseria que mi misericordia.

Este pecado, el desprecio de mi misericordia, no lo perdono ni aquí ni allá; y me resulta mucho más grave que todos los pecados que haya podido cometer. Por esto la desesperación de Judas me desagradó más y fue más enojosa a mi Hijo que la misma traición que cometió. Así, los hombres, por creer mayor su pecado que mi misericordia, serán castigados eternamente con los demonios.

Serán también reprendidos por la injusticia que cometen al dolerse más de su propio daño que de mi ofensa, porque no me dan lo que me es debido. A mí me debían amor y amarga contrición del corazón. Pero por haber despreciado mi misericordia vienen a parar esclavos del cruel tirano que es el demonio, para ser atormentados juntos, pues juntos me ofendieron.

[La idea de la Santa es: el pecador que en la hora de la muerte desespera del perdón comete un doble falso y juicio y es juzgado por ellos. El falso juicio, la equivocación cometida, en todos sus actos pecaminosos durante su vida. «Estas son las obras que en la muerte se

presentan para juicio y justicia ante el alma desgraciada. Creía el alma miserable haber obrado contra Dios, y ha procedido contra sí misma; convertida en juez, se ha condenado a sí misma y se ha hecho digna de muerte eterna» (Carta 24). Y el falso juicio conque cree mayor su pecado que la bondad y misericordia de Dios. Éste fue —dice— el mayor pecado de Judas]

Los cuatro principales tormentos que sufrirán por no querer arrepentirse

Enorme es la pena de estas pobres almas. En el infierno se dan principalmente cuatro tormentos. El primero consiste en verse privados de mi visión. El segundo lo causa el gusano de la conciencia, que no deja de roerles viendo que por su propia culpa han sido privados de mí y de la visión de los ángeles, y que únicamente son dignos de la compañía de los demonios. Esta visión del demonio es el tercer tormento que aumenta su pena. Así como los santos exultan de alegría al verme, como recompensa por los trabajos que sufrieron por mi amor con tanto desprecio de sí mismos, estos desgraciados, por el contrario, sienten mayor su tormento al ver los demonios, porque viéndolos reconocen que por su culpa se han hecho dignos de ello. El gusano de la conciencia les roe y quema como un fuego que nunca cesa. Ven al demonio en su horrible figura, tan horrible que no hay corazón humano que lo pueda imaginar. Recuerda cuando te lo mostré sólo un instante en su propia figura, cómo al volver en ti preferirías mil veces, antes de verlo otra vez, caminar por un camino de fuego, aunque fuese hasta el día del juicio.

El cuarto tormento es el fuego que arde sin consumir. Yo, por mi divina justicia, permito que el fuego los queme dolorosamente, que los atormente con penas grandísimas, de diversos modos según los pecados que cometieron.

Tercera reprensión: la del juicio final

La tercera reprensión se hará en el último día del juicio, cuando el Verbo, mi Hijo, venga lleno de esplendor y poder a reprender al mundo. Entonces no vendrá como pobrecito, tal como lo hizo en el momento de encarnarse en el seno de la Virgen, y en el de nacer en un establo entre animales. Entonces yo escondí en Él mi poder, permitiendo que pasara penas y tormentos como hombre para que reparará por vuestras culpas. No vendrá así en este último momento; vendrá con poder, para argüir personalmente al mundo. No habrá

criatura que no tiemble ante su presencia y Él dará a cada uno lo que le corresponde.

No podéis imaginar el tormento y terror que su aspecto producirá en los miserables condenados. Sin embargo, para los justos, su presencia será motivo de inmensa alegría. De la misma manera que ante un sol radiante, el ojo enfermo no ve más que tinieblas y el ojo sano claridad, y esto ocurre así, no por defecto de la luz, sino por la condición del ojo; así, los condenados, por su propia enfermedad, no verán en Él más que tinieblas, confusión y odio.

Los condenados no pueden dejar de odiar

Es tan grande el odio que tienen los condenados, que no pueden querer ni desear bien alguno, mas siempre están blasfemando ¿Sabes por qué no pueden desear el bien? Porque, acabada la vida del hombre, queda atada su libre voluntad. Por esto no pueden merecer, al no tener ya el tiempo a su disposición.

Si ellos mueren en odio, culpables de pecado mortal, queda siempre atada el alma, por justicia divina, con la atadura del odio. Queda obstinada en aquel mal que tiene, royéndose en sí misma y aumentándosele siempre las penas, especialmente por las de algunos en particular, de cuya condenación fueron culpables.

A esto obedecía el que aquel rico condenado pidiese la gracia de que Lázaro fuera a sus hermanos, que habían quedado en el mundo, para declararles sus penas. No lo hacía por caridad, ya que estaba privado de la caridad; ni por compasión de los hermanos, porque no podía desear ningún bien ni en honor mío; ni por la salvación de ellos. Si lo hacía era, porque al ser el hermano mayor, había fomentado el pecado en sus hermanos, y había sido por esto causa de que pudiesen condenarse. Lo hacía por propio interés, pues preveía que aumentarían sus penas cuando llegaran sus hermanos al terrible tormento en que él estaba, donde se roerían en odio perpetuo, porque en odio acabaron sus vidas.

La voluntad de los bienaventurados queda sujeta a la caridad

De la misma manera, el alma justa que muere viviendo en la caridad, no puede ya crecer en virtud, pero puede amar siempre con la caridad con que ha llegado hasta mí. Su deseo de amarme no resulta frustrado, porque, teniendo hambre, queda saciada, y sin embargo,

saciada, sigue teniendo hambre, aunque tiene muy lejos el hastío de la saciedad, lo mismo que la pena del hambre.

Estas almas gozan y participan de mi visión eterna, cada una en la medida del amor con que ha llegado hasta mí. Se alegran además del bien de los otros, sobre todo de la felicidad de los que en el mundo les eran más queridos; este amor que se tenían les hacía crecer en gracia y virtud, manifestando la gloria y alabanza de mi Nombre en sí mismas y en el prójimo. De modo que luego, en la vida eterna, no pierden este amor, sino que lo conservan mutuamente con mayor intimidad e intensidad.

Cuando un alma llega a la vida eterna, todos participan del bien de esta alma, y esta alma del bien de todos. Y esto porque ven que ha llegado por mi misericordia, y así se alegran en mí por el bien que aquella alma recibe de mi bondad. Los deseos de todos claman incesantemente en mi presencia por la salvación del mundo entero, porque persiste su caridad hacia el prójimo. Mira, pues, cómo permanecen unidos en el amor por toda la eternidad.

Tienen tan conformada su voluntad con la mía, que no pueden querer otra cosa, pues la criatura racional que ha muerto en estado de gracia, ya no puede pecar más. Su voluntad está tan unida a la mía, que, si un padre o una madre vieran a su propio hijo en el infierno, o el hijo a la madre, no pueden tener por ello ningún pesar. Antes están contentos de verles castigados por ser mis enemigos, puesto que en nada es discordante su voluntad de la mía y ven cumplidos todos sus deseos.

Ni los ojos de tu entendimiento pueden ver, ni los oídos oír, ni la lengua referir, ni pensar el corazón cuánto es el bien de los elegidos. ¡Qué gozo para ellos al verme a mí, que soy todo bien! ¡Qué dicha experimentarán al recuperar su cuerpo glorificado!

¿Qué decir de la felicidad que experimentarán al ver el cuerpo glorificado de mi Hijo unigénito? Rebosarán de alegría a la vista de sus llagas y cicatrices. Estando en mí, estaréis en Él, porque Él es una misma cosa conmigo.

Los bienaventurados no pueden ya practicar ninguna obra buena; pero se gozan de las que hicieron. No pueden hacer ningún acto meritorio, porque sólo en esta vida se merece o se peca según consienta vuestra libre voluntad. Por esto, estos bienaventurados no esperan el juicio divino con temor, sino con alegría.

La pena de los condenados aumentará al ver a Jesucristo y a los bienaventurados

Te he hablado de *la gloria de los justos para que conozcas mejor la miseria de los condenados*. La visión de esta gloria es otro de los tormentos que viene a aumentar su pena.

La luz se conoce mejor por las tinieblas y las tinieblas hacen resaltar más la luz. Por esto, la visión de los bienaventurados les causa tormento y con pena esperan el último día del juicio, previendo el acrecimiento de su tormento. Así será en efecto, porque en ese día el alma volverá al cuerpo, siendo glorificado en los justos, y atormentado eternamente en los condenados. La visión de mi Verdad y de todos los bienaventurados los llenará de vergüenza y de afrenta. El gusano de su conciencia les roerá el alma y el cuerpo.

Se les reprochará entonces la Sangre de mi Hijo que por ellos se pagó, y la crueldad que tuvieron para con su prójimo, en comparación de la misericordia que de mí recibieron. Serán reprendidos por su soberbia y por su amor propio, por su lujuria y por su avaricia, con lo que se acrecentará inexorablemente su propio castigo. En el momento de morir, el castigo lo recibe solamente el alma, pero en el juicio universal lo recibirán, a la vez, alma y cuerpo.

El instrumento de toda obra buena o mala es el cuerpo. Por esto, hija mía, justamente se da a mis elegidos gloria y alegría infinitas en su cuerpo glorificado, recompensándole los trabajos que por mí, juntamente con el alma, sobrellevó. Del mismo modo, a los malvados se les dará pena eterna en su cuerpo, porque éste les sirvió de instrumento para el mal.

Viéndose estos condenados sumergidos en las tinieblas y privados de tanta dignidad a la que habían sido llamados, aumentará su pena y confusión.

Cuando oigan aquella terrible palabra: *Id, malditos, al fuego eterno*, cuerpo y alma irán a vivir con los demonios, sin remedio alguno de esperanza. Todos serán castigados de diversas maneras, alma y cuerpo juntamente: el avaro, el cruel, el lujurioso, el injusto, el envidioso, el rencoroso...

He aquí el fin miserable a que llegan los que andan por el camino de abajo del río, de aquellos que no retroceden para reconocer sus culpas y para pedirme misericordia. Llegan a la puerta de la mentira, porque siguieron la doctrina del demonio, que es padre de la mentira,

y este mismo demonio es su puerta, y por ella llegan a la condenación eterna.

Los elegidos e hijos míos, andando por el Puente, siguen y no abandonan el camino de la verdad, y esta verdad les es puerta, pues dijo mi Verdad: *Nadie puede ir al Padre si no es por mí*. Él es la puerta y el camino por el que pasan, y entran, y llegan a mí, Mar pacífico; los otros, por el contrario, permanecen en la mentira, que es agua muerta. A esto los lleva el demonio. Ciegos y locos como están, no se dan cuenta, porque han perdido la luz de la fe, como si el demonio les dijera: *El que tenga sed de agua muerta, venga a mí, que yo se la daré*.

Artículo 2

Engaños y males que sufren en esta vida los que no van por Jesucristo-Puente

Son víctimas del demonio, porque se entregan en sus manos

Mi justicia ha hecho del demonio verdugo para atormentar a las almas que me ofenden. Si lo he puesto en esta vida para tentar a mis criaturas, le he hecho, no para que sean vencidas, sino para que venzan y reciban de mí la gloria de la victoria al ser probadas en su virtud. Nadie debe temer sus combates y tentaciones, porque os he hecho fuertes y os he dado la voluntad, fortalecida por la sangre de mi Hijo.

En vuestro poder está, pues, conservar vuestra libre voluntad o perderla, según os plazca. Vuestra voluntad es un cuchillo que podéis poner en las manos del demonio, para que os hiera y mate. Mas, si no se la dais, no consintiendo en sus tentaciones y sugerencias, jamás podrá heriros, antes al contrario, os veréis fortalecidos.

Nadie llega a la virtud más que por el conocimiento de sí mismo y por el conocimiento de mí. Y este conocimiento nunca mejor se adquiere que en el tiempo de la tentación. Porque en la prueba, el alma conoce lo poco que por sí misma puede para librarse de estos combates, de los que quisiera huir y que la hacen sufrir. El alma ve entonces que sólo en mi Caridad obtiene la fortaleza. Si permito que sufráis la tentación, es porque os amo y quiero daros la victoria

probando vuestra virtud, pues sólo ante las contrariedades puede probarse.

[Bien lo experimento ella en cierta ocasión. Después de un combate furioso «vino de lo alto una gran luz que iluminó su pequeña habitación, y en la luz, el mismo Jesucristo crucificado, todo sangrante, como durante la crucifixión. De lo alto de la cruz la llamó diciendo: “Hija mía, Catalina, ¿ves cuánto he padecido por ti? No te duela, por tanto, padecer por mí”. Después, para consolarla le hablaba con dulzura de la victoria conseguida.

Pero ella dijo: “Señor mío, ¿en dónde estabas cuando mi corazón e veía atribulado con tantas tentaciones?” Y el Señor le dijo: “Estaba en tu corazón mismo” “¿Cómo puedo creer que estuvieses en mi corazón, si estaba lleno de pensamientos feos e inmundos?” “¿Estos pensamientos y tentaciones producían en tu corazón alegría o tristeza? ¿Placer o disgusto?” “Grande dolor y disgusto” “¿Quien te lo hacía experimentar sino yo, escondido en el centro de tu corazón? Si yo no hubiese estado allí presente, aquellos pensamientos habrían penetrado en tu corazón y te habrías deleitado en ellos; mas mi presencia era causa del disgusto y te entristecías y sufrías al tratar inútilmente de arrojarlos de ti. Pero yo, escondido en tu corazón, lo defendía de tus enemigos y permitía que fueses combatida por fuera, no dejaba de hacer lo que era realmente necesario para tu salvación” (*Caterina de Siena*, Beato Raimondo Da Capua)]

Mira, por tanto, como en esta vida los demonios son mis ministros con los cuales ejercito y pruebo la virtud del alma. La intención del demonio no es ciertamente la de probaros en la virtud, ya que él no tiene caridad, sino la de quitaros toda virtud, pero esto no puede hacerlo si vosotros no se lo permitís.

Considera la insensatez del hombre que se pone él mismo en las manos del demonio, mostrándose débil cuando debería ser fuerte. Por esto, quiero que conozcas lo que le sucede en la muerte al que en vida se entregó voluntariamente al demonio. En ese trance no espera ya el juicio, porque él mismo es su propio juez; y, desesperado, se encamina a la eterna condenación. Su odio le lleva al infierno y es él mismo quien lo arrebatara para sí, como premio que le es debido y en él se precipita.

Sin embargo, los que vivieron en la caridad, cuando les llega la muerte, si vivieron perfectamente la virtud, iluminados con la luz de la

fe y con la esperanza en la sangre del Cordero, vislumbran el bien que yo les tengo preparado, y en aquel momento lo toman con los brazos del amor, abrazándome estrecha y amorosamente a mí, sumo y eterno bien. Así gustan de la vida eterna aun antes que hayan dejado el cuerpo mortal.

En cuanto a aquellos que han vivido y mueren en la caridad pero sin llegar a gran perfección, también ellos abrazan mi misericordia, porque ellos creen que es mayor que sus propias culpas.

Mas los malvados pecadores hacen lo contrario, pues, previendo en su desesperación el lugar que les corresponde, se abrazan a él con odio, tal como dije. Ni los unos ni los otros esperan ser juzgados, sino que, saliendo de esta vida, cada uno va al lugar que le corresponde. Lo gustan y empiezan a poseer, aun antes de dejar el cuerpo, en el momento de morir; los condenados, por su odio y desesperación; los perfectos, por el amor, la fe y la esperanza de la Sangre; los imperfectos, gracias a su fe y a mi misericordia, se encaminan al purgatorio.

El demonio tienta bajo apariencia de bien, cayendo los pecadores en los sufrimientos que querían evitar

Ya te he dicho como el demonio invita a los hombres hacia el agua muerta, la única que posee, encandilándolos con los placeres y las grandezas del mundo. Bajo apariencia de bien, con este anzuelo del placer los atrapa, ya que de otra forma no podría hacerlo, si no encontraran algún bien o placer personal. El alma, en efecto, por su naturaleza, apetece siempre el bien.

Pero el alma que está cegada por el amor propio sensitivo, no conoce ni discierne cuál es el verdadero bien para ella y para su cuerpo. Por esto la maldad del demonio le propone distintos pecados, que tiene buen cuidado de pintar con color de algún provecho o algún bien, y esto a cada uno según su estado y sus inclinaciones. Lo que brinda al seglar, no lo brinda al religioso; una cosa ofrece a los obispos y otra a los poderosos...

Te digo esto porque ahora hablo de los que se ahogan en el río, de los que de nada se preocupan más que de sí mismos, ofendiéndome a mí a la vez que a sí mismos.

Se engañan porque queriendo evitar las penas, caen en ellas. Les parece a ellos que seguirme a mí, es decir, pasar por el puente del

Verbo, mi Hijo, es camino demasiado duro. Por esto retroceden, temiendo esta decisión. Obran así porque son ciegos y no ven ni conocen la verdad, tal como te di a entender al principio de tu vida espiritual, cuando tú me pedías que tuviese misericordia del mundo.

Entonces me manifesté a ti en figura de un árbol del que no se veía ni el principio ni el fin. Su raíz estaba hundida en la tierra, y ésta era la naturaleza divina, unida con la tierra de vuestra humanidad. Junto al árbol había algunas espinas, de las que huían todos los que amaban su propia sensualidad, los cuales corrían a un monte de trigo malo, que representaba todos los placeres del mundo. Aquel trigo parecía bueno y no lo era. Por esto eran muchas las almas que en él morían de hambre. Otras, por el contrario, conociendo el engaño del mundo, volvían al árbol y pasaban por las espinas, es decir, por la determinación de su propia voluntad; determinación, que antes de ser tomada, es la espina que encontráis en el camino de la verdad. Siempre están en lucha la conciencia, por una parte, y la sensualidad, por otra. Pero desde el momento que el alma, con odio y desprecio de sí mismo, se decide con energía y dice: «Yo quiero seguir a Cristo crucificado», quebranta inmediatamente la espina y experimenta una gran dulzura.

[El día de su admisión en la Tercera Orden tuvo la Catalina una visión significativa; vio un inmenso árbol cargado de frutos magníficos, al pie del cual se hallaba un zarzal espinoso tan alto y tan poblado, que parecía difícil acercarse al árbol y tomar los frutos. Poco más lejos se levantaba una pequeña colina cubierta de trigos, que ya blanqueaban para la siega y de aspecto muy hermoso, pero cuyas espigas, vacías, caían deshechas en polvo apenas se las tocaba. Después, vio a un grupo de gente que pasaban por aquel sitio detenerse delante del árbol, mirar los frutos con deseo de alcanzarlos, pero las espinas los pinchaban, y ellos renunciaban prontamente a franquear el seto; entonces, volviendo sus miradas hacia la colina cubierta de mieses, se lanzaban en esta dirección y se alimentaban con el mal trigo, que había de enfermarlos y los privaba de sus fuerzas. Llegaban otros, que tenían más valor que los primeros; éstos atravesaban el seto, pero al acercarse al árbol advertían que los frutos estaban demasiado altos y que el tronco era liso y de un acceso difícil, y ellos también continuaban su camino para irse a alimentar del trigo engañoso, que los dejaba más hambrientos todavía. Por último llegaron algunos que, decidiéndose a atravesar la mata de espinas y a

subir al árbol, tomaron los frutos y los comieron, lo cual les fortificó de tal modo, que sentían asco hacia todo otro alimento.

Catalina se llenaba de admiración al pensar que tantos hombres fuesen lo bastante necios y ciegos para amar y seguir al mundo engañoso más bien que entregarse a Jesucristo, que nos invita y nos llama y que aun en el destierro consuela y regocija a sus servidores. Porque este árbol representaba al Verbo eterno encarnado, cuyos frutos deliciosos son todas las virtudes, mientras la colina, que no produce buen trigo, sino cizaña, representa los campos dorados del mundo que se cultivan en vano y con esfuerzo. Los que se alejan del árbol apenas sienten las espinas son todos aquellos que se sienten incapaces de vivir la vida cristiana y renuncian a ella. Los que les siguen y se asustan por la altura del árbol son los que emprenden con energía y buena voluntad la obra de su santificación, pero se desalientan y carecen de perseverancia. Los últimos son los verdaderos creyentes, firmes en la verdad.]

Recuerdas que entonces te dije: *Yo soy vuestro Dios inmutable, que jamás puede cambiar.* Yo no me niego a criatura alguna que quiera venir a mí. Les he manifestado la verdad. Les he enseñado qué es amar las cosas fuera de mí. Pero ellos, cegados por la nube del amor desordenado, no me conocen a mí ni se conocen a sí mismos. ¿Ves cómo son engañados al preferir morir de hambre antes que pasar por algunas espinas?

Pero ellos no pueden evitar el sufrir, porque nadie pasa por esta vida sin cruz, a no ser aquellos que pasan por el camino de encima [Jesucristo-Puente]. No es que ellos estén sin trabajos, pero toda pena para ellos se convierte en consuelo.

[Recuerda la frase de San Agustín: «En donde hay amor no hay dolor; y, si hay dolor, hasta el mismo dolor se quiere»]

Por efecto del pecado el mundo ha producido espinas y abrojos, y corrió este río embravecido, pero yo os di el puente para que no os ahoguéis.

Los que son iluminados por la luz de la fe encuentran felicidad en medio de los trabajos, queriendo lo que Dios quiere

Quiero ahora mostrarte a quiénes dañan, y a quiénes no, las espinas y abrojos que la tierra produjo por el pecado. Ningún mortal pasa por esta vida sin fatiga o en su cuerpo o en su espíritu. Las fatigas

corporales las sufren mis siervos con espíritu libre, es decir, sin sufrir por el trabajo que pasan, porque su voluntad está acorde con la mía. Y es precisamente la voluntad lo que hace sufrir al hombre. Pero los malos pasan las penas corporales y espirituales padeciendo, ya anticipadamente en esta vida, algo de las penas del infierno, así como mis siervos prueban las primicias de la vida eterna.

¿Sabes en qué consiste esencialmente la felicidad de los bienaventurados del cielo? En tener su voluntad llena de lo que desean. Me desean a mí, y, deseándome, me poseen sin ninguna traba ni esfuerzo, porque han sido despojados del peso de su cuerpo y de esta ley, que hacía guerra contra el espíritu. En su vida mortal, debido al cuerpo, no podían conocer perfectamente la verdad, ni podían verme cara a cara. Pero en cuanto el alma ha dejado el peso del cuerpo, su voluntad se siente plenamente satisfecha, porque, deseando verme a mí, me ve. En esta visión está vuestra bienaventuranza. Viendo, conoce; conociendo, ama, y, amando, gusta de mí, sumo y eterno bien; y, gustando, sacia y llena su voluntad, es decir, el deseo que tiene de verme y conocerme. Deseando, tiene, y teniendo, desea. Mas, como te dije, muy lejos está de él tanto la pena del deseo como el hastío de la saciedad.

Tú ves, pues, que mis siervos encuentran su bienaventuranza principalmente en verme y conocerme. Este conocimiento y esta visión les sacia la voluntad que tienen de poseer, con lo que esta misma voluntad desea. Por esto la tienen plenamente satisfecha.

Por este motivo te dije que la vida eterna consiste esencialmente en poseer lo que desea la voluntad. Y que ella se sacia en verme y conocerme a mí. Gustan ya en esta vida las primicias de la vida eterna, gustando esto mismo que yo te he dicho que los sacia. ¿Cómo tienen esta garantía de la felicidad futura en la vida presente? La tienen en mi Bondad, que ven en sí mismos; la tienen en el conocimiento de mi Verdad. La pupila de la fe les hace discernir, conocer y seguir el camino y la doctrina de mi Verdad, Jesucristo, Verbo encarnado. Sin la pupila de la fe ningún alma podría ver, tal como estaría ciego el hombre cuyas pupilas estuviesen cubiertas por cataratas. La fe es la pupila de los ojos del alma. Cubierta esta pupila con la catarata de la infidelidad, producida por el amor de sí mismo, el alma no puede ver. Ella misma es la culpable de su ceguera.

Ya ves, por tanto, que el que es capaz de ver, es capaz de conocer, y, por tanto, de amar, y, amando, pueden negarse a sí mismo y perder

su propia voluntad. Una vez perdida ésta, se reviste de la mía, que no es otra sino su santificación. Vuelve entonces hacia atrás su mirada y empieza a subir del camino de abajo hacia el puente y a pasar por encima de las espinas. Pero por llevar calzados los pies de su afecto con mi Voluntad, no se lastiman. Así te dije que sufrían en su cuerpo, pero no en su espíritu, porque tienen muerta la voluntad sensitiva, que es la que causa el sufrimiento y la aflicción de espíritu.

[Desaparece el sufrimiento, no por un estoica anulación de la sensibilidad o de la personalidad humana, sino porque ha muerto la voluntad propia al identificarse perfectamente con la de Dios. Esto sólo el amor lo entiende y lo verifica.]

Los siervos de Dios están convencidos de que merecen penas mucho mayores

Quitada esta voluntad, se quita también la pena, y todo lo sufren con devoción, pues consideran una gracia ser atribulados por mí, sin desear otra cosa más que lo que yo quiero.

Si permito que el demonio los aflija con múltiples tentaciones para probarlos en la virtud, ellos las resisten con la voluntad fortalecida en mí, humillándose y considerándose indignos de la paz y tranquilidad del espíritu y merecedores de esta pena. De este modo pasan la prueba con alegría.

Si las tribulaciones les vienen de parte de los hombres o por enfermedad, pobreza, reveses de la fortuna, muerte de los hijos o seres queridos (todo lo cual son espinas que ha producido la tierra por el pecado), todo lo soportan a la luz de la fe, con la mirada puesta en mí, que soy suma bondad y que todo lo permito para su bien.

Por este medio llegan a conocer sus propios defectos. Ven a la luz de la fe que el bien debe ser recompensado y castigada la culpa. Comprenden que cualquier culpa, por pequeña que fuese, merecería pena infinita, porque ha sido cometida contra mí, que soy infinito bien. Consideran, por tanto, como una gracia el que les castigue en esta vida. De esta forma borran su pecado con la contrición del corazón, adquieren méritos con la perfecta paciencia y sus trabajos se ven premiados con un bien infinito.

Conocen, en fin, que todo sufrimiento en esta vida es insignificante, dada su brevedad. El tiempo es una punta de alfiler, no más. Pasado el tiempo, ha desaparecido el sufrimiento, por lo que ya ves lo pequeño que es. Estas almas sufren con paciencia. Pasan por las

espinas del momento presente sin que sea afectado su corazón, porque arrancaron de él su amor sensitivo, y lo pusieron en mí por amor. Y así es bien cierto que éstos gustan ya la vida eterna, recibiendo sus primicias ya en esta vida. Estando en el agua, no se mojan; pisando las espinas, no se punzan. Me han conocido a mí, sumo bien, y han buscado el bien donde se encuentra: en el Verbo, mi unigénito Hijo.

Los malos se engañan por la ceguera de su amor propio

El infierno de los malos empieza ya en su vida mortal.

[Lo expresa la santa diciendo que «*gustan las arras del infierno*». No el infierno mismo, sino lo que, como las arras, es prenda y participación anticipada. Lo llama también *llevar la cruz del demonio*, porque, «si conquista placeres, los conquista con pena; si los tiene, es con fatiga, por el miedo de perderlos; y si los pierde, se ve atormentado con grandísima impaciencia; y sufre si deseándolos no puede conseguirlos» (Carta 96)]

Esto les acaece porque han cegado por su amor propio su inteligencia siéndome infieles. Así como toda verdad se adquiere con la luz de la fe, así la mentira y el engaño provienen de la infidelidad. No me fueron fieles después de recibir el santo bautismo, cuando les fue puesta la pupila de la fe en los ojos de su inteligencia, para que la conservasen y se ejercitasen en la virtud, dando frutos abundantes para el prójimo, y me los ofreciesen a mí, que soy el Esposo del alma.

Sin embargo, estos desdichados en vez de ejercitar la fe y dar a luz las virtudes con la vida de la gracia, ellos engendran obras muertas. Muertas son en efecto todas las obras que han hecho en pecado mortal, privados como están de la luz de la fe. Por no tener obras su fe, se dice que su fe está muerta. Por tener tapada la pupila de la fe, no reconocen que ellos son nada, ni los pecados que han cometido: no reconocen mi Bondad, de la que han recibido el ser y todas las demás gracias.

No conociéndome a mí ni a sí mismos, no odian su propia sensualidad, más bien la aman y procuran satisfacer su apetito. De esta forma, paren hijos muertos, que son sus muchos pecados mortales, y no me aman a mí. Al no amarme, no aman lo que yo amo, es decir, a su prójimo; ni se deleitan obrando lo que a mí me agrada.

Lo que yo amo son las virtudes verdaderas y operantes, las cuales me agrada ver en vosotros, no porque me sean útiles a mí, ya que

ningún provecho me puede venir de vosotros, pues yo soy *el que soy* y nada ha sido hecho sin mí, fuera del pecado, que es nada. Me agrada para provecho vuestro, a fin de que os las pueda recompensar en mí, que soy vida eterna.

Ve, pues, cómo la fe de éstos está muerta, porque no se traduce en obras, y las obras que hacen no sirven para la vida eterna, porque no tienen la vida de la gracia. No obstante, no deberían de dejar de obrar el bien, estén o no estén en estado de gracia, porque toda obra buena es siempre premiada, como es castigada toda culpa. El bien que se hace estando en gracia, sin pecado mortal, vale para la vida eterna; mas el que se hace con culpa de pecado mortal no sirve para la vida eterna, aunque lo recompense de distintas maneras. A veces les presto tiempo, es decir les doy larga vida, o inspiro a mis siervos que ofrezcan por ellos continuas oraciones, por las cuales salen de la culpa y de sus propias miserias. Otras veces, si no aprovechan el tiempo que les doy ni el fruto de aquellas oraciones para disponerse a recibir la gracia, los premio con bienes temporales.

[El tiempo es un préstamo de Dios. No algo de propiedad personal, que pueda malgastarse a capricho. A la luz de la fe, el tiempo no es oro, es eternidad. «En cualquier estado en que uno se encuentre, por nada se debe dejar de hacer el bien, porque todo bien tiene su recompensa. Si no es premiado en cuanto a la vida eterna, Dios se lo premia o prestándole el tiempo, con objeto de que pueda corregir su modo de vivir, o le proporcionará algún siervo suyo que le saque de las manos del demonio, o le dará abundancia de bienes materiales; y, aun en el caso de morir en pecado, tendrá menos castigo en el infierno. Pues mayor lo tendría si en el tiempo hubiera obrado mal en vez del bien que hizo» (Carta 19)]

Aun condenados por mí a causa de sus pecados, mi bondad, no obstante, quiere recompensar aquellas obras, es decir, aquel poco servicio que rindieron, con la recompensa de bienes temporales.

Mira qué engañados están. ¿Quién los engañó? Ellos mismos, porque apagaron la luz de la fe, y andan como ciegos, a tientas y agarrándose a cuanto tocan. Como no ven, ponen su afecto en las cosas transitorias, por esto son engañados y obran como insensatos. Todas las cosas materiales que han adquirido y todos los placeres mundanos que han disfrutado, los han conseguido fuera de mí con desordenado amor propio. Tales bienes son como los escorpiones, pues brillan por delante como el oro, y detrás no tienen más que

veneno. En ellos no hay veneno sin oro, ni oro sin veneno, pero lo primero que muestran es el oro, y no se defienden del veneno sino aquellos que son iluminados por la luz de la fe.

[Como el escorpión, mezcla del oro por el color y de veneno, son las cosas y placeres del mundo, cuando son poseídos sin Dios, al margen de su gloria. Hay que cortar este amor desordenado separando el veneno y quedándose el tesoro de poseerlas y gozarlas ordenadamente, según Dios. Aquí está toda la ciencia oculta de la felicidad.]

Los malos, por haber rechazado la luz de la fe, no pueden usar de las cosas del mundo como hacen los buenos

Las almas que me aman saben cortar con el cuchillo de dos filos (el odio del vicio y el amor de la virtud) el veneno de su propia sensualidad, y de esta manera pueden con la luz de la razón adquirir y poseer las cosas mundanas. Y aunque posean muchas cosas materiales, observan los mandamientos y el espíritu de los consejos que les dio mi Verdad, aunque no lo hagan de hecho.

No obstante, puesto que los consejos van unidos a los mandamientos, nadie puede observar estos si no observa al menos en espíritu aquellos. Quiero decir con esto, que el que posea riquezas materiales, las debe poseer con humildad y no con soberbia, teniéndolas como una cosa prestada y no como cosa propia, ya que os fueron dadas para vuestro uso por mi divina Bondad. Estos bienes los poseéis en tanto yo os los presto. Y os los presto en la medida que lo considero útil para vuestra salvación. Según esta norma los debéis usar.

Cuando usa el hombre estos bienes así, observa el mandamiento de amarme sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo. Vive con el corazón despegado de ellos. Es decir, no los ama ni los posee más que según mi voluntad, quitando de sí todo amor desordenado que pudiera tener. De esta forma vive la caridad ordinaria.

[Afirmando categóricamente la mayor perfección del que se decide a cumplir no sólo los preceptos, sino también los consejos, en espíritu y de hecho, deja bien sentado, Catalina, que en cualquier estado elegido con voluntad recta, con intención de glorificar a Dios, se puede agradar a Dios. «Te ruego que en cualquier estado y en todas tus obras, tengas tu mirada fija en Dios, buscando siempre su gloria y

la salvación de su criatura; y que jamás pierdas de vista el precio de la sangre del Cordero, que ha pagado por nosotros con tanto fuego de amor» (Carta 63)]

Pero los que observan los mandamientos y los consejos no sólo en espíritu sino de hecho, viven la caridad perfecta. Estos sencillamente observan el consejo que dio mi Verdad, Verbo encarnado, a aquel que le preguntó: *¿Maestro, qué puedo hacer para ganar la vida eterna?* A lo que le contestó: *Observa los mandamientos de la ley.* Pero él respondió: *Ya los observo.* Y mi Verdad le replicó: *Si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto tienes y dalo a los pobres.* El joven entonces se entristeció, porque retenía todavía con amor excesivo los bienes que poseía; a causa esto se entristeció.

Los perfectos, por el contrario, observan este consejo, y abandonan el mundo con sus placeres, maceran su cuerpo con la penitencia, hacen vigiliias y oran continua y humildemente.

Los que viven la caridad común, aun no llegando a la renuncia real, no pierden por esto la vida eterna, porque no están obligados a ello; deben poseer, no obstante, las cosas del mundo según el modo que te he indicado. No me ofenden por poseerlas, ya que toda cosa es buena y creada por mí para vuestro servicio, y no para que os convirtáis en esclavos de ellas. No me ofenden, porque no las poseen como propietarios, sino como siervos y administradores míos, teniéndolas como cosa prestada.

En cualquier estado de vida que el hombre elija, si tiene buena y santa voluntad, me será agradable, es decir, si ha negado el veneno de su propia sensualidad con el amor a la virtud, si ha ordenado su voluntad hacia mí con amor y santo temor.

Ciertamente que mayor perfección muestra y más agradable me es el que se eleva en espíritu y de hecho por encima de las cosas del mundo. Pero también los que permanecen en el mundo y poseen riquezas materiales, me agradan, siempre que en verdad luchan contra su propia sensualidad, que es la que les causa la muerte eterna.

Esta sensualidad es verdaderamente un veneno, pues así como el veneno daña al cuerpo, hasta causarle la muerte si no se vomita o se toma alguna medicina, así hace este escorpión de los placeres del mundo. Ellos envenenan el alma si ésta no lo vomita por la santa confesión, arrancando su inclinación hacia ellos. Esta es la medicina

que cura este veneno, aunque pueda parecer amarga a la propia sensualidad.

Mira, pues, de que manera se engaña el que pudiendo poseer sus bienes poseyéndome a mí, librarse de la tristeza y tener alegría y consuelo, prefiere, sin embargo, el mal bajo color de bien y se entrega a él con amor desordenado. Pero por estar ciego no descubre el veneno. Está envenenado y no toma el remedio. Estos tales llevan la cruz del demonio, empezando ya en esta vida a gustar del infierno.

Mientras los buenos son señores de todas las cosas, los malos, como insaciables, se ven atormentados por ellas

Antes te dije que sólo la voluntad es causa del sufrimiento del hombre y que los que me aman no sienten pena alguna que los aflija, por haberse desnudado de la suya propia y por haberse revestido de la mía. Estos se sienten plenamente saciados al sentir que habito en sus almas por la gracia. Los que no me poseen, no pueden sentirse saciados aunque posean el mundo entero. Las cosas creadas son menores que el hombre y han sido hechas para él, y no él para las cosas. Por esto no le pueden saciar. Solamente yo puedo hacerlo. Sin embargo, estos miserables, ciegos como están, se afanan constantemente y nunca se sacian. Desean lo que no pueden poseer, porque no me lo piden a mí, que soy el único que puede saciarlos.

[«Esta es la condición del alma: porque su ser es infinito, desea de un modo infinito, y no se sacia jamás si no es uniéndose con lo infinito.» (Carta 77)]

¿Quieres saber cómo sufren? Tú sabes que el amor es siempre causa de sufrimiento cuando uno pierde aquello que ama. Unos amaron la tierra y en tierra se han convertido. Otros amaron la riqueza; otros, su posición social; otros, a sus hijos; otros llegan a perderme a mí para servir a las criaturas; otros convierten su propio cuerpo en un inmundo animal. He aquí cómo y de qué diversas maneras apetecen la tierra y de ella se alimentan. Desearían que las cosas fueran estables y permanentes, y no lo son, sino que se les escapan como el viento, sea porque desaparecen con la muerte o se ven privados de lo que aman por disposición mía. Esta privación les ocasiona un sufrimiento indecible, y su dolor al perderlas es tan grande como el amor desordenado con que las poseyeron. Si las hubieran considerado como cosa prestada y no como algo propio, las

dejarían sin pena. Pero sufren, porque no tienen lo que desean, puesto que el mundo no los puede saciar, y sufren de no verse saciados.

¡Qué grandes son los sufrimientos provocados por los sobresaltos de la conciencia! ¡Cómo sufre el que desea venganza! Le roe continuamente el alma y se mata a sí mismo antes que consiga matar a su enemigo. El primer muerto es él al matarse con el cuchillo del odio.

¡Cuánto sufre el avaro que por codicia llega a privarse de lo necesario! ¡Qué tormento el del envidioso, que se carcome en su corazón y no se goza en el bien de su prójimo! De todo lo que hacen, no obtienen más que sufrimiento. Han tomado la cruz del demonio, gustando de antemano el infierno. Esta vida para ellos está llena de sufrimientos, y, si no se corrigen, llegarán a la muerte eterna. Son afligidos por las espinas de abundantes tribulaciones, y se torturan a sí mismos por su propia voluntad desordenada. Sufren interior y exteriormente sin mérito alguno, porque no sufren estos trabajos con paciencia, sino con impaciencia.

[«Digo que el siervo del mundo, amador de sí mismo, tiene que sufrir fatigas grandísimas e insoportables; porque como dice San Agustín, *el Señor permite que el hombre que ama desordenadamente sea insoportable a sí mismo*» (Carta 96)]

Porque han poseído y adquirido el oro y los placeres de mundo con amor desordenado, son privados de la vida de la gracia y de la caridad y se han convertido en árboles de muerte. Por esto están muertas todas sus obras. Andan trabajosamente por el río, anegándose, y llegan al agua muerta. Pasando llenos de odio por la puerta del demonio, reciben eterna condenación.

Los esclavos del mundo son torturados por dentro y por fuera. Sobre todo interiormente, por el temor que tienen de perder lo que poseen. Y por el amor y el deseo de lo que no pueden tener. Tu lengua no podría describir todos los demás sufrimientos que les siguen a estos dos sufrimientos, que son los principales. Considera, pues, cómo, aun en esta vida, están en mejor situación los justos que los pecadores.

Sacudidos por la tribulación, podrían salir de este estado. Mas por tibieza, inconstancia y presunción de la misericordia divina sucumben de nuevo

Hay algunos a los que yo trato con tribulaciones para que conozcan que su fin no es esta vida y que estas cosas son imperfectas

y transitorias y que no se debe desear más que a mí, puesto que yo soy su fin. Estos empiezan a quitarse la nube que les ciega con los mismos sufrimientos que experimentan, y con los que saben que deben expiar sus propios pecados. Con este temor servil empiezan a salir del río, vomitando el veneno que les había echado el escorpión en figura de oro. Empiezan a liberarse y a dirigirse hacia la orilla para alcanzar el puente.

[«Hay algunos que por el temor de la pena se acercan a la orilla y salen del pecado mortal; sienten las espigas de muchas tribulaciones, y por esto salen del río. Si no caen en la negligencia y no se duermen en el amor propio de sí mismos, se asen al puente y empiezan a subir en el amor de la virtud. Pero, si permanecen en el amor propio y en la negligencia, todo les daña; no son perseverantes y cualquier viento contrario que se levante les hace volver al veneno que vomitaron.» (Carta 272)]

No es, sin embargo, suficiente caminar sólo con temor servil; no es suficiente para obtener la vida eterna barrer de la casa el pecado mortal sin llenarla de virtudes fundadas en el amor. Si no pone ambos pies en el primer escalón del puente, es decir, en el deseo y amor de la virtud, todo es inútil.

Bien es verdad que el temor de la pena es el medio corriente que tienen para empezar a elevarse. Las tribulaciones se les hacen a veces tan insoportables, que el mundo empieza a disgustarles. Si ejercitan este temor a la luz de la fe, llegan entonces al amor de la virtud.

Otros, sin embargo, andan con tanta tibieza, que con frecuencia recaen en el río. Llegados a la orilla, al levantarse vientos contrarios, se ven azotados por las olas del mar tempestuoso de esta tenebrosa vida. Si se levanta viento de prosperidad, no habiendo subido por propia negligencia el primer escalón con el deseo y amor de la virtud, su afecto desordenado los hace retroceder hacia los placeres. Y si es viento de adversidad, es la impaciencia lo que los hace volver atrás, puesto que no han odiado su culpa por lo que tiene de ofensa a mí, sino por temor de la propio sufrimiento inevitable; este temor al sufrimiento era el que los había alejado de su vómito.

Toda obra de virtud requiere perseverancia. Quien no persevera, jamás alcanzará el objeto de su deseo ni conseguirá el fin de lo que había empezado.

Te he dicho que éstos se vuelven atrás según los impulsos que experimentan; o bien en sí mismos, por la lucha de la propia sensualidad contra el espíritu; o bien, por la atracción de las criaturas, que aman desordenadamente fuera de mí, o bien por la impaciencia de las injurias recibidas, o bien por el demonio, que los combate de distintas maneras.

Alguna vez el demonio los tienta con el desprecio, diciéndoles: «De nada te servirá esta obra buena que has empezado, pues grandes son tus pecados y de tus defectos»; y hace esto para hacerlos retroceder y obligarlos a dejar el ejercicio de virtud que acaban de comenzar. Otras veces los tienta con una vana presunción de mi misericordia, diciéndoles: «¿A qué afligirte tanto? Goza de esta vida, y ya tendrás tiempo en la hora de la muerte de reconocer tus pecados para salvarte». De este modo, el demonio les hace perder el santo temor que habían empezado a sentir.

Por todas estas y otras muchas causas vuelven atrás y no son constantes ni perseverantes. Todo esto acaece porque no han arrancado de sí la raíz del amor propio, y esto les impide perseverar. Con gran presunción confían en mi misericordia indebidamente, a la vez que no cesan de ofenderme. Yo jamás les he dado mi misericordia para que con ella me ofendan, sino para que puedan defenderse de la malicia del demonio. Ellos, sin embargo, no han continuado aquella primera transformación que empezaron cuando se levantaron de la miseria del pecado mortal. Como ellos no cambian, no llegan a amar la virtud y no perseveran. Por esto, como no adelantan, vuelven atrás. Al no adelantar en la virtud, pasando por la imperfección del temor al amor, necesariamente retroceden.»

Amargura de la Santa ante la perdición y engaño de los que se condenan

Entonces aquella alma se sentía atormentada al oír y ver tanta ceguera en las criaturas. Había visto la grandeza de la bondad de Dios, que nada había puesto en este mundo que pudiese ser impedimento para la salud del hombre en cualquier estado que estuviese, sino todo para ayudarle a ejercitarse y probarse en la virtud, y, no obstante esto, por el amor propio y su desordenado afecto, se precipitaban en el río. Como no se corregían, los veía caer en la eterna condenación, y muchos de los que habían subido volvían atrás. Sumida en tanta amargura, decía al Eterno Padre: «¡Oh Amor inconmensurable! ¡Qué

grande es el engaño de tus criaturas! Quisiera que me explicaras más extensamente qué deben hacer los hombres para salir totalmente del abismo y andar por el camino de tu verdad».

Capítulo IV

Los tres escalones del puente

Para no ser arrastrados por la corriente del mal, las tres potencias del alma deben ser convocadas por la libre voluntad para que Jesucristo esté presente en el alma

Fijando entonces su misericordia sobre aquella alma, decía la divina Bondad:

«Me ruegas que te explique cómo pueden salir del río para llegar al puente. Tú sabes que todo mal está fundado en el amor propio, que es una nube que obscurece la luz de la razón y de la fe. Yo creé el alma a mi imagen y semejanza, dándole la inteligencia, la memoria y la voluntad.

[Todas ellas —por la íntima unión que entre ellas hay— tienen que participar en la decisión de servir y trabajar por Dios. No se puede poner al servicio de Dios una facultad y dejar a su antojo a las otras. Esto es, hay que reunir las a todas en nombre de Jesucristo. Este paso previo, para que la libre voluntad no se deje guiar por la sensualidad, sino por la razón iluminada por la fe, es el paso previo para llegar al estado de gracia.]

El alma no puede vivir sin amor. Siempre desea amar alguna cosa, puesto que está hecha de amor y por amor fue creada.

La inteligencia es movida por el amor. El amor es el que llena la memoria de todos los beneficios que ha recibido de mí, y este recuerdo es el que hace al alma solícita y agradecida.

Si, por el contrario, la voluntad se pone a amar las cosas sensibles, la inteligencia sólo se fijará en las cosas transitorias, y el amor propio no encontrará más que disgusto en la virtud y placer en el vicio. La memoria entonces no se llenará más que de lo que le ofrece la voluntad sensual. Todo ello suscita la soberbia y la impaciencia. El amor ha cegado sus ojos de tal manera, que no ve más que estas falsas claridades, por lo que en ella aprecia de bien y de placer.

Ya te he dicho que sin mí los placeres del mundo no son sino espinas llenas de veneno, y que el entendimiento se engaña en su modo de ver, y la voluntad en el querer, amando lo que no debe, y la memoria en el recordar, recordando lo que no conviene. De esta manera el alma se priva de la gracia.

Es tan grande la unidad que hay entre estas tres potencias que no me puede ofender una de ellas sin que me ofendan todas. Si la memoria recuerda mi bondad y los beneficios que de mí ha recibido, y si la inteligencia considera el amor inefable que os he manifestado por medio de mi unigénito Hijo, entonces, la voluntad se unirá a las otras dos, amándome y deseándome a mí, pues soy su fin.

Donde está el secreto de la perseverancia

Es imposible que el alma persevere si estas tres potencias no están unificadas. Si tú quieres llegar a la vida, debes perseverar en la virtud. Y no se puede perseverar en la virtud si no estás unido a mi Hijo. A este fin, Él os decía: *El que tenga sed, que venga a mí y beba, porque soy fuente de agua viva*. Siguiendo su doctrina, encontraréis de qué beber. Encontraréis y gustaréis el fruto de la Sangre. Hallándoos en Él, os halláis en mí, ya que soy una misma con Él. Acudid, pues, a la fuente del agua viva de la gracia.

Conviene que caminéis con perseverancia por Él, al que he hecho puente para vosotros, de tal manera que ninguna espina, ni viento contrario, ni prosperidad, ni adversidad, ni cualquier otro trabajo que sufráis sea capaz de haceros retroceder. Debéis perseverar hasta que me encontréis a mí.

Nadie puede venir a mí sino por Él. Por esta razón, Él mismo dijo: *Nadie puede ir al Padre si no es por mí*. Sin la perseverancia no llegaréis a beber de esta agua, pues a ella se otorga el premio de la gloria y la corona de la victoria en mí, que soy vida verdadera.

[«Pero me dirás: ¿Dónde puedo conseguir esta perseverancia? Te respondo: Un persona en tanto sirve a otra en cuanto le ama, y no más; cuanto falta el amor, cesa el servicio; y el amor dura mientras un se ve amado. Así, pues, el amor procede del verse amado; el amor es lo que te hace perseverar.» (Carta 47)]

La sed de esta agua y la caridad en el alma aseguran la perseverancia

Volvamos ahora a lo que os conviene pasar si queréis salir del río y no ahogaros y llegar al agua viva, a la que estáis invitados, y a tenerme a mí en medio de vosotros. Porque yo estoy en medio de vosotros cuando por la gracia habito en vuestras almas.

Es, pues, necesario, para andar este camino, tener sed, porque solamente son convidados los que la tienen, tal como mi Verdad dijo: *El que tenga sed, venga a mí y beba*. El que no tiene sed no persevera en su camino. Porque, o se detiene por la fatiga, o por culpa del placer. No se preocupa de llevar el vaso con que puede sacar el agua ni de ir en compañía, siendo así que solo no puede ir. Por esto se vuelve a mirar atrás cuando siente las espinas de la persecución, porque ve en ellas un enemigo. Teme porque está solo, que, si fuera acompañado, no temería. Es necesario, pues, tener sed y no estar solo.

El que vive sólo para satisfacer su amor propio, está solo, ya que está separado de mi gracia y de la caridad de su prójimo. Estando privado de mí por su pecado, se convierte en nada, porque yo solo soy el que soy. El que está solo, es decir, está solo en el amor propio de sí mismo, no cuenta ante mi Verdad ni me es agradable. Tampoco puede cumplir mis mandamientos, que se reducen a dos, y que sin estos dos —el de amarme a mí sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo— no puede observarse ningún otro.

Proceso del alma para llegar a la caridad y permanecer firme en ella

Por el contrario, el hombre que está lleno de mi caridad y de la del prójimo, encuentra inmediatamente la compañía de muchas virtudes auténticas. El alma entonces tiene sed: sed de mi honor, sed de virtud y sed de la salvación de las almas. Toda otra sed es apagada y muerta. El alma puede además con seguridad y sin ningún temor servil elevarse sobre sí misma y sobre las cosas transitorias, amándolas sólo por mí y no sin mí.

Entonces contempla el amor que la tengo, manifestado en Cristo crucificado. Así encuentra la paz y la quietud, porque su corazón está lleno y no vacío de mi caridad. Cuando una cosa está vacía, resuena al tocarla; no así si está llena. De la misma manera, cuando el corazón está lleno de amor, aunque se vea agitado con tribulaciones o goces mundanos, no suena a hueco con impaciencia desordenada ni con

alegría; está lleno de mí, que soy todo bien. El alma me ama y se siente acompañada por mí, que soy su fortaleza y su seguridad.

En este estado camina el alma, sedienta de seguir el camino de la verdad, que lleva a la fuente del agua viva. Por esta sed que ella tiene de mi honra y de la salvación del prójimo, sigue este camino. Camina entonces llevando el corazón vacío de todo afecto desordenado. Al tenerlo vacío de lo material se llena enseguida de lo espiritual, porque ninguna cosa puede permanecer vacía. Ningún corazón puede quedar vacío. Cuando se desprende de las cosas transitorias que lo llenaban, se llena del celestial y dulce amor divino, con que el que pasa por la puerta de Cristo crucificado y gusta el agua viva, hallándose en mí, que soy océano de paz.

Nadie puede excusarse de recorrer este camino

Nadie, sea el estado en que encuentre, puede excusarse de seguir este camino, diciendo: «Tengo hijos y otros impedimentos, y por esto me retraigo de seguir este camino». Nadie tampoco puede excusarse de seguirlo por las dificultades que encuentre. Cosa fácil es en verdad este camino, porque nada es tan llevadero ni tan delicioso como el amor. Y lo que os pido no es más que amor hacia mí y hacia el prójimo. Esto se puede practicar en todo tiempo y lugar.

Tres estados o grados del alma: siervo mercenario, siervo fiel; amigo e hijo

Quiero hablarte ahora de los que han empezado a observar los mandamientos y los consejos evangélicos, y de los tres estados o grados en que el alma se puede hallar. El primer estado es imperfecto, el segundo es más perfecto y el tercero, perfectísimo. El primero se comporta con respecto a mí como un siervo mercenario; el segundo, como un siervo fiel, y el tercero como el hijo que me ama desinteresadamente.

[«Es cierto que Dios ama a uno como a hijo; a otro, como a amigo; a otro, como a siervo; y a otro, como a alguien que se ha alejado y desea que vuelva: éstos son los inicuos pecadores, privados de la gracia. Amor de hijos tiene a aquellos que le sirven en verdad sin ningún temor servil. Estos no hace como los otros: amigo o siervo, suyo servicio es con frecuencia interesado.» (Carta 94)]

Estos tres estados se dan en diferentes personas, e incluso en una misma persona, según el estadio en que se encuentre, ya en estado de siervo, en estado libre, y en estado de hijo.

Mira los peregrinos que pasan por la vida. Unos caminan *imperfectamente*, otros *perfectamente*, por el camino de los mandamientos, y otros *con gran perfección*, siguiendo el camino de los consejos. La imperfección de unos y la perfección de otros depende del grado en que el alma ha arrancado de sí misma la raíz de su amor propio.

De esta forma, esta alma veía cómo las criaturas pasaban la vida. Veía a muchos que se encaminaban a su fin aguijoneados por el temor servil, por temor del castigo. Otros muchos, pasaban al segundo estado. Mas eran pocos los que llegaban a una gran perfección.

Primer estado: los que sirven a Dios con temor servil, insuficiente para perseverar

Los del primer estado son los que se han alejado, por temor servil, del pecado mortal; mas, si no aman a la virtud, este temor servil no les bastará para alcanzar la vida eterna.

La ley del temor es la ley antigua que yo di a Moisés. Estaba fundada únicamente en el temor, porque, una vez cometida la culpa, se debía sufrir el castigo.

La ley del amor es la nueva ley, dada por el Verbo de Hijo unigénito, fundada en la caridad. La ley nueva no anula a la antigua, al contrario, viene a darle cumplimiento. Así lo dijo mi Verdad: *No he venido a destruir la ley, sino a cumplirla*. El ha unido la ley del temor con la del amor. Por el amor, el hombre ha sido liberado de esta imperfección que es el temor del castigo, y le queda de él la perfección que lleva consigo, que consiste en temer ofenderme, no por el castigo, sino porque soy la suma bondad. De esta forma, la ley imperfecta fue llevada a su perfección por la ley del amor.

Después que vino mi unigénito Hijo y trajo el fuego de mi caridad con abundancia de misericordia, no hay lugar para el temor servil, y no porque no sea castigada la culpa, sino porque se guarda el castigo para la otra vida, cuando el alma esté separada del cuerpo, a menos que se haya satisfecho en ésta con una perfecta contrición.

Mientras vive el alma en esta vida, su tiempo es tiempo de misericordia; cuando muera, será el tiempo de la justicia. Debe el

alma, pues, abandonar el temor servil y llegar al amor y santo temor de mí. Éste el único remedio para no volver a caer en el río cuando llegue la hora de la tribulación o la hora del bienestar.

Conviene superar este temor servil

El temor servil recuerda al alma las propias faltas, el castigo que debía sufrir, y le hace detestar el pecado cometido. Pero el alma no debe quedarse con el castigo, sino que debe también considerar el fruto de la virtud y mi amor hacia ella. De esta forma el alma ascenderá por el amor y será despojada de todo temor servil, pasando a ser siervo fiel, que me sirve por amor.

Sin embargo, muchos de los emprenden esta subida, lo hacen tan lentamente, y pagan la deuda que tienen conmigo tan poco a poco y con tanta negligencia, que enseguida desmayan. Cualquier vientecillo los arrastra y les hace dejar el camino empezado; por haber subido imperfectamente el primer estado, no llegan al segundo.

Segundo estado: los que sirven a Dios con amor imperfecto

Hay algunos que han llegado a ser siervos fieles, que me sirven fielmente sin temor del castigo y sí por amor. Pero este amor es un amor imperfecto, pues me sirven por propio interés, por la satisfacción o gusto que encuentran en mí. ¿Sabes cómo se manifiesta claramente lo imperfecto de su amor? Cuando se ven privados del consuelo que en mí hallan. Con este mismo amor imperfecto aman a su prójimo. Este amor no es suficiente ni es amor que dura, sino que decae y muchas veces desaparece. Aflojan en mi servicio cuando alguna vez, por ejercitarlos en la virtud y para sacarlos de la imperfección, retiro mis consuelos y permito en ellos combates y trabajos. Obro así para que se conozcan a sí mismos, lo poco que pueden por sí mismos si no reciben mi gracia. En el tiempo del combate corren hacia mí, me buscan y me reconocen como su bienhechor, buscándome con verdadera humildad, pues, aunque les doy y les quito los consuelos, no los privo de la gracia.

Los que me aman con amor imperfecto, se entibian y retroceden con cierta impaciencia espiritual. Abandonan con frecuencia y de muchas maneras sus prácticas. Muchas veces, con pretexto de virtud, diciéndose a sí mismos: «Esto que haces no te sirve para nada». Y todo por verse privados de la consolación que en su espíritu habían saboreado.

Obran como imperfectos por no haberse desprendido de su amor propio espiritual. Si viviesen de fe verían que todo procede de mí, y que ni una hoja de un árbol cae sin mi providencia, y que lo que yo les doy o permito es siempre para su santificación, con objeto de que alcancen el bien y el fin para el cual fueron creados.

Deberían reconocer que no quiero otra cosa más que su bien en la sangre de mi Hijo unigénito, por la que los lavé de sus iniquidades. Yo los creé a imagen y semejanza mía, les creé de nuevo a la vida de la gracia por la sangre de mi propio Hijo, haciéndolos hijos adoptivos. Mas, por ser imperfectos, unos me sirven con interés y otros se entibian en su amor al prójimo. Los primeros desfallecen por temor de los trabajos que les esperan. Los segundos se entibian, dejando de hacer el bien que al prójimo hacían, y retroceden en su caridad cuando se ven privados del provecho propio o del gusto que en ello encontraban. Esto les sucede porque su amor no era enteramente limpio.

Con la misma imperfección del propio interés con que me aman a mí aman a su prójimo. Si no reconocen su imperfección con un deseo sincero de llegar a la perfección, es imposible que no vuelvan atrás.

Es, pues, necesario que los que desean conseguir la vida eterna me amen desinteresadamente. No basta huir del pecado por temor del castigo ni abrazar la virtud por propio interés. Es necesario huir del pecado, porque me desagrada, y amar la virtud por amor a mí.

El camino ordinario es comenzar por este amor imperfecto

Es cierto que el alma es imperfecta antes que perfecta; pero de la imperfección debe pasar a la perfección, o en esta vida, viviendo virtuosamente, con corazón puro y generoso, amándome desinteresadamente, o en la muerte, reconociendo su imperfección; con el firme propósito, si tuviese todavía tiempo, de servirme sin pensar en sí misma. Con este amor imperfecto amaba San Pedro al dulce y buen Jesús, Hijo mío unigénito, cuando gustaba la suavidad y dulzura de su trato; pero, en cuanto vino el tiempo de la tribulación, desfalleció y cayó tan bajo, que hasta lo negó y dijo que jamás le había conocido.

Son muchos los peligros en que puede caer el alma que me sirve con este amor mercenario.

[«Todo esto les sucede porque aman más el don que al Donador de las gracias y porque le sirven más por interés que de cara a la suma y eterna bondad de Dios.» (Carta 62)]

Por eso, es necesario, que el que quiera llegar a ser hijo mío, que me sirva sin buscar su propio interés. Yo recompenso todo esfuerzo, yo premio a cada uno según su estado y según sus obras. Todos los que no abandonen la oración y las otras buenas obras, y que con perseverancia crezcan en la virtud, llegarán al amor de hijos.

Pues yo amo con el amor con que se me ama. Si se me quiere con amor de siervo, yo, como señor, le doy lo que le debo, pero no me manifiesto a él, porque los secretos se manifiestan al amigo que se ha hecho una misma cosa con su amigo.

Es cierto que el siervo puede crecer en la virtud y en el amor que tiene a su amo hasta llegar a ser un amigo querido. Mientras viven con amor mercenario, yo no manifiesto a ellos mis secretos; pero si aborrecen su propia imperfección y aman la virtud, si arrancan de sí la raíz de su amor propio espiritual, y procuran corregir todo impulso de temor servil y de amor mercenario en su corazón, a la luz de la fe, se hacen tan agradables a mí, que por este camino llegarán al amor del amigo.

Tercer estado: los que aman a Dios con amor de amigo

Si alguno me ama, será una cosa conmigo, y yo con él, y me manifestaré a él mismo, y haremos en él nuestra morada (Juan 14, 21-23). Ésta es la condición del amigo querido: dos cuerpos y una sola alma. El amor en verdad, transforma en la cosa amada. Si ambos no forman más que una sola alma, no puede haber secreto entre ellos. Por esto dijo mi Verdad: *Vendremos a él y en él haremos morada*.

Siguiendo su doctrina por amor, estáis unidos con Él. Y estando unidos con Él, lo estáis conmigo, porque somos una misma cosa.

[«Cuando se deja de poner el amor y el afecto en sí mismo y se pone todo en Cristo crucificado, llega a la más alta dignidad a la que se puede llegar, ya que viene a ser una misma cosa con su Creador. ¿Qué cosa mejor puede haber que estar unido a El, que es todo Bien? Y esta dignidad y unión no puede considerarla como suya propia, sino dada por el amor. Una esclava, por el hecho de ser tomada por esposa por el emperador, se convierte inmediatamente en emperatriz, y no por sus méritos, porque ella era una esclava, sino por la dignidad del

emperador. Así..., el alma enamorada de Dios, sierva y esclava, rescatada por la sangre del Hijo de Dios, llega a tal dignidad que ya no puede llamarse sierva, sino emperatriz, esposa del emperador eterno.» (Carta 29)]

Dios purifica el amor de los que están en este estado privándoles del gusto espiritual, no de su gracia

Para hacer levantar el alma de la imperfección, la privo del sentimiento de mi presencia, quitándole el consuelo que antes tenía, pero no mi gracia. Y lo hago para hacerla humilde, para que se ejercite en buscarme a mí de verdad, para probarla a la luz de la fe, y que de este modo se haga prudente. Entonces, si ella me ama sin interés propio, con fe viva y con desprecio de sí misma, en el tiempo del trabajo goza, considerándose indigna de la paz y sosiego de espíritu.

El alma que ha llegado a la perfección, aun cuando sienta que yo me he retirado de ella, no retrocede. Al contrario, persevera con humildad en la práctica de las virtudes, se conoce a sí misma, y espera la venida del Espíritu Santo, fuego de caridad. ¿Cómo espera? No ociosa, sino en vigilia continua y santa oración.

Así obra el alma que ha salido de la imperfección y ha llegado a la perfección.

Me alejé también de ella para que viese y conociese su inmenso vacío, puesto que, privada del consuelo, experimenta aguda aflicción, se siente débil, sin firmeza y sin posibilidad de perseverar, y en estas mismas miserias descubre la raíz de su amor propio espiritual. Todo esto le sirve para conocerse y levantarse sobre sí misma. Así extirpa la raíz del amor propio.

La prueba de haber llegado a esta perfección es el grado con que aman al prójimo

Quiero que sepas que toda perfección se adquiere en mí y se manifiesta y se prueba por la actitud que se tiene conmigo y para con el prójimo. Esto lo saben bien las almas sencillas que aman a las criaturas con amor espiritual. Si el amor que de mí han recibido es puro y desinteresado, también lo es el amor que tienen al prójimo.

Os pido que me améis con el mismo amor que yo os amo. Esto no es imposible, porque yo os amé sin ser amado de vosotros. Todo el amor que tengáis para mí será siempre una obligación y una deuda,

jamás un favor; es vuestro deber. Mas yo os amo gratuitamente, no por obligación. Yo os ofrezco un medio para pagar esta deuda de amor con que os amo: el que améis a vuestro prójimo, para que deis a él lo que no me podéis dar a mí; es decir, quererle sin interés alguno, gratuitamente, y sin esperanza de ningún provecho. Yo considero hecho a mí mismo lo que hacéis con el prójimo.

Esto manifestó Jesucristo diciendo a San Pablo cuando me perseguía: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Pablo me perseguía a mí cuando perseguía a mis fieles.

Este amor debe ser puro. Con el mismo amor que me amas debes amar a tu prójimo. ¿Sabes en qué se conoce cuándo no es perfecto este amor espiritual? En que se entristece cuando ve que la criatura a la que ama no corresponde con su amor con la misma fuerza que él cree poner en él suyo o cuando se ve privado de su trato, del consuelo que le proporcionaba o ve que ama a otros más que a él.

Cómo llegar a este amor y perseverar con él: con la oración continua a pesar de las tentaciones de abandonarla

El alma que me ama con amor perfecto persevera en continua oración y en la virtud, no se vuelve atrás por nada del mundo ni deja la santa oración por ningún motivo, excepto cuando lo mande la obediencia o la caridad. Muchas veces en el tiempo destinado a la oración llega el demonio con sus asaltos y tentaciones para descorazonarla y para infundirle hastío de la oración, diciéndole: «Esta oración no te sirve para nada». Esto le pone delante el demonio para que abandone la oración. La oración, sin embargo, es un arma con que el alma se defiende de todo adversario.

[Eran dramáticas las tentaciones con que el demonio atormentaba a la santa: «¿A qué mortificarte tanto? ¿A qué viene sufrir así? ¿Crees poder seguir así toda la vida? Vive como las demás... Nadie te impide agrandar a Dios, como tantas otras hicieron en el estado del matrimonio... ¿por qué has emprendido un camino en el que es imposible perseverar?» «Ante todo esto, Catalina no se preocupaba más que de orar» El tentador la asaltaba pero ella permanecía tranquila y se encomendaba a su Esposo. En las tentaciones de desconfianza en la perseverancia y de desaliento decía: «Yo confío en el Señor Jesucristo y no en mí». Aconsejaba siempre no ponerse a discutir con el enemigo durante la tentación: el demonio no desea otra

cosa más que se acepte el diálogo con él, porque confía mucho en la sutileza de sus maliciosos engaños.(Beato Ramimundo de Capua)]

Debes saber que en la oración humilde, continua y fiel adquiere el alma toda virtud si sabe ser perseverante. Por esto no se debe dejar nunca ni por ilusiones del demonio, ni por la propia fragilidad, ni por lo que otros digan.

¡Qué agradable me es el alma que ora con fe y en la abundancia de mi Caridad! Esta Caridad se os ha hecho visible por la sangre de mi unigénito Hijo. Esta sangre embriaga el alma y la viste del fuego de la caridad divina. Recibe el alma el manjar del Sacramento —el cuerpo y la sangre de mi Hijo—, a través del Cuerpo místico de la santa Iglesia. Esta es la posada que estaba sobre el puente para proporcionar alimento y confortar a los caminantes y peregrinos que pasaban siguiendo la doctrina de mi Verdad, para que no desfallezcan por su debilidad.

Este manjar da mayor o menos fuerza según el deseo del que lo toma, tanto si se recibe sacramental como espiritualmente. Sacramentalmente, cuando de hecho comulga. Espiritualmente, cuando comulga por deseo, cuando considera que la Sangre de Cristo Crucificado ha sido derramada por amor.

[«Esta es la verdad: que nos creó a fin de que participásemos de él y gozásemos de su sumo y eterno bien. ¿Quién ha declarado y manifestado esta verdad? La sangre del humilde e inmaculado Cordero...» (Carta 305)]

La oración no debe ser sólo vocal, sino también mental

Yo sé muy bien que si el alma es imperfecta antes de ser perfecta, para no caer en la ociosidad debe ejercitarse en la oración vocal. Pero no debe practicarla sin la mental. Es decir, al mismo tiempo que ora con sus labios, procure elevar y dirigir su espíritu hacia mi amor, considerando sus defectos y la sangre de mi Hijo unigénito, en la que verá toda la grandeza de mi Caridad y el perdón de sus pecados.

Peligro del conocimiento propio sin el conocimiento de la bondad de Dios

No es que yo quiera que el alma considere sus pecados detalladamente, sino de un modo general, para que la mente no se contamine con el recuerdo de los torpes pecados. No debe considerar

únicamente sus pecados, sino acordarse de la Sangre de Jesucristo y de mi misericordia para que no caiga en la confusión y en el desasosiego, pues de ello se serviría el demonio para llevarla, bajo color de contrición y disgusto del pecado, a la condenación eterna por la desesperación.

Este es uno de los engaños más sutiles del demonio contra mis siervos. Para no caer en él y ser agradable a mí, es necesario que el alma dilate su corazón con verdadera humildad en mi desmesurada misericordia. La soberbia del demonio no puede resistir la humildad del corazón ni la grandeza de mi bondad y misericordia, en las que el alma, en verdad, espera.

Acuérdate que, cuando el demonio quería aterrarte y confundirte, queriéndote convencer que toda tu vida había sido un engaño, que tú no habías seguido nunca mi voluntad, tú entonces hiciste lo que debías hacer, lo que mi bondad te inspiró para que hicieses, diciendo: «Yo confieso a mi Creador que mi vida estuvo siempre en tinieblas; pero yo me esconderé en las llagas de Cristo crucificado y me bañaré en su sangre. Así consumaré mis iniquidades y me gozaré en mi Creador.»

Tú sabes que el demonio entonces huyó. Mas volvió luego con nueva batalla, queriendo hacerte engrer por orgullo, diciéndote: «Tú eres perfecta y agradable a Dios; no tienes por qué afligirte ni llorar por tus pecados». Te di entonces gran luz y viste qué camino debías tomar: humillarte. Respondiste al demonio: «¡Infeliz de mí!; San Juan Bautista jamás pecó y fue santificado en el vientre de su madre e hizo, sin embargo, tanta penitencia. ¡Y yo, que he cometido tantos pecados, jamás los lloré con verdadera contrición, considerando quién es Dios, a quien ofendo, y quién soy yo, que le ofendo!».

Entonces el demonio, no pudiendo sufrir tu humildad de tu espíritu ni tu esperanza en mi bondad, te dijo: «Maldita seas, ya que nada puedo contra ti. Si te abato con la confusión, tú te elevas a lo alto de la misericordia; si te exalto, te abajas por la humildad hasta el infierno y en el infierno mismo me persigues. No volveré a ti, ya que me castigas con el bastón de la caridad».

Debe, pues, el alma sazonar el conocimiento de sí misma con el conocimiento de mi bondad.

De la oración vocal se debe pasar a la mental cuando Dios se lo dé a entender

El alma que sólo procura rezar el número determinado de oraciones vocales que se había propuesto y no me atiende cuando visito su espíritu, no llegará nunca a la oración mental. Desde el momento en que sienta que vengo a visitarla, deberá abandonar la oración vocal y orar mentalmente. Luego, pasada esta oración mental, si tiene tiempo, podrá reanudar la oración vocal que se había propuesto. Pues, a la oración perfecta no se llega con muchas palabras, sino con el deseo de llegar a mí.

Cada uno según su estado debe practicar un tiempo destinado a la oración. Fuera de este tiempo, todo lo que haga para el bien del prójimo con buena voluntad puede llamarse oración, tal como dije por San Pablo: *No cesa de orar el que no cesa de bien obrar* (1 Tes 5,17). De esta forma, el ejercicio de la caridad equivale a una oración continua.

[«Hay tres clases de oración. Una es *continua*, que es el constante santo deseo, el cual ora en la presencia de Dios en todo lo que hace, porque a su gloria endereza todas sus obras espirituales y corporales; por eso se llama *continua*... La otra es *vocal*, cuando vocalmente se reza el Oficio divino u otras oraciones. Esta está ordenada para llegar a la tercera, o sea la *mental*; a ella llega el alma cuando con prudencia y humildad ejercita la oración vocal, es decir, que hablando con la lengua, el corazón no esté lejos de Dios.» (Carta 26)]

Debe, pues, el alma espolearse a sí misma virilmente hacia esta oración, que es como una madre.

[«En verdad, la oración es una madre que en la caridad de Dios *concibe* las virtudes y en la caridad del prójimo *las da a luz*. Es madre porque alimenta al alma, nos tienen sus brazos.» (Carta 26)]

La ausencia del gusto no debe retraerle de hacer el bien

Cuando mi siervo me ama imperfectamente, busca más su propia satisfacción que a mí mismo, y puede percatarse de ello en que, al faltarle el consuelo espiritual, se entristece y se turba.

Esto sucede sobre todo a las personas que practican algún acto de virtud en el tiempo de la prosperidad; pero, en cuanto viene la tribulación, que yo permito para su bien, abandonan aquel poco bien

que hacían. Si se les preguntase por qué se turban, responderían: «Porque estoy atribulado, y me parece que es inútil lo que antes hacía, ya que no lo hago con aquel espíritu y con aquel ánimo con que lo hacía. Antes obraba mejor y con mayor paz.»

A éstos les engaña su afán de consuelo, y no es verdad que la causa sea la tribulación ni que me amen menos y que hagan menos obras que antes. Lo que hacen en el tiempo de la tribulación vale lo mismo que lo que hacían antes en el tiempo del consuelo; y podría valer más si a ello añadieran la paciencia. Esto les sucede porque se complacían con los consuelos y tranquilizaban su espíritu con lo poco que hacían. Al verse privados de aquel consuelo, les parece que pierden la paz y esto es falso. Porque no se puede privar al hombre del bien obrar si él no quiere, aunque se le quite el gusto con que lo hacía.

Se equivocan pues los que afirman: «Antes iba mejor, pues ahora no encuentro ningún gusto en lo que antes hacía». Juzgan falsamente porque si se hubieran gozado en el bien por amor del bien y de la virtud, no habrían perdido la paz, pero como su obrar está fundado sobre su propio gusto sensible, por esto ahora se sienten desconcertados.

Los que me aman imperfectamente, me buscan y aman por el consuelo y gusto que encuentran en mí, y de esta manera se engañan. Porque yo recompenso todo bien que se hace, poco o mucho según la medida del amor. Si a veces le privo del consuelo, lo hago para que puedan amarme con más recta intención, y no por el consuelo propio.

Engañada el alma por su propio consuelo, por haberlo experimentado alguna vez, trata de buscarlo por el mismo camino por el que antes lo halló. Mas yo no lo doy siempre de la misma manera, sino según sus necesidades. Ella en su ignorancia seguirá buscando aquella misma consolación, como queriendo poner ley al Espíritu Santo. No debe obrar así, sino pasar varonilmente por el puente de la doctrina de Cristo crucificado y recibir en él lo que quiera darle según el modo, tiempo y lugar que a mi bondad le plazca. Y si nada le doy, lo hago para que me busque de verdad y no me ame solamente por el gusto; para que ella reciba humildemente mi amor más bien que el gusto que en él encuentra. Pero, si no lo hace así y se va detrás del gusto, siguiendo su parecer, se verá en pena y confusión intolerables.

Estos son los que quieren escoger los consuelos a su capricho, y cuando su espíritu halla algún gusto en mí de un modo determinado,

quieren continuar con él, y son tan ignorantes, que a veces, visitándolos yo de manera distinta de aquélla, ofrecen resistencia y no me reciben y prefieren lo que ellos se habían imaginado.

Se engañan, porque es imposible que aquel gusto permanezca siempre igual. Así como el alma no puede estar siempre en un mismo estado, pues o adelanta en las virtudes o retrocede, así el espíritu no puede permanecer siempre en el gusto que en mí había encontrado una vez, como si mi bondad no pudiera darle otros. Yo visito a las almas de muy distintas maneras; a veces es el gusto de una íntima alegría espiritual; otras, por la contrición y aborrecimiento del pecado, hasta parecerles que por este motivo tienen turbado el espíritu; otras, estoy en el alma sin que ella lo perciba; otras, le presento a mi Verdad, Jesucristo, de distintas maneras a los ojos de su inteligencia, y, sin embargo, le parecerá al alma que no lo siente con aquel calor y gusto que cabría sentir ante visión semejante; otras veces, sin ver, experimentará gran alegría.

Todo esto lo hago por su amor y para conservarla y hacerla crecer en la virtud de la humildad y de la perseverancia, para enseñarle a no ponerme reglas ni a que ponga como fin el consuelo, sino sólo la virtud que se funda en mí; para que humildemente reciba mi amor, con la fe viva de que le doy siempre según sus necesidades y para hacerla llegar a gran perfección.

Debe, pues, el alma mantenerse humilde, poniendo el fin en mi amor, y estando dispuesta a recibir consuelo o desconsuelo según mi voluntad y no según la suya. Este es el camino para no engañarse y recibirlo todo por amor a mí.

Apego a la consolación, en detrimento de la caridad del prójimo

Quiero hablarte ahora del engaño de aquellos que ponen toda su satisfacción en buscar consuelos espirituales, mientras muchas veces verán a su prójimo en necesidad espiritual o temporal, y no le socorrerán con pretexto de virtud, diciendo: «Yo pierdo en ello la paz y la tranquilidad de mi espíritu y no rezo mis horas a su debido tiempo». ¡Cómo les engaña su avidez de gustos espirituales! Me ofenden por no socorrer a su prójimo en sus necesidades, por buscar sólo la tranquilidad de su espíritu y su consuelo.

No se dan cuenta que en la caridad del prójimo me encuentran a mí, mas en el propio gusto, donde me buscan, me perderán. Así que

queriendo ganar, pierden; y perdiendo, saldrían ganando; es decir renunciando a su propio consuelo por el bien del prójimo.

He aquí cómo podrían gustar en todo tiempo la dulzura de mi caridad; al no hacerlo así, viven con pena, pues siempre habrá ocasiones en que se verán obligados a socorrer a su prójimo, haciéndolo entonces con despecho, con enfado interior y desasosiego de espíritu. Están triste porque les parece que pierden la paz y que tienen que dejar tantas cosas de las que solían hacer. Se engañan, pues, por el amor propio espiritual que a sí mismo se tienen.

Amargura de espíritu cuando faltan estas consolaciones a los que están apegados a ellas

Por causa de este amor propio espiritual, el alma se puede causar mucho daño. Porque si su afecto está sólo puesto en buscar las consolaciones que a veces le concedo, cuando se ve privada de ellas, cae en la amargura y tristeza. Le parece estar privada de la gracia en los momentos en que de ella me aparto. Pues, yo visito al alma y me alejo de ella no en cuanto a la gracia, sino sólo en cuanto al sentimiento de mi presencia para llevar el alma a mayor perfección.

Cuando le quito el gusto y la dejo que sea combatida por muchas tentaciones, esta alma se llena de amargura y le parece estar en el infierno. No se percata de que estoy yo en ella, sosteniendo su buena voluntad en los combates. Y por engañarse de esta manera, no adelantan y permanecen en su tibieza.

Este afán de gustos espirituales da pie a otros engaños del demonio, que se transforma en ángel de luz

Además, el demonio puede engañar al alma, presentándose en forma de luz, tentándola en aquello en que la ve dispuesta a desear. Viendo al alma engolosinada y fija en su deseo de consolaciones, el demonio se presenta entonces en aquel espíritu en forma de luz y de diversas maneras, bajo la apariencia de un ángel, o de Jesucristo, o de algún santo. Si me preguntas en qué puede conocerse que esta visita es más bien del demonio que de mí, te diré la señal para reconocerlo: el alma concibe inmediatamente una gran alegría, pero cuanto más dura la visita, más disminuye aquella alegría; y pronto no queda más que tedio, tinieblas y desasosiego de espíritu y confusión interior.

Por el contrario, si en verdad soy yo, Verdad Eterna, la que la visita, experimenta el alma en el primer momento un santo temor. Con este temor recibe alegría y seguridad y una dulce prudencia; duda, sin dudar realmente. Llena del conocimiento de sí misma, se considera indigna y dice: Yo no soy digna de ser visitada por ti; y no mereciéndolo, ¿cómo puede ser esto? Se refugia entonces en la grandeza de mi caridad y comprendiendo que me digno recibirla aunque sea indigna, por mi caridad, porque no desprecio el deseo con que me busca. Por esto me recibe humildemente, diciendo: *He aquí tu esclava, hágase en mí tu voluntad.*

Esta es, pues, la señal de que el alma es visitada por mí o por el demonio: si soy yo quien la visito, siente el alma temor en el primer momento, pero en el medio y en el fin, alegría y hambre de la virtud. Si es el demonio, causa alegría en el primer momento, mas luego queda en confusión y oscuridad de espíritu.

Os he dado esta señal para que el alma, si quiere conservarse en humildad y proceder con prudencia, no pueda ser engañada. Pero caerá en este engaño si prefiere navegar sólo con el amor imperfecto de sus propios consuelos más que del amor a mí, como ya te he dicho.

Características del tercer estado del amor de amigo

Llegados al tercer estado del amor de amigo y de hijo, ya no es amor mercenario el que me tienen, sino de amigos queridísimos. Así como un amigo, cuando recibe un obsequio de otro, no se fija solamente en el regalo, sino en el corazón y el afecto del que se lo hace, y aprecia el regalo sólo por el amor del afecto del amigo, así el alma, llegada al tercer estado de amor perfecto, cuando recibe mis dones y mis gracias, no se fija solamente en el don, sino fija la mirada en mi caridad, por la que se lo doy.

El alma que llega a este estado, se encierra en la casa de su propio conocimiento. Pero este conocimiento de sí va siempre acompañado del conocimiento de mí, para que no caiga en confusión. De este modo, fundada en la humildad, tendrá paciencia para hacerse fuerte a los combates del demonio, contra las persecuciones de los hombres y contra las desolaciones espirituales que quiera enviarle.

Y si la propia sensualidad, en medio de las dificultades, quisiera rebelarse contra la razón, la propia conciencia no dejará pasar sin corrección ningún movimiento desordenado, reprendiéndose en todo

momento. Esto quiso expresar mi siervo Gregorio cuando dijo que «la santa y pura conciencia encuentra pecado donde no lo hay»; es decir, que ve culpa, dada la pureza de la conciencia, aun donde no la había.

El alma que me ama, permanece en la casa del conocimiento de sí misma, como hicieron los apóstoles, que permanecieron en casa y no se movieron, perseverando en vigiliias y humilde y continua oración hasta la venida del Espíritu Santo.

Perdido el temor, como los apóstoles, se entregan al bien del prójimo

Resta por decir en qué se conoce que el alma ha llegado al amor perfecto. Es la misma señal que se dio a los apóstoles luego que hubieron recibido el Espíritu Santo. Salieron del cenáculo, y, perdido el miedo, anunciaban mi palabra y predicaban la doctrina de mi Hijo. Lejos de temer los tormentos, se gloriaban de ellos. No les preocupaba presentarse delante de los tiranos de este mundo y anunciarles la verdad para la gloria y alabanza de mi nombre.

Así el alma que ha llegado al amor perfecto, participa de mi caridad, que es el mismo Espíritu Santo, en su voluntad, fortaleciéndose y disponiéndose a sufrir trabajos y a salir fuera por mi Nombre y dar a luz las virtudes en el trato con su prójimo. No es que salga fuera de la casa del propio conocimiento, sino que salen del alma las virtudes socorriendo a su prójimo de muy diversas maneras. Así corre por el puente de la doctrina de Cristo crucificado y no tiene otro modelo ante sus ojos que a Él.

En el costado de Cristo crucificado conoce el fuego de la caridad divina, que es lo que te manifestó mi Hijo cuando le preguntaste: «¡Oh dulce e inmaculado Cordero! Tú estabas ya muerto cuando te abrieron el costado, ¿por qué quisiste que se te hiriera y se te abriera el corazón?» Él respondió, si te acuerdas: «Muchas razones había para ello, pero te diré la principal. Mi deseo para el linaje humano era infinito, y el acto de pasar penas y tormentos era finito. Por esto quise que vieseis el secreto del corazón, mostrándolo abierto para que comprendierais que amaba mucho más y que no podía demostrarlo más que por lo finito del sufrimiento.

Yo conocía la debilidad y fragilidad del hombre, que le lleva a ofenderme. No que se vea forzado por ella ni por ninguna otra cosa a cometer la culpa, si él no quiere, sino que, como frágil, cae en culpa de pecado mortal, por la que pierde la gracia que recibió en el sano

bautismo en virtud de la Sangre de mi Hijo. Por esto fue necesario que mi Caridad divina proveyese a dejarles un bautismo continuo, el cual se recibe con la contrición del corazón y con la santa confesión, hecha a los pies de mis ministros. La Sangre de Jesucristo es la que hace deslizar la absolución del sacerdote por el semblante del alma.

Si la confesión es imposible, basta la contrición del corazón. Entonces es mi clemencia la que os da el fruto de esta preciosa sangre. Mas, pudiendo confesaros, quiero que lo hagáis. Quien pudiendo no se confiesa, se ha privado del precio de la Sangre del Cordero. Es cierto que en el último momento, si el alma la desea y la puede haber, también la recibirá; pero no haya nadie tan loco que con esta esperanza aguarde a la hora de la muerte para arreglar su vida, porque no está seguro de que, por su obstinación y en mi divina justicia, no le diga: «Tú no te acordaste de mí en vida, mientras tuviste tiempo, tampoco yo me acuerdo de ti en la hora de la muerte». Que nadie, pues, se fíe, y si alguien, por su culpa, lo hizo hasta ahora, no dilate hasta última hora el recibir este bautismo.

En este bautismo continuo el alma conoce que el tormento de la cruz que padeció mi Hijo fue finito, pero el fruto que de él habéis recibido es infinito, en virtud de la naturaleza divina unida a la humana. Es infinito el fruto, no porque lo sea el sufrimiento que yo sufrí con tanto fuego de amor, sino porque el deseo de vuestra salvación era infinito. Si no hubiese sido infinito, no habría sido restaurado todo el género humano, ni el hombre podría levantarse después de su pecado. Estos lo manifesté dejando abrir mi costado, donde halláis los secretos de mi corazón, demostrándoos que os amo mucho más de lo que puedo manifestar con un tormento finito.

[«¿Quieres sentirte segura? Escóndete dentro de este costado abierto. Piensa que, alejada de este corazón, te encontrarás perdida; mas, si entras una vez, hallarás en él tanto deleite y dulzura, que no querrás salirte ya jamás.» (Carta 163)]

Estado de hijos no separado del de amigos. Pruebas de que han llegado al estado de amigos

El alma que ha llegado al estado de amigo e hijo me habla a mí con la continua oración. Habla conmigo mentalmente, ofreciéndome dulces y amorosos deseos por la salvación de las almas. Habla exteriormente cuando anuncia la doctrina de mi Verdad, amonestando

y confesándola audazmente y delante de quienquiera, sin temor alguno de las penas que el mundo pudiera infligirle.

Además, pasa escarnios, afrentas, dolores, improperios y persecuciones, pasando hambre, sed, frío y calor, congojas, lágrimas y sudor por la salvación de las almas. Todo lo soporta en honor mío soportando a su prójimo.

Y vive las virtudes verdaderas, muriendo a la propia sensualidad y a la propia voluntad. Así encuentra la paz y la tranquilidad, de manera que nadie la puede turbar, porque está perdida y anegada su voluntad. Sigue la doctrina de Cristo crucificado, y no afloja su paso por injurias que reciba, ni por ningún deleite que el mundo le ofrezca. Pasa por todas estas cosas con fortaleza y perseverancia, porque me ama a mí por mí mismo, en cuanto soy suma bondad, digno de ser amado.

Características del estado de hijos

¡Fíjate en mis santos! Por mí se hicieron pequeños, y yo los he hecho grandes. Y así, el mundo los honra, porque ellos despreciaron el mundo. Estos, si el prójimo necesita de su ayuda, le sirven varonilmente, perdiéndose a sí mismos y no preocupándose de sus cosas.

Sea cual fuere el modo con que emplean su vida y su tiempo en mi honor, gozan y hallan paz y tranquilidad de espíritu. ¿Por qué? Porque no eligen servirme a su modo, sino según el mío. Por eso no les pesa más el tiempo de la tribulación que el del consuelo. Para ellos es lo mío lo uno que lo otro, porque en todo hallan mi voluntad y no piensan sino en conformarse con ella en cualquier parte donde la hallan.

Ven que nada se hace sin mí, sino que todo está hecho con misterio y providencia divina, fuera del pecado, que no es. Por eso aborrecen el pecado. Están tan firmes y constantes en su deseo de caminar por el camino de la verdad y no aflojan nada su paso, sino que sirven fielmente a su prójimo, sin fijarse en su ignorancia o ingratitud; ni porque alguna vez el vicioso lo injurie o reprenda en su bien obrar dejarán ellos de clamar en mi presencia, haciendo santa oración por él, doliéndose más de la ofensa que me hacen a mí y del daño de su alma que de su propia injuria.

Estos dicen con el apóstol Pablo, mi heraldo: *El mundo nos maldice, y nosotros bendecimos; nos persigue, y damos gracias; nos*

arroja como inmundicia y basura, y lo sufrimos con paciencia (1 Cor 4, 12-13).

Estas son las dulces señales, y sobre todas ellas la virtud de la paciencia, que demuestra, en verdad, que el alma ha salido del amor imperfecto y llegado al perfecto, siguiendo al dulce e inmaculado Cordero, mi Hijo unigénito, que, estando en la cruz sostenido por los clavos de amor, no retrocede porque los judíos le digan: *Desciende de la cruz y creeremos en ti* (Mt 27,40). Ni por vuestra ingratitud se vuelve atrás ni deja de perseverar en el cumplimiento de la obediencia que yo le había impuesto. Estos hijos queridísimos, por mucho que el mundo los quiera hacer retroceder con halagos y amenazas, no vuelven atrás su mirada, sino que se fijan sólo en mi Hijo unigénito. Estos se guardan bien de abandonar el campo de batalla, para volver a casa y recoger el vestido que dejaron, de agradar más a las criaturas y temerlas más que a mí, que soy su Creador. Antes permanecen en el combate con gusto, saciados y ebrios de la sangre de Cristo Crucificado. Esta sangre es la que yo os brindo en el Cuerpo místico de la Santa Iglesia para reconfortar a los que quieran ser verdaderos caballeros y combatir contra la propia sensualidad, contra el mundo y contra el demonio, perseverando virilmente hasta la muerte. Cuando vuelven a mí, Padre Eterno, que soy quien recompenso todo trabajo, de mí reciben la corona de la gloria.

Estos se glorían como Pablo *en las tribulaciones y en los oprobios de Cristo crucificado*. Desean ser útiles al prójimo con trabajos y sufrimientos, trayendo los estigmas de Cristo crucificado; es decir, que el amor torturado que dentro llevan resplandece en su cuerpo, y lo manifiestan despreciándose a sí mismos, sufriendo molestias y trabajos de cualquier tipo en la manera que yo se los conceda.

[«Procura no rehusar fatiga alguna, sino recíbelas con alegría, saliéndoles al encuentro con deseo perfecto diciendo...: ¡Qué beneficio me hace mi Creador al permitirme sufrir y padecer para gloria y alabanza de su nombre! Haciéndolo así, la amargura os será dulzura y refrigerio.» (Carta 63)]

Te dije de los otros, menos perfectos, que me apartaba de ellos no en cuanto a la gracia, sino en cuanto al sentimiento de mi presencia. No obro así con estos muy perfectos, que han muerto del todo a su voluntad propia, sino que continuamente estoy presente en su alma por la gracia y por el sentimiento de esta presencia mía; es decir, que

siempre que quieren unir su espíritu a mí por el amor, pueden hacerlo, porque su deseo es tan grande, que por nada pueden separarse de mí, sino que todo lugar y tiempo es lugar y tiempo de oración.

La Trinidad les es mesa, servidor y manjar

Este dulce y amoroso Verbo, mi Hijo, les es manjar, pues como manjar os lo di a vosotros: su carne y su sangre, Dios y Hombre verdadero, que recibís en el sacramento del altar. Mi bondad ha dispuesto dároslo mientras sois peregrinos y caminantes para que por vuestra debilidad no desfallezcáis y no os olvidéis de la sangre que se derramó por vosotros con tanto amor.

A fin de que en vuestro caminar podáis confortaros siempre, el Espíritu Santo, es decir, mi Caridad, os sirve. El os da mis dones y mis gracias. Ve pues, cómo yo les soy mesa; mi Hijo, manjar, y servidor el Espíritu Santo.

Porque están encendidos y abrasados en mi caridad, en la que consumen la voluntad propia, el demonio les arroja de lejos sus saetas, sin atreverse a acercarse a ellos. El mundo no los hiere más que exteriormente. El cree que los ofende, y es él el ofendido, porque la saeta que no puede penetrar se vuelve contra el que la arroja. Son invulnerables por todos los lados, porque, aunque esté herido el cuerpo, no puede ser herida su alma. Esta se halla bienaventurada y afligida: afligida, por la ofensa de su prójimo; bienaventurada por la unión y afecto de la caridad que en sí ha recibido.

Como Jesucristo en la cruz, éstos en la tribulación se sienten bienaventurados y afligidos

Estos siguen al Cordero inmaculado, mi unigénito Hijo, que, estando en la cruz, era bienaventurado y doliente al mismo tiempo; doliente, cuando llevaba la cruz corporal, sufriendo tormentos, deseando expiar la culpa del linaje humano; bienaventurado, porque la naturaleza divina, unida con la naturaleza humana, no podía sufrir pena alguna y hacía feliz incesantemente a su alma, revelándosele sin ningún velo. Era bienaventurado y afligido, porque sufría la carne; más la Divinidad no podía sufrir, como tampoco su alma, en su parte superior, la más espiritual.

De la misma manera, estos queridos hijos míos, llegados al estado de hijos, son afligidos llevando la cruz material y espiritual por los

sufrimientos de sus cuerpos según mi permisión, y la cruz del deseo, es decir, del dolor torturante que sienten cuando se me ofende o se daña al prójimo. Pero son también bienaventurados, porque el gozo de la caridad, que los hace felices, no les puede ser quitado, y de él reciben alegría y bienaventuranza. Por esto no puede llamarse este dolor «dolor aflictivo», que seca el alma, sino dolor confortante, que nutre el alma en la caridad, ya que las penas aumentan, fortalecen, hacen crecer y prueban la virtud.

Esta pena, pues, nutre y no aflige, porque ningún dolor y sufrimiento puede arrancarlas de mí y de mi gracia, porque están hechas una cosa conmigo, y yo con ellas. Y jamás de ellas me aparto por este sentimiento de mi presencia.

Resplandece la misericordia y la abundancia de la caridad de Dios en los pecadores

Estos hijos míos se alegran al ver que yo sea alabado y glorificado en esta vida por el mundo, pues, lo quiera o no lo quiera el mundo, siempre me da gloria. Es verdad que cuando no me quiere, que no me da la gloria que debería darme, amándome sobre todas las cosas; pero por lo que a mi toca, yo saco de ellos gloria y alabanza de mi Nombre en cuanto que en ellos resplandece mi misericordia y la abundancia de mi Caridad, que les concedo en el tiempo de que disponen. En lugar de mandar a la tierra que los trague por sus delitos, los espero y ordeno que la tierra les dé sus frutos; al sol, que los caliente y les dé su luz y su calor; y en todas las cosas creadas, hechas para ellos, uso yo de mi misericordia y caridad, no quitándoselas por sus culpas, sino que al pecador doy como al justo, y muchas veces más al pecador que al justo, porque a éste, dispuesto a sufrir, le privo de los bienes de la tierra para darle con más abundancia los bienes del cielo.

Algunas veces, las mismas persecuciones que los siervos del mundo mueven contra mis siervos, probando en ellos la virtud de la paciencia y de la caridad, tienen como consecuencia la gloria y alabanza de mi Nombre. Y así, lo quiera o no lo quiera el malvado, se me rinde gloria, aunque no tuviese él esta intención, sino la de ultrajarme.

El demonio les ayuda a crecer en virtud y en mérito

De la misma manera, los demonios no sólo son instrumentos míos en el infierno, sino que en esta vida mortal me sirven para aumentar el mérito de mis siervos mientras peregrinan hacia mí. Se lo aumentan ejercitándolas en la virtud con muchos combates y tentaciones de distintos modos: instigando a uno a hacer injuria a otro, a robarse mutuamente, para privarlos de la caridad. Mas, pretendiendo empobrecer a mis siervos, éstos se fortalecen, probando en ellos la virtud de la paciencia, de la fortaleza y de la perseverancia.

He aquí de que modo hasta ellos me alaban y glorifican, y cómo se cumple mi Verdad en ellos, puesto que para esto los creé, y para que participaran de mi belleza.

Los que son mis hijos desean verse librados de la pesadez del cuerpo mortal

Los que han llegado a este estado y me aman como hijos no tienen miedo a la muerte, porque la desean y han declarado la guerra a su carne. Por eso dicen: *¿Quién me libraré de mi cuerpo? Deseo verme libre de él para estar con Cristo.* Porque el alma así elevada desea verme, y verme glorificado y alabado. Por el deseo de verme les resulta insoportable la vida. Sin embargo, puesto que su voluntad ya no es suya, sino que se ha hecho una cosa conmigo por el amor, no pueden querer ni desear lo que yo quiero; están contentos de permanecer en el mundo si yo quiero que permanezcan con su pena para mayor gloria y alabanza de mi nombre y salud de las almas. Corren tras Cristo crucificado y gozan tanto más cuanto más sufren. Más todavía, el soportar muchas tribulaciones, en su deseo de la muerte, les sirve muchas veces de consuelo. Estos no sólo sufren con paciencia, como en el tercer escalón, sino que se glorían en las muchas tribulaciones sufridas por mí. Se alegran porque se ven revestidos de las penas y oprobios de Cristo.»

Capítulo V

Clases y fruto de las lágrimas

Entonces, aquella alma deseaba saber algo más sobre los estados del alma que Dios le había revelado. Veía que las almas pasan de un

estado al otro con lágrimas, y quería saber la diferencia de estas lágrimas. Por esto suplicaba a la Verdad se lo diese a entender.

[Las «lágrimas» son la manifestación de los sentimientos interiores en las distintas etapas por las que el alma pasa en su itinerario hacia Dios. Hay cinco clases, las primeras de muerte y las cuatro restantes de vida.]

Entonces, la dulce Verdad le decía:

«¡Oh querida hija! Me pides que te muestre las diversas lágrimas y sus frutos. Abre bien los ojos de tu inteligencia, y te lo mostraré.

1. Lágrimas de muerte

Las primeras son las lágrimas de los malvados de este mundo. Son lágrimas de condenación.

Quiero que sepas que toda lágrima procede del corazón. Si el corazón sufre, los ojos lloran. Si se trata de un dolor sensual, derrama lágrimas que engendran muerte, porque proceden de un corazón lleno de amor desordenado, fuera de mí. Y porque es desordenado, me ofende y produce dolor y lágrimas de muerte. Es cierto que la gravedad de la culpa y del llanto es mayor o menor según la medida del amor desordenado.

2. Lágrimas por los pecados, las cuales empiezan a dar vida

Fíjate ahora en las lágrimas que empiezan a dar vida, es decir, las de los que reconocen sus culpas y comienzan a llorar por temor del castigo. No llegan aún al aborrecimiento perfecto del pecado, pues les duele, no la ofensa que implica contra mí, sino el castigo que le sigue.

3. Lágrimas de amor imperfecto

Conforme se va ejercitando en la virtud, empieza el alma a perder el temor y a vivir el amor, se va conociendo a sí misma y a mi bondad. Empieza a esperar en mi misericordia, y entonces experimenta a la vez dolor, porque se siente culpable, y alegría, porque empieza a esperar en mi misericordia. Mas, no habiendo llegado todavía a una gran perfección, con frecuencia sus lágrimas no están exentas de alguna sensualidad. A causa de su amor propio, todavía apetece las consolaciones.

Y así, cuando se ve privada de lo que ama, es decir, de los consuelos interiores que vienen de mí, o de los exteriores de las

criaturas, o le sobrevienen tentaciones o persecuciones de los hombres, sufre y llora lágrimas tiernas y llenas de compasión para consigo misma; compasión de amor propio espiritual, porque todavía no tiene la voluntad totalmente negada.

4. Lágrimas de amor a Dios y de compasión por el prójimo

Pero, creciendo el conocimiento de sí misma y el conocimiento de mi bondad, empieza el alma a unirse y a conformar su voluntad con la mía. Entonces comienza a sentir gozo y compasión: gozo por el amor que me tiene, y compasión para con el prójimo, doliéndose sólo de mis ofensas y del daño del prójimo. El alma ya no piensa en sí misma, sino sólo en darme gloria y alabanza. Con angustioso deseo, se deleita en la santísima cruz, es decir, en irse conformándose con el humilde, paciente e inmaculado Cordero, Hijo mío unigénito, del que hice puente.

Luego el alma sufre con verdadera y dulce paciencia todo trabajo y toda pena que permito para su salvación. Los sufre virilmente; no los elige a su gusto, sino según el mío. Y no sólo sufre con paciencia, sino con alegría. Y considera una gloria ser perseguida por mi Nombre, aunque tenga que padecer. Experimenta el alma tanto deleite y tranquilidad de espíritu, que no hay lengua capaz de decirlo.

5. Lágrimas de dulzura, por la unión del alma con Dios

Habiendo pasado por medio de mi Verbo, es decir, por la doctrina de mi unigénito Hijo, fijos los ojos en mí, el alma está unida a mí por el amor. Los ojos derraman lágrimas de dulzura, gustando de la presencia del amor divino.

Mas este estado unitivo, que hace derramar lágrimas de dulzura, no le impide ejercitar la caridad con el prójimo, llorando con los que lloran y gozándose con los que gozan. De esta manera alimenta en sí el fuego de la caridad, porque la caridad del prójimo procede de la mía, es decir, de este conocimiento que el alma adquiere conociéndose a sí misma y a mi bondad en sí viéndose amada por mí inefablemente. Y por esto, con el mismo amor con que se ve amada, ama ella a toda criatura racional, y ésta es la razón por la que el alma que me conoce se dispone inmediatamente a amar a su prójimo. Porque se siente inefablemente amada, ama, a su vez; ama lo que ve que yo más amo.

Al conocer que a mí no se me puede hacer bien alguno, me lo tributa por el medio que os he ofrecido, es decir, a través de vuestro prójimo.

Debéis amar con aquel amor puro con que yo os amo; debéis amar a la criatura sin ser amados por ella, para darme gloria y alabanza, sólo porque yo la amo. Así cumpliréis el mandamiento de amarme a mí sobre todas las cosas y al prójimo como a vosotros mismos.

Cómo huye el demonio de los que llegan a la perfección de la última clase de lágrima

En estas últimas lágrimas el alma se une de verdad a mí y crece en gran manera el fuego de su santo deseo. Este inflamado deseo ahuyenta al demonio y no pueden perjudicar al alma ni las injurias que la hagan ni las consolaciones espirituales o temporales.

Es cierto, no obstante, que el demonio, por su parte no duerme nunca. Con ello os da una lección a vosotros, negligentes, que en los tiempos prósperos permanecéis dormidos. Pero el demonio no puede dañar a éstos, porque no puede sufrir el calor de su caridad ni la unión que tiene conmigo. Huye, como la mosca de la olla que hierve. Si la olla fuera tibia, no tendría tanto miedo, sino que entraría en ella, aunque algunas veces pereciera dentro hallando más calor del que se imaginaba. Así sucede con el alma antes que llegue al estado perfecto; el demonio, creyéndola tibia, entra en ella con diversas tentaciones. Mas, como esta alma ha adquirido gran calor —conocimiento y desagrado del pecado—, resiste y no consiente.

Por esto debe alegrarse toda alma que se sienta muy combatida, porque éste es el camino para llegar a este dulce y glorioso estado.

Te ha hablado de las lágrimas perfectas e imperfectas y cómo salen todas del corazón. Su única diferencia estriba en el amor de este corazón, que puede ser ordenado o desordenado, perfecto o imperfecto.

Lágrimas de fuego

Me queda por hablarte ahora de los que quisieran la perfección de las lágrimas y les parece que no la pueden alcanzar.

Hay un llanto de fuego, es decir, de verdadero y santo deseo, que se consume por amor. Querría deshacer su vida en llanto por odio de sí mismo y por la salvación de las almas, y le parece que no puede. Estos

tienen lágrimas de fuego y es el Espíritu Santo el que llora en ellos por sí mismos y por su prójimo. Quiero decir que mi caridad divina enciende con su llama el alma para que ofrezca sus ansiosos deseos en mí presencia. Son lágrimas de fuego, y en este sentido digo que es el Espíritu Santo quien llora. Esto quería decir el apóstol Pablo cuando dijo que el Espíritu Santo ora en vosotros, con gemidos inenarrables.

Esta alma no debe desalentarse ni pensar que está privada de mí. Se debe conformar plenamente con mi voluntad, y debe aceptar humildemente que le conceda o no las lágrimas, según me plazca. Permito yo algunas veces que no tenga lágrimas sensibles para que esté continuamente humillada en mi presencia y gustando de mí con una oración continua. Si consiguiese inmediatamente lo que pide, no le sería de tanto provecho como ella piensa por la excesiva satisfacción de tener lo que había deseado. Aflojaría en el afecto y en el deseo con que me las está pidiendo. Para que vaya aumentando y no para que disminuya, me abstengo de darle lágrimas sensibles, pero le doy las espirituales, llenas de fuego de mi divina caridad, las cuales me son agradables en cualquier tiempo y condición. Yo soy médico, y vosotros enfermos, y doy a todos lo que es necesario para vuestra salud y para aumentar la perfección de vuestra alma.

Esta es la explicación de los cinco estados de las lágrimas que te he declarado, hija mía. Sumérgete, pues, en la sangre de Cristo crucificado, mi inmaculado Cordero, creciendo continuamente en la virtud para que en ti se alimente el fuego de mi divina caridad.

El llanto de los mundanos es un árbol con frutos de muerte

Queda por decir cuál es el fruto de las lágrimas y el efecto que producen en el alma.

Empezaré por hablarte de las lágrimas de aquellos que viven miserablemente en el mundo, elevando las criaturas y las cosas creadas y sus propia sensualidad al rango de Dios. Te dije que todas las lágrimas procedían del corazón, porque tanto sufre el corazón cuanto ama. Los hombres del mundo lloran cuando sienten dolor en el corazón, es decir, cuando se ven privados de lo que aman. Sus llantos son tan diversos como diferentes son sus amores. Y como la raíz de su amor propio sensitivo está podrida, corrompido está todo lo que hacen; es como un árbol que no da frutos más que de muerte.

El alma que vive virtuosamente hunde la raíz de su árbol en el valle de la verdadera humildad. Mas estos que viven miserablemente la ponen en el monte de la soberbia. Los frutos son sus obras, todas ellas envenenadas por muy diversos pecados. Y, si dan algún fruto de buenas obras, por estar podrida la raíz, todo sale corrompido. Así es el alma que está en pecado mortal.

Este árbol tiene siete ramas, que se inclinan hasta la tierra, de las que salen las flores y hojas. Son los siete pecados capitales, cargados de otros muchos y diversos pecados, unidos con la raíz y el tronco del amor propio y del orgullo. Este ha producido, ante todo, las ramas y las flores de los malos pensamientos. Siguen luego las hojas de las palabras y el fruto de las malas obras. Las ramas de los pecados mortales están inclinadas hasta el suelo, porque jamás se dirigen más que a la tierra de las cosas de este mundo, no ordenadas a mí. No se fijan más que en cómo podrán nutrirse de la tierra de forma insaciable. Por ser insaciables, se vuelven insoportables a sí mismos. Es justo que estén siempre inquietos e insatisfechos. No se pueden saciar porque apetecen siempre lo finito, siendo ellos infinitos en cuanto al ser, porque éste jamás perece, aunque perezca la gracia por el pecado mortal.

Y porque el hombre ha sido puesto por encima de todas las cosas creadas, y no las cosas creadas encima de él, no puede saciarse ni estar tranquilo sino con cosas mayores que él. Superior a él no hay nadie sino yo, Dios Eterno, y por esto yo sólo los puedo saciar. Al estar privados de mí, están en continuo tormento y pena.

Los cuatro vientos que combaten el alma de los mundanos

Los cuatro vientos que combaten a estos mundanos son la prosperidad, el temor, la adversidad, y el remordimiento.

El viento de la prosperidad fomenta el orgullo, la presunción de sí mismo y el desprecio del prójimo. Si se trata de un poderoso de la tierra, ejerce su poder injustamente, con vanidad de corazón e inmundicia de cuerpo y de espíritu, por interés de su propia reputación y con muchos otros vicios que a éstos acompañan.

El viento de la prosperidad, ¿es corrompido en sí mismo? No. Ni éste ni ninguno. Lo corrompido es la raíz principal del árbol, que, a su vez, lo corrompe todo. Yo, que todo lo gobierno, doy todas las cosas y soy sumamente bueno. Por esto es bueno todo lo que trae el viento de

la prosperidad; pero para estos mundanos trae llanto, porque su corazón no está saciado y sigue deseando lo que no puede tener.

Después de éste viene el viento del temor servil, que les hace tener miedo hasta de su propia sombra, temiendo perder lo que aman. O temen perder la propia vida, o la de sus hijos, o de otras personas. O temen perder su posición o bien otras cosas de su amor propio o de su ambición de honor y riquezas. Este miedo les impide disfrutar en paz, porque no lo poseen ordenadamente, según mi voluntad. Y, puesto que a uno se le puede considerar por el señor a quien sirve, éste se convierte en nada, porque el pecado es nada.

Mientras los sacude el viento del temor, les llega el de la adversidad, que tanto temían, y les quita lo que poseían o en todo o en parte. En todo cuando forzosamente la muerte todo se lo quita. Otras veces, en parte, cuando se les priva de alguna que otra cosa: salud, hijos, riquezas, posición, honores, según que yo, dulce médico, veo ser necesario para vuestra salvación.

Mas, porque vuestra fragilidad está toda corrompida y sin verdadero conocimiento, corrompe hasta el fruto de la virtud de la paciencia. De ahí las impaciencias, escándalos y murmuraciones, odio y aversión contra mí y contra mis criaturas. Lo que yo les di para vida, lo reciben como fruto de muerte, con dolor equivalente al amor con que lo querían.

Así el alma sufre por la impaciencia, que le seca y le mata, quitándole la vida de la gracia. Esta impaciencia le seca y consume, y le ciega espiritualmente, privándole de todo gozo y arrebatándole la esperanza, ya que se ve privado de todo aquello en que había puesto su afecto, su esperanza y su fe. Por esto llora.

No son, ciertamente, las lágrimas las que traen tantos inconvenientes, sino el afecto desordenado, del que proceden las lágrimas. Si el corazón fuese ordenado y tuviese la vida de la gracia, las lágrimas serían también ordenadas y me forzarían a mí, Dios Eterno, a tener misericordia con ellos.

¿Por qué, pues, decía que estas lágrimas dan muerte? Porque son la señal que da a entender que en el corazón está la vida o la muerte.

Dije también que soplaban un viento de remordimiento. También es mi divina bondad la que lo envía, pues, habiendo intentado en la prosperidad atraerlos a mí por el amor o por el temor — importunándolos a que enderecen su corazón a amarme virtuosamente

después de que han probado las tribulaciones para hacerles venir en conocimiento de la fragilidad e inconsistencia del mundo—, les procuro remordimientos, porque los amo, viendo que todo lo anterior nada ha servido. Estos remordimientos de conciencia se los envío para que abran su boca y vomiten la podredumbre de sus pecados por la santa confesión. Mas ellos, obstinados y justamente reprobados de mí por sus iniquidades, en modo alguno evitan esta inquietud y pretenden ahogarla con sus miserables placeres, con desagrado mío y del prójimo.

Todo les sucede porque está corrompida la raíz con todo el árbol, y cualquier cosa se les convierte en muerte, y están en continuas penas, llanto y amargura. Si no se corrigen, mientras tienen tiempo para usar de su libertad, de este llanto del tiempo, llegarán al llanto de la eternidad. De modo que lo que era en ellos finito, se convierte en infinito.

Mientras estáis en esta vida, podéis odiar y amar según os plazca. Mas, si el hombre muere en amor de la virtud, recibe bien infinito, y, si muere en odio, en este odio infinito permanece, recibiendo la condenación eterna. No pueden desear bien alguno, por hallarse privados de mi misericordia y de la caridad fraterna que los santos gustan en su trato mutuo y de la caridad que tenéis vosotros, peregrinos, caminantes en esta vida, en la que os he puesto para que lleguéis a mí, que soy vuestro término y vida eterna.

Ni oraciones, ni limosnas, ni ninguna otra obra les es de provecho. Son miembros cortados del cuerpo de mi divina caridad, porque no quisieron, mientras vivían, estar unidos a la obediencia de mis santos mandamientos en el Cuerpo místico de la santa Iglesia, en la que recibís la sangre del Cordero inmaculado, mi unigénito Hijo. Por eso reciben el fruto de la condenación eterna con llanto y crujir de dientes.

El fruto de las otras lágrimas

Resta ahora decir los frutos que reciben los que comienzan a huir de la culpa, por el temor del castigo, y a conquistar la gracia.

Algunos salen de la muerte del pecado mortal por el temor del castigo. ¿Qué frutos perciben éstos? Empiezan a vaciar la casa de su alma de toda inmundicia. Purificada el alma de toda culpa, recibe la paz de la conciencia y empieza a disponer su voluntad, a abrir los ojos de su inteligencia, para ver lo que él mismo es, pues antes de esta

limpieza no veía más que el desorden de muchos y variados pecados. Empieza también a recibir consuelos, porque el gusano de la conciencia está quieto.

Como el hombre que ha curado su estómago siente despertarse el apetito de la comida, así éstos sienten despertar su voluntad por el deseo de la virtud, que es su alimento. Y así es en verdad, porque el alma, temerosa todavía, pero ya purificada de sus pecados, por su deseo de amar, empieza a llenar de virtudes su casa. Aunque imperfecta todavía, si va dejando el temor, recibe consolación y deleite. Y por este gozo y consolación que encuentra en mí empieza a amar muy dulcemente, experimentando la dulzura de los consuelos que le provienen de mí o de las criaturas.

Ejercitando este amor que entró en su alma después que le hubo purificado el temor, empieza a recibir los frutos de mi divina bondad, empieza a gustar y recibir muchos y diferentes frutos de consolación.

Si persevera, llegado a las siguientes lágrimas, encuentra el alimento del dulce y amoroso Verbo. Empieza entonces a alimentarse de mi honra y de la salvación de las almas, llena de odio contra consigo misma y contra el pecado. Y así se va fortificando, odiando su propia sensualidad. Adquiere una sincera humildad, una paciencia que jamás se escandaliza y asegura al alma contra toda pena, porque mató su voluntad propia de donde procedían las penas. Sólo la voluntad sensual se escandaliza de las injurias y de las persecuciones y de las privaciones de los consuelos espirituales o gustos temporales, como te dije más arriba y es lo que le hace caer en la impaciencia. Pero, ya que esta voluntad está muerta, empieza a gustar el fruto de la dulce paciencia.

¡Oh fruto suavísimo, cuán dulce eres para quien te saborea y cuán agradable me es! Cuando vienen las injurias, permaneces en paz; estando en el mar tempestuoso que agitan los vientos peligrosos y cuyas grandes olas zarandean la barca frágil del alma, tú estás pacífica y tranquila, sin miedo a mal alguno, porque sabes que está protegida la barca por la dulce voluntad de Dios. Está revestida de una verdadera y ardentísima caridad para que el agua no pueda penetrar en ella.

¡Oh hija queridísima! Esta paciencia es como un reina que habita en el alcázar de la virtud de la fortaleza. Vence, sin ser jamás vencida. No está sola sino acompañada por la perseverancia. Es el meollo de la caridad y la que da a entender si este vestido de la caridad es o no ves-

tido nupcial. Si está desgarrado por alguna imperfección, se manifiesta inmediatamente por la falta de paciencia.

Todas las virtudes pueden disfrazarse alguna vez y aparecer como perfectas no siéndolo (aunque a mis ojos no hay disfraz posible). Si en el alma hay esta dulce paciencia, meollo de la caridad, demuestra claramente que todas las demás virtudes son vivas y perfectas. Mas, si ella está ausente, señal es que todas las virtudes son imperfectas y que no han llegado todavía a la mesa de esta santísima cruz, donde esta virtud de la paciencia fue engendrada en el conocimiento de sí y en el conocimiento de mi bondad y nacida de un odio santo y ungida de verdadera humildad.

Contempla, hija queridísima, esta virtud en los dulces y gloriosos mártires. El mundo con todas sus grandezas, los poderosos con todo su poder, nada podían contra ellos, porque estaban sostenidos por esta reina de la dulce paciencia.

Gracias de unión inenarrables, fruto de las últimas lágrimas expuestas

El fruto de las últimas lágrimas, las unitivas, no están separado de los anteriores, sino unidos entre sí, como el amor del prójimo está unido con el mío, pues que uno fomenta el otro. Pero ha crecido tanto el alma llegada a este estado, que no solamente soporta pacientemente, como te he dicho, sino que desea con alegría el sufrimiento despreciando todo alivio, de cualquier parte que le provenga, con tal de conformarse con mi verdad, Cristo crucificado.

Esta alma recibe el fruto de un gran sosiego de espíritu, un sentimiento de unión con mi dulce naturaleza divina, en la que gusta la leche como el niño que descansa tranquilo sobre el pecho de su madre. Así, el alma, llegada a este último estado, descansa en el pecho de la divina caridad, siguiendo a Cristo crucificado.

Vosotros no podéis seguir el camino de vuestra vida sin sufrimiento; sólo por el mucho sufrir llegaréis a las virtudes verdaderas. Por esto el alma se alimenta de Cristo crucificado, que es la Verdad, gustando mi naturaleza divina, que hace dulce la virtud. Esta es la verdad: que las virtudes en sí mismas no eran dulces, mas ahora lo son, porque fueron practicadas en estado de unión conmigo, amor divino, por mi honor y la salud de las almas

Considera, mi dulce hija, cuán dulce y glorioso es este estado, en que el alma ha llegado a unirse tan íntimamente en la caridad, que ya no se halla sin Cristo crucificado ni sin mí, Padre Eterno.

La memoria se llena de un continuo recuerdo de mí por los beneficios que sólo por amor ha recibido; no tanto por los beneficios en sí mismos, cuanto por la caridad con que se los di.

Considera particularmente el beneficio de la creación, por el que se ve hecha a mi imagen y semejanza. La consideración de este beneficio le hizo comprender, cuando estaba en el primer estado, el castigo reservado a su ingratitude, y esto le movió a levantarse de la miseria de sus culpas.

En virtud de esta preciosa sangre de Cristo la creé de nuevo a la vida de la gracia, lavándole el semblante de su alma de la lepra del pecado. En este segundo estado halla la dulzura del amor y el disgusto de la culpa. con la que comprende haberme disgustado tanto, que llegué a castigarla sobre el cuerpo de mi unigénito Hijo.

Recuerda luego el advenimiento del Espíritu Santo, que esclareció y esclarece las almas en la verdad. ¿Cuándo recibe el alma esta luz? Después que reconoce en sí mis beneficios. Entonces recibe luz perfecta, conociendo mi verdad, que consiste en esto: en que por amor la creé para darle la vida eterna.

Esta es la verdad que yo os he revelado en la sangre de Cristo crucificado. Luego que el alma la ha conocido, la ama; amándola, la manifiesta, amando únicamente lo que yo amo y odiando lo que yo odio.

Además de este conocimiento adquirido en la unión verificada conmigo, se eleva hacia una luz que está por encima de la naturaleza, que no viene de la naturaleza, como te dije, ni la ha conseguido por su propio trabajo, sino que gratuitamente se la dio mi dulce Verdad, que no desprecia los ansiosos deseos ni los trabajos que le ha ofrecido en mi presencia. Entonces se une a mí en un perfectísimo y ardentísimo amor. Si alguien me preguntase: ¿Quién es esta alma?, respondería: Es otro yo transformado en mí por amor.

¿Qué lengua podría referir la excelencia de este último estado unitivo? No hay lengua capaz de referirlo, pero bien os lo dan a entender los santos doctores, que, iluminados por esta luz gloriosa, interpretan las Sagradas Escrituras.

Esta luz alumbró al glorioso Tomás de Aquino, ya que su ciencia la adquirió más en la oración y en el éxtasis, que esclarecía directamente su entendimiento, que por estudio humano. Por este motivo, él fue una lumbrera que puse en el Cuerpo místico de la santa Iglesia para disipar las tinieblas del error.

Piensa en el glorioso Juan Evangelista y en cuánta luz adquirió sobre el precioso pecho de Cristo, mi Verdad, con cuya luz evangelizó el mundo por tanto tiempo. Verás que todos, de uno o de otro modo, os manifiestan esta luz; pero el sentimiento interno, la dulzura inefable y la perfecta unión, no podéis referirlos con vuestra lengua, porque es finita. Esto parece quería decir San Pablo con las palabras: *Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni paso por la mente humana cuánta es la dulzura y bien que reciben y está preparado para los que me aman.* (1 Cor 2,9).

¡Oh cuán dulce es esta mansión! Dulce sobre toda dulzura con la perfecta unión que el alma tiene conmigo. Entre ella y mí ya no está interpuesta su voluntad, pues somos una misma cosa. Ella exhala por todo el mundo el perfume y fruto de continuas y humildes oraciones; la fragancia del santo deseo clama por la salvación de las almas, voz sin voz humana, en presencia de mi divina Majestad.

Estos son los frutos de unión que el alma goza en esta vida en este último estado, conquistado con tantos trabajos lágrimas y sudor. De este modo, por la perseverancia, pasa de la vida de la gracia y de esta unión imperfecta a la gracia perfecta. Unión todavía imperfecta, digo, porque mientras está atada a su cuerpo no puede saciarse de lo que desea, vinculada como está a esta ley perversa, que, si está adormecida por la virtud, no está muerta, sin embargo, y puede despertar si desaparece la influencia de la virtud que la mantiene dormida.

Mas, por imperfecta que sea esta unión, le conduce a la perfección durable, que ya nadie le podrá quitar, como te dije hablando de los bienaventurados. En ella, con estos que están plenamente saciados, me gusta a mí, Verdad Eterna, sumo y eterno bien, que jamás tengo fin. Estos han recibido vida eterna, al contrario de aquellos, que recibieron la muerte eterna como fruto de sus lágrimas. Estos, del llanto pasan a la alegría, recibiendo la vida eterna.

He terminado de contarte los grados de las lágrimas y los frutos que el alma percibe de estas lágrimas.»

Capítulo VI

Ilustración complementaria

Aquella alma entonces, después de oír las dulces palabras que la Verdad le había dicho sobre los estados del alma, dijo: Gracias te doy, sumo y Eterno Padre, porque has llenado todos mis deseos y porque no quieres más que nuestra salvación. Yo quisiera ahora que me explicases algunas dudas que tengo sobre algunas cuestiones para no dejarme engañar:

Sé muy bien que tú me dijiste: «Yo soy aquel que me deleito en las pocas palabras y en las muchas obras». Sin embargo, me sería muy útil si pudieras decirme algo más sobre esto.

Asimismo, si me parece ver que el espíritu de alguno de tus siervos está lleno de buenas disposiciones (como si gozará de ti) y el espíritu de algún otro lleno de tinieblas, ¿debo yo juzgar que el uno está en la luz y el otro no?

O si viese que hace uno grandes penitencias y otro que no las hace, ¿debo juzgar entonces que tiene mayor perfección el primero que el segundo?

También me gustaría saber por qué señales se puede reconocer que un alma es o no visitada por ti, Dios Eterno. Si bien recuerdo me dijiste que el espíritu queda después de tu visita con alegría y animado para la virtud, quisiera saber si esta alegría puede ser engañosa como consecuencia de nuestra propia sensualidad espiritual, pues, de ser así, yo me atendería a la señal de la virtud.

Esto es lo que te pido que me expliques para que te pueda servir a ti y a mi prójimo de verdad.

Del conocimiento propio y de la fragilidad de las cosas para salir del pecado

Entonces, Dios Eterno, agradándole la intención con que le hacía tales preguntas, quiso dar satisfacción a su petición:

«Para que puedas entender mejor lo que te diré, te hablaré de las tres luces que salen de mí.

La primera es una luz general que poseen los que viven en la caridad común. Las otras dos luces son las de aquellos que desean la perfección.

Tú sabes que sin la luz de la razón, nadie puede seguir el camino de la verdad. Esta luz de la razón procede de mí, Luz verdadera, y de mí la recibís por la inteligencia y por la fe que os he dado en el santo bautismo, si de ella no os priváis por vuestros pecados.

En el bautismo, por medio de la sangre de mi unigénito Hijo, recibisteis la fe. Esta fe, practicada en los actos de virtud, os conduce por los caminos de la verdad. Con ella llegáis a mí, Luz verdadera. Sin ella llegaríais a las tinieblas.

Con esta luz veis la fragilidad de las cosas del mundo, que pasan todas como el viento. Mas no podéis conocer bien esta fragilidad si no conocéis antes vuestra fragilidad propia; cuán inclinada está, por la ley perversa ligada vuestros miembros, a rebelarse contra mí, vuestro Creador. Esto no significa que por esta ley alguien pueda ser obligado a cometer un pecado, por mínimo que sea, si no quiere. Pero es cierto que la carne se rebela contra el espíritu.

Y no puse esta ley para que mi criatura racional fuese vencida, sino para aumentar y probar la virtud en el alma, puesto que la virtud no se puede probar más que por su contrario. La sensualidad es contraria al espíritu, y en ella prueba el alma el amor que me tiene a mí, su Creador.

También he puesto esta ley para mantener el alma en la humildad. Considera que, al crear el alma a mi imagen y semejanza y al elevarla a tanta dignidad y belleza, la asocié a la cosa más vil que puede haber, dándole esta perversa ley, esto es, atándola con el cuerpo, que formé de lo más vil de la tierra, a fin de que, al contemplar el alma su belleza, no levantara con soberbia su frente contra mí. Debido a esto el frágil cuerpo es motivo para que el alma se humille sinceramente.

Esta ley no fuerza a cometer ninguna culpa de pecado, por grande que sea su rebelión. Pero es, sí, ocasión de conoceros a vosotros mismos y de conocer la inestabilidad de las cosas mundanas.

Esto lo ve la inteligencia bajo la luz de la fe. Esta luz es necesaria a toda criatura racional para vivir en gracia, fruto de la sangre del Cordero inmaculado. Esta es la luz común que todos deben tener, y el que no la tuviese, estaría en estado de condenación.

¿Por qué no están en estado de gracia los que están privados de esta luz? Porque quien no la tiene, no conoce el mal que encierra el pecado ni la causa del mismo; por esto no lo puede evitar ni aborrecerlo, de la misma manera que quien no conoce el bien y la

causa del bien, es decir la virtud, no me puede amar ni desearme a mí, que soy este bien.

Mira, pues, cuán necesaria os es esta luz. Vuestros pecados no consisten en otra cosa más que en amar lo que yo odio y odiar lo que yo amo. Yo amo la virtud y odio el vicio; quien ama el vicio y odia la virtud, me ofende a mí y se ve privado de mi gracia. Camina como ciego, no conociendo la causa del pecado, esto es, el amor propio sensitivo; no se odia a sí mismo ni conoce el pecado ni el mal que de él se sigue. No conoce la virtud ni me conoce a mí, ni su dignidad.

Os es, pues, necesario poseer esta luz.

Los que siguen los caminos de la penitencia exterior. El peligro que corren es que no mortifiquen su voluntad como maceran su cuerpo.

Después que el alma ha adquirido la luz general de la que te he hablado, no debe contentarse con haberla adquirido, porque, mientras sois peregrinos en esta vida, podéis siempre crecer y debéis hacerlo. Quien no crece, por lo mismo, vuelve atrás.

Entre los que dejan el camino común del mundo y buscan la perfección, hay dos categorías.

Unos aplican todo su esfuerzo a castigar su cuerpo, sometiéndolo a ásperas y grandes penitencias para que la sensualidad no se rebele contra la razón. Pero en bastantes ocasiones ponen todo su deseo más en mortificar su cuerpo que en matar la propia voluntad.

Serían buenos y perfectos si con mucha humildad esta penitencia la fundasen en mí, a la luz de la discreción, es decir del conocimiento de sí mismos y de mí, más dispuestos a juzgar según mi voluntad que según la de los hombres.

Al no obrar así, verdaderamente humildes y revestidos de mi bondad, obran muchas veces contra la perfección, constituyéndose en jueces de los que no van por su mismo camino. ¿Sabes por qué les sucedería esto a estos tales? Por haber puesto más cuidado y deseo en mortificar el cuerpo que en matar la propia voluntad. Estos siempre quieren elegir a su gusto tiempos, lugares y consuelos espirituales, y aun las tribulaciones del mundo y las batallas del demonio.

Suelen éstos decir, engañándose a sí mismos su propia voluntad: «Yo quisiera esta consolación y no estos combates y tentaciones del

demonio. Y no lo digo ciertamente por mí, sino para agradar más a Dios y tenerle más por la gracia en mi alma, ya que me parece tenerle más y que le sirvo mejor de esta manera que de la otra».

De esta manera, muchas veces caen en la tristeza y en el hastío, y se hacen insoportables a sí mismos. Van contra su misma perfección sin percatarse de ello, y no se percatan tampoco de la soberbia que se oculta allí. En ella han caído, ya que de otra manera serían verdaderamente humildes y no presuntuosos, verían con mi luz que yo soy quien da disposición, tiempo, lugar, consolaciones o tribulaciones según las necesidades de vuestra salud y para la perfección del alma que yo he elegido. Verían también que todo lo doy por amor, y que, por tanto, con amor y reverencia lo deben recibir.

Los que identifican la voluntad propia con la de Dios en el seguimiento perfecto de Jesucristo.

Los perfectos son los que, en cualquier estado en que estén, reciben reverentemente todo lo que yo permito respecto a ellos. Estos se consideran dignos de las penas y contradicciones del mundo y de la privación de sus consuelos, vengan de donde vengan.

Como se juzgan dignos de los sufrimientos, se juzgan indignos de la recompensa que por el sufrimiento les puede venir. Estos en su luz han conocido y gustado mi eterna voluntad, que no quiere otra cosa más que vuestro bien. Y todo lo que os doy o permito es para que seáis santificados en mí.

Después que el alma ha conocido mi voluntad y se ha revestido de ella, ya no piensa en otra cosa más que en buscar el modo de conservar y crecer en este estado perfecto para gloria y alabanza de mi Nombre. Pone los ojos por la fe en Cristo crucificado, mi unigénito Hijo. Ama y sigue su doctrina de perfección, y se enamora de ella. Esta perfección es la que contempla en el amoroso Verbo, el cual se alimentó en la mesa del santo deseo [*Mi comida es hacer la voluntad del Padre, que me envió* (Juan 4,34)], buscando el honor de mí, Padre Eterno, y vuestra salvación.

Y con este deseo corrió con gran solicitud a la afrentosa muerte de cruz y cumplió la obediencia que le fue impuesta por mí, sin rehusar ni trabajos ni oprobios, sin desdeñarlos por vuestra ingratitud e ignorancia al no reconocer tantos beneficios como se os hacían; ni por la persecución de los judíos, ni por los escarnios, afrentas, murmuraciones y griterío del pueblo.

Por el contrario, todo lo pasó; como verdadero capitán y verdadero caballero, al que yo había puesto en el campo de batalla para que os librara de las manos del demonio y para que fuéis libres y arrancados de la servidumbre más perversa que pudierais padecer. Y para que os enseñase el camino, y pudieseis llegar a la puerta, esto es, a mí, Vida Eterna, con la llave de su preciosa sangre, derramada con tanto fuego de amor.

Como si mi Hijo, os dijera: «He aquí que yo os he batido el camino y os he abierto la puerta con mi sangre. No seáis, pues, negligentes en seguirlo, quedándoos en vuestro amor propio y en vuestra ignorancia, y en la presunción de querer elegir el servirme a mí a vuestro gusto y no a mi gusto, porque yo os he trazado el camino recto con mi Verbo encarnado».

Levantaos, pues, inmediatamente y seguidle, porque nadie puede venir a mí, Padre, si no es por Él. *Él es el camino y la puerta por la que debéis llegar a Mí.*

Cuando un alma ha llegado a gustar esta luz, después que lo ha visto y conocido tan sabrosamente, corre como enamorada y con ansias de amor a la mesa del santo deseo [*Mi comida es hacer la voluntad del Padre...*]. Y no se fija en sí misma, buscando el propio consuelo espiritual o temporal, sino, como quien ha anegado la propia voluntad en esta luz y conocimiento, no rehúsa trabajo alguno que por cualquier parte le pueda venir; al contrario, pasando por oprobios y tentaciones del diablo y murmuraciones de los hombres, come en la mesa de la santísima cruz el alimento de mi honra, Dios Eterno, y de la salud de las almas.

Desinterés, despojo del propio querer.

Y no busca remuneración alguna ni de mí ni de las otras criaturas, porque se ha despojado del amor mercenario; ha dejado de amarme por propio interés, y me ama pura y desinteresadamente, y no ama otra cosa sino la gloria y alabanza de mi nombre, y no me sirve a mí por gusto propio, ni al prójimo por propia utilidad, sino sólo por amor.

Estos se han perdido a sí mismos y se han despojado del hombre viejo, es decir, de la propia sensualidad, y se han revestido del hombre nuevo, Cristo, dulce Jesús, mi Verdad siguiéndole virilmente. Estos son los que se sientan a la mesa del santo deseo [*Su comida es mi voluntad*] y han puesto más cuidado en matar la propia voluntad que en matar y mortificar el cuerpo.

Ciertamente, han mortificado su propio cuerpo, pero no como cosa principal, sino que lo han usado como instrumento que los ayuda a matar su propia voluntad, según te dije: «Yo quiero pocas palabras y muchas obras». Y así debéis obrar, porque la mira principal debe ser siempre la de matar la voluntad para que no busque ni quiera otra cosa que seguir mi dulce Verdad, Cristo crucificado, buscando el honor y la gloria de mi nombre y la salud de las almas.

Los que viven en esta dulce luz así lo hacen, y por esto permanecen siempre en paz y sosiego de espíritu. Nadie les sirve de escándalo, porque han quitado lo único que podía escandalizarlos, es decir, la propia voluntad: Todas las persecuciones que el mundo o el demonio mueven contra ellos, no les afectan. Metidos en el agua de muchas tribulaciones y tentaciones, no los daña, porque están asidos a la rama del deseo ardiente [de hacer mi voluntad].

Todo les es motivo de gozo. No se erigen en jueces ni de mis servidores ni de criatura alguna racional. Al contrario, se gozan de cuanto ven y dicen: *Gracias a ti, Padre Eterno, porque en tu casa hay muchas moradas*. Esta diversidad les proporciona más gozo que si vieran a todos los hombres ir por un mismo camino, ya que así ven manifestarse más la grandeza de mi bondad. De todo se gozan y de todo extraen su suave perfume.

Y se edifican no solamente con el bien, sino que ni aun de lo que claramente es pecado quieren juzgar. Con santa y verdadera compasión me piden por ellos y con perfecta humildad dicen: «Hoy tú y mañana yo, si la gracia divina no me guarda».

Han llegado a alimentarse del manjar de las almas a fin de honrarme a mí, Padre Eterno, y se han revestido del dulce vestido del Cordero, mi Hijo unigénito, es decir, de su doctrina, con inflamada caridad.

En todos los acontecimiento no juzgan la voluntad de los hombres, sino que tienen en cuenta sólo la voluntad de Dios

Estos no pierden el tiempo haciendo juicios falsos ni sobre mis siervos ni sobre nadie y no se escandalizan por ninguna murmuración. Si la calumnia va dirigida a ellos, se sienten felices de poder sufrir por mi Nombre, y si va dirigida contra los demás, la sufren con compasión del prójimo, no murmurando contra el que la ha levantado o para el que es objeto de la misma, porque su amor está ordenado en mí, Dios

Eterno, y en el prójimo. Y porque está ordenado su amor, jamás se escandalizan de aquellos que aman ni de ninguna criatura racional, pues su parecer está muerto y no juzgan la voluntad de los hombres, sino la voluntad de mi clemencia.

¿Quieres llegar a la pureza perfecta y verte libre de los escándalos, de modo que tu espíritu jamás se escandalice por cosa alguna? Procura unirme a mí siempre por amor, porque yo soy la suma y eterna pureza y soy aquel fuego que purifica el alma; por esto, cuanto más el alma se acerca a mí, tanto más pura se vuelve, y cuanto más de mí se aleja, se vuelve más inmunda. Por esto caen los hombres en tantas maldades, por estar separados de mí; pero el alma que a mí se une sin interposiciones de nadie participa de mi pureza.

Otra cosa te conviene hacer para llegar a esta unión y pureza: no juzgar jamás en cualquier cosa que vieras hacer u oyeres decir, ya sea contra ti o contra otros. No es la voluntad del hombre, sino mi voluntad, la que obra en ellos y en ti. Y esto es lo que debes ver y juzgar.

Y, si ves algún pecado o culpa manifiesta, saca de aquellas espinas la rosa. Quiero decir que me lo ofrezcas con santa compasión. Y en las injurias que te hagan, juzga que mi voluntad lo permite para poner a prueba la virtud en ti y en los otros; considera que lo hacen como instrumentos puestos por mí, viendo que muchas veces obrarán con buena intención, ya que nadie puede juzgar el oculto corazón del hombre.

Lo que no veas que sea expresa e indudablemente pecado mortal, no lo juzgues sino como la manifestación de mi voluntad en ellos, y, cuando tengas seguridad de que lo es, guárdate de juzgarlo; compadécete solamente. De esta manera llegarás a la perfecta pureza, porque, obrando así, tu espíritu no se escandalizará ni en mí ni en tu prójimo. El desprecio y el desdén recaen sobre vuestro prójimo cuando juzgáis que en ellos obra su voluntad depravada y no mi voluntad obrando en ellos. Este desprecio y escandalizarse del otro aparta el alma de mí e impide la perfección y a veces quita la gracia, más o menos según la gravedad del desprecio y del odio concebido contra el prójimo a consecuencia de estos juicios.

Al contrario sucede con el alma que juzga mi voluntad como te he dicho. Mi voluntad no quiere más que vuestro bien, y cuanto doy o permito, lo permito y lo doy para que consigáis vuestro fin, para el

cual os creé. El alma que está siempre en el amor del prójimo permanece siempre en el mío, y, estando en el mío, está unida a mí. Te es necesario, por tanto, si quieres llegar a la pureza que me pides, hacer sobre todo tres cosas: unirte a mí por amor, teniendo siempre presentes los beneficios que has recibido de mí; contemplar mi caridad, con la que os amo inestimablemente, y juzgar, en la voluntad de los hombres, mi voluntad y no la mala voluntad de ellos. Porque yo soy su juez: yo y no vosotros.

Si observas esto, no caerás en los engaños del demonio, porque los conocerás.

Sin embargo, para satisfacer tu deseo, te hablaré más ampliamente de por qué no podéis juzgar para condenar, sino para compadeceros.

Los guiados por esta tercera iluminación interior pregustan ya la felicidad eterna

¿Por qué pregustan en vida las señales de la vida eterna? Digo las señales, mas no la herencia, porque éstos tienen lo que desean, porque el alma empieza a sentirse hambrienta de mi gloria y de la salvación de las almas. Por esta hambre se alimenta el alma y se nutre de la caridad del prójimo. Este hambre y deseo les sirven de manjar, de modo que, alimentándose, jamás se hartan, porque son insaciables, y así tienen hambre continua. Estas señales son una garantía que doy al hombre de que le daré más tarde la herencia.

Estos siervos míos alimentan estos santos deseos, por los que son bienaventurados y sufren a la vez, como era feliz y sufría a la vez mi unigénito Hijo en el leño de la santísima cruz. Su carne sufría y era atormentada, y era feliz, por otra parte, por su unión con la naturaleza divina. Así éstos son bienaventurados por estar unidos conmigo por un mismo deseo, mi dulce voluntad, y sufren por compadecerse del prójimo y porque mortifican continuamente su propia sensualidad.

Modo de corregir sin faltar contra el prójimo.

Quiero también que principalmente practiques tres cosas para que el demonio no fomente en tu alma, bajo el pretexto de la caridad del prójimo, la presunción. Con ésta vendrías a caer en los falsos juicios, pareciéndote juzgar rectamente, y juzgarías mal siguiendo tu modo de ver. De esta forma, el demonio, bajo apariencia de verdad, te conduciría a la mentira; y te tentaría para que te constituyes en juez de las intenciones de los demás, que sólo a mí toca juzgar.

La primera, nunca juzgues sin medida. Guárdate en principio de reprender personalmente a aquel en quien crees ver un defecto. Si tienes que hacerlo, hazlo hablando en general, reprendiendo los vicios de quienes te viniesen a visitar y sembrando la virtud con benignidad, uniendo la severidad cuando consideres que es necesario.

Salvo expresa manifestación mía, no digas nada en particular, sino atente a la parte más segura para escapar del engaño y malicia del demonio. Porque lo que él pretende con este anzuelo del buen deseo es inducirte a que juzgues muchas veces de lo que en realidad no hay en el prójimo. Y con esto le serías motivo de escándalo muchas veces.

Por tanto, que tu boca guarde silencio o exhorte en general a la virtud despreciando el vicio. Y si crees ver algún pecado en otra persona, repréndete a ti misma juntamente con ella, procediendo siempre con verdadera humildad; si ciertamente tal vicio está en esa persona, ella se sentirá tan dulcemente aludida que se verá obligada a corregirse; entonces ella te contará a ti lo que tú querías expresarle. De esta manera estarás segura; habrás cortado el camino al demonio, y así no te podrá engañar ni impedir la perfección de tu alma.

No debes fiarte de todo lo que ves. Vuelve las espaldas y no quieras ver. Permanece sólo en el conocimiento de ti misma y de la magnificencia de mi bondad; así obran los que han llegado al último estado.

Y, puesto que te dije no te era lícito reprender más que de un modo general, según el modo indicado, no quisiera, con todo, que, si vieras claramente un defecto, que no dejes de hacérselo notar. Puedes ciertamente. Más todavía: si se obstina en no corregirse, lo puedes manifestar a dos o tres. Y, si esto no aprovecha, darlo a conocer a la santa Iglesia (cf. Mt 18,15-17). Pero no te es lícito juzgar por la simple apariencia o según tu apreciación personal. Ésta es para ti la regla más segura, a fin de que el demonio no pueda engañarte bajo capa de caridad con el prójimo.

No te fíes de lo que sobre la conducta del prójimo en particular te parezca ver en la oración

Si sucede el caso que antes me has preguntado, que alguna vez, al rogar particularmente por alguna persona, te parece ver a uno en estado de gracia, y a otro envuelto en tinieblas, siendo los dos siervos míos, no debes, con todo, juzgar a este último culpable de algún

pecado grave, porque muchas veces tu juicio erraría. A lo mejor piensas que su espíritu está muy lejos de mí, envuelto en tinieblas y tentaciones. Puede ser debido en algún caso a que haya cometido alguna falta. Pero la mayor parte de las veces no será por culpa suya, sino porque yo, Dios Eterno, me he separado de esta alma, como muchas veces lo hago, para que llegue a la perfección. Me retiro de ella por el sentimiento de mi presencia, pero no en cuanto a la gracia: no le he quitado más que el sentimiento de dulzura y de consuelo. Por esto tiene la mente estéril, enjuta y apenada. Esta tristeza y pena es la que yo hago sentir al alma.

Los caminos de la penitencia no son para todos iguales ni está en ellos el fundamento la santidad

Repréndete a ti misma, si alguna vez el demonio o tu ignorancia te empujan a querer dirigir a los demás por el mismo camino por el que tú caminas. Esto sería contrario a la doctrina que te ha dado mi Hijo.

Porque sucede a muchos que al ver que algunos hacen muchas penitencias, quieren que todos sigan por este camino, y, si ve que no caminan por él, se entristecen y se escandalizan, y les parece que no obran bien. Mira qué engañado está el que así juzga, porque muchas veces sucede que obra mucho mejor y es más virtuoso el que le parece que obra mal aunque haga menos penitencia.

Los que hacen muchas penitencias, si no tienen una verdadera humildad y no ponen el fundamento de la santidad en la penitencia, comprometen su misma perfección. Son unos ignorantes, pues la perfección no consiste tanto en macerar y matar el cuerpo, como en matar la propia voluntad perversa. Este si es el camino que hay que desear por el que vayan todos: el camino de la voluntad abnegada y sometida a mi dulce voluntad. Por este camino corren las almas enamoradas de Mí. No es que yo desprecie la penitencia, puesto que sirve para mortificar el cuerpo cuando quiere rebelarse contra el espíritu. Lo que no quiero, querida hija, es que tú la pongas por regla a nadie. No todos los cuerpos son iguales ni tienen la misma complexión, porque unos son más fuertes que otros.

Además, sucede con frecuencia que hay que dejar la penitencia por diversos motivos. Ahora bien, si la tomáis como fundamento de vuestra perfección, al veros privados de ella, os parecerá que estáis

privados de mí. Y caeréis de esta manera en el tedio y en la tristeza, en vez de poner el fundamento de vuestra perfección en las virtudes verdaderas y operantes.

Poned, por tanto, el fundamento en matar y abnegar la propia voluntad, sometiéndola a la mía, para darme gloria y para la salvación de las almas.

No obran, por desgracia, así los miserables que no siguen el dulce y recto camino dado por mi Verdad; por el contrario, juzgan según su ceguera y corto entender y andan como locos, privándose a la vez de los bienes de la tierra y de los bienes del cielo.

Discreción en las consolaciones

La alegría de la consolación: cuando ésta viene de Dios va acompañada del deseo de la virtud, de la humildad y del amor ardiente

Te explicaré ahora lo que me has preguntado a propósito de las señales que tiene un alma para que puedas saber si la visita que recibe bajo forma de visión o de consolación procede realmente de mí o no.

Estas señales son la alegría que queda en el alma después de mi visita, el hambre de la virtud, y especialmente el quedar ungida con la virtud de la verdadera humildad y abrasada en el fuego de la caridad divina.

Pero, ya que me has preguntado sobre el peligro de engañarse en la alegría misma (puesto que de ser así te tendrías que atener a lo más seguro, es decir, a la señal de la virtud, que no puede ser engañada), te diré en qué puede estar el engaño y en qué conocerás si se trata o no de la verdadera alegría.

El engaño puede ser éste:

Todo lo que una criatura ama y desea poseer es para ella una fuente de alegría cuando llega poseerlo, y cuanto más ama aquella cosa que tiene, menos ve y con menos prudencia se aplica a conocer de dónde le viene. Tan apegado tiene el gusto a esta consolación, que la misma alegría en poseer la cosa que ama no se lo deja ver ni pone cuidado en discernirlo.

Así, los que se deleitan grandemente y aman los consuelos espirituales, van en busca de las visiones y ponen su afecto más en el deleite del consuelo que en mí; a la manera que te dije de aquellos que estaban todavía en estado imperfecto, que se fijaban más en el don de

las consolaciones que recibían de mí, que soy el dador, que en el amor con que yo se las doy.

En esto puede estar el engaño: en su misma alegría. ¿Cómo caen en él? Te lo diré. Después de haber concebido un gran amor por las consolaciones, cuando las han recibido en forma de visión o de otra manera, sienten gran alegría, porque poseen lo que tanto amaban y deseaban. Y aunque les viniera del demonio, sentirían igualmente aquella alegría. Se trataría entonces de aquella alegría que te dije que procede del demonio, que, si al principio causa alegría, acaba con tristeza, inquietud de conciencia y vacío del deseo de la virtud. Algunas veces, el alma tendrá esta alegría y acabará su oración sin que haya desaparecido. Pero, si esta alegría no va acompañada de un deseo ardiente de la virtud, de humildad y de caridad divina, aquella visita y consolación que ha recibido es del demonio, no mía, a pesar de la apariencia de aquella alegría. Si no va unida esta alegría a este deseo de la virtud, puedes considerarla manifiestamente una alegría nacida únicamente de este apego a la propia consolación espiritual; se goza porque posee lo que desea. Porque es condición del amor de cualquier clase que sea, sentir alegría cuando se posee lo que se ama.

No te fíes, pues, de la sola alegría, aunque te dure mientras sientes la consolación y aún más. Si procedes con prudencia, verás si esta alegría va unida o no con el deseo de la virtud, y así conocerás si procede de mí o del demonio. La alegría que procede de mí está unida al deseo de la virtud, mientras que la que no procede de mí es pura alegría, y el que la experimenta acaba por constatar que no es más virtuoso que antes.

Cómo proceden en estas ocasiones los que no están apegados y los que están apegados a la consolación

Los que limpiamente, sin interés propio alguno, consideran solamente el amor con que doy y no el don, y aprecian el don por mí, que se lo doy, y no por su propio consuelo, estos no pueden ser engañados por esta alegría. Para ellos es ésta una señal cierta, cuando el demonio, queriendo engañarlos, se reviste bajo formas luminosas para mostrarse a su espíritu, y produce en ellos al momento una gran alegría. Pero ellos, por no estar apegados a los consuelos espirituales, juzgan con prudencia y conocen con certeza su engaño si ven que desaparece muy pronto la alegría y se ven sumergidos en las tinieblas.

Por esto se humillan con verdadero conocimiento de sí y desprecian toda consolación y abrazan estrechamente la doctrina de mi verdad. Confundido el demonio, no volverá jamás, o raras veces, a intentar engañarles de esta forma.

Conclusión. Cuánto agradan a Dios las súplicas fervientes

He iluminado tu inteligencia contra los engaños del demonio. He satisfecho tu deseo sobre lo que me preguntaste, porque no desprecio el deseo de mis siervos, antes bien doy al que me pide, y os invito a pedirme. Mucho me desagrada el que no llama a la puerta de la sabiduría de mi unigénito Hijo siguiendo su doctrina. Seguir esta doctrina es llamarme a mí, Padre Eterno, con humildes y continuas oraciones.

Yo soy este Padre que os da el pan de la gracia. Para probar vuestros deseos y vuestra perseverancia, hago algunas veces como si no os oyera. Pero os oigo y os doy lo que necesitáis. Soy yo quien os da el hambre y la voz con que clamáis a mí. Y, viendo vuestra constancia, satisfago vuestros deseos cuando son ordenados y dirigidos a mí.

Así os invitó mi Verdad cuando dijo: *Llamad y se os contestará, tocad la puerta y se os abrirá, pedid y se os dará.* Y de este modo quiero que obres. Jamás desmaye tu deseo en pedir mi favor. Ni bajas tu voz al clamar a mí para que tenga misericordia del mundo. No ceses de llamar a la puerta de mi Verdad, siguiendo sus huellas, deléitate en la cruz con Él, comiendo el manjar del alma [la oración] para gloria y alabanza de mi Nombre. No dejes de gemir por la humanidad, a la que ves sumida en tanta miseria. Por tu gemido y clamor tendré misericordia del mundo.

Esto es lo que pido a mis siervos y esto es para mí la señal de que en verdad se me ama. Yo no despreciaré sus deseos, como te he dicho.

Sé, pues, solícita en ofrecer oraciones por todas los hombres y por todo el Cuerpo místico de la santa Iglesia y por aquellos a los que te he concedido que ames con particular amor. No seas negligente en ofrecer oraciones, en dar ejemplo de vida, exhortando a la virtud, según tus posibilidades.

Sin mí nada podéis hacer. Mas no dejéis de esperar en mí, porque mi providencia no os faltará, y cada uno recibirá humildemente lo que está dispuesto a recibir.

PARTE III

Respuesta a la tercera petición. Reforma de la santa Iglesia

Excelencia y dignidad de los sacerdotes

Administradores de la luz y de la sangre

Te respondo ahora a lo que me has preguntado acerca de los ministros de la santa Iglesia. Para que puedas conocer mejor la verdad, considera su excelencia y en qué alta dignidad los he puesto. Los elegí para vuestra salud espiritual, para que por ellos os sea administrada la sangre de mi humilde e inmaculado Cordero, mi Hijo unigénito. A éstos les he encargado que administren el Sol, es decir, la sangre y el cuerpo de mi Hijo.

Este cuerpo —el Verbo, Dios y hombre verdadero— es una misma cosa conmigo. Este Sol da luz a todo el mundo, a todos los que quieran recibir su calor.

Yo, Dios Eterno, soy este Sol, del que proceden el Hijo y el Espíritu Santo. Por medio del Verbo encarnado, con el fuego del Espíritu Santo, habéis recibido la luz. ¿A quién la he confiado para que la administre? A mis ministros en el Cuerpo Místico de la santa Iglesia, para que tengáis vida, recibiendo de ellos el cuerpo de Jesucristo en manjar, y su sangre en bebida.

De este modo recibís la misma divinidad en este dulcísimo sacramento bajo la blancura del pan. Y como el sol no se puede dividir, tampoco se puede dividir el que es todo Dios y todo Hombre en esta blancura del pan. Supongamos que se partiese la hostia. Aunque fuera posible hacer de ella millares de pedacitos, en cada uno está todo Dios y todo hombre, a la manera del espejo, que se divide y se parte, sin que por esto se parta la imagen que en el espejo se representa. No disminuye en sí mismo, como sucede con el fuego cuando se reparte. Si tuvieras en tus manos una vela y todo el mundo viniese a tomar su lumbre de la tuya, tu luz no disminuiría aunque cada uno tenga la suya. Es cierto que unos reciben mas y otros menos según el tamaño de la vela que os presenten. Si unas fuesen grandes y otras pequeñas,

en cada una de ellas, estaría toda la luz. Sin embargo, tú dirías que es menor la de aquel que la lleva pequeña que la del que la lleva grande.

Lo mismo sucede con los que reciben este sacramento. Cada uno lleva, cuando va a recibirlo, la vela de su santo deseo, el amor. Esta vela está apagada y se enciende recibiendo este sacramento. Apagada digo, porque nada sois por vosotros mismos. Es cierto que os doy la materia, la cera, con la que podéis alimentar en vosotros esta luz y recibirla. Esta materia en vosotros es el amor, porque yo por amor os creé, y por esto no podéis vivir sin amor.

Este ser que por amor os di ha recibido el santo bautismo en virtud de la sangre de este Verbo. De otro modo no podríais participar de esta luz, antes bien seríais como vela sin el pabilo dentro —la fe y la gracia que recibís en el bautismo—, que no puede arder ni recibir en sí esta luz.

¿En dónde se enciende esta alma? En el fuego de mi divina caridad, amándome y siguiendo la doctrina de mi Verdad. Cierto es que se enciende más o menos, según dije, según el tamaño de la vela que acerque a este fuego. Porque, aunque todos tengáis una misma materia —creados todos a imagen y semejanza mía—, y tengáis la luz del santo bautismo los que sois cristianos, no obstante, cada uno puede crecer en amor y en virtud según le plazca y según mi gracia mientras disponéis de tiempo.

Podéis, pues, crecer en el amor. Este amor es el que os hace acercaros a recibir esta luz, que mis ministros deben administrar y que yo os he dado como alimento; cuanto mayor sea el amor y más encendido el deseo que traigáis, mayor será la luz que recibiréis. No dejaréis de recibirla toda entera, pues en cada uno esta luz será completa, sea la que sea la imperfección de los que la reciben y de los que la administran; pero participáis de esta luz según el amor con que os disponéis a recibirla. Y quien se acerque a este dulce sacramento en pecado mortal, no recibe de él la gracia aunque reciba realmente a todo Dios y a todo el hombre.

¿Sabes a qué se parece esta alma que le recibe indignamente? Se parece a la vela sobre la que ha caído agua, que no hace más que chirriar cuando se la acerca al fuego. En el momento que el fuego la penetra, se apaga en aquella vela y no queda allí más que humo. Por no haberse secado al fuego de la verdadera contrición por la confesión de su culpa, cuando recibe esta luz, la recibe materialmente, pero no

espiritualmente. Esta verdadera luz no permanece por la gracia en el alma que no está dispuesta como debería para este misterio, antes bien queda en el alma una mayor confusión, envuelta en tinieblas y con un pecado más grave todavía. No saca de este sacramento más que remordimiento de conciencia, no por defecto de la luz inalterable, sino por culpa del agua que encontró en el alma. Esta agua es la que impide que pueda recibir esta luz.

Beneficios que consigo trae para el hombre la Eucaristía, cuya distribución ha puesto Dios en manos del sacerdote

¿Puede haber una sola criatura cuyo corazón no se deshaga en amor al contemplar el beneficio de este sacramento?

¿Con qué ojos, querida hija, debes tú y los demás considerar y tratar este misterio ? Con los sentidos del alma, ya que todos los sentidos del cuerpo son impotentes para ello.

Los ojos no ven más que la blancura del pan, no toca otra cosa la mano, el gusto no percibe más que el sabor del pan.

Los torpes sentidos del cuerpo se engañan, mas no los sentidos del alma, si ella quiere, es decir, si conserva la luz de la santísima fe.

¿Quién gusta, ve y toca este sacramento? Los sentidos del alma. ¿Con qué ojos lo ve? Con los de la inteligencia, si en ellos tiene la pupila de la fe. Estos ojos ven en aquella blancura a todo Dios, a todo el hombre; la naturaleza divina unida a la humana, el cuerpo, el alma y la sangre de Cristo; el alma unida al cuerpo y el cuerpo y el alma unidos con mi naturaleza divina sin separarse de mí, tal como te lo manifesté. Recuerdas cuando fuiste de madrugada a la iglesia para oír misa, después de haber sido antes atormentada por el demonio, cuando te pusiste de pie ante el altar del crucifijo. El sacerdote había ido al altar de María. Y, estando allí considerando tus faltas, temiendo haberme ofendido por las tentaciones que te había traído el demonio y considerando mi caridad, que, a pesar de creerte indigna de entrar en su santo templo, te había considerado digna de oír la misa, cuando llegó el momento de la consagración, levantaste los ojos hacia el sacerdote. Y al decir las palabras de la consagración, me manifesté a ti, y viste salir de mi pecho una luz, como el rayo que sale del disco del sol sin apartarse de él. En esta luz venía una paloma, y revoloteaba sobre la hostia en virtud de las palabras de la consagración pronunciadas por el ministro. Tus ojos corporales no pudieron soportar aquella

luz. Y te quedó entonces sólo la posibilidad de ver con los ojos de la inteligencia, y allí viste y gustaste el abismo de la Trinidad, Dios y hombre verdadero escondido y encubierto bajo aquella blancura. Ni la luz ni la presencia del Verbo, que intelectualmente veías en esta blancura, impedían la blancura del pan. Uno no impedía al otro. Ni el ver a Dios y hombre en aquel pan, ni el pan se veía impedido por mí, es decir, que no perdía ni la blancura, ni el sabor, ni el poder ser tocado.

Este te fue mostrado por mi bondad. ¿Cómo pudiste verlo? Con los ojos de la inteligencia y la pupila de la santísima fe. Con ellos, pues, debéis mirar este sacramento.

¿Quién lo toca? Las manos del amor. Con estas manos se toca lo que los ojos han visto y conocido en este sacramento. Por la fe, son las manos del amor las que lo tocan, como queriéndose cerciorar de lo que por la fe ha visto y conocido.

¿Quién lo gusta? Por el gusto del santo deseo, tu caridad. El gusto del cuerpo gusta el sabor del pan; el gusto del alma, es decir el amor, gusta al que es Dios y hombre.

Ya ves, pues, cómo se engañan los sentidos del cuerpo, mas no los del alma. Y con el gusto del alma, con su abrasado deseo, lo gusta; es decir, gusta mi encendida caridad, amor inefable. Con este amor la he hecho digna de recibir este sacramento y la gracia que por él le viene. Mira, pues cómo no solamente debéis recibir y ver este sacramento con los sentidos corporales, sino también con los espirituales disponiendo los sentidos de vuestra alma con amor para ver, recibir y gustar este sacramento, como te he dicho.

Efectos en el alma de la participación del sacramento del cuerpo y de la sangre de Jesucristo

Admira, querida hija, la excelencia del alma que recibe como se debe este Pan de vida, manjar de los ángeles. Cuando recibe este sacramento ella está en mí y yo en ella. Como el pez está en el mar y el mar dentro del pez, así yo estoy dentro de esta alma y el alma está en mí. En esta alma permanece la gracia, porque, habiendo recibido este Pan de vida en gracia, ésta permanece en el alma. Consumidos los accidentes del pan, dejo en vosotros la huella de mi gracia, como el sello que se pone sobre la cera caliente. Separando y quitando el sello, queda en ella la huella de aquél.

De este modo, queda en el alma la virtud de este sacramento, es decir, os queda el calor de la divina caridad, clemencia del Espíritu Santo. Queda en vosotros la luz de la sabiduría de mi Hijo unigénito, que ilumina los ojos de vuestra inteligencia pare que conozcáis y veáis la doctrina de mi Verdad y de esta misma sabiduría. El alma queda fuerte al participar de mi fortaleza y poder, haciéndola fuerte y potente contra su propia pasión sensitiva, contra el demonio y contra el mundo. De este modo queda la impronta, aunque el sello se quite.

El abismo de mi caridad os lo da para salud vuestra y para que os sirva de alimento en esta vida, en la que sois peregrinos caminantes, para que tengáis refrigerio, os socorra en vuestras necesidades y no perdáis la memoria del beneficio de la Sangre.

Juzga ahora cuán obligados estáis a corresponderme con amor, pues yo os amo tanto y soy suma y eterna bondad, digno de ser amado por vosotros.

Los sacerdotes, ungidos de Dios son ángeles de la tierra

¡Hija queridísima! Si te he hablado así, es para que conozcas mejor la dignidad a la que he elevado a mis ministros y te duelas más de sus miserias. Si ellos consideraran esta dignidad, nunca ensuciarían la cara de su alma cayendo en pecado mortal. No sólo no me ofenderían a mí y a su propia dignidad, sino que, aunque dieran su cuerpo a las llamas, no les parecería poder corresponder a tanta gracia y a tanto beneficio como han recibido, ya que no se puede llegar a mayor dignidad en esta vida.

Son mis ungidos y los llamo mis *Cristos* porque los he puesto para que me distribuyan a vosotros. Como flores perfumadas, los he colocado en el Cuerpo místico de la santa Iglesia. El ángel no tiene esta dignidad. Sin embargo, la he dado a estos hombres que yo he elegido por ministros míos y los he puesto para que sean como ángeles en esta vida, porque realmente como ángeles deben vivir.

A toda alma exijo pureza y caridad, amor para conmigo y para con el prójimo, al que debe ayudar en lo que pueda, ofreciendo por él oraciones y permaneciendo en la caridad. Pero mucho más exijo a mis ministros esta pureza y amor, para conmigo y para con el prójimo. Ellos deben administrar el cuerpo y la sangre de mi unigénito Hijo inflamados en la caridad, con hambre de la salvación de las almas, para gloria y alabanza de mi Nombre.

De la misma manera que ellos exigen limpieza en el cáliz con el que van a celebrar el sacrificio, así exijo yo la pureza y limpieza de su corazón, de su alma y de su mente.

Quiero que su cuerpo, como instrumento del alma, se mantenga en una pureza perfecta. No quiero que se nutran y se revuelquen en el lodo de la inmundicia, ni se engrían orgullosamente buscando grandes prelacías, ni que sean crueles consigo mismos y con el prójimo, ya que no lo pueden ser consigo sin serlo, además, con el prójimo. Porque, si son crueles consigo mismos por el pecado, lo son también para con las almas de sus prójimos, porque no les dan ejemplo de vida ni procuran arrancar sus almas de las manos del demonio ni administrarles el cuerpo y la sangre de mi unigénito Hijo ni a mí, que soy verdadera luz, en los otros sacramentos de la santa Iglesia. Siendo crueles a sí mismos, lo son para con los demás.

Desinterés del sacerdote en la administración de lo que a él se le da generosa y gratuitamente

Quiero que mis ministros sean generosos; que lo que reciban de mi bondad, ya que gratuitamente lo reciben, lo distribuyan caritativamente a quien con humildad se lo pida.

Que no reclamen nada como precio de lo que dan, porque ellos no lo compraron, sino que lo recibieron gratuitamente de mí para que os lo administren a vosotros. Pueden ciertamente y deben recibir limosna. Los fieles deben ayudarlos en lo que puedan en sus necesidades temporales, ya que mis ministros, por otra parte, los atienden y alimentan por la gracia y los dones espirituales, o sea, por los santos sacramentos que he puesto en la santa Iglesia, a fin que os los administren para vuestra salud.

Tened entendido que, sin posible comparación, ellos os dan más a vosotros que vosotros a ellos. Porque no puede haber comparación entre las cosas finitas y transitorias con las que los socorréis vosotros, comparadas conmigo que soy infinito, que, por mi providencia y divina caridad, ellos os administran. Y no sólo por lo que se refiere a este misterio, sino en cualquier otro en el que se os proporcionen gracias espirituales por la oración o por algún otro medio. Con todos vuestros bienes temporales no correspondéis ni podréis corresponder nunca a lo que recibís espiritualmente de ellos.

Lo que de vosotros reciben están obligados a distribuirlo en tres porciones y a hacer tres partes: una para sí mismos, otra para los pobres y otra para las necesidades de la Iglesia.

Ahora quiero mostrarte la dignidad que he dado a mis Cristos, al pontífice Pedro y a todos sus sucesores, a los que fueron dadas las llaves del reino de los cielos por mi Verdad cuando le dijo: *Pedro, yo te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo y todo lo que atares en la tierra será atado en el cielo.*

Las llaves de la Sangre, en manos del dulce Cristo en la tierra, y por él, en manos de los sacerdotes

La llave de la sangre de mi Hijo unigénito abrió la puerta de la vida eterna, que había permanecido cerrada largo tiempo por el pecado de Adán. Cuando yo os di mi Verdad, es decir, el Verbo de mi unigénito Hijo, sufriendo pasión y muerte, destruyó vuestra muerte y os bañó en su propia sangre, y así su sangre y su muerte, en virtud de mi naturaleza divina unida a la humana, abrió la puerta de la vida eterna.

¿A quién dejó las llaves de esta sangre? Al glorioso apóstol Pedro y a todos los que le sucedieron y le sucederán hasta el día del juicio; tienen y tendrán la misma autoridad que tuvo Pedro. Ningún pecado en que puedan caer disminuye esta autoridad ni quita nada a la perfección de la Sangre ni a ningún otro sacramento.

Así, pues, *el Cristo en la tierra* tiene las llaves de la Sangre para darte a entender cómo los seculares deben respetar a mis ministros, buenos o malos, y cómo me hiera toda falta de reverencia contra ellos.

El Cuerpo místico de la santa Iglesia es como una bodega en la que esta guardada la sangre de mi unigénito Hijo, por la que tienen valor todos los sacramentos y vida todas las virtudes. A la puerta de esta bodega está *Cristo en la tierra*, al que le he confiado administrar la Sangre y al que toca poner ministros que le ayuden a dispersarla a todos los cristianos. El que es aceptado y ungido por Él, éste es elegido por ministro mío, y no ningún otro. De él procede todo el orden sacerdotal, y Él los coloca a todos en su puesto para que administren esta gloriosa sangre. Y como Él los ha puesto como coadjutores suyos, así le pertenece corregirlos de sus defectos, y así quiero que sea, pues por la excelencia y autoridad que yo le he dado

los he sacado de la servidumbre y de la sujeción de señores temporales.

[«¡Oh dulce Verbo, Hijo de Dios!, tú has dejado esta sangre en el cuerpo de la santa Iglesia; quieres que nos sea administrada por las manos de tu vicario. La bondad de Dios ha socorrido la necesidad del hombre, cuando ofendiendo a su Creador pierde todos los días este señorío (que le da la gracia). Por esto estableció este remedio de la santa confesión, que tiene valor sólo por la sangre del Cordero... Por esto es necio el que se aparta u obra en contra de este vicario, que tiene las llaves de la sangre de Cristo crucificado. Aunque fuese un demonio encarnado, jamás puedo levantarme contra él, sino humillarme y pedir la Sangre por misericordia.» (Carta 28)]

Cualidades del sacerdote santo: hace como el sol da luz y calor a las almas

Como te dije respecto a Pedro, príncipe de los apóstoles; que recibió en sus manos las llaves del reino del cielo, lo mismo te digo de los otros que en este jardín de la santa Iglesia administran el cuerpo y la sangre de mi unigénito Hijo, y todos los sacramentos de la santa Iglesia, que tienen valor y dan vida en virtud de la Sangre.

Cada uno de ellos ha sido colocado en grado distinto para repartir la gracia del Espíritu Santo.

El sol calienta y alumbra y con su calor hace germinar la tierra. Así, estos mis dulces ministros, elegidos y ungidos, administran la luz en el Cuerpo místico de la santa Iglesia. Luz de ciencia sobrenatural por el color de su honesta y santa vida siguiendo la doctrina de mi Verdad, y por el calor de su ardentísima caridad. Irradiando este calor e iluminando las almas estériles con su ciencia, las hacen fructificar. Con su vida santa y ordenada arrojan las tinieblas de los pecados mortales, de la infidelidad, y ordenan la vida de los que desordenadamente viven en las tinieblas del pecado y en la frialdad por la privación de la caridad. Ves, pues, cómo son soles, porque han tomado la condición del sol de mí, Sol verdadero, al hacerse una cosa conmigo por el amor.

Quiero, pues, que se les tenga en la debida reverencia. No por ellos mismos sino por mí, por la autoridad que les he dado. Por esto, esta reverencia no debe disminuir jamás aunque en ellos disminuya la virtud. Los he puesto y os los he dado para que sean ángeles en la tierra y sol, como queda dicho. Si no lo son, debéis rogarme por ellos,

pero no juzgarlos. El juicio dejádmelo a mí. Yo, por vuestras oraciones, usaré con ellos de misericordia, si se disponen rectamente. Si no enmiendan su vida, su misma dignidad les servirá de ruina. Yo, Juez supremo, les haré sentir mi reprensión, y, si en el momento de la muerte no se enmiendan ni se acogen a la abundancia de mi misericordia, serán enviados al fuego eterno.»

PARTE IV

Respuesta a la cuarta petición. Providencia de Dios para con el hombre

Creación. El alma humana, imagen de la Trinidad

Entonces, el sumo y eterno Padre, con inefable benignidad, se volvió misericordiosamente hacia ella, queriéndole manifestar que su providencia jamás falta en nada al hombre con tal que él la acepte. Quejándose dulcemente del hombre, decía:

«¡Oh hija muy querida! Yo quiero ser misericordioso con el mundo y socorrer todas las necesidades del hombre. Pero él, ignorante, convierte en muerte lo que le doy para la vida, haciéndose cruel consigo mismo. Yo siempre le proveo, y todo lo que le doy es fruto de esta suma providencia.

Mi providencia lo creó. Al mirar al hombre en mí mismo, me enamoré de la belleza de mí criatura, y la quise crear a mi imagen y semejanza. Le di la memoria para que se acordase de mis beneficios. Le di la inteligencia para que entendiese y conociese mi voluntad. Le di la voluntad para amar, a fin de que me amase por lo que el entendimiento vio y conoció. Esto hizo mi dulce providencia para que fuese capaz de alcanzar su fin: conocerme, gustar y gozar de mi Bondad en mi eterna visión.

El cielo estaba cerrado por la culpa de Adán, que no supo ver con cuánta providencia y amor inefable le había creado. Porque no conoció su dignidad, cayó en la desobediencia. Por esta desobediencia os han venido después todos los males. Todos habéis contraído este veneno.

Para vencer esta muerte y socorrer vuestra necesidad le di al hombre a mi unigénito Hijo. El Verbo encarnado vino a destruir la mentira con que el demonio os había engañado.

Redención

Al Verbo le impuse una pesada obediencia para que os arrebatase el veneno que se os había introducido por la desobediencia. Él,

enamorado y verdadero obediente, corrió a la afrentosa muerte de la santa cruz y con su muerte os dio la vida. No en virtud de su humanidad, sino en virtud de su divinidad, a fin de que pudiera satisfacer por la culpa hecha contra mí, bien infinito, que requería satisfacción infinita. La naturaleza humana, que había cometido la ofensa, era finita, y debía estar unida con algo infinito para que pudiera dar satisfacción infinita a mí, que soy infinito. Y para que esta naturaleza humana en su pasado, presente y porvenir, por muchos que sean los pecados cometidos por el hombre, encontrara satisfacción perfecta cuando quisiera volver a mí.

Esta infinita providencia mía decretó volver a vestir de nuevo al hombre con el vestido de la inocencia que había perdido. El hombre estaba sometido a toda miseria; estaba cerrada la puerta del cielo y había perdido toda esperanza de entrar en él.

Por mi Bondad, os di este vestido por medio del dulce y amoroso Verbo, Hijo mío. Él, despojándose de la vida, os revistió de inocencia y de gracia. Inocencia y gracia que recibís en el santo bautismo en virtud de su Sangre derramada, que os lava la mancha del pecado original en que sois concebidos, contrayéndolo de vuestros padres.

También os he revelado, en las heridas del cuerpo de mi Unigénito Hijo, el fuego de mi caridad. ¿No debería encender esto el frío corazón del hombre? Sin embargo, muchas veces persiste obstinado, ciego por su amor propio para ver cómo le amo tan inefablemente.

El alimento de la Eucaristía

Mi providencia ha proporcionado al hombre comida para vencer su debilidad y confortarle mientras peregrina por esta vida. Gracias a la sangre de mi Verdad tiene allanado el camino para que pueda llegar al fin para el cual le creé.

Y ¿qué comida es ésta? Es el cuerpo y la sangre de Cristo crucificado, Dios y Hombre, alimento de vida. Manjar que sacia al hambriento que gusta de este pan, pero no al que no tiene hambre. Porque es manjar que quiere ser tomado con santo deseo y gustado por amor. Mira, pues, cómo mi providencia lo ha dispuesto todo para fortalecer al hombre.

La esperanza de la salvación a nadie se niega

También he dado al hombre el consuelo de la esperanza. Siempre que con fe mira el precio de la sangre que por él he pagado, ésta le infunde esperanza firme de su salvación. En los oprobios de Cristo crucificado le restituí la honra. Ya que el hombre con todos los miembros de su cuerpo me ofende, Cristo, mi dulce Hijo, ha sufrido rigurosos tormentos en todo su cuerpo. Con su obediencia ha expiado vuestra desobediencia. De su obediencia habéis recibido todos la gracia, así como por la desobediencia contrajisteis la culpa.

Esto os ha concedido mi providencia. Desde el principio del mundo todo lo he dispuesto de muy diversas maneras para vuestra salvación, según yo, verdadero Médico, veo las exigencias de vuestra enfermedad, para devolveros la salud o conservaros en ella. Mi providencia jamás faltará a quien quiera recibirla y a los que perfectamente esperan en mí. Quien en mí espera con fe y amor, no sólo con palabras, toca la puerta y llama en verdad. Estos gustarán de mí; no aquellos que sólo llaman de palabra diciendo: Señor, Señor. Por esto te digo que mi providencia no faltará a quien en verdad espera en mí. Faltará para el que desespera de mí o espera sólo en sí mismo.

La esperanza en Dios y la esperanza en el mundo son incompatibles: «Nadie puede servir a dos señores»

Sabes que no se puede poner la esperanza en dos cosas contrarias. Esto quiso decir mi Verdad en el santo Evangelio cuando dijo: *Nadie puede servir a dos señores. Si sirve a uno, tiene descontento al otro.* El servir no es sin esperanza, porque el criado que sirve lo hace con la esperanza de agradar al señor o con la esperanza de la recompensa. Por esto no podría servir al enemigo de su señor, porque no podría servirle sin alguna esperanza, y, esperando en él, se vería privado de lo que espera de su señor propio.

Esto mismo sucede con el alma. O me sirve y espera en mí, o sirve al mundo y espera en él y en sí misma. Quien sirve al mundo fuera de mí es porque ama su propia satisfacción, pues sirviendo al mundo espera obtener placer y deleite sensual. Por tener puesta la esperanza en cosa finita, vana y transitoria, por esto se pierde y no llega a conseguir lo que desea. El que espera en sí y en el mundo, no espera en mí, porque el mundo, es decir, los deseos mundanos del

hombre, me son odiosos; y tan abominables me fueron, que entregué mi unigénito Hijo a la afrentosa muerte de la cruz.

El mundo no es compatible conmigo, ni yo con el mundo. Mas el alma que perfectamente espera en mí y me sirve de todo corazón, necesariamente deja de esperar en sí misma y en el mundo. No pone su esperanza en su propia fragilidad.

Grados de perfección de esta esperanza

Esta esperanza verdadera es más o menos perfecta según el grado de amor con que se me ama; pero, perfecta o imperfecta la esperanza, el alma gusta de mi providencia. La gusta más perfectamente aquel que me sirve con la esperanza de complacerme sólo a mí, que aquellos que me sirven con la esperanza recibir un premio o por el gusto que en mí encuentran.

Sin embargo, tanto a los perfectos como a los imperfectos jamás les faltará mi providencia mientras no presuman ni esperen en sí mismos. Este presumir y esperar en sí mismos nace del amor propio, el cual ofusca la inteligencia y apaga la luz de la fe. Por no andar en la luz no conocen mi providencia. Esto no significa que no la experimenten, porque nadie hay, ni justo ni pecador, al que yo no provea mi providencia, porque toda cosa ha sido hecha y creada por mi bondad. Yo soy el que soy y ninguna cosa ha sido hecha sin mí, excepto el pecado, que no es. Así, éstos son favorecidos de mi providencia, pero no se percatan de ello. No la conocen, y, no conociéndola, no la aman, y por esto no fructifica en vida de gracia. Ven torcido todo lo que es recto y, como ciegos, confunden las tinieblas con la luz y caen en la murmuración y en la impaciencia.

¿Cómo pueden ser tan locos? ¿Cómo no ven que yo, suma Bondad, no quiero más que su bien en las cosas pequeñas que diariamente permito para su salud espiritual? A pesar de su ceguera, les bastaría utilizar la pequeña luz natural que poseen para ver mi bondad y el beneficio de mi providencia. Pero desfallecen y temen su propia sombra. El hombre insensato no se da cuenta que mi misericordia no ha dejado un solo instante de proveer al mundo y a cada uno en particular según sus necesidades en el tiempo oportuno.

La providencia de Dios abarca todos los tiempos

Mi providencia se manifestó de una manera general por la ley de Moisés en el Antiguo Testamento y por los otros profetas. Debes saber

que antes de la venida del Verbo, Mí Hijo unigénito, el pueblo judío nunca dejó de estar sin profetas que lo alentarán con sus vaticinios y le dieran la esperanza de que mi Verdad, el esperado por los profetas, los sacaría de la servidumbre y les haría libres, abriéndoles con su sangre el cielo, que tanto tiempo había estado cerrado. Después de la venida de mi dulce y amoroso Verbo, ya no hubo más profetas pues no había necesidad. Ellos, sin embargo, por su ceguera, ni le conocieron ni le conocen todavía.

Mi providencia os envió el Verbo como vuestro mediador para conmigo. Después de Él, los apóstoles, mártires, doctores y confesores. Todo lo ha hecho mi providencia, y así proveerá hasta el último día.

Pero además de esta forma general mi providencia se manifiesta también de una manera particular cuando os da la felicidad o la aparente desgracia: el hambre, la sed, la pérdida de la posición en el mundo, la desnudez, el frío, el calor, las injurias, los escarnios o las afrentas. Todo esto permito que les suceda a los hombres. No es que yo sea culpable de la mala voluntad de aquel que os perjudica o injuria, sino que el tiempo y el ser que tiene lo reciben de mí. Yo no le di el ser para que me ofendiese a mí o a su prójimo, sino para que me sirviese a mí y al prójimo con amor. Yo permito estos actos para probar la virtud de la paciencia en las almas que los padecen, o para que se conozca a sí mismo y sea humilde.

Contra toda apariencia, la providencia de Dios todo lo dispone por amor

Algunas veces permito que todo el mundo contraríe al justo y que hasta su muerte sorprenda a todos. A muchos les parecerá injusto ver perecer a un hombre recto, ahogado o devorado por los animales o entre los escombros de su propia casa. ¡Qué injustas parecen estas cosas a los ojos de los que no tienen la luz de la fe! No a los que la tienen. El que tiene fe, en efecto, está convencido que lo permito para procurar la salvación del hombre. Por ello no se escandaliza ni por mis obras ni por las del prójimo, sino que todo lo sufre con verdadera paciencia.

A ninguna criatura se le priva de mi providencia. Algunas veces al hombre le parecerá cruel que yo mande granizo, rayos o tempestades sobre mis criaturas. Si lo hago es para librar al hombre de la muerte eterna, aunque le parezca incomprensible o incluso le parezca que le

causo mal. Los que viven según el mundo en todo condenan mis obras y las entienden conforme a su pobre entendimiento.

La providencia de Dios en el gobierno del mundo

Estos mundanos son como ciegos a causa de su amor propio, de todo se escandalizan y contra todo se sublevan. Juzgan equivocadamente y consideran sólo que busco causarles la ruina y el daño. No piensan que todo lo que hago es sólo por amor y por su bien, para evitarles las penas eternas, para aumentar su mérito y para darles la vida eterna.

¿Por qué, pues, se quejan de mí? Porque no esperan en mí, sino en sí mismos. Por esto se viven en tinieblas, por falta de conocimiento. Por esto aborrecen lo que tendrían que reverenciar. Como soberbios, se atreven a juzgar mis ocultos juicios, que son todos buenos. Hacen como el ciego, que con el tacto de sus manos quiere juzgar todo según su torpe y limitado saber. Y así estos no quieren atenerse a mí, que soy verdadera luz y el que los nutre espiritual y corporalmente, ya que sin mí nada pueden. Por haber perdido la luz, les parecen buenos los placeres del mundo. No advierten que todos ellos están llenos de muchas espinas, miserias y grandes afanes; tanto, que el corazón que los posee fuera de mí se hace insoportable a sí mismo.

Según su deseo y amor desordenado, los placeres les parecen dulces y suaves, y no se dan cuenta que los pecados mortales hacen inmunda al alma, la apartan de mi semejanza y le quitan la vida de la gracia. De modo que si con fe no se purifican en la Sangre, recibirán muerte eterna.

El alma que ama su propia sensualidad cae en la fosa, es atada por la culpa y golpeada por sus enemigos. Por la ceguera de su amor propio y por la confianza que pone en sí misma y en su propio saber no acude a mí, que soy su guía y camino. Este camino os fue dado por el Verbo de mi Hijo, que dijo : *Yo soy el camino, la verdad y la vida.* Quien va por él no puede ser engañado ni andar en tinieblas. Nadie puede venir a mí sino por Él, porque es una misma cosa conmigo. Ya te dije que de Él había hecho puente para que todos pudierais llegar a vuestro fin, y con todo, no se fían de mí, que no quiero más que su santificación. Cualquier cosa que les ocurra mi amor la permite, mas ellos se escandalizan de mí. Esto lo sufro con paciencia, porque los amé sin ser amado por ellos. Se rebelan y murmuran de mí,

metiéndose a escudriñar según su ceguera mis ocultos juicios, todos justos e inspirados en el amor. Porque no se conocen a sí mismos, juzgan falsamente: que quien no se conoce, no me puede conocer ni entender mis juicios.

[Santa Catalina está convencida de que Dios es Amor y que nos ama inefablemente. Nada sucede a espaldas de Dios, al margen del Amor. El sabe por qué lo hace... Y es siempre por amor. «Debemos ver y comprender en verdad con la luz de la fe que Dios es suma y eterna Bondad, y no puede querer otra cosa que nuestro bien, porque su voluntad es que seamos santificados en El. Todo lo que El nos da o permite es para este fin. Cristo traspasado, atormentado y afligido por la sed en la cruz nos demuestra que el sumo y Eterno Padre nos ama de modo inestimable...» (Carta 13).]

Providencia de Dios en un caso particular, a pesar de la desgracia aparente

¿Quieres que te muestre, hija, cómo se engaña el mundo al juzgar mis designios? Quiero que sepas que para librar a un alma de la eterna condenación permito que le sucedan muchas aparentes desgracias, con objeto de que consiga la vida mediante la sangre de mi Verdad, mi Hijo unigénito.

Así lo hice con aquella alma que tu conoces, porque a pesar de su pecado yo no había olvidado la reverencia y el amor que ella tenía a María, la dulcísima Madre de mi unigénito Hijo. Mi bondad ha otorgado a todos los que la veneran, justos o pecadores, que jamás sean devorados ni arrebatados por el demonio infernal. María es como un cebo puesto por mi bondad para prender a los hombres.

Y así, por misericordia, permití que a esta alma le pasase lo que la mala voluntad de los hombres consideran una desgracia. No pueden verlo de otra manera a causa de su amor propio, que les ha quitado la luz, y por esto no pueden conocer mi Verdad. Mas, si ellos quisieran quitarse esta nube, la conocerían y la amarían y todo lo aceptarían con reverencia y en el tiempo de la cosecha percibirían el fruto de sus fatigas.

Yo soy vuestro Dios, premiador de todo trabajo, que cumplo vuestros santos deseos siempre que de verdad llaméis a la puerta de mi misericordia, esperando siempre en mi providencia.

Cortedad de los hombres para juzgar de los designios de la Providencia y del amor de Dios revelados en el Antiguo Testamento

No puedes imaginarte lo grande que es la ignorancia del hombre. Procede sin juicio y sin ningún conocimiento por esperar en sí mismo y confiar en su propio saber. ¡Oh hombre necio! ¿No ves que tu saber no proviene de ti, sino de mi bondad, que provee a tus necesidades? ¿Cómo se demuestra esto? Por lo que tú mismo experimentas en ti. A veces quieres hacer una cosa que no puedes ni sabes hacer. Otras veces la sabes hacer pero no puedes, o bien puedes y no sabes hacerla. Otras veces puedes y sabes hacerla pero no tienes tiempo, o si lo tienes, te falta la voluntad para hacerlo.

Todo esto permito lo que te pase mirando a tu salvación, para que conozcas que tú por ti mismo no eres y tengas motivo para humillarte y no ensoberbecerte. En todas las cosas hallas mudanza y privaciones porque no están en tu poder.

[«... ni la vida, ni la salud, ni las riquezas, ni el honor, ni la posición, ni el mando son vuestros. Si lo fueran, podríais poseerlos a vuestro antojo. Pero uno está enfermo, cuando quiere salud; quiere vivir, y se muere; quiere ser rico, y es pobre; o quiere mandar, y está a las ordenes de otro. Todo esto le pasa porque son cosas que no le pertenecen; y sólo las puede tener cuando le place a Aquel que se las presta» (Carta 235, al rey de Francia)]

Sólo mi gracia es firme y estable, la cual no te puede ser quitada mientras no peques.

¿Cómo, pues, puedes pretendes alzarte contra mi bondad? No lo harías si fueses lógico, como no puedes esperar en ti ni apoyarte en tu saber. ¿Por qué eres tan bruto que no ves que todo cambia menos mi gracia? ¿Por qué no confías en mí, que soy tu Creador? Porque confías en ti. ¿Es que acaso yo no soy fiel y leal contigo? Lo soy sin duda alguna, y lo sabes muy bien, porque lo experimentas a cada paso.

Debes saber, querida hija, que el hombre no ha sido fiel ni recto conmigo, al quebrantar la obediencia que le había impuesto. Por esto ha venido a caer en la muerte. Yo, sin embargo, le he sido fiel, reservándole la felicidad para la que le había creado. Por eso uní mi divinidad con la bajeza de vuestra humanidad. Con la sangre de mi unigénito Hijo fue reconquistado y restituido a la gracia. El hombre bien lo sabe. No obstante, parece que sigue creyendo que no soy

suficientemente poderoso para poderle socorrer; ni suficientemente fuerte para ayudarle y defenderle de sus enemigos; que no soy suficientemente sabio para iluminarle, ni clemente para ofrecerle todo lo que necesita para su salud; ni rico para enriquecerle, ni bello para darle belleza; ni cree que tiene en mí su alimento. Sus obras me dicen claramente que no lo cree. Si lo creyese, sus buenas y santas obras lo darían fácilmente a entender.

Continuamente los hombres pueden saber por experiencia propia que soy poderoso, porque le conservo el ser y les defiendo de sus enemigos. Nadie puede rebelarse contra mi poder. Sí no lo ven, es sólo porque no quieren verlo. Ordeno el mundo y lo gobierno con sabiduría; con tanto orden, que nada os falta y nadie os puede quitar lo que tenéis. En todo os he proveído: para el alma y para el cuerpo. Y no lo he hecho movido por vuestra voluntad, porque no existíais, sino sólo por mi clemencia. Obligado en todo caso por mí mismo, hice el cielo y la tierra, el mar y el firmamento. El cielo, para que se moviese sobre vosotros. El aire, para que respiraseis. El sol, para que no estuvierais en tinieblas. Todo está hecho y ordenado para socorrer a las necesidades del hombre. He adornado el cielo de aves; la tierra produce abundantes frutos y animales para sustento del hombre; al mar lo he provisto de peces. Todo lo he hecho con gran orden y providencia.

Después que creé todas las cosas buenas, hice al hombre a mi imagen y semejanza y le coloqué en este jardín. Por el pecado de Adán dio espinas este jardín, el cual al principio daba puras flores perfumadas de inocencia. Todo estaba sujeto al hombre. Por la culpa y desobediencia cometida, la rebeldía entró en sí mismo y en todas las criaturas. El jardín se convirtió en maleza. El jardín del mundo y el jardín del hombre, que es otro mundo.

¡Nueva intervención de mi providencia! Envié al mundo mi Verdad, el Verbo encarnado, con objeto de que destruyera este estado salvaje, arrancase las espinas del pecado original y lo convirtiera de nuevo en jardín regado con la sangre de Cristo crucificado, plantando en él los siete dones del Espíritu Santo, quitando el pecado mortal. Así fue figurado en el Antiguo Testamento cuando se le suplicó a Eliseo que resucitase a aquel joven.

No fue Eliseo, sino que envió a Jieci con su bastón, diciéndole que lo pusiese sobre el muchacho. Habiendo ido Jieci y hecho lo que Eliseo le había dicho, no resucitó. Viendo Eliseo que no había

resucitado, fue él en persona y se extendió sobre el muchacho en todos sus miembros, soprándole siete veces en la boca.

Jieci representa a los profetas y Eliseo es figura del Verbo. Yo os envié al Verbo, y Él se conformó con este hijo muerto por la unión de la naturaleza divina con vuestra naturaleza humana. Con todos los miembros, es decir, con toda vuestra naturaleza humana se unió mi naturaleza divina, es decir, todo Yo, Dios, abismo de la Trinidad.

Este dulce y amoroso Verbo, corrió como enamorado, a la afrentosa muerte de la cruz y se extendió en ella. Unido a ella dio los siete dones del Espíritu Santo a este hijo muerto, alentando el alma la vida y quitándole la muerte. Esto ocurre en el santo bautismo. De este modo es hecho jardín, adornado de dulces y suaves frutos. Es cierto que el hortelano de este jardín, la libre voluntad, puede dejar que se torne de nuevo salvaje, o bien puede cultivarle, según le plazca. Si él siembra el veneno del amor propio, del que nacen los siete principales pecados y todos los demás que proceden de éstos, arroja de él los siete dones del Espíritu Santo y se priva de toda virtud. Se priva de la fortaleza y se debilita; pierde la templanza y la prudencia, porque ha perdido la luz de que se servía la razón. No tiene fe, esperanza ni justicia, porque se ha vuelto injusto. Espera en sí mismo y con fe muerta cree en sí mismo. Se fía de las criaturas y no de mí, su Creador. No tiene caridad ni piedad alguna, porque se la quitó amando su propia fragilidad. Es cruel consigo mismo. Por esto no puede tener piedad con su prójimo. Está privado de todo bien y ha caído en el sumo mal.

¿Por qué medio volverá a tener la vida? Por este mismo Verbo encarnado, mi unigénito Hijo. ¿De qué modo? Cuando el hortelano arranque estas espinas con verdadero aborrecimiento —que, si no las odia, jamás las arrancará— y corra con amor a conformarse con la doctrina de mi Verdad, regándola con la Sangre. Esta sangre es la que deja caer sobre su cabeza el ministro en la confesión, cuando el hombre se confiesa con corazón contrito y dolido por la culpa, con ánimo de reparar y propósito de no ofenderme más.

Sólo así puede restaurar este jardín del alma mientras vive, pues, terminada esta vida, ya no tiene remedio.

Ceguera de los que no ven la providencia de Dios en las adversidades

Ya ves cómo con mi providencia reparé este otro mundo que es el hombre.

Permití que el mundo produjera espinas de muchas tribulaciones y que al hombre se le rebelasen las cosas. No hice esto sino con miras a vuestro bien, para que dejase el hombre de esperar en el mundo y para que se dirigiese hacia mí, que soy su fin; para que, por lo menos, por las fastidiosas molestias, levantase su corazón hacia mí.

Pero es tan torpe el hombre en el conocimiento de la verdad y tan frágil en su inclinación a los deleites del mundo, que a pesar de todas estas fatigas y espinas que encuentra parece no querer levantarse ni procurar volver a su patria. Si esto hace estando así, ¿qué sería, hija mía, si en el mundo encontrase deleite perfecto y reposo, sin pena alguna? Es, pues, mi providencia la que permite que germinen las tribulaciones en el mundo, para probar en ellos la virtud y para poder premiarles la fuerza y violencia que a sí mismos se hagan. Todo lo ha ordenado y dispuesto con gran sabiduría mi providencia.

Yo he dado al hombre muchas cosas, porque soy rico y se las puedo dar. Mis riquezas son infinitas, todo está hecho por mí, y sin mí nada existe. Si quiere belleza, yo soy la belleza. Si quiere bondad, yo soy la bondad, porque soy sumamente bueno. Yo, la sabiduría. Yo, la benignidad. Yo, la piedad. Yo, justo y misericordioso Dios. Yo, generoso y no avaro. Yo soy el que da al que pide, abro a quien llama de verdad y respondo al que a mí clama. No soy ingrato, sino agradecido, y premio a quien por mí se fatiga y trabaja por la gloria y alabanza de mi Nombre. Yo soy el gozo que sumerjo en gozo sumo al alma que hace mi voluntad. Yo soy aquella providencia que jamás falta a los que esperan en mí, tanto en lo material como en lo espiritual.

Si el hombre ve que alimento a todos los animales del mar, de la tierra y del cielo; que envío sobre las plantas el sol y el rocío que empapa la tierra, ¿cómo puede creer que no le sustente a él, que es mi criatura, hecha a mi imagen y semejanza? Y, puesto que todo esto está hecho por mi bondad y para su servicio, a cualquier parte que se vuelva, tanto en lo temporal como en lo espiritual, no hallará más que el abismo de mi caridad dulce y providente.

Pero él no lo ve, porque se ha privado de la luz, y por no verlo se escandaliza. Restringe y limita su caridad para con su prójimo y piensa con avaricia en el día de mañana, cosa que mi Verdad prohibió con aquellas palabras: *No queráis pensar en el día de mañana; bástale a cada día su afán* (Mt 6, 34), reprendiéndooos vuestra infidelidad y mostrándoos mi providencia y la brevedad del tiempo: *No queráis pensar en el día de mañana*. Como si Jesucristo os dijera: «No penséis en aquello que no estáis seguros si lo tendréis. Os basta el día de hoy». Él os enseña a pedir, primero, el reino de los cielos, es decir, una santa y buena vida, porque de las cosas menudas, yo, vuestro Padre celestial, bien sé que las necesitáis, y por esto las creé y mando a la tierra que os dé sus frutos. Pero este hombre miserable desconfía de mí, es mezquino de corazón para con su prójimo, y no cree a mi Verbo, mi Verdad. Porque no sigue sus huellas, se hace insoportable a sí mismo. Porque sólo confía en sí mismo y no espera en mí, le viene todo el mal. Se constituye en juez de los demás hombres, sin ver que soy yo quien los tiene que juzgar y no él. No entiende ni tiene por buena mi voluntad sino sólo cuando prospera en la vida, disfruta o se lo pasa bien a los ojos del mundo.

La providencia de Dios, al servicio de buenos y pecadores

En cuanto le falta todo esto, por haber puesto allí todo su afecto y esperanza, ya no le parece experimentar mi providencia ni ver mi bondad por ninguna parte. Le parece estar privado de todo bien. Cegado por su propia pasión, no descubre la riqueza en las contrariedades ni el fruto de la verdadera paciencia. Al contrario, le son causa de muerte, y de que de antemano guste ya en esta vida los preludios del infierno.

A pesar de todo, mi bondad no deja de proveerle y de mandar a la tierra que dé sus frutos lo mismo al pecador que al justo; mando el sol y la lluvia sobre sus campos, y muchas veces recibirá el pecador más que el justo.

Esto hace mi bondad para dar más a manos llenas las riquezas espirituales al alma del justo que por mi amor se ha despojado de las riquezas materiales, ha renunciado al mundo, a sus delicias y a su propia voluntad. Estos enriquecen su alma en el abismo de mi caridad dejando de buscarse a sí mismos, no se preocupan de las riquezas mundanas ni de sus propias personas. Yo entonces les proveo, tanto en

lo espiritual y en lo temporal, teniendo para con ellos una particular providencia. Al que todo lo ha dejado por mí, yo le atiendo en su necesidades y hago que su alma nade en una alegría y dulzura admirables.

El Espíritu Santo los nutre con mi caridad. Los hace libres y señores, arrancándoles de la servidumbre del amor propio. Pues en el alma donde existe el fuego de mi caridad no puede existir el agua del amor propio que apague este dulce fuego. El Espíritu Santo los viste, los alimenta, los embriaga de dulzura y de la riqueza suprema. Porque todo lo dejaron, lo encuentran todo; porque se despojaron totalmente de sí, se encuentran vestidos de mí; en todo se hicieron siervos por humildad, por esto son señores, dominando el mundo y la propia sensualidad. Porque se hicieron ciegos a su propio parecer, gozan de perfecta luz. Porque desconfían de sí, tienen fe viva y cumplida esperanza. Gustan ya la vida eterna, pues están libres de toda pena y aflicción. Todo lo que les sucede lo consideran bueno, porque en todo ven mi voluntad, que no es otra sino la de vuestra santificación. Y por esto, su paciencia es inalterable.

¡Cuán feliz es esta alma! Estando todavía en el cuerpo gusta ya de los bienes inmortales! Todo lo recibe con veneración y respeto. Tanto aprecia la mano derecha como la izquierda, la tribulación como la consolación, el hambre y la sed, tanto como la comida y la bebida; el frío tanto como el calor; la desnudez tanto como el vestido; la vida como la muerte; el honor como el vituperio, la aflicción como el consuelo. En todo permanece imperturbable y serena, porque está fundada sobre piedra viva. Sabe que todo se lo doy por amor y para su santificación, y que en todo yo proveo. En los grandes trabajos doy gran fortaleza y no impongo carga mayor de la que pueda soportar, con tal que el alma se disponga a llevarlo todo por amor a mí. En la sangre de Jesucristo se os ha manifestado claramente que yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, y por esto le doy lo que le doy.

Esto le pasa al alma que está despojada de sí. Está segura que no le podrán faltar las cosas pequeñas cuando con fe ha visto mi providencia en las cosas grandes. ¡Cuán gloriosa es esta luz de la santísima fe, con la que conoce mi Verdad! Esta luz sobrenatural la recibe del Espíritu Santo.

Providencia en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma

¿Sabes, querida hija, cómo proveo yo a las necesidades de los que esperan en mí? Todo lo que obra mi providencia en relación con el cuerpo está hecho con vistas al alma, para hacerla crecer en la fe, para hacerla esperar en mí y para que pierda la confianza en sí misma; es decir, para que vea que yo soy el que soy, que puedo y quiero socorrerla en sus necesidades.

Para la vida de su alma le he dado los sacramentos de la santa Iglesia, y mi palabra. Por eso dijo mi Verdad: *No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de mí* (Mt 4,4); es decir, vive de seguir espiritualmente, con rectitud de intención, la doctrina de la Palabra encarnada, y de recibir los santos sacramentos que dan vida, en virtud de su sangre.

Los sacramentos no darían la vida de la gracia al alma si ésta no los recibiese con un sincero y santo deseo.

A veces, para aumentar en el alma este santo deseo, hago que de momento no pueda recibir los sacramentos. Al no poder, crece su hambre, y en esta hambre el conocimiento de sí, considerándose indigna de recibirlos, y así la dispongo mejor para que los reciba.

Providencia para con los pecadores: Intentos de Dios para atraerles a la gracia por medio del remordimiento, del perdón, o de las oraciones de sus siervos

El alma puede estar en pecado mortal o en gracia de Dios, y dentro de este último estado es imperfecta o perfecta. En cualquiera de estos tres estados le concedo mi providencia, pero de modo distinto según los designios de mi gran sabiduría y según las necesidades que en ella veo.

A los que viven en pecado mortal, los despierto con remordimientos de conciencia y con la congoja que experimentan en su corazón de múltiples modos. Por esto muchas veces salen del pecado mortal, para evitar este sufrimiento interior.

Algunas veces —porque quiero sacar rosas de vuestras espinas—, habiendo concebido el corazón del hombre amor al pecado mortal o a alguna criatura contra mi voluntad, hago que le falten el lugar o el tiempo para realizar su propósito. De esta manera, debido al cansancio

y aflicción que experimenta en su corazón al no poder satisfacer su deseo desordenado, vuelve sobre sí misma con pesadumbre y remordimiento y arroja de sí su amor vano. Con razón se le puede llamar vano, pues creyendo poner su afecto en cosa que lo merecía, cuando llega a experimentarlo, ve que no era nada. Es cierto que algo es la criatura que amaba con amor miserable, pero él nada sacaba de ella, porque el pecado es nada. Y de esta nada de la culpa, espina que punza el alma, saco yo esta rosa, que sirve para su salud.

¿Qué me obliga a hacerlo? No él, que no me busca ni pide mi ayuda, estando como está envuelto en el pecado, en los placeres, las riquezas y honores del mundo. El amor es el que me obliga, porque yo os amé sin que vosotros me amarais a mí. Yo os amo inefablemente. También me obligan las oraciones de mis siervos, que oran a impulsos del Espíritu Santo. Estas lágrimas humildes y continuas oraciones me hacen fuerza, pues *no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.*

Enamórate, hija, de mi providencia. Estos desgraciados, hundidos en tanta miseria, envueltos en tinieblas, van cantando y riendo, gastando su tiempo en vanidades, delicias y obscenidades. Lascivos, bebedores y comedores hasta hacer un dios de su vientre; con odio, con rencor, con soberbia y con toda clase de maldades, sin conocer el estado en que se hallan, van cantando por el camino que va derecho a la muerte eterna, si es que no se corrigen.

¿No se consideraría gran necesidad y locura que un condenado a muerte, que es conducido al suplicio, que fuese cantando y bailando, mostrando alegría? Esta misma necesidad es la de estos miserables, y mayor todavía sin comparación alguna, pues es mucho mayor daño y pena la muerte del alma que la del cuerpo. Estos pierden la vida de la gracia, y aquél la vida corporal; éste tiene pena finita, y éstos otros pena infinita, si mueren en estado de condenación. ¡Y van cantando, totalmente ciegos y locos!

Mientras tanto, mis siervos permanecen en su llanto, aflicción de cuerpo y contrición de corazón, en vigilia y oración continua, con suspiros y lamentos, mortificando su carne para darles a ellos la salud. ¡Y los malos se burlan de ellos!

Pero mis siervos no desmayan por las muchas burlas, persecuciones, e ingratitudes que con ellos se cometan, antes bien oran

con mayor celo y deseo. ¿Quién hace que con tanto ahínco llamen a la puerta de mi misericordia? Mi providencia.

Infinitos son los caminos que tiene mi providencia para arrancar del alma del pecador la culpa del pecado mortal. Ahora te hablaré brevemente de lo que mi providencia hace con aquellos que se han levantado ya del pecado, pero son imperfectos todavía.

Providencia para aquellos que viven en gracia, pero que son imperfectos, a fin de que adelanten en la virtud. El alma es una ciudad rodeada de enemigos

¿Sabes, queridísima hija, de qué medios me valgo para arrancar al alma de su imperfección? Con frecuencia la libro de los muchos pensamientos que la obsesionan mediante la sequedad de espíritu. A ella le parecerá que está totalmente abandonada de mí y como insensible. También le parecerá que no está en el mundo, y, en efecto, no está en él. No tiene sentimiento alguno, salvo que su voluntad no quiere ofenderme.

No permito que ningún enemigo pueda abrir esta puerta de la libre voluntad. Puedo permitir a los demonios que golpeen otras puertas, mas no ésta, que es la principal y la que guarda la ciudad del alma. En esta puerta he puesto la guardia del libre albedrío, la decisión libre, para que pueda decir sí o no, según le plazca.

De las diferentes puertita que tiene esta ciudad, la de la voluntad es impenetrable, si el alma no la quiere abrir, y es la que guarda a las otras. Las principales puertas son tres: la memoria, el entendimiento y la voluntad. Si la voluntad consiente, entra en el alma el enemigo del amor propio y todos los otros enemigos que le siguen. Inmediatamente el entendimiento se llena de tinieblas, enemigas de la luz; y la memoria, de odio, el enemigo del amor del prójimo. La memoria también se acuerda los deleites y placeres del mundo, los cuales son tan diversos como los pecados mismos, contrarios a las virtudes.

Abiertas estas puertas, se abren inmediatamente los sentidos del cuerpo por el afecto desordenado. Los ojos se emplean en mirar desordenadamente lo que no deben, con frivolidad y deshonestidad, y pueden llegar a causar la muerte del alma. ¡Oh alma desdichada! ¡Yo te lo di todo para que miraras al cielo y la belleza de mis criaturas, y tú miras el lodo y la bajeza, y de ello recibes la muerte!

Los oídos se deleitan en escuchar cosas deshonestas, cuando yo se los di para que oyese mi palabra y atendiese a las necesidades ajenas. Le di la lengua para que anuncie mi palabra y confiese sus pecados, y ella la usa para blasfemar de mí, que soy su Creador; para murmurar, levantar falsos testimonios e injuriar al prójimo; y para decir palabras lascivas.

El gusto peca por su glotonería insaciable, por su desordenado apetito de muchos y variados manjares. El alma no piensa más que en llenar su vientre y no se percata de ello. Esto a su vez enerva las pasiones de la carne frágil.

La providencia en las pruebas y los enemigos que asedian la ciudad del alma

Yo no permito que los enemigos del ama entren por la puerta principal de la voluntad si el alma no consiente en ello, pero si permito que llamen a las otras puertas. Y así permito que la mente se vea sumida en tinieblas, que no sienta mi presencia, e incluso a veces que todos los sentidos se vean agitados en grandes combates. Mas todo esto no puede causarle la muerte, porque yo no quiero su muerte, a no ser que fuera él tan necio, que abriese la puerta de su voluntad.

¿Por qué dejo al alma en tanta aflicción y rodeada de tantos enemigos? No para que sucumba y pierda la riqueza de la gracia, sino para manifestarle mi providencia, para que se fíe de mí y no de sí misma; para que deje de ser negligente y con gran cuidado se refugie en mí, que soy su defensor. Soy un Padre benigno que procuro su salvación haciéndola humilde, haciéndola ver que por sí misma nada es, para que reconozca que el ser y toda gracia lo recibe de mí, que soy su vida.

Yo no la abandono un instante en esta lucha. Los auxilios de mi providencia van y vienen según veo que los necesita. A veces le parecerá estar en el infierno; y sin hacer nada de su parte, de pronto se ve libre y como si gustara ya de la vida eterna. Entonces el alma se sosiega y le parece que todo lo que ve le habla a gritos de Dios; está inflamada en el amor y se ve libre de esta gran batalla sin esfuerzo suyo, sólo por mi caridad, que quiso proveer a su necesidad en el tiempo oportuno, cuando le parecía que no podía más.

¿Por qué, cuando se ejercitaba en la oración y en los demás ejercicios espirituales, no la escuché, librándola de las tinieblas? Porque, siendo todavía imperfecta, no creyese que era fruto de su

esfuerzo lo que en realidad no era. Ves, pues, cómo el imperfecto se perfecciona en las batallas, porque en ellas conoce experimentalmente mi providencia. Así concibe el amor perfecto, porque ha conocido la bondad de mi providencia divina; y así sale del amor imperfecto.

Empleo todavía otro medio para sacarla de la imperfección: hago nacer en ella el amor espiritual hacia el prójimo, obligándola a ejercitar su virtud despojando su corazón de todo amor sensible que pudiera todavía tener hacia su padre, madre, hermana o hermanos. No los quiere ya más que por mí. Y con este amor ordenado que le he dado echa fuera el amor desordenado con que antes amaba.

Mi providencia purifica el amor imperfecto en las pruebas

Este amor espiritual le sirve de prueba para conocer si me ama perfectamente o no a mí y al prójimo. Para esto se lo di, para que probase y conociese la perfección de su amor. Todavía está en un estado imperfecto, y siendo imperfecto el amor que me tiene, es imperfecto también el que tiene al prójimo, porque la perfección de la caridad para con el prójimo depende de la perfección con que me ama a mí.

El alma puede sufrir al ver que no es correspondida por la persona a la que tiene especial amor. Esta pena que experimenta le ayuda a conocerse a sí misma. Si quiere caminar con amor más perfecto tendrá que amar a esa persona por encima de lo sensible, de que sea correspondida o no. A no ser que, por estar sumida en este sufrimiento, deje sus ejercicios espirituales habituales. No podría haber cosa más peligrosa que ésta, pues la conduciría a su ruina. No debe obrar así, sino que con humildad, considerándose indigna de lo que desea —de verse correspondida o consolada—, sufra toda pena, para gloria y alabanza de mi Nombre. De este modo cumplirá mi voluntad, recibiendo el fruto de la perfección.

La providencia con los perfectos: para consolidarles en su perfección y aumentársela

Te hablaré ahora de los perfectos y de los medios que utiliza mi providencia para conservar, probar y acrecentar constantemente su perfección. Nadie hay en este mundo tan perfecto que no pueda elevarse a una perfección mayor. Por esto uso, entre otros, del medio que voy a explicarte.

Dijo mi Verdad: *Yo soy la Vid verdadera, y vosotros los sarmientos. Mi Padre es el labrador* (Juan 15,1). Él, que procede de mí, es la verdadera Vid. El que está en Él y sigue su doctrina, da fruto. Y para que vuestro fruto aumente y sea perfecto, os podo con muchas tribulaciones, infamias, injurias, escarnios, ultrajes y vituperios, con hambre y sed, según mi bondad lo permite como conviene a cada uno. La tribulación es una señal que demuestra la caridad perfecta del alma o la imperfección en que se encuentra todavía. En la injuria y trabajos que permito a mis siervos se prueba su paciencia. En la medida de la compasión que tiene para con el que le injuria, crece el fuego de la caridad en su alma, doliéndose más de la ofensa hecha a mí y del daño que se hace a sí mismo el que le injuria, que de la misma injuria que le hacen.

Esto hacen los que han llegado a gran perfección, y así crecen en ella y con esta intención lo permito. Inspiro en ellos un extremado deseo de la salvación de las almas, por el que de día y de noche llaman a la puerta de mi misericordia, olvidándose de sí mismos. Y cuanto más abandonan el cuidado de sí mismos, más me hallan a mí.

¿En dónde me buscan? En mi Verdad, siguiendo con perfección su dulce doctrina. Han leído en El, mi dulce y glorioso libro, que por cumplir mi voluntad, y para demostrarles cuánto amaba mi honra y a todo el género humano, corrió bañado en dolores y oprobios a la santísima cruz. Mediante su sufrimiento y su amor al hombre me demostró cuánto me amaba.

Estos hijos queridos han llegado a un estado muy perfecto por la perseverancia y la continua oración y me demuestran que en verdad me quieren porque se esmeran mucho en seguir esta santa doctrina de mi Verdad: mediante las penas y fatigas soportadas por la salvación de su prójimo, ya que no tienen otro medio más que éste para demostrarme el amor que me tienen.

Pero, aun cuando hubiese otros medios con los que me pudieran demostrar este amor, su prójimo sigue siendo el principal medio, puesto que, como en otra parte te dije, todo bien y toda acción se verifican por medio del prójimo. Por este medio el justo demuestra su perfección y el amor puro que me tiene, procurando siempre la salud de su prójimo aunque sea sufriendo mucho.

Los purifico también con muchas tribulaciones, para que den mejor y más suave fruto. Precioso perfume es el que hasta mí hacen

llegar por los frutos de su paciencia. ¡Qué suave y dulce es este fruto de la paciencia y cuánto aprovecha al alma que sufre sin pecar! Si ella lo pudiese ver, no habría nadie que con gran celo y alegría no deseara padecer. Para darles este gran tesoro dispone mi providencia poner sobre sus hombros el peso de muchos trabajos, para que la virtud de la paciencia no se enmohezca en ellos.

Providencia con los perfectos: les prueba en la humildad privándoles de las gracias extraordinarias de unión de que gozan frecuentemente

Con los perfectos muchas veces adormezco en ellos el sentimiento, hasta parecer que no experimentan dolor por la adversidad, como si estuviesen dormidos, aunque no muertos. Es el sentimiento sensual el que duerme en el alma perfecta, aunque no está muerto. En el momento en que dejara de ejercitarse en la virtud y disminuyera su caridad, se despertaría este sentimiento sensual más fuerte que nunca. Por tanto, que nadie se fíe por perfecto que sea. Le es indispensable que permanezca en mi santo temor, pues muchos por fiarse de sí mismos caen miserablemente.

Por esto digo que parece que el sentimiento duerme, sufre y soporta grandes penas como si nada. Entonces, para conservarlos en la humildad a veces dejo que una cosa insignificante les haga sufrir de tal manera, que queden desconcertados.

Otras veces, dejo que se vean acometidos por el aguijón de la rebelión de la carne, como hice con el apóstol Pablo, mi vaso de elección. ¿Por qué obra así mi providencia? Para conservarlos en el conocimiento de sí mismos y así lleguen a la verdadera humildad. Para que sean compasivos con los sufrimientos y trabajos del prójimo. Para que crezcan en el amor y corran hacia mí, unidos de humildad. Por estos medios llegan a la unión perfecta y al conocimiento de mi bondad.

¿Qué penas y dolores les quedan?

Sufren por las ofensas hechas a mí —viendo como soy digno de ser amado— y por el daño de las almas, a las que ven andar en tinieblas con tanta ceguera. Saben cuán inefablemente amo al hombre. Al ver que refleja mi imagen, se enamoran de su belleza por amor a mí. Por esto sienten un dolor intolerable cuando ven que las almas se alejan de mi bondad. Tan grandes son estas dolores, que disminuyen y

hacen desaparecer en ellos toda otra pena, como si no existiesen o no llegaran a tocarles.

Les hago ver cómo se pierden las almas, con objeto de hacerles crecer en el amor y en el sufrimiento; para que clamen a mí con firme esperanza que socorra tantas necesidades.

Purifico en los perfectos todo amor propio desordenado; los podo con muchas tribulaciones, para que den más fruto. El dolor intenso que experimentan al ver cómo se me ofende y cómo se priva de la gracia a las almas, ahoga en sí todo otro dolor. Y todos los trabajos que puedan sobrevenirles los tienen en nada. Por esto el mismo caso hacen de la tribulación que del consuelo, porque no buscan su propio gusto, sino que buscan la gloria y la alabanza de mi Nombre.

Ves, pues, querida hija, cómo a todo hombre se extiende mi providencia en todas partes y mediante modos admirables, no reconocidos por los que viven envueltos en tinieblas, ya que las tinieblas no pueden comprender a la luz. Sólo aquellos que tienen luz pueden conocerlos.

Providencia en las enseñanzas de Cristo: para hacer de sus siervos pescadores de hombres

También uso de mi providencia con mis siervos para que lleguen a ser buenos y perfectos intermediarios entre mí y los que me han declarado la guerra, pues ya te dije que por medio de mis siervos usaría de misericordia con el mundo y que reformaría a mi Esposa, la Iglesia, por los muchos trabajos que padeciesen.

Estos siervos pueden verdaderamente ser llamados otro Cristo crucificado, porque tomaron su oficio. Vino Él, como mediador, para poner término a esta guerra y reconciliarme con el hombre por sus sufrimientos. También éstos viven atormentados, haciéndose medianeros por la oración, por la palabra y el testimonio de vida. Relucen en ellos las piedras preciosas de las virtudes, soportando con paciencia los defectos del prójimo. Estos son los anzuelos con que se pesca a las almas. Son los que echan las redes a la derecha y no a la izquierda, como dijo mi Verdad a Pedro y a los otros discípulos después de la resurrección. Porque la mano izquierda del amor propio está muerta en ellos, y viva la mano derecha del amor divino con la que echan las redes. Sacando las redes, cogen tanta abundancia de peces de almas que deben llamar a sus compañeros para que les ayuden, porque solos no pueden.

La red del amor a Mí los tiene bien cogidos. El alma, hambrienta de mi honor, no se contenta con pocos, los quiere todos, de cualquier estado y condición, porque todos fueron creados por mi bondad y reconquistados por la sangre de Cristo crucificado, mi Hijo unigénito. Aunque muchos de ellos se escapan, perdiendo la gracia por sus pecados.

¡Oh hija! Considera lo que hizo Pedro cuando mi Hijo le mandó arrojar las redes al mar. Pedro respondió que en vano se había fatigado toda la noche y que no había pescado nada, pero añadió : *Sin embargo, por tu mandato y por tu palabra, las echaré* (Lc 5,5-7). Habiéndolas echado, pescó tal cantidad que tuvo que pedir ayuda para sacarlas. Pedro fue obediente, y por esto cogió tantos peces.

El reclamo del apóstol es la santidad de su alma. Así lo hizo Cristo en su redención

Advierte que la perfección de los actos del alma que está en este estado perfecto depende de la mayor prontitud en obedecerme y de la más perfecta esperanza que pone en mí, su Creador, habiendo perdido ya toda esperanza en sí misma.

Los más perfectos pescan con más abundancia. Estos dan un sonido suavísimo, que sale de dentro de la ciudad del alma, puesto que las puertas están a la vez cerradas y abiertas. Cerrada está la voluntad al amor propio y abierta a mi amor y al del prójimo.

Estas almas perfectas no sólo me son agradables a mí, a los ángeles y a los bienaventurados del cielo, sino incluso al mismo mundo. No pueden evitar los hombres malvados experimentar el agrado de este sonido, y muchos quedan prendidos en este anzuelo y salen de la muerte para venir a la vida.

Todos los santos han conquistado las almas con este instrumento de la santidad. El primero que dejó oír este sonido fue mi dulce y amoroso Verbo cuando tomó vuestra humanidad. Estando sobre la cruz, emitiendo un dulce sonido, le quitó al demonio el señorío que había ejercido en el hombre por el pecado durante tanto tiempo. Todos vosotros aprendéis de este Maestro a emitir este sonido.

¿Cuál es la causa de esto? Mi infinita providencia, que os ha dado este instrumento de la santidad de vida. Todo lo que os doy o permito en esta vida, os sirve de medio para afinar este instrumento, haciendo que su sonido sea cada vez más armonioso y bello.

La distribución desigual de los bienes es un medio providencial que obliga a los hombres a depender unos de otros

Dilata, hija, tu corazón y mira con cuánto amor y providencia he creado al hombre para que se goce en mí, sumo y eterno Bien.

Mientras peregrináis por esta vida os ato con los lazos de la caridad, ya queráis o no. Si la voluntad del hombre egoístamente se aleja del prójimo, le encadena la necesidad. Por eso lo que es necesario para la vida del hombre no lo he dado a cada uno sino que lo he repartido entre todos. A unos di una cosa, a otros otra, para que os vieseis obligados a recurrir unos a otros. ¿No ves cómo el artesano recurre al obrero, y el obrero al artesano, porque mutuamente se necesitan, al no saber hacer uno lo que sabe hacer el otro? Así, el sacerdote y el religioso necesitan del seglar, y el seglar de los otros dos. No podéis prescindir de los demás. Y así en todas las cosas.

Yo podía haberlo dado todo a cada uno, pero mi providencia quiso que uno se humillase ante los otros y se viera obligado a ejercer la caridad. De esta forma manifiesto mi bondad y providencia.

Deberían avergonzaros los miembros de vuestro cuerpo, porque tienen caridad entre sí y vosotros no. Si la cabeza sufre, le socorre la mano, y si el dedo, con ser tan pequeño, está enfermo, la cabeza, aunque sea la parte más noble del cuerpo, no rehúsa socorrerla, antes bien la socorre con la vista, el oído, el habla y con todo lo que tiene. Y esto mismo hacen todos los demás miembros. El orgulloso no obra así, sino que cuando ve al pobre, enfermo o necesitado, miembro también del género humano, no le socorre, no ya con sus bienes, sino que ni con una palabra siquiera. Con menosprecio y enfado vuelve la cara a otra parte. Lleno de riquezas, le deja morir de hambre sin darse cuenta que por su crueldad se hace pura hediondez ante mi. Pero mi providencia socorre a este pobre que así es despreciado, y, a causa de su pobreza, yo le daré riqueza suma. El otro será gravemente castigado por mi Hijo unigénito si no se enmienda en conformidad con lo que dice el santo Evangelio: *Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; estuve desnudo, y no me vestisteis; en la cárcel, y no me visitasteis* (Mt 25,42).

De nada les servirá en aquel momento su excusa: «Jamás te vi así. Si te hubiera visto, te habría ayudado. Sabe muy bien este miserable, como así lo dijo mi Hijo, que lo que hacía a esos pobrecitos, a El lo

hacia. Por esto justamente se le dará castigo eterno en compañía de los demonios.

Providencia especial para con los desprovistos de bienes terrenos

Mi providencia jamás falta a mis pobres de espíritu y de voluntad, es decir, de intención. No digo pobres sin más, porque muchos son pobres y no lo quisieran ser, y éstos son ricos en cuanto a su voluntad y mendigos que no esperan en mí ni sufren voluntariamente la pobreza en que yo los he puesto para salud de su alma; si no lo hubiese hecho así, la riqueza les habría dañado y habría sido su perdición. Mis siervos son pobres, pero no mendigos. El mendigo no tiene con frecuencia lo que necesita y pasa gran necesidad. Pero el pobre, si no nada en la abundancia, tiene siempre lo suficiente para sus necesidades. Mi providencia no los abandona jamás mientras esperan en mí, y algunas veces permite que su necesidad llegue al extremo para que vean y conozcan mejor que yo puedo y quiero socorrerlos, se enamoren de mi providencia y abracen la esposa de la verdadera pobreza. Por esto su servidor, el Espíritu Santo, al ver que no tienen lo necesario para el cuerpo, enciende el deseo de socorrerlos en el corazón de aquellos que pueden hacerlo y acuden a ayudarlos en sus necesidades. Es cierto que para probar su paciencia, su fe y perseverancia, permito a veces que se les ultraje, injurie y ofenda, y, sin embargo, este mismo que los injuria se ve forzado por mi clemencia a darles limosna y socorrerlos en lo que necesitan.

Incluso algunas veces socorro a mis grandes amigos directamente, prescindiendo del intermedio del prójimo. Tú misma lo has experimentado.

Por falta de fe en la providencia surge la ambición, que arrastra a la soberbia y a mil pecados y desgracias

Todo mal procede de este desordenado deseo y afición a las riquezas. De aquí nace la soberbia, buscando ser más que los demás; la injusticia para sí y para los otros; la avaricia, que por amor al dinero no duda de robar a un hermano. De ella procede el negociar con los cuerpos del prójimo y, el negociar con el tiempo, mediante la usura, como hacen los prestamistas, que, a fuerza de ladrones, venden lo que no es suyo. Y la glotonería de manjares abundantes comidos sin moderación. Y las fútiles conversaciones mundanas sobre qué

comprar; si no tuviesen con qué gastar, no conversarían de esa manera.

¡Cuántos homicidios y crueldad para con el prójimo nacen de la ambición! ¡Cuánta ingratitud para conmigo, pues presumen de sus riquezas como si lo hubieran adquirido por mérito propio, y no de mí! De esta forma dejan de esperar en mí y sólo esperan en sus riquezas. Pero su esperanza es vana. Cuándo menos se percatan, pierden sus riquezas en esta vida, para provecho suyo, o las pierden a la hora de la muerte.

La ambición empobrece y mata el alma, hace al hombre cruel consigo mismo, le quita la dignidad de sentirse llamado al infinito y le hace finito; pues, su amor, que debería estar puesto en mí, que soy Bien infinito, lo une y lo pone en la cosa finita. Pierde entonces el gusto por la virtud de la pobreza. Pierde el dominio de sí mismo, haciéndose esclavo de las riquezas. No se puede saciar, porque ama cosas que son menos que él, ya que todas las cosas creadas han sido hechas por amor del hombre, para que le sirvan y no para que se haga él su esclavo. El hombre me debe servir a mí, que soy su fin.

¡A cuántos peligros y trabajos se exponen por tierra y por mar los hombres ambiciosos que sólo buscan atesorar riquezas, comodidades y buena posición, sin preocuparse de conquistar las virtudes ni de sufrir algo para tenerlas, siendo como son las riquezas del alma! Sólo apetecen riquezas materiales. Cargan su propia conciencia con muchas ganancias ilícitas. Mira qué miserables se hacen y de quién se han hecho esclavos. No de algo firme y estable, sino de algo mudable, pues hoy son ricos y mañana son pobres. Hoy están encumbrados, y poco después postrados; ahora son temidos y reverenciados por el mundo por sus riquezas, y más adelante son objeto de sus burlas por haberlas perdido, de ser tratados con vergüenza y afrenta, sin compasión alguna, porque se hacían estimar y eran amados por las riquezas materiales. Que si se hubieran hecho estimar y amar por las virtudes propias, no dejarían de ser respetados y amados aunque hubiesen perdido todos sus bienes temporales pero no la riqueza de las virtudes.

¡Qué pesos tan graves son estos para su conciencia! Tan pesados que les dejan correr en este camino de su peregrinar, ni podrán ni pasar por la puerta estrecha.

Así os lo dijo mi Verdad: *“Es más difícil que un rico entre en la vida eterna que pase un camello por el ojo de una aguja”* (Mc 10,25). Estos son los que con miserable afecto desordenado ambicionan la riqueza, buscando poseer el mundo entero.

No pueden pasar por la puerta, porque es estrecha y baja. Por esto, si no arrojan su carga al suelo y no pierden su afecto a las cosas del mundo y no bajan la cabeza por humildad, no podrán pasar. No tienen otra puerta que los conduzca a la vida sino ésta. Tienen, sí, la puerta grande, que los lleva a la eterna condenación, y, como ciegos, no parece que vean su ruina y ya en esta vida empiezan a gustar las arras del infierno. Porque de todas maneras sufren pena y aflicción por desear poseer más de lo que pueden poseer. Sufren cuando no tienen lo que desean y, si pierden sus riquezas, lo pierden con dolor. El dolor que por ello experimentan es a la medida del amor con que las poseían. Pierden la caridad del prójimo y no se cuidan de adquirir ninguna virtud.

¡Oh podredumbre del mundo! No por las cosas del mundo, porque todas las hice buenas y perfectas, sino por el amor desordenado con que se las posee o se buscan. ¡Cuántos son los males que todos los días se experimentan por esta causa. Lo peor es que no quieren ver ni conocer su daño.

Por el contrario, los pobres de espíritu todo lo poseen y llegan a vivir todas las virtudes

¿Quién conoce el tesoro de la pobreza voluntaria y espiritual? Los queridos siervos míos, que para poder andar este camino y entrar por la puerta estrecha se han desprendido del peso de las riquezas. Algunos lo hacen espiritualmente y de hecho; otros sólo en espíritu, despojándose del afecto de la riqueza, pues no la poseen con amor desordenado, sino con orden y santo temor, más como administradores que como amos. Este estado es bueno, mas el primero es más meritorio, con menos impedimento para la virtud, y en el que resplandece más claramente mi providencia.

Te he manifestado cómo todo mal y toda pena proceden del amor de las riquezas. Por el contrario, la pobreza es fuente de todo bien, paz, descanso y tranquilidad. Fíjate como los pobres verdaderos, de hecho y de espíritu, con cuánta alegría y gozo viven, no se entristecen más que por mis ofensas. Y esta tristeza no aflige, sino que enriquece al alma. Por la pobreza han adquirido la riqueza suprema y la alegría.

A cambio de los bienes mortales encuentran los inmortales y reciben el máximo consuelo. Tratan con justicia y caridad fraterna a toda persona, pues no hacen acepción entre ellas.

En ellos resplandece la fe, la esperanza y la divina caridad. Por su fe en mí, suma y eterna riqueza, no han puesto su esperanza en la riqueza vana del mundo y se han abrazado a la verdadera pobreza, y a sus acompañantes: el aborrecimiento y desprecio propio, y la verdadera humildad.

[La pobreza, humildad y obediencia tienen siempre su razón suprema en el amor. Así fue en Jesucristo y así en sus miembros. No es pues de admirar que estén tan ligadas entre sí y que cada una repercuta en las otras. «No dudo que, si sois verdaderas amantes del Esposo eterno, seguiréis sus huellas. ¿Sabéis qué camino fue el suyo? Pobreza voluntaria, obediencia... Por esto vosotras, esposas tuyas debéis seguir el camino de aquella pobreza. Sabed que así lo habéis prometido, y así os pido que lo cumpláis hasta la muerte por amor a Cristo crucificado; de otra suerte no seríais esposas, sino adúlteras, al amar alguna cosa más que al esposo... Después de la pobreza y la humildad, sigue la obediencia. Cuanto más pobre es la esposa voluntariamente y de corazón y más renuncia a las riquezas y una buena posición en el mundo, tanto más obediente se muestra» (Carta 75, enviada a dos monasterios, de agustinas y benedictinas)»

El ejemplo de Jesucristo desposándose voluntariamente con la santa pobreza.

Jesucristo os enseña a vivir la pobreza, no sólo con palabras, sino con el ejemplo de su vida, desde su nacimiento hasta el momento de expirar. Se desposó por vosotros con la verdadera pobreza, siendo El suma riqueza. Considera a Dios hecho hombre, vestido con la vileza de vuestra humanidad; hasta dónde se ha humillado y empobrecido. Nace en un establo, para mostraros como debéis permanecer siempre en el establo del conocimiento de vosotros mismos, donde me encontraréis a mí, nacido por la gracia dentro de vuestras almas.

Nace en medio de animales y en tanta pobreza que María no tiene con qué cubrirlo. Siendo fuego de caridad, quiere sufrir frío en su humanidad durante su vida. Mientras vivió en el mundo quiso sufrir la pobreza, y al final de su vida, desnudo y azotado en la columna y sediento en el leño de la cruz, llega a tanta su pobreza que no tiene

dónde reclinar su cabeza. Como ebrio de amor, os dio su propia sangre, derramada por todo su cuerpo.

Sumergido en la miseria, os da la gran riqueza. Clavado en el leño estrecho de la cruz difunde su generosidad a todo hombre. Gustando la amargura de la hiel, os regala dulzura suavísima. Afligido por la tristeza, os reparte consuelo. Estando cosido y clavado a la cruz, os libera de las ataduras del pecado mortal. Habiéndose hecho siervo, os hace libres y os arranca de la servidumbre del demonio. Vendido, os compra con su sangre. Entregándose a la muerte, os da la vida.

Ciertamente os ha dado una regla de amor al manifestaros el mayor amor que os pudiera manifestar, dando la vida por vosotros, cuando erais enemigos de Él y mío. Esto no lo reconoce el hombre ignorante que tanto me ofende y que menosprecia precio semejante. Os ha dado una regla de verdadera humildad, humillándose El hasta la afrentosa muerte de la cruz, sufriendo los mayores oprobios y ultrajes; sufriendo de verdadera pobreza, pudiendo llegar a decir la Escritura lamentándose en su persona: *“Las raposas tienen cuevas, y las aves nidos, mas el Hijo de la virgen no tiene dónde reclinar su cabeza”* (Lc 9,58).

¿Quién comprende estas lecciones? El que tiene la luz de la fe. Y ¿quién posee esta luz? Los pobres de espíritu, que se han desposado con esta reina de la pobreza.

Apología de la Santa pobreza

Esta reina de la pobreza posee un reino en el que nunca hay guerra, sino siempre paz y tranquilidad. Abunda en justicia, porque la causa de la injusticia no está en ella. Las murallas de su ciudad son fuertes, porque el fundamento no está edificado sobre tierra ni sobre arena, sino sobre la piedra viva, mi unigénito Hijo. En ella hay luz sin tinieblas. La madre de esta reina de la pobreza es el abismo de la caridad. El ornato de esta ciudad es la misericordia, porque ha echado fuera el tirano de la riqueza, que obraba con crueldad. En ella hay benevolencia para con todos los ciudadanos, es decir, la caridad para con el prójimo. El alma que se desposa con esta dulce reina de la pobreza se hace señora de todas estas riquezas.

Esta esposa libera a su esposo de las preocupaciones del mundo y de las riquezas. Quita la amargura y transmite dulzura. Vacía el alma de todo amor desordenado, y la deja ligera. Y lo llena del manjar de

las virtudes, que dan grandísima suavidad. Ella quita toda zozobra, al privarla del amor servil y le da plena seguridad.

Todas las virtudes, todas las gracias y gustos que el alma pueda desear, y más de lo que pueda desear, halla el alma que toma por esposa a esta reina de la pobreza. No teme las intrigas, porque no hay quien le pueda hacer la guerra. No teme el hambre ni la escasez, porque por la fe espera en mí, su Creador, del que procede toda riqueza y providencia con que siempre la alimento y sustento. ¿Ha habido alguna vez un verdadero siervo mío desposado con la pobreza que haya perecido de hambre? No por cierto; pero sí ha ocurrido entre que abundan en riquezas materiales, los que confían en ellas y no en mí.

Permito que sufran ciertamente los que están desposados con la pobreza, para hacerles crecer en la fe y en la esperanza y premiarles sus trabajos, aunque jamás les faltaré en las cosas necesarias.

Desean la muerte, y la vida les causa disgusto e impaciencia; no por el deseo de huir del trabajo y de la fatiga, sino para unirse conmigo, que soy su fin. Al llegar la muerte, no se duelen de dejar las delicias y riquezas del mundo, pues las han despreciado antes con toda su alma. Así que, por cualquier parte que lo mires, hallas en ellos la paz perfecta y todo bien. Mientras que los miserables que poseen con amor desordenado sufren intolerables penas, aun cuando a veces por fuera aparenten demostrar lo contrario.

¿Quién no habría juzgado al pobre Lázaro en la mayor miseria, y al rico Epulón viviendo con gran alegría y descanso? (Lc 16,19). Y, sin embargo, no fue así. Mayor pena sufría aquel rico con sus riquezas que el pobre Lázaro cubierto de lepra. Porque en aquél estaba viva la voluntad sensual, de la que procede toda pena, y en Lázaro ésta estaba muerta. Lázaro tenía su voluntad puesta en mí. En el trabajo le daba refrigerio y consolación. Y cuando terminaron sus vidas, Lázaro fue a la vida eterna, y el rico al infierno.

Así que los ricos viven tristemente, y mis dulces pobres, alegres. A estos yo les doy la leche de abundantes consolaciones. Porque lo dejaron todo, lo poseen todo. El Espíritu Santo nutre sus almas y sus cuerpos en cualquier estado que se encuentren.

Mira, pues, hija querida, qué gran descanso y deleite gozan mis queridos pobrecitos.

Conclusión

Te he mostrado como mi providencia envuelve a toda clase de personas, desde el principio hasta el último momento. Todo lo hago con el fin de que seáis santos.

Esto no lo advierten los hombres perversos del mundo, privados como están de la luz. Ellos no comprenden mis obras y se escandalizan de mí. Sin embargo, yo les espero hasta el último momento.»

Oración de la Santa

Entonces aquella alma, como ebria, enamorada de la santa pobreza, se sentía transformada al ver el abismo de aquella providencia suma, y decía al sumo y eterno Padre.

«¡Oh Padre Eterno! ¡Fuego y abismo de caridad! Oh eterna Belleza! ¡Eterna Sabiduría! ¡Oh eterna Bondad! ¡Oh Loco de amor! ¿Necesitas, acaso, de tu criatura? Sin embargo, así lo parece, porque obras de tal manera como si sin ella no pudieses vivir, siendo así que tú eres vida y que todo tiene vida por ti, y sin ti nada vive. ¿Cómo has enloquecido de esta manera? Te enamoraste de tu obra, te complaciste y te deleitaste con ella en ti mismo, y quedaste ebrio de su salvación. Ella te huye, y tú la buscas. Ella se aleja, y tú te acercas a ella. Ya más cerca de ella no podías estar, pues llegas hasta vestirte de su humanidad. Y yo, ¿que diré? Te doy gracias, sumo y eterno Padre, por la bondad desmesurada que me has manifestado a mí, miserable e indigna.»

PARTE V

SOBRE LA OBEDIENCIA

Petición de la santa y respuesta de Dios

Padre eterno, deseo que me hables ahora de la virtud de la obediencia, para que me enamore de ella. Dime dónde la puedo hallar, cómo puedo perderla y cuál es la señal clara de que la poseo o de que estoy desprovisto de ella.

Capítulo I

El origen de la virtud de la obediencia está en Jesucristo.

Entonces, el eterno Padre condescendiendo a su deseo le dijo:

«Hallarás cumplidamente la virtud de la obediencia en el dulce y amoroso Verbo, mi Hijo unigénito. Fue tan pronta en El esta virtud, que para cumplirla corrió a la afrentosa muerte de la cruz.

[Él dijo: *No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió* (Jn 6,38). *Yo hago siempre lo que a El le agrada* (Jn 8,29). *Mi comida es hacer la voluntad del Padre* (Jn 4,34).]

¿Qué es lo que te hace desobedecer? Fíjate en el primer hombre y verás qué es lo que le hizo desobedecerme: la soberbia, nacida del amor propio. Por esto perdió la vida de la gracia y su inocencia, y cayó en gran miseria. Y no sólo él, sino que con él cayó todo el género humano.

La señal de que posees la virtud de la obediencia es la paciencia. Por el contrario, la impaciencia te demuestra que no la tienes.

Nadie puede llegar a la vida eterna sino obedeciendo, y sin la obediencia nadie entrará en ella, porque su puerta fue abierta con la llave de la obediencia y cerrada con la desobediencia de Adán. Yo, movido de mi bondad infinita, viendo que el hombre, al que tanto amaba, no volvía a mí, que soy su fin, tomé la llave de la obediencia y

la puse en manos de mi dulce y amoroso Verbo; y El, como portero, abrió las puertas del cielo. Sin esta llave y sin este portero, nadie puede entrar. Por esto dijo El: *Nadie puede llegar a mi Padre sino por mí* (Jn 14,6).

¿Por qué fue tan obediente este Verbo? Por el amor que me tenía y por vuestra salvación. ¿De dónde procedía este amor en Él? De la clara visión con que veía la Trinidad eterna. Esta visión obraba en El aquella obediencia perfecta que en vosotros, imperfectamente, obra la fe. El fue obediente a mí, su Padre Eterno, y por esto corrió como enamorado por el camino de la obediencia.

Pero el amor nunca va solo, sino acompañado siempre de las demás virtudes, ya que todas tienen vida por la caridad, aunque en Jesucristo estuviesen las virtudes en grado muy superior al vuestro. Entre estas virtudes está la paciencia, meollo de la caridad y clara señal de que el alma está en gracia y me ama de veras. Obediencia y paciencia van siempre unidas, pues no se abandona nunca la una sin perder la otra. O las tienes ambas o no tienes ninguna.

La obediencia se alimenta de la humildad. Es obediente el que es humilde, y humilde en la medida en que es obediente. La humildad se adorna del desprecio de sí mismo, de los oprobios, ultrajes, y del deseo de agradarme. ¿En dónde encuentra esta humildad? En el dulce Cristo, Jesús, mi Hijo unigénito. Nadie se abatió más que El, que estuvo lleno de oprobios, burlas y afrentas. Se despreció a sí mismo para agradarme a mí. Y ¿quién fue más paciente que El? No se le oyó ni un grito ni una queja. Con toda paciencia abrazó las injurias y como un enamorado llevó a perfecto cumplimiento la obediencia que yo, su Padre, le había impuesto.

En El, pues, encontraréis la obediencia perfecta. El os dejó esta regla y doctrina, que primero observó en sí mismo. El es el camino según dijo —*Yo soy el camino, verdad y vida* (Jn 14,6)— y quien anda por este camino, camina en la luz. Quien anda en la luz, no puede tropezar ni ser herido sin que se dé cuenta, porque ha quitado de sí las tinieblas del amor propio, por las que caía en la desobediencia. Pues, como te he dicho, la compañera y la fuente de la obediencia es la humildad.

Todos debéis leer en esté glorioso libro —Jesucristo—, donde encontraréis escritas todas las virtudes.

[«Verdaderamente es como un libro escrito, en el cual cualquiera, aún ignorante y ciego, puede leer. Su primer párrafo es odio y amor: el amor a la gloria del Padre y el odio al pecado» (Carta 225). «Nos ha dado (el Padre) el libro escrito, el Verbo, Hijo de Dios, que fue escrito sobre el leño de la cruz, no con tinta, sino con sangre... ¿Quién será tan torpe y de tan poco entendimiento que no lo pueda leer?» (Carta 309).

Y los superiores, ¿a quién deben obedecer y cómo pueden imitar a Cristo crucificado en la práctica de la virtud de la obediencia? «Mandar es obedecer a Dios, sobrellevando el peso del cargo que El impone...» (Carta 30). Según esta norma objetiva, el que ejerce la autoridad, venciendo gustos, caprichos, sentimientos e intereses personales, debe someter su juicio y mandato con espíritu sobrenatural y por amor a la gloria de Dios, a la santidad de las almas, al espíritu de su instituto religioso...]

Capítulo II

De la obediencia común de los mandamientos

Toda vuestra fe está fundada en la obediencia, pues en ella demostráis si me sois fieles o no. Mi Verdad os ha enseñado los mandamientos a todos. El principal es amarme a mí sobre todas las cosas, y al prójimo como a vosotros mismos. Estos mandamientos están tan trabados entre sí, que no se puede observar uno sin que se observen todos, ni quebrantar uno solo sin que no dejen de cumplirse todos. El que observa estos dos, observa todos los demás. Me ama a mí y a mi criatura. Obedece a los mandamientos y a las criaturas por mí. Sufre con humildad y paciencia todo trabajo y calumnia del prójimo.

La obediencia es la llave con que Jesucristo abrió la puerta del cielo. Del mismo modo, sus discípulos sólo podrán abrirla con ella

Es tan grande la excelencia de la obediencia que por ella habéis recibido todos la gracia, de la misma manera que por la desobediencia os ha venido a todos la muerte. Pero no basta que únicamente el Verbo obedezca, y no vosotros. La obediencia es la llave que abre el cielo y esta llave la puso en las manos de su vicario, el Papa. Este vicario la

pone en manos de cada uno al recibir el santo bautismo, en el que promete renunciar al demonio, al mundo, a sus vanidades y placeres. Cuando promete obedecer recibe la llave de la obediencia, de modo que cada uno en particular la tiene y es la misma llave del Verbo.

Si el hombre no se deja conducir con fe y amor hasta abrir con esta llave la puerta del cielo, jamás entrará dentro a pesar de haber sido abierta por el Verbo. Os creé ciertamente sin vosotros, que no me lo pedisteis, y os amé antes que existieseis, pero no os salvaré sin vosotros.

Te conviene, pues, llevar en la mano esta llave, andar y no sentarte. Andar por el camino y la doctrina de Jesucristo. No te sientes, es decir, no pongas el afecto en la cosas finitas, como hacen los necios que siguen al hombre viejo, vuestro primer padre, y hacen lo que él hizo. El arrojó la llave de la obediencia al lodo de la inmundicia, machacándola con el martillo de la soberbia y dejándola enmohecer con el óxido del amor propio. Mas vino el Verbo, mi unigénito Hijo, y tomó en su mano esta llave de la obediencia y la purificó en el fuego de la divina caridad. La sacó del lodo lavándola con su sangre. La enderezó batiendo vuestras maldades sobre el yunque de su propio cuerpo. La forjó de nuevo tan perfectamente que siempre que el hombre la eche a perder voluntariamente, mediante mi gracia y con estos mismos instrumentos la puede reparar.

¡Oh hombre ciego que después que has echado a perder la llave de la obediencia no te cuidas de repararla! ¿Crees, acaso que la desobediencia, que te cerró el cielo, te la va a abrir? ¿Crees que la soberbia te subirá a él? ¿Crees poder ir a las bodas con el vestido desgarrado y sucio? ¿Piensas andar quedándote sentado y estando atado con los lazos del pecado mortal y poder abrir la puerta del cielo sin su llave? Ni te lo imagines siquiera, que te engañarías. Es necesario que te desates. Sal del pecado mortal por la santa confesión, contrición de corazón, satisfacción y propósito de no ofenderme más. Entonces te despojarás del vestido feo y sucio, correrás con el vestido nupcial, con la luz de la fe y con la llave de la obediencia en la mano a abrir la puerta. Átate esta llave con el cordón de la virtud y desprecio de ti y del mundo. Átatela a tu cintura, buscando agradarme a mí, tu Creador, para que no la pierdas.

Debes saber, hija mía, que muchos los que toman esta llave de la obediencia, pero la llevan en la mano, sin atársela con el cordón a su cintura; es decir, no desean agradarme del todo, sino que más bien

buscan agradarse a sí mismos. No se han atado el cordón de la humildad deseando ser despreciados. Más bien se deleitan en las alabanzas de los hombres. Estos están expuestos a perder la llave. Basta que sobrevenga un pequeño trabajo, o una tribulación espiritual o corporal. Si no tienen mucho cuidado, muchas veces, al aflojar la mano del amor, la perderán. Cierto que mientras vivan, si, quieren, la pueden volver a encontrar; mas, si no quieren, no la encontrarán jamás. ¿Quién les dará a entender que la han perdido? La impaciencia, porque la paciencia iba unida con la obediencia. Al no ser pacientes, demuestran que la obediencia no está ya en sus almas.

¡Cuán dulce y gloriosa es la virtud de la obediencia, en la que están todas las demás! La caridad la concibe y la da a luz. Es como una reina, y quien la tiene por esposa no siente ni experimenta mal alguno, antes bien disfruta de una paz y quietud inalterables. No pueden dañarle las olas del mar tempestuoso, porque no llegan al centro del alma. No siente odio cuando le injurian, porque quiere obedecer y sabe que se le manda perdonar. No sufre porque no se realicen sus deseos, porque la obediencia le ha enseñado a desearme exclusivamente a mí, que puedo y sé y quiero satisfacer sus deseos. Y así, en todas las cosas, encuentra paz y sosiego.

¡Oh obediencia, que navegas sin trabajo y llegas sin peligro al puerto de la salvación! Tú te conformas con mi Hijo unigénito. Subes a la nave de la santa Cruz dispuesta a sufrir antes que a quebrantar la obediencia del Verbo y apartarte de su doctrina. Tú estás unida con la verdadera humildad, y por esto no apeteces los bienes del prójimo. Tú haces germinar en la tierra los frutos para sí y para el prójimo. Eres toda alegre, porque no turba tu semblante la impaciencia, sino que lo tienes siempre afable por la paciencia, siempre sereno por la fortaleza. Tú eres una perla escondida, ignorada, pisoteada por el mundo. Tan grande es tu poderío, que nadie puede enseñorearse de ti, porque te has liberado de tu propia sensualidad.

Sin el freno de la obediencia, los hombres van de pecado en pecado

Todas estas cosas ha hecho mi bondad y mi providencia, haciendo que el Verbo reparase esta llave de la obediencia. Pero muchos hombres, por desgracia, hacen todo lo contrario.

Como animales desenfrenados, sin el freno de la obediencia, corren de mal en peor, de pecado en pecado, de miseria en miseria, de

tiniebla en tiniebla, con el gusano de la conciencia, que los atormenta continuamente. Desde luego pueden de nuevo obedecer; volver a guardar los mandamientos, aprovechar el tiempo y arrepentirse. Esto, sin embargo, les resulta muy difícil por la larga costumbre que tienen de pecar. Que nadie se fíe y demore tomar esta llave de la obediencia hasta el momento de la muerte. Todos deben esperar mientras disponen del tiempo, pero no deben fiarse de que lo tengan para enmendar su vida.

¿Cuál es la causa de tantos males y de tanta ceguera? ¿Por qué no descubren este tesoro de la obediencia? Por la nube del amor propio y de la soberbia que les ciega. No siendo obedientes, no son pacientes, y en su impaciencia sufren penas intolerables. La desobediencia los ha puesto fuera del camino de la verdad y los lleva por el camino de la mentira. Se hacen esclavos y amigos del demonio, y con él, si no se corrigen, por su desobediencia irán al eterno suplicio.

Por el contrario los obedientes, mis hijos queridos, gozarán y exultarán en mi eterna visión con el humilde e inmaculado Cordero. Ellos ya en esta vida saborean la paz. Donde hay paz no hay guerra. Perseverad, pues, con amor en la obediencia, para que gustéis de la vida eterna.

Capítulo III

Obediencia especial a la que por amor a Dios se ligan los que quieren servirle mejor

Hay algunos, querida hija, que ponen todo su esfuerzo en atizar el dulce fuego de amor de esta obediencia, venciendo su sensualidad. Estos no se contentan con la obediencia común a los mandamientos, sino que quieren someterse a una obediencia especial, que lleva a la gran perfección. Estos se hacen observantes de los consejos no sólo en espíritu sino de hecho. Para matar en todo su propia voluntad desean atarse al yugo de la obediencia en el estado religioso, o fuera del estado religioso, a un director espiritual, sometiéndole su voluntad para ir más expeditos al cielo. Estos son los que eligen la obediencia más perfecta.

Por esta obediencia llegan a la perfección, la cual no está en el hecho de entrar en la vida religiosa, sino en practicar en ella las virtudes

El alma que entra en la vida religiosa, no sólo toma el yugo de la obediencia general, la de los mandamientos, sino la obediencia particular, y tanto en una como en otra sigue la doctrina de mi Verdad. Porque por luz de la fe conoce, en la sangre de mi humilde Cordero, el amor inefable que le tengo, y su propia fragilidad, que no corresponde a este amor con la perfección que le debe.

Con esta luz busca de qué manera y en qué lugar podrá pagarme mejor su deuda y matar su propia voluntad; y así halla en el estado religioso, obra del Espíritu Santo, como una nave en la que podrá correr a la perfección y llegar al puerto de salvación. El patrón de esta nave es el mismo Espíritu Santo, que jamás falta, por muchos que sean los pecados de los superiores. Esta nave no puede zozobrar; si zozobra el religioso es por culpa suya. Es tan agradable esta nave que no hay palabras para expresarlo.

Una vez que por la fe y el amor el alma ha encontrado su lugar, penetra en la nave. En ella está como muerto, si es un verdadero obediente; sólo así llegará a la perfección, ejercitándose en la obediencia y perseverando hasta la muerte. De ahí que no se le pueda estimar por el hecho de haber entrado en la vida religiosa, sino por su perseverancia. Desgraciadamente hay muchos que parecían perfectos cuando entraron, pero volvieron la cabeza atrás y permanecieron en ella con mucha imperfección. De modo que no se los debe juzgar por el hecho y el modo de entrar en la nave —esto depende de mí, que llamo de muy distintas maneras—, sino sólo por el amor con el que persevere obediente en ella.

El religioso obediente lo tiene todo en su instituto, pues es una nave provista de todo

Esta nave es rica. No tiene que preocuparse el religioso de que pueda faltarle algo, ni en lo espiritual ni en lo temporal. Si él es verdadero obediente y observador de sus reglas, por él proveerá el Patrón, que es el Espíritu Santo. Como te dije hablándote de mi providencia, mis siervos, aunque sean pobres, no son mendigos. Así, a éstos los socorro en sus necesidades. Bien lo han experimentado los que han sido obedientes, jamás les ha faltado nada en lo temporal cuando los institutos religiosos han florecido en la virtud, en

verdadera, pobreza y caridad fraterna. Han tenido más de lo que su necesidad requería. Pero, cuando en ellos florece el amor propio, viviendo cada uno para sí, y falta la obediencia, viene a faltarles hasta lo necesario.

El Espíritu Santo inspiró el estatuto de cada orden según el espíritu propio de sus fundadores.

En esta nave se encuentra el tesoro de las santas reglas, establecidas con tanta sabiduría y tanta luz por los que fueron hechos templos del Espíritu Santo. Considera a Benito, con cuánta sensatez organizó su orden. Considera a Francisco, con qué perfección y pobreza organizó su nave. Les dio a sus hijos por esposa la verdadera y santa pobreza, a la que primero él había tomado para sí, abrazándose a ella con la humildad. Menospreciándose a sí mismo, no deseaba agradar a ninguna criatura al margen de mi voluntad, sino más bien deseaba ser despreciado por el mundo. Maceraba su cuerpo y mataba su voluntad. Se vestía de los oprobios, penas y vituperios por amor del dulce Cordero, con el cual se había unido y clavado por amor sobre la cruz. Tanto que por singular gracia aparecieron en su cuerpo las llagas de mi Hijo, dejando traslucir en su cuerpo lo que llevaba en su alma. De este modo les abrió el camino.

El espíritu de San Francisco en su fundación

Pero me dirás: ¿No se fundaron acaso todas las otras órdenes religiosas sobre este mismo fundamento de la pobreza? Sí, pero no es la pobreza lo principal en todas ellas, aunque todas estén fundadas en ella. Sucede en esto como en las virtudes. Todas tienen vida por la caridad, y, sin embargo, como en otra parte te dije, una es más propia de uno y otra de otro a pesar de poseerlas todas en la caridad. Lo que es propio de Francisco es la verdadera pobreza. De ella hizo el constituyente principal de su nave. Quería pocos y buenos. Pocos, digo, porque no son muchos los que eligen esta perfección.

El espíritu de la orden de Santo Domingo

Considera ahora la nave de tu Padre Domingo, y verás cómo dispuso la suya y no quiso que atendieran a otra cosa más que a la salvación de las almas con la luz de ciencia. ¡Quiso que esta antorcha fuese el principio de su acción, sin renunciar a la pobreza verdadera y voluntaria! Señal de que le desagradaba lo contrario es que dejó en

testamento a sus hijos la herencia de su maldición si llegaban a poseer o fuesen dueños de alguna cosa en particular o en común, como prueba de que había escogido por esposa suya la reina de la pobreza.

Pero tomó la luz de la ciencia como el elemento peculiar de su orden, para extirpar los errores que se habían levantado en aquel tempo. Tomó el oficio del Verbo, mi unigénito Hijo, sembrando en el mundo la verdad y la luz de mi palabra, ahuyentando las tinieblas y trayendo la luz. Fue una luz que yo di al mundo por medio de María. Fue mi bondad la que puso en las manos de ella este encargo. No quiso que sus hijos se ocuparan de otra cosa más que de buscar con la luz de la ciencia la gloria y alabanza de mi Nombre y la salvación de las almas. Y para que no sé preocupen de otra cosa les quitó la preocupación de las cosas temporales y quiso que fueran pobres. Jamás le faltó nada cuando con firme esperanza confiaba en mi providencia.

Domingo dispuso su nave queriendo que estuviera asegurada con la obediencia, la continencia y la pobreza.

¡Qué buenos labradores envió Santo Domingo para extirpar las espinas de los vicios y plantar las virtudes!

Mira a Santo Tomás, cómo contemplaba mi Verdad, en la que adquiría por mi gracia luz sobrenatural y ciencia infusa. La obtuvo más por medio de la oración que por estudio humano. Fue una antorcha muy resplandeciente que iluminó su Orden y todo el Cuerpo místico de la santa Iglesia, ahuyentando las tinieblas de las herejías.

Mira a Pedro de Verona, mártir. Mientras vivió no hacía otra cosa más que orar, predicar, disputar con los herejes y confesar, anunciando la verdad y propagando la fe sin temor alguno. La confesó no sólo en vida, sino hasta en su misma muerte. En el último instante, como le faltasen la voz y la tinta, después de haber recibido el golpe de la espada, mojó el dedo con su sangre, y, faltándole también el papel, se inclinó y escribió en la tierra la profesión de su fe: «Credo in Deum».

En verdad, Domingo y Francisco fueron las dos columnas de la santa Iglesia: Francisco en su pobreza, Domingo en la ciencia.

Capítulo IV

Los religiosos frente a la obediencia

La humildad, disposición previa del verdadero obediente.

¿Cómo debe proceder el que quiere entrar en la nave de la perfecta obediencia? Debe poseer la luz de la fe, con la que debe matar la propia voluntad, odiando su propia pasión sensitiva y tomando por esposa la verdadera y pronta obediencia, con su hermana, la paciencia, y la nodriza de la humildad. Si no tuviese esta nodriza, la obediencia perecería de hambre, porque en el alma donde no hay humildad, la obediencia muere pronto.

La humildad no está sola, sino que tiene consigo la sirvienta de la modestia, del desprecio del mundo y de sí misma, que hace que el alma se tenga en poco, y no apetezca honores, sino afrentas.

El religioso debe adquirir y conservar en sí esta perfección, tomando pronta y alegremente la llave de la obediencia. Esta llave abre el postigo o puertecita que hay en la puerta del cielo, como sucede en las puertas que tienen postigo.

La fe les hace descubrir los males que de la desobediencia les vienen

Los verdaderos obedientes ven que con la carga de las riquezas y el peso de su voluntad no podrán pasar por este postigo sin gran fatiga ni sin peligro de perder la vida, y ven que no podrán pasarla con la cabeza alta sin riesgo de rompérsela; de ahí se desprendan de sus riquezas y de la propia voluntad, eligiendo la pobreza. Si no observasen el voto de pobreza voluntaria, faltarían a la obediencia, y caerían en la soberbia, que les hace llevar alta la cabeza de su voluntad. Y si debiendo obedecer, no inclinan su cabeza con humildad, sino que la bajan a la fuerza, cumpliendo lo que le mandan con desagrado, poco a poco, se verán caídos también en el otro voto, quebrantando la continencia. Porque el que no tiene ordenado su apetito ni se ha despojado de sus bienes temporales, siempre halla amigos con quien conversar, que le quieren para su propio provecho. De estas conversaciones pasan a las amistades íntimas y a recrearse en placeres, porque no tienen humildad y carecen del menosprecio de sí mismos. Viven regalada y delicadamente, no como religiosos, en

vigilias y oración, sino como señores. Estas y otras muchas cosas les suceden porque tienen dinero para gastar; que, si no lo tuvieran, no les sucedería esto.

El obediente domina su sensualidad y descubre a todos sus enemigos

Por esto el perfecto obediente se levanta sobre sí y domina su propia sensualidad, echando fuera al enemigo del amor propio, porque no quiere que sea ofendida su esposa, la santa obediencia, a la que se unió por la fe. De este matrimonio nace el vivir las santas costumbres y observancias de la orden, y las virtudes verdaderas: la paciencia, la humildad y el desprecio de sí mismo. El alma queda con paz y sosiego, porque ha arrojado afuera a sus enemigos.

¿Cuáles estos enemigos? El principal es el amor propio, origen de la soberbia. Después están la impaciencia, la desobediencia; la infidelidad; la presunción y confianza en sí mismo; la incoherencia, el desorden; el quebrantar las reglas de la orden, y las malas conversaciones. Está también la ira, la crueldad de corazón, el odio de las virtudes; la impureza; la negligencia, y el mucho dormir.

Virtudes y ganancias del obediente

Cuando el religioso conoce, a la luz de la fe, que estos son los enemigos que iban a ofender a su esposa, la santa obediencia, los echa fuera. De ahí que mate su perversa voluntad propia, la cual engordada por el amor propio y es la que da vida a todos estos enemigos de la obediencia. Cortada la cabeza del enemigo principal que sustenta a los demás el alma queda libre y en paz, sin ningún enemigo; nada hay en ella que la pueda amargar o entristecer.

¿Qué combates tiene el verdadero obediente? ¿Le dan guerra las injurias? No, porque es paciente. ¿Le son pesadas las cargas de la vida religiosa? No, porque es obediente. ¿Le entristece la dureza de la obediencia? No, porque ha pisoteado su voluntad y no quiere indagar ni juzgar sobre la voluntad de su superior, antes bien a la luz de la fe descubre en ella la voluntad de Dios. ¿Considera humillantes los quehaceres más bajos o sufrir las afrentas, los improperios, los escarnios o menosprecios que se le puedan hacer o decir? No, porque ama la abyección y el menosprecio de sí mismo, y antes se alegra con paciencia y se regocija con su esposa, la verdadera obediencia.

No se entristece más que por las ofensas que ve que se hacen a mí, su Creador. Mantiene trato con los que me aman en verdad. Y si trata con los que viven separados de mi voluntad, lo hace para sacarles de su miseria. Como un hermano, el bien que tiene lo quiere comunicar a los otros. Por esto se esfuerza en atraerlos con la palabra y la oración. Por todos los medios busca sacarlos de las tinieblas del pecado mortal.

Ya trate con justos o con pecadores, las conversaciones del verdadero obediente son siempre buenas. De todos sus momentos ha hecho un cielo, gozándose de hablar y tratar conmigo, su Padre, huyendo de la ociosidad mediante la humilde y continua oración. Cuando los malos pensamientos le asaltan, no se echa en la cama de la negligencia, abrazando la ociosidad, ni se pone a escudriñar los pensamientos que se le ocurren. Huye la ociosidad, se domina, se levanta sobre su estado de ánimo y con verdadera humildad y paciencia sobrelleva estas pruebas del espíritu; resiste en vigilia y humilde oración, viendo con la luz de la fe que yo soy su defensor y que permito lo que le sucede para que sea más solícito en huir de sí y venir a mí. Si la oración mental le parece difícil, por las tinieblas que obscurecen y fatigan su espíritu, recurre a la oración vocal o a sus ocupaciones manuales para evitar la desidia.

De esta manera, con fe y en obediencia pasa este mar tempestuoso de la vida dentro de la nave de su instituto religioso.

El obediente sólo envidia santamente al que ve más obediente y esmerado que él. Su celda está llena del perfume de la pobreza y no de rico ajuar. No sufre pensando que puedan venirle ladrones para robárselo o que la polilla le echen a perder sus vestidos. Si recibe algún regalo, no piensa en guardárselo para sí, sino que lo comparte con sus hermanos, sin inquietarse por el futuro. Remedia su necesidad en el día de hoy y piensa sólo en el reino de los cielos y en cómo observar la verdadera obediencia. Y, puesto que se observa mejor cuando se va por el camino de la humildad, se doblega lo mismo al pequeño que al grande, al pobre que al rico. Se hace siervo de todos, no rehusando trabajo alguno, mas sirviéndolos a todos caritativamente. El obediente no quiere obedecer a su manera, eligiendo tiempos y lugares, sino según lo prescriben su reglas o su superior.

Todo esto lo hace sin pena ni hastío. Con esta llave de la obediencia en la mano, pasa por la puerta estrecha de la vida religiosa

holgadamente y sin violencia. Es humilde, paciente y perseverante. Vence el ataque de los demonios mortificando y macerando su carne, despojándola de las delicias y placeres, entregándose a los trabajos de la vida religiosa. A él se refería mi Hijo cuando los discípulos discutían sobre cuál de ellos sería el mayor: *Quien no se humille como uno de estos pequeños, no entrará en el reino de los cielos* (Mc 10,14). El que se humilla será ensalzado, y el que se ensalza será humillado (Mt 23,12).

Justamente estos pequeños, que por amor se han humillado obedeciendo verdaderamente, sin oponerse a lo que manda su superior, son ensalzados por mí, sumo y eterno Padre, junto con los ciudadanos del cielo, donde son premiados por todos sus trabajos y ya en esta vida gustan la vida eterna.

En el obediente tiene cumplimiento la promesa evangélica: «Recibirán el ciento por uno en este mundo, y una eternidad feliz en el otro»

Se cumple en ellos lo que respondió mi Hijo a Pedro cuando éste le preguntó: *Maestro, nosotros lo hemos dejado todo por tu amor, y aun a nosotros mismos, y te hemos seguido a ti; ¿qué nos darás?* (Mt 19,27). Y mi Verdad le dijo: *Os daré el ciento por uno y la vida eterna* (Mt 19,29). Como si dijera: «Has hecho bien, Pedro, dejándolo todo, yo, ya en esta vida, te daré el ciento por uno de lo que has dejado.» ¿Cuál es este ciento por uno, al que sigue luego la vida eterna? ¿Los bienes temporales? Propiamente no, sino el fuego de mi caridad, por el que rebosa de alegría vuestro corazón. Porque en la caridad no cabe la tristeza, sino la alegría; la caridad ensancha el corazón y lo hace generoso, sin doblez ni avaricia.

Los desobedientes: males que les sobrevienen

Muy distinta suerte corre el desobediente, pues ya en esta vida gusta los preludios del infierno. Siempre está triste, con turbación de espíritu y remordimiento de conciencia; disgustado de la orden y de su superior. Viene a hacerse insoportable a sí mismo. ¡Qué triste espectáculo ofrece! Esclavo de la desobediencia, impaciente y soberbio, sigue su propio parecer, nacido del amor propio!

Privado de la caridad, vive en gran pesadumbre. Inclina de mala gana la cabeza de su voluntad, y la soberbia se la hace levantar. Todos sus deseos están en desacuerdo con los de su instituto religioso. Este

le manda la obediencia, él ama la desobediencia. La orden le manda la pobreza voluntaria, y él desea riquezas. Quebrantando los tres votos cae en la ruina y en miserables defectos. Le engaña su amor propio, haciendo caso a su propia sensualidad y a los criterios del mundo. Ha dejado el mundo con el cuerpo, pero permanece en él con el afecto. La obediencia se le antoja pesada y para evitar su peso desobedece, lo que le hace sufrir, pues no vive de amor.

¡Cómo se engaña a sí mismo! Buscando contentar sus gustos, vive en un continuo trabajo, pues no le queda más remedio que hacer muchas cosas a la fuerza. El quiere vivir en grandes deleites y tener el cielo en esta vida, mientras que la orden quiere que sea peregrino y a cada paso se lo da a entender, porque cuando goza de descanso en algún sitio en donde permanecería con gusto, le manda que se mude a otro. De esta forma sufre con los cambios de residencia. Y si no obedece, queda sujeto a sufrir la corrección; y así vive en continuo tormento. Quiriendo huir del trabajo, los tiene mayores. Su ceguera le impide conocer el camino de la verdadera obediencia, camino fundado por el obediente Cordero, mi Hijo unigénito. Mas él va por el camino de la mentira, pensando encontrar placer en él, y sólo encuentra dolor y amargura. ¿Quién le guía? Su pasión de desobedecer; él se guía a sí mismo, confiando en su propio saber. Vive en un mar tempestuoso, sacudido por muchos vientos peligrosos, y no se da cuenta que está en peligro de muerte eterna. No es que no lo vea, sino que se engaña miserablemente. Cegado por el amor propio, por el que ha desobedecido, se ha privado de la luz, que no le permite ver su desgracia.

El desobediente: árbol con frutos de muerte

¿Qué frutos produce el árbol del desobediente? Frutos de muerte, nacidos de su soberbia. De ahí que todo el árbol este corrompido: las flores, las hojas, los frutos, las ramas. Las hojas, es decir, su conversación; si ha de anunciar mi palabra, procura hacerlo, no con sencillez, sino con grandilocuencia, más preocupado de agradar que de hacer bien a las almas.

Sus flores exhalan hedor. Son los malos pensamientos que acoge con complacencia, llenos de impureza y de falta de caridad, pensando siempre mal de sus superiores. Engaña a sus superiores cuando no le permiten hacer lo que quiere según su perversa voluntad; oculta sus

engaños bajo palabras halagadoras o ásperas. No soporta a su hermano ni sufre la más mínima palabra de reprensión que se le diga.

Sus frutos están envenenados por la impaciencia, la ira y el odio hacia su hermano. No tiene caridad fraterna, porque él sólo se ama a sí mismo.

Buscando contentarse a sí mismo, huye de la celda como si fuese un veneno, porque antes ya se ha salido de la celda del propio conocimiento, por lo que ha venido a caer en la desobediencia.

Es siempre el último en entrar en la iglesia y el primero en salir. No guarda vigiliat ni hace oración. Muchos son los males que acaecen sobre el desobediente y muy dolorosos sus frutos.

¡Oh miserable! Esto produce tu desobediencia. No has tenido los hijos de las virtudes, como el verdadero obediente.

¡Oh desobediencia, que despojas el alma de toda virtud y la vistes de todo vicio! Privas al alma de la paz y le das la guerra; le quitas la vida y le das la muerte; le vistes de toda miseria y le haces morir de hambre; le das continua amargura y le privas de la dulzura. Conduces al alma a la condenación eterna, donde están los demonios, los que cayeron del cielo porque fueron rebeldes a mí.

Modos de salir de la tibieza en la vida de obediencia

¡Oh hija querida! Entre los perfectos y estos miserables están los religiosos que viven mediocrementemente. No son perfectos, como deberían ser, ni son tan malos; no están en pecado mortal, pero viven en la tibieza y frialdad de corazón. Estos, si no se ejercitan virtuosamente en la obediencia, están expuestos a grandes peligros. Por esto han de tener mucho cuidado, no dormirse, y salir de su tibieza. Si en ella permanecen, están muy próximos a caer. Si no caen, vivirán según criterios humanos, aparentando ser religiosos en lo exterior pero sin serlo en espíritu. Y muchas veces por su poca luz estarán en riesgo de juzgar mal a los que en lo exterior no observen las reglas tan bien como ellos, aunque las observen más perfectamente en su interior que ellos.

Estos tales van contra el estado de perfección en que entraron y que deberían observar. Y aunque hagan menos daño que los otros de los que te he hablado, lo hacen, sin duda; porque salieron del mundo

para renunciarse a sí mismos, para ser humildes y vivir en amor ardiente.

Debes saber, queridísima hija, que éstos pueden llegar a una gran perfección si quieren, porque están más cerca de ella que los otros. Pero tienen una gran desventaja respecto a los ellos. ¿Sabes por qué? Porque en el malo aparece con toda claridad que obra mal, y la conciencia se lo dice. El amor propio le ha debilitado, y no se esfuerza en salir de aquella culpa que reconoce. Si alguien le preguntase: ¿No obras mal, acaso, al obrar así?, diría: Sí, pero es tanta mi fragilidad, que me parece imposible salir del pecado. Ciertamente no dice la verdad, porque con mi ayuda, si quiere puede salir. Sin embargo, reconoce que obra mal, y por este conocimiento le es posible salir, si quiere.

Pero estos tibios, que por una parte no cometen graves pecados ni por otra hacen obras buenas, no reconocen la frialdad de su estado. Al no reconocerla, no se preocupan de salir de ella. Y si alguien se lo advierte, dada la frialdad de su corazón, permanecen atados a su vieja costumbre.

¿Qué medio puede haber para hacer levantar a éstos? Que odien su propia complacencia y reputación, y lleguen al conocimiento de sí mismos, contemplando el fuego de mi divina caridad. Que se desposen de nuevo, como si de nuevo entraran en la orden, con la verdadera obediencia. Se les podrían aplicar aquellas palabras: *Malditos los tibios, ojalá fuerais fríos o calientes. Si no os corregís, seréis vomitados de mi boca* (Apoc 3,15-16). Si no salen de la tibieza, se exponen a caer, y, si caen serán reprobados por mí.

Levántense, pues, con santos ejercicios, vigiliias, humildes y continuas oraciones. Mírense en el espejo de su orden, en los patronos de esta nave, hombres como ellos. Yo soy ahora el mismo Dios de entonces. No ha disminuido mi poder, ni mi voluntad, ni el deseo de vuestra salvación, ni mi sabiduría en daros luz para que conozcáis mi bondad.

Este es el remedio eficaz que emplea el verdadero obediente cada día con mayor celo para aumentar su obediencia. Desea sufrir ultrajes y que el superior le imponga duros mandatos. Por esto se ejercita en el deseo santo de someterse y no, pierde ocasión, porque tiene hambre de obedecer.

Capítulo V

Himno a la virtud de la obediencia y exhortación a practicarla

!Oh deleitable obediencia, obediencia agradable y suave, obediencia iluminativa que disipas las tinieblas del amor propio! ¡Oh obediencia que das la vida de la gracia al alma que te ha elegido por esposa, privándose de la propia voluntad! Eres benigna y piadosa; con benignidad y mansedumbre llevas cualquier peso por grande que sea, porque vas acompañada de la fortaleza y de la verdadera paciencia. Estás coronada con la perseverancia y no desfalleces ante las órdenes inoportunas del superior, por graves que sean los pesos que indiscretamente carguen sobre ti. Mas con la luz de la fe todo lo sufres. Estás tan unida a la humildad que no es posible separaros.

Esta excelente virtud es un bien sin mal ninguno. Enamórate, hija querida, de esta gloriosa virtud. ¿Quieres ser agradecida a los beneficios que has recibido de mí? Sé obediente, porque la obediencia demuestra que eres agradecida, ya que procede de la caridad. El Verbo os la dio como camino y regla, dándoos ejemplo haciéndose El obediente hasta la afrentosa muerte de cruz.

Esta obediencia es la señal que revela que el alma me es fiel a mí. En obediencia de fe el alma se olvida de sí misma, está muerta a su voluntad y a todo estado de ánimo. No se ocupa de las cosas que no le pertenecen, a diferencia del desobediente, que siempre quiere indagar y juzgar según su limitado parecer la voluntad del que le manda.

El verdadero obediente juzga siempre bien de la voluntad de su superior, puesto que no busca su propia voluntad. Es hija de la caridad, que la ha dado a luz. Cuanto más por la fe me ama, más se humilla y más obediente es. La obediencia, con su hermana la paciencia, revelan si en verdad el alma está vestida del vestido nupcial de la caridad con el que entra a la vida eterna.

Capítulo VI

La práctica de la obediencia fuera de la vida religiosa

Diferencias con relación a la obediencia de los consagrados. El mérito se mide por el amor con que se obedece.

Hay igualmente otros que no pertenecen a ninguna orden y que, sin embargo, están en la nave de la perfección. Siguen los consejos fuera de la vida religiosa. Han repudiado los bienes y grandezas del mundo en espíritu y de hecho y observan continencia. Unos permanecen vírgenes y los que no lo son guardan continencia. Observan obediencia sometándose a un director espiritual, a la que se esfuerzan en obedecer con perfecta obediencia hasta la muerte.

Si me preguntases: ¿Cuál de ellos tiene mayor mérito, los que están en la vida religiosa o éstos? Yo te respondo: El mérito de la obediencia no se mide por el acto exterior, por el lugar, o por la persona a quien se obedece, buena o mala, secular o religiosa, sino por el amor con que se obedece. Esta es la medida de su mérito.

Al verdadero obediente no daña la imperfección del superior malo, antes bien algunas veces le ayuda, porque con la dureza y las cargas pesadas puestas indiscretamente por la obediencia, adquiere y crece en esta virtud y en su hermana la paciencia. Tampoco le perjudica el estado imperfecto, y le llamo imperfecto porque el estado religioso es más perfecto, más firme y más estable que ningún otro.

Es verdad que en muchos aspectos es de mayor mérito la obediencia en el estado religioso, ya por el voto que hace en manos de su superior, ya porque también está obligado a sufrir más, y por esto la obediencia se ve más probada en el estado religioso que fuera de él, ya que todos los actos que realice están atados a este yugo, y no puede soltarse cuando quiera sin culpa de pecado mortal por estar aprobada la orden por la santa Iglesia y haber emitido el voto.

En los que no son religiosos no es así; se han ligado voluntariamente por amor a la obediencia, pero no con voto solemne; de modo que sin culpa de pecado mortal podrían dejar de obedecer a la persona a la que se sometieron, teniendo motivos legítimos y no haciéndolo por culpa propia.

¿Sabes la diferencia que hay entre una obediencia y otra? La que hay entre el que quita lo ajeno y el que reclama una cosa que había prestado con amor y con intención de no pedirla, pero sin hacer escritura que le obligue efectivamente. El religioso hace donación de su voluntad con escritura pública, renunciando a sí mismo en manos del prelado y prometiendo observar obediencia, continencia y pobreza. El superior, a su vez, le promete, si los observa hasta la muerte, darle la vida eterna. Así, pues, esta obediencia es más perfecta y más segura; cuando el súbdito cae está en mejor situación para levantarse, porque tiene más ayuda.

La otra obediencia es menos segura y más incierta y más expuesta si cae a volver atrás, porque no se siente ligado por el voto hecho en la profesión, lo mismo que el religioso antes de profesar, que puede salirse y después no. Pero el mérito se da en la medida del amor del verdadero obediente, para que cada uno en cualquier estado que esté, pueda tener mérito cumplido si ha obrado por amor.

A unos llamo a un estado, a otros a otro, según las disposiciones de cada uno, pero todos son recompensados según la medida del amor. Si el seglar ama más que el consagrado, más recibe, y si el consagrado ama más que el seglar, más recibe.

Cuánto agrada a Dios esta virtud

A todos os he puesto en la viña de la obediencia a trabajar de diversas maneras. A cada uno se le dará el premio según la medida del amor y no según las obras que haga o los años que viva. No recibirá más el que viene temprano que el que llega tarde, como se dice en el santo Evangelio. Poniendo mi Hijo el ejemplo de los que estaban ociosos y fueron puestos por el señor a trabajar en su viña, dice que dio lo mismo a los que habían ido al rayar el alba que a los que habían ido en las diferentes horas del día, dando a entender que seréis recompensados no según el tiempo ni la hora, sino según la medida del amor. Muchos se han puesto a trabajar en esta viña desde su juventud. Otros entran en ella más tarde, y otros en su vejez. Este último trabajará a veces con tanto fuego de amor viendo la brevedad del tiempo, que alcanzará a los que empezaron desde la infancia y han caminado con paso lento. Así, pues, el alma recibe lo que ha medido según el amor de la obediencia.

Muchos hay tan obedientes, que no sólo no se entretienen en buscar razones del porqué se les ha mandado, sino que con la luz de la

fe interpretan la intención de su superior apenas sus palabras han salido de su boca. Por esto el verdadero obediente obedece más a la intención que a la palabra, juzgando que la voluntad del superior es mi voluntad y que le manda a él por disposición y voluntad mía.

Bien demostró que obedecía ante todo aquel, de quien se lee en la “Vida de los Padres del desierto”, que estando escribiendo, habiéndole impuesto su superior un mandado, a pesar de haber empezado la primera letra de una palabra, no quiso terminarla, sino que corrió inmediatamente a donde la obediencia le llamaba.

Me es tan agradable esta gloriosa virtud, que en ninguna otra lo he manifestado con tantas señales y testimonios de milagros como en ella.

Para demostrar cuánto me agrada, hago que la tierra obedezca al obediente, los animales se le sometan, o que el agua le sostenga. Acuérdate lo que leíste de aquel discípulo que habiendo recibido de su superior un leño seco, diciéndole por obediencia que lo debía plantar en la tierra y regarlo todos los días; él, obediente, con espíritu de fe, no empezó a decir: ¿Cómo es posible esto? Mas, sin querer saber de si era posible lo que le mandaban, obedeció. Por el mérito de su obediencia y de su fe, el leño seco reverdeció y dio fruto, en señal de que aquella alma había sido arrancada de la sequedad de la desobediencia y, reverdecida, daba fruto de obediencia.

Se debe dejar todo por la obediencia. Si estuvieras arrebatada en alta contemplación y unión de espíritu conmigo, de modo que tu cuerpo estuviera suspendido sobre la tierra, si te fuera impuesta la obediencia, deberías esforzarte por cumplirla inmediatamente si te fuera posible. Piensa que no debes abandonar la oración en el tiempo señalado para ella si no es por caridad o por obediencia. Te lo digo para que veas cuán pronto quiero que se me obedezca en mis siervos y cuán agradable me es la obediencia.

El obediente merece haga lo que haga; si come, es la obediencia la que come; si duerme, si se va, si se queda, si ayuna, si vela, todo lo hace la obediencia. Si sirve al prójimo, si está en el comedor, en la habitación, ¿quién le guía o le hace estar allí? La obediencia de fe, con la cual queda como muerto a toda su voluntad propia, humillado y a las ordenes de su superior. Con esta obediencia descansa en la nave y se deja guiar por su superior, y así atraviesa el mar tempestuoso de esta vida con gran bonanza, porque la obediencia de fe disipó toda

tiniebla. Está firme y seguro, porque se ha despojado de la debilidad y del miedo, al despojarse de la propia voluntad, de donde arranca toda debilidad y todo temor desordenado.

¿Qué come y qué bebe esta esposa de la obediencia? Come el conocimiento de sí mismo y de mí. Al conocer que por sí mismo no es, conoce sus defectos y me conoce a mí, que soy el que soy. Y ¿qué bebe? La Sangre del Verbo, donde le he mostrado el amor inefable que le tengo; esta sangre demuestra la obediencia que por vosotros le impuse yo, su Padre Eterno. Y por esto se embriaga en ella. Una vez ebria de la Sangre y de la obediencia del Verbo, se pierde a sí misma y a todo parecer y saber propios. Me posee a mí por gracia, gustándose por amor con la luz de la fe en la santa obediencia.

Su vida entera es un himno de paz, y en la muerte recibe la vida eterna, bien inestimable que nadie puede estimar en lo que vale, porque es infinito.

El obediente, pues, con la luz de la fe, encendido en el horno de la caridad, ungido con humildad, embriagado de la Sangre, con paciencia, con menosprecio de sí mismo, con fortaleza y perseverancia y con el fruto de las virtudes, alcanza su fin en mí, que soy su Creador.

Capítulo VII

Conclusión

Exhortación final de Dios a la santa

Yo, por fin, he satisfecho tu deseo. Ahora concluyo diciéndote que en la obediencia del Verbo, unigénito Hijo mío, tenéis la vida, y así como todos contrajisteis la muerte por el primer hombre viejo, así todos los que quieran llevar la llave de la obediencia adquirís la vida por el hombre nuevo, Cristo, dulce Jesús, del cual os he hecho puente, porque estaba interrumpido el camino del cielo. Pasando por este dulce y recto camino, Verdad resplandeciente, con la llave de la obediencia pasáis sin que puedan dañaros las tinieblas del mundo, y al fin con la llave del Verbo abris el cielo.

Por vuestra humilde y continua oración quiero tener misericordia del mundo. Procura no salir de la celda del conocimiento de ti. Con-

serva en ella el tesoro que te he dado. Tesoro que es doctrina de verdad fundada sobre la piedra viva de Cristo, dulce Jesús.»

Acción de gracias de Santa Catalina

Entonces aquella alma, fijando su mirada en la Majestad divina, le daba gracias diciendo:

Gracias, gracias a ti, Padre Eterno, que no despreciaste mis deseos. Haz que mi memoria sea capaz de retener tus beneficios y arda mi voluntad en el fuego de tu caridad.

Tú, Trinidad Eterna, eres mar profundo, en el que cuanto más penetro, más descubro, y cuanto más descubro, más te busco. Hartas insaciablemente porque el alma en tu abismo se sacia sin saciarse nunca y le queda siempre más hambre de ti, Trinidad Eterna, deseando verte con la luz en tu misma luz. Como desea el ciervo la fuente del agua viva, así mi alma desea salir de la cárcel del cuerpo y verte a ti en verdad. ¿Por cuánto tiempo estará escondido a mis ojos tu rostro?

¡Oh Trinidad Eterna, fuego y abismo de caridad El conocimiento que de ti me has dado me empuja a desear dar la vida para gloria y alabanza de tu Nombre. Contemplándome en ti, vi que era imagen tuya al hacerme participante del poder tuyo y de tu sabiduría. El Espíritu Santo, que procede de ti y de tu Hijo, me ha dado la voluntad, por la que tengo capacidad de amar. Tú, Trinidad Eterna, eres el Hacedor, y yo la hechura. En la re-creación que de mí hiciste en la sangre de tu Hijo he conocido que estabas enamorado de la belleza de tu hechura.

¿Podías dar algo más que darte a ti mismo? Eres fuego que siempre arde y no se consume. Eres fuego que consume en tu calor todo amor propio del alma. Eres fuego que quita toda frialdad. Tú alumbras. Con tu luz me has hecho conocer la verdad, en la que veo que mi alma es vida. Esta luz me enseña el camino, y sin ella andaría en tinieblas.

Yo me veo en ti, pues soy tu criatura, y te veo en mí, por la unión que realizaste de tu divinidad con nuestra humanidad.

En esta luz te conozco a ti, santo e infinito Bien; Bien sobre todo bien, Bien feliz, Bien incomprensible, Bien inestimable. Belleza sobre toda belleza. Sabiduría sobre toda sabiduría, porque tú eres la Sabiduría misma. Tú, manjar de los ángeles, dado con fuego de amor a los hombres.

¡Oh Trinidad Eterna! Con tu luz disipaste las tinieblas. ¿Quién podrá llegar a tu altura para darte gracias por los inmensos beneficios que me has dado?

Correspóndete tú mismo, Señor; tú que te diste sé también el que corresponda y pague, infundiéndome la luz de tu gracia para que con esta luz yo te dé gracias. Vísteme de ti, Verdad Eterna, a fin de que yo viva esta vida mortal con verdadera obediencia y con la luz de la santísima fe, con la que parece que ahora de nuevo embriagas mi alma.

DEO GRATIAS, AMEN

«Aquí termina el libro compuesto por la bendita virgen, fiel esposa y sierva de Jesucristo, Catalina de Siena, dictado en abstracción de sus sentidos; vestida con el hábito de Santo Domingo. Amén».

APÉNDICE

Oraciones y elevaciones de Santa Catalina de Siena

ORACIONES

AL ESPÍRITU SANTO

Espíritu Santo, ven a mi corazón;
Atráelo a ti por tu poder,
Dame caridad con temor,
Guárdeme Cristo de todo mal pensamiento
Y enciéndeme con tu santísimo amor.
Que toda pena me parezca ligera,
Santo mi Padre, y dulce mi Señor.
Ayúdame en todas mis necesidades.
Cristo, amor; Cristo, amor.

AL HACER EL VOTO DE VIRGINIDAD

¡Oh santísima Virgen!, que fuiste la primera entre todas las mujeres en consagrar con voto perpetuo tu virginidad a Dios, y por esto te concedió ser Madre de su unigénito Hijo. Pido a tu inefable piedad que, no teniendo en cuenta mis pecados y defectos, te dignes concederme gracia tan grande y me des por Esposo al que deseo con toda mi alma: el sacratísimo Hijo único, de Dios y tuyo, mi Señor Jesucristo.

PARA VENCER UNA TENTACIÓN

¡Mi dulcísimo Esposo! Tú sabes que jamás quise otro Esposo más que tú. Por esto te ruego que me socurras, que venza estas tentaciones en tu santo nombre. No te pido que me las quites, sino que pueda vencerlas.

DESPUÉS DE LA VICTORIA

—Dulcísimo Señor mío, ¿en dónde estabas tú cuando mi corazón se veía lleno de tanta deshonestidad?

(Jesús le respondió:)

—¡Yo estaba en tu corazón!

SUFRIR Y MORIR POR JESÚS

Oh Caridad inestimable, oh primera Verdad! Sólo me sentiré plenamente satisfecha cuando reciba la gracia de sufrir grandes tormentos por ti y por tu gloria.

Señor, si en mi deseo de sufrir encuentras algo que pueda decirse mío por andar mezclado con cualquier sombra de vanidad y de amor propio, te suplico vivamente que lo aniquiles, y yo estoy dispuesta a destruirlo y desarraigarlo con toda prontitud de mi corazón.

A LA BELLEZA ETERNA

¡Oh amadísimo Joven, oh Verbo encarnado! ¿Qué has hecho? Señor, cuando vuelves hacia mí tu mirada de benignidad, descubro tu imagen impresa y copiada en mí.

Señor, enséñame a estar siempre unida a ti, sin que nada pueda separarme. Señor, te he prometido muchas veces amarte sin cesar, pero no es posible que te ame si no me dispone tu amor, que tan generoso se manifiesta para conmigo. Sin embargo, me esforzaré y pondré todos los medios que para hacer lo poco de que sea capaz. Señor, yo te doy gracias infinitas. ¿Quién te ha inducido y persuadido a mostrarte tan benigno conmigo, dándome tantas gracias, como si no advirtieses y no conocieses lo que estabas haciendo y a quién dispensabas tantos bienes? Porque ¿quién soy yo? El que me favorezcas y me prevengas con la abundancia de tus gracias no se debe a mí, sino sólo a tu misericordia infinita. Lo reconozco plenamente, porque todo lo que de ti recibo es puro y gratuito don tuyo; nada bueno encuentro en mí, ni posibilidad de hacer algo bueno

o digno de alabanza, si tú antes no me infundes la luz y no me enciendes con el ardor de tu santa caridad.

¡Oh amor!, tú eres lo más dulce que existe; tú nos haces gustar una parte insignificante de los bienes y de los goces que esperamos gozar, con saciedad jamás harta, en la vida eterna.

¡Oh Eterna Belleza! ¿Por cuántos siglos permaneciste desconocida y escondida para el mundo! ¡Oh Eterna Caridad, oh Amor! Yo te quiero amar con todas las fuerzas de mi corazón, con afecto veraz y constante. Señor, confieso que soy mala, y por esto indigna de impetrar de ti gracias de tanto valor, pero lloro confundida de mi miseria, y me ofrezco.

ELEVACIONES

¡Oh suma Bondad! Que sólo por amor me has hecho a imagen y semejanza tuya, no diciendo cuando creaste al hombre : «Sea hecho», como dijiste al hacer las demás criaturas, sino: Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra, ¡oh amor inefable!

Gracias, gracias sean dadas a ti, alta y eterna Divinidad, por tanto amor como nos has demostrado dándonos inteligencia para conocerte, memoria para acordarnos de ti, y la voluntad y amor para amarte a ti sobre todas las cosas. Cosa razonable es que, conociéndote a ti, Bondad infinita, te ame, y sea este amor tan fuerte, que ni el demonio ni ninguna criatura racional se lo puede quitar si él no quiere. Con razón debe avergonzarse el hombre que no te ama al verse tan amado de ti.

Por cualquier parte a donde me vuelva, no encuentro más que amor inefable. Y no hay excusa posible para no amarte, porque tu solo, Dios y Hombre, eres el que me ha amado, sin antes haber sido amado por mí, y es que yo no existía y tú me hiciste. Todo lo que yo quiero amar y que tenga ser en sí, lo encuentro en ti, menos el pecado, que no tiene ser en ti, y por esto no es digno de ser amado. Tú eres el que ha pagado el precio de tu sangre para sacarnos de la esclavitud del pecado. Tú eres Señor, Padre y Hermano nuestro por tu bondad y desmesurada caridad.

Tú, Dios, suma Sabiduría; yo, ignorante, miserable criatura. Tú, suma y eterna Bondad; yo, miserable criatura. Yo muerte, y tú, Vida; yo tinieblas, y tú, Luz; tú, Infinito y yo, finito; yo, enferma, y tú, Médico. Tú, por amor inefable, me sacaste de ti, y a todos nosotros nos atraes a ti por pura bondad tuya y no por obligación, si queremos dejarnos arrastrar a ti y nuestra voluntad no se rebela contra la tuya.

¡Oh Padre omnipotente, Dios Eterno! ¡Oh inestimable y dulcísima Caridad! Yo veo en ti, y te llevo en el corazón, que eres el Camino, la Verdad, la Vida, por quien es necesario que pase todo hombre que quiera venir a ti. Camino, Verdad y Vida que tu amor inefable da por medio del tu Hijo unigénito, Nuestro Señor Jesucristo.

Tú eres aquel Dios Eterno incomprensible que, estando muerto el linaje humano por la miseria de su fragilidad, nos enviaste el verdadero Dios y Señor Nuestro Jesucristo vestido con nuestra carne mortal. Y has querido que viniese no con placeres y grandezas de este mundo transitorio, sino con angustia, pobreza y tormentos, conociendo y cumpliendo tu voluntad por nuestra redención, despreciando los peligros del mundo y los obstáculos del enemigo para vencer la muerte con la muerte, haciéndose obediente hasta la afrentosa muerte de cruz.

¡Oh misericordioso y piadoso padre! Tu misericordia no quiso que el cordero inmaculado reconquistase el género humano solamente con una gota de sangre o con el sufrimiento de un solo miembro, sino con pena y sangre de todo su cuerpo para que satisficiera por todo el linaje humano, que te había ofendido. Tus criaturas te ofenden, quién con las manos, quién con los pies, quién con su cabeza, quien con los otros miembros del cuerpo; el género humano te había ofendido con todos los miembros del cuerpo. Y, puesto que toda culpa se comete con la voluntad (ya que sin voluntad no habría culpa), y esta voluntad mueve y abarca todo el cuerpo, por lo que todo el cuerpo del hombre te ofende! por esto quisiste satisfacer por medio de todo el cuerpo y sangre de tu Hijo para que expiase plenamente por todos en virtud de la infinita naturaleza divina, unida con la finita naturaleza humana. Nuestra humanidad sufrió el castigo en él Verbo, y la Deidad aceptó el sacrificio.

¡Oh Verbo Eterno, Hijo de Dios! Veo, Amor inestimable, que tú quisiste satisfacer en tu Cuerpo y en tu espíritu, lo que el hombre, en su cuerpo y en su espíritu, te había ofendido cometiendo el pecado. Pequé, Señor, ten piedad de mí.

DESPUÉS DE LA SAGRADA COMUNIÓN

¡Oh Trinidad Eterna; oh Fuego y Abismo de caridad! ¡Oh Loco de tu criatura, oh Loco de amor! ¿Qué provecho se te seguía de nuestra redención? Ninguno, puesto que no tienes necesidad de nosotros y eres nuestro Dios. ¿Para quién se siguió este provecho? Solamente para él hombre. ¡Oh inestimable Caridad! Así como te nos diste todo Dios y todo hombre, así te quedaste todo en manjar para que mientras seamos peregrinos en esta vida no desfallezcamos de fatiga, sino que seamos fortalecidos por ti, Manjar celestial.

¡Oh hombre mercenario! ¿Qué te dejó tu Dios? Té dejó todo sí, Dios y hombre, envuelto en la blancura del pan. ¡Oh Fuego de amor! ¿No bastaba la creación, por la que nos habías hecho a imagen y a semejanza tuya; y el habernos recreado a la gracia en la sangre de tu Hijo, sin dársenos en comida todo tú; Dios, esencia divina?

¿Quién te obligó a ello? Nada mas que tu caridad, como Loco de amor que eres.

LA MISERICORDIA DE DIOS

¿Cómo, Dios, Padre Eterno, creaste a esta criatura tuya? Esto me llena de estupor. Realmente veo, como tú me das a entender, que no lo hiciste por ningún otro motivo sino porque te viste obligado, por el fuego de tu caridad, a darnos el ser, no obstante las iniquidades que contra ti íbamos a cometer, Eterno Padre. La caridad, pues, fue la que te obligó. ¡Oh Amor inefable! Aunque viste todas las iniquidades que tu criatura cometería contra tu infinita bondad, tú hiciste como si no lo vieras, antes fijaste la mirada en la belleza de tu criatura, de la que tú, como loco y ebrio de amor, te enamoraste, y por amor la sacaste de ti, dándole el ser a imagen y semejanza tuya.

LEY DE DIOS Y VOLUNTAD HUMANA

¡Oh Bondad infinita! ¿De dónde le viene tanta fortaleza a la voluntad de tu criatura? De ti, suma y eterna Fortaleza. Por esto veo que participa de la fortaleza de tu voluntad, porque de la tuya nos diste la nuestra. Y en esto comprendemos que nuestra voluntad es tan fuerte en la medida que sigue la tuya, y débil a medida que se aparta, porque de tu voluntad creaste la nuestra, y, permaneciendo en la tuya, es fuerte. Todas estas cosas he visto en tu luz. En nuestra voluntad, Padre Eterno, demuestras la fortaleza de la tuya. Si en un miembro tan pequeño has puesto tanta fortaleza, ¡cuán grande juzgaremos la tuya!

Esta voluntad libre que nos has dado es fortalecida con la luz de la fe, puesto que con esta luz conoce en la tuya tu voluntad eterna, que no quiere más que nuestra santificación. Por esto, la luz crece y fortalece la voluntad, y ésta, alimentada con la luz de la fe, da vida a las obras del hombre. Y así, no puede haber ni verdadera voluntad ni fe viva sin obras.

EN LA FIESTA DE LA ANUNCIACIÓN

¡Oh María, María, templo de la Trinidad! ¡Oh María, conquistadora del linaje humano! Porque sufriendo tu carne en el Verbo, fue reconquistado el mundo. Cristo redimió con su pasión, y tú con el dolor de tu cuerpo y de tu espíritu.

Tú, María, eres la planta joven de la que hemos obtenido la flor fragante del Verbo, unigénito Hijo de Dios, porque en ti, tierra fecunda, fue sembrado este Verbo. ¡Oh María!, vaso de humildad, en el que está y arde la luz del verdadero conocimiento, con la que te levantaste por encima de ti misma y agradaste por esto al Padre Eterno. El te arrebató y te atrajo a sí, amándote con singular amor. Con esta luz y fuego de tu caridad y con el aceite de tu humildad atrajiste e inclinaste a la divinidad a venir a ti.

¡Oh María!, porque tú tuviste esta luz, no fuiste necia, sino prudente. Y prudentemente quisiste saber del ángel cómo sería posible lo que te anunciaba. ¿No sabías que todo era posible a Dios omnipotente? Sin duda alguna. Entonces, ¿por qué decías: *Pues no*

conozco varón? No porque te faltase la fe, sino por tu profunda humildad y por considerar tu indignidad. No porque dudases de que esto fuera posible a Dios. Maria, ¿te turbaste en la palabra del ángel por miedo? No, aunque manifestases admiración y turbación. Entonces, ¿de qué te maravillas? De la gran bondad de Dios, y, considerándote a ti misma, te reconocías indigna de tanta gracia, y quedabas estupefacta. Así, preguntando tú con prudencia, demuestras tu profunda humildad.

SOBRE LA PASIÓN DE JESUCRISTO

Tú, Verbo Eterno, has querido ser levantado en alto, demostrando en tu sangre tu amor, tu misericordia y tu magnanimidad. En esta sangre nos has manifestado también cuánto te pesa la culpa del hombre. En esta sangre has lavado la cara de tu esposa, es decir, del alma, con la cual te has unido por la unión de la naturaleza divina con nuestra naturaleza humana. Estando desnuda, la vestiste, y con tu muerte le has dado vida.

¡Oh Pasión!, que quitas toda enfermedad, siempre que el enfermo quiera ser curado, ya que tu don no nos ha quitado la libertad. Tú, Pasión, devuelves también la vida al que ha muerto si el alma cae enferma por las tentaciones del demonio. Tú la liberas si está perseguida por el mundo o combatida por su propia fragilidad. Tú eres su refugio, porque el alma ha gustado en ti la altura de la caridad divina.

¡Oh dulce y Eterno Dios! Haciéndote pequeño, has hecho grande al hombre. Saturado de oprobios, le has llenado de bienaventuranza. Sufriendo hambre, le has saciado en tu caridad. Despojándote de la vida, le has vestido de la gracia. Cubierto de vergüenza, a él le has dado el honor. Obscurecido tú en cuanto a la humanidad, le has dado a él la luz. Extendido tú sobre la cruz, le has abrazado y has hecho una caverna en tu costado en la que pudiese tener refugio contra sus enemigos. En esta caverna puede conocer tu caridad, puesto que con ella demuestras que has querido dar cuanto podías. Allí ha encontrado el baño, en el que ha lavado la cara de su alma de la lepra de sus pecados.

¡Oh deleitable amor, oh fuego, oh abismo de caridad!

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA

¡Oh sumo y eterno Padre! Tú eres fuego de caridad. ¿Qué revelan tu bondad y tu grandeza? El don que has dado al hombre: Y ¿qué don le has dado? Todo tú, Dios, Trinidad Eterna. Así que té has dado todo tú, Dios, conformándote con nuestra humanidad.

¡Oh Dios Eterno! Tú dices que me fije en ti, y, mirando en ti quieres que me conozca a mí para que conozca mejor mi bajeza por tu excelsitud y tu grandeza por mi pequeñez. Mas yo veo que si antes no me despojo de mí mismo, de la propia voluntad perversa, yo no te puedo ver. Por esto, antes me has dado tu doctrina, para que me despoje de mi voluntad conociéndome a mí. En este conocimiento te encuentro y te conozco, y por este conocimiento se despoja más perfectamente de sí misma el alma y se viste de tu voluntad. ¡Oh Fuego que siempre ardes en el alma, que en ti se conoce a sí misma! A cualquier parte donde se vuelve, en las cosas mínimas encuentra tu grandeza, es decir, en las criaturas y en todas las cosas creadas, porque en todas ve tu potencia, tu sabiduría y tu clemencia. Si tú no hubieses podido, sabido o querido, no las habrías revelado. Pudiste, supiste y quisiste, y por esto lo creaste todo. ¡Miserable y ciega alma mía!, jamás te conociste en él por no haberte despojado de tu perversa voluntad ni haberte revestido de la suya.

Y ¿cómo quieres, dulcísimo Amor, que yo me mire en ti? Quieres que mire la creación por la gracia, en la que me hiciste a imagen y semejanza tuya, con la que tú, suma y eterna Pureza, te has unido con el lodo de nuestra humanidad obligado por el fuego de tu caridad. Y con este fuego, tú mismo te has dado para nosotros en manjar. Y ¿qué manjar es este? Manjar de los ángeles, suma y eterna Pureza, y por esto exiges y quieres tanta pureza en el alma que te recibe en este dulcísimo Sacramento. ¿Cómo se purifica el alma? En el fuego de tu caridad y lavando su cara en la sangre de tu unigénita Hijo.

!Oh miserable alma mía! ¿Cómo te acercas a tan gran misterio sin esta purificación? Tú, Bondad Eterna, quieres que me mire en ti y vea que tú me amas, y que me amas de balde, para que con este mismo amor ame yo a todo hombre. Por esto quieres que del mismo modo ame y sirva a mi prójimo, socorriéndole espiritual y temporalmente cuanto me sea posible, sin ninguna esperanza de propia utilidad o gusto, y no quieres que me retraiga de hacer el bien por su ingratitud, persecución o infamias que de él pudiese recibir.

¡Oh Majestad Eterna! También hoy has dado a mi alma el perdón de los pecados por tu vicario, [el sacerdote] manifestándome su poder, que es tuyo. Tú, que has hecho al hombre sin contar con él, no le salvas sin él. Porque tú, que me has sacado de ti y me has hecho sin mí, no me has salvado hoy sin mí, sino que por mis ruegos y mi confesión me has liberado de las ataduras de los pecados por la gracia de tu vicario en la tierra. Por lo cual yo, indigna sierva tuya, te doy gracias.

Ilumina a los adversarios de la Iglesia, que con corazón duro hacen resistencia al Espíritu Santo. Llama a la puerta de sus almas, puesto que no pueden salvarse sin ti, para que sean convertidos a ti, Dios mío. Invítalos, despiértalos, ¡oh Amor sin igual! Que tu caridad los obligue en este día de gracias a que abatir su dureza de corazón. Sean, pues, reducidos a ti para que no perezcan; y, puesto que te han ofendido, Dios de suma clemencia, castiga sus pecados en mí. Ahí tienes mi cuerpo, que reconozco recibido de ti, y a ti te ofrezco. Que sea un yunque, para que en él sean destrozadas sus culpas.

Dios verdadero, sé muy bien que golpearás hasta que sea cortado el leño torcido de la dureza de tus enemigos y quede, finalmente, enderezado; pero apresúrate, ¡oh Trinidad Eterna! porque a ti no te es difícil cambiar cualquier cosa, pues todas las has hecho de la nada y puedes limpiarlas de todo vicio.

DOCUMENTO ESPIRITUAL

[Oído por Fr. Guillermo de Inglaterra, de labios de Catalina de Siena]

Dijo la santa Madre, hablando de sí como de otra persona, que puso como fundamento de toda su vida, contra el amor propio, la piedra del conocimiento de sí misma. Además fundamentaba su vida en estas tres piedras siguientes:

La primera, la consideración de la creación, en cuanto no hay ser alguno que exista por sí mismo, sino que todos dependen del Creador, tanto en su creación como en su conservación, y que todo lo ha hecho el Creador gratuitamente.

La segunda, la consideración de la redención, es decir, que el Redentor ha restaurado con su sangre, por puro amor, el ser desfigurado del hombre.

La tercera, la consideración de las gracias recibidas y de las propias culpas cometidas después del bautismo. Habiendo merecido la condenación eterna, se admiraba de la bondad de Dios por no haber mandado a la tierra que la tragara.

De estas tres consideraciones nacía en ella un gran aborrecimiento contra sí misma, y nada deseaba según su propio querer, sino según la voluntad de Dios, pues sabía que no quería más que su bien. De esto se seguía que toda tribulación y tentación le servía de contento y de alegría, no sólo porque le venían por voluntad de Dios, sino también porque con ello reparaba en algo su culpa. Por esto le eran sumamente desagradables las cosas en las que antes se deleitaba y encontraba gran placer en lo que antes le desagradaba. Aceptaba también, a la vez que las aborrecía, las tentaciones del demonio; las aceptaba en cuanto le hacían sufrir y las aborrecía en cuanto le hacían experimentar placeres sensibles.

De todo esto nació en ella un deseo grandísimo de pureza, y, oró continuamente al Señor durante muchos meses para que le fuera concedida una pureza perfecta. Finalmente, se le apareció el Señor y le dijo : «Querida hija, si quieres llegar a la pureza que deseas, trata de vivir perfectamente unida a mí, que soy la suma Pureza, y la obtendrás si observas estas tres cosas:

La primera, que pongas toda tu intención en orientar todas tus obras hacia mí, y que me tengas siempre presente.

La segunda, que niegues totalmente tu propia voluntad y no mires a ninguna criatura, en todo lo que te suceda, sino sólo a mí, que quiero

tu santificación, puesto que yo no quiero ni permito cosa alguna si no es por tu bien. Si consideras esto atentamente, por nada te entristecerás ni te enojarás contra nadie, aunque sea por breve tiempo, sino que más bien te considerarás agradecida con quien te injurie. Además, no juzgarás cosa alguna que manifiestamente no conozcas que sea pecado, e incluso entonces te indignarás contra el pecado y te compadecerás de la persona que lo cometió.

La tercera que no juzgues las acciones de mis siervos según tu parecer, sino según el mío, porque sabes que *en la casa de mi Padre hay muchas moradas*. Y como son muchas las mansiones del cielo, así son muchos los caminos que llevan a él. No quiero, por tanto, que juzgues en modo alguno a mis siervos, sino que les tengas suma reverencia en todas sus acciones, mientras no sean contrarias expresamente a mi doctrina.

Si observas estas tres cosas, tu vida estará orientada hacia mí, y en disposición de servir al prójimo, lo mismo bueno que malo. De esta manera no cometerás pecado, conservarás las virtudes y tu pureza perfectamente, obrando en esto mi gracia.

Dijo también la santa Madre: El amor propio es la causa de todos los males y la ruina de todo bien. Puede haber un amor propio sensitivo y un amor propio espiritual. El primero es causa de todos los pecados que se cometen por poner el afecto en las cosas terrenas o en las criaturas, es decir, cuando por su amor se desprecia y se quebranta el mandamiento del Creador.

Después del haber despreciado las cosas terrenas y las criaturas, hasta los propios sentimientos, puede aparecer el segundo amor propio, llamado espiritual. Consiste en que el hombre está tan apegado al propio parecer, que no quiere servir a Dios ni caminar por su camino, sino según su propio contento y sentimiento. De ahí que no pueda mantenerse en el camino de Dios; antes bien, caerá necesariamente, porque se sujeta más a su propia voluntad que a la divina. Tales son los que quieren elegir el estado y el ejercicio conforme al propio parecer y no según son llamados por Dios y según el consejo de los hombres prudentes y espirituales,

Tales son también los que se afician demasiado a algún ejercicio espiritual, en el que casi ponen su fin, y por esto sucede que, si no lo pueden practicar, caen luego en desesperación y lo abandonan todo. Pueden también contarse entre éstos los que aman demasiado las

consolaciones y dulzuras espirituales, que, en cuanto les faltan, se desesperan pronto. El verdadero amor espiritual ama solamente a Dios, y por Dios la salvación de las almas. De todas las otras cosas se sirve en orden a este fin. Quien posee, pues, el verdadero amor espiritual, debe juzgar y tomar todas las cosas según la voluntad de Dios y no según la de los hombres. Y cuando queda privada de alguna consolación espiritual debe pensar en seguida : «Esto me sucede por disposición divina, por permisión de Dios, que en todas las adversidades que me manda no busca ni quiere otra cosa más que mi santificación». Y con este pensamiento se le harán dulces todas las amarguras.

La misma Madre pidió al Salvador la soledad, y El le dijo : «Muchos están en la celda, y, sin embargo, están fuera de ella. Yo quiero que tu celda sea el conocimiento de ti misma y de tus pecados». De esta celda jamás salió Catalina. Y así debe ser todo siervo de Dios, puesto que de esta manera, esté donde esté, estará en la celda. *Deo gratias.*